

# LOS SERVIDORES DE LA MUERTE

The cover features a central illustration of a woman with red hair, wearing a purple mesh top and black leggings, holding a sword. She has a skull tattoo on her left shoulder and a glowing orb on her back. In the background, a shadowy figure in a hooded cloak stands in a cave-like setting with a waterfall.

Ignacio J. Asensio  
Lavilla

Lectulandia

Zher, sacerdote de la Diosa Muerte, y Tria, su Paladina del Cráneo, se encuentran en medio de una misión para recuperar una reliquia robada. Una tarea sencilla, o eso pensaban cuando partieron de los monasterios... Por el camino tendrán que luchar contra los necromantes y sus abominaciones, enemigos declarados de la Diosa, quienes los alejaran de su objetivo. También conocerán nuevos aliados y se enfrentarán a grandes peligros, sin dejar de lado sus deberes funerarios. Poco a poco, su empresa les arrastrará al corazón de una terrible conspiración de las fuerzas del mal, viéndose involucrados en una serie de épicas batallas que decidirán el destino del mundo.

**Lectulandia**

Ignacio Jesús Asensio Lavilla

# **Los servidores de la Muerte**

ePub r1.0

Balhisay 01.05.16

Título original: *Los servidores de la Muerte*  
Ignacio Jesús Asensio Lavilla, 2013  
Diseño de cubierta: Javier Blázquez Murillo

Editor digital: Balhissay  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi yayo Pascual,  
que se marchó hace poco.

# Capítulo 1

El sacerdote iba delante y la guerrera tres pasos por detrás, como era costumbre en la orden. El polvo del camino mezclado con el sudor había apelmazado los largos cabellos pelirrojos de la luchadora. También hacía que los tatuajes del clérigo no refulgieran como era normal en los de naturaleza mágica. Llevaban mucho tiempo en el camino, sin haber parado en una posada a darse un buen baño, y los víveres empezaban a escasear.

La cota de malla de la guerrera ya no brillaba para un desfile, como en el día de la partida del Monasterio de la Muerte Plácida, hacía ya cuatro lunas. Además de la bolsa de las provisiones, portaba en el tahalí una espada recta de dos filos, de las usadas por los infantes, con el pomo en forma de cráneo y un par de rubíes engarzados por ojos. En la espalda cargaba un hacha de empuñar a dos manos, transportada en una funda especial, para sacarla rápidamente si fuera necesario. Encima, tapando la visión de gran parte del arma, un escudo redondo con una calavera en relieve en el centro. Alrededor de esta, dispuesto en círculo, el lema del credo: «A todo le llega la Muerte, pero no el olvido». Del lado contrario a la espada llevaba, colgando de una cadena, un yelmo de batalla con forma de cráneo humano. Era de color plateado, grabado con ideogramas mágicos. Por este casco eran conocidas las de su clase como Paladinas del Cráneo. Sus posesiones acababan en unas botas de cuero negro, más adecuadas para cabalgar que para caminar, aunque no se veía ninguna montura por los alrededores.

El hombre solo llevaba una tela, doblada y anudada, haciendo de bolsa para las mudas. Vestía una túnica ligera que dejaba sus brazos descubiertos. Esforzándose un poco, se podía adivinar que era blanca. Calzaba unas simples sandalias. Los tatuajes de su cuello brillaban con una luz blanquecina al ser utilizados, igual que los de alrededor del ojo izquierdo. Las luces resaltaban que era completamente negro, sin distinción de globo ocular, ni retina, ni iris, solo oscuridad sin reflejar nada.

—Se han vuelto a alejar —dijo el sacerdote—. Detecto la reliquia, pero solo intuyo la dirección, no el lugar. A este paso nunca los alcanzaremos.

—Siempre nos tocan las misiones de andar, andar y más andar... y laaargas —contestó la Paladina del Cráneo—. Llevamos siete misiones juntos, y todas han sido de mucho caminar.

—Ocho.

—¿Qué?

—Que son ocho búsquedas, si contamos esta. —El clérigo dejó de concentrarse en el uso de los tatuajes de su cuello, pero mantuvo en funcionamiento los que circunvalaban el ojo—. Y sí, estoy cansado de andar. Sigamos un rato más y descansemos ya toda la noche.

—Pues adelante, Iniciado Zhersem, detrás de Su Gracia.

Siguieron andando unas dos o tres millas zarmetsas, hasta llegar a uno de los

escasos bosquecillos que crecían en la estepa desértica por la que viajaban. Al sacerdote le pareció un buen lugar para acampar.

—¿Qué te parece, Tria?, ¿dormimos aquí?

—Algo de refugio nos dará la vegetación. Estoy harta de sufrir todas las noches el maldito viento.

—¡Espera! —El tatuaje de su ojo brilló con más intensidad—. Veo algo entre los árboles...

Con rápidos movimientos, la guerrera soltó el equipaje. Se puso el casco, dejando fuera gran parte de su cabellera. Descolgó el escudo y lo sujetó con su brazo izquierdo, mientras desenfundaba la espada con su otra mano.

—Nunca son buenas noticias que veas muerte en estos lugares —dijo al terminar de prepararse para el combate.

El clérigo guardó silencio, pero señaló con el índice hacia el centro de la maleza, soltando también su bolsa. El orden de marcha se invirtió. Ahora era la pelirroja quien iba tres pasos por delante. Las puntas de su melena se levantaron como movidas por el viento, mientras invocaba el poder en su espada y músculos, para un ataque tanto físico como divino. Zhersem había visto una vez hecha pedazos una puerta de roble macizo de cinco dedos de ancho, con un golpe similar al que Tria estaba invocando.

Avanzaron unos doscientos pasos en la dirección indicada por el sacerdote, llegando a un pequeño claro entre la arboleda. Apoyada de espaldas a un tronco, había una mujer asistida por una muchacha. Ambas vestían túnicas de color verde, representativas de las sacerdotisas de Cherm, la Diosa de la Vida y la Fertilidad. También se veían los sacos de dormir y demás restos de un pequeño campamento destrozado, alrededor de una fogata ya extinta.

La muchacha dio un respingo, volviéndose hacia ellos sin soltar la mano de la otra mujer.

—Tranquila, somos del clero de la Diosa Muerte —dijo el iniciado, extendiendo las manos para indicar que iba desarmado y sus intenciones eran pacíficas, en contraste con la posición de guardia en la que se mantenía la Paladina del Cráneo—. ¿Hay alguien más en los alrededores? —continuó mientras se acercaba lentamente unos pasos en dirección a las dos religiosas.

De la cara de la chica no se borró la expresión de miedo, pero negó moviendo la cabeza. Llevaba un tatuaje alrededor del ojo izquierdo, para ver la Vida igual que el clérigo veía la Muerte. La marca mística estaba sin completar del todo, evitando así quemar la visión normal del órgano, tal como ya le había ocurrido a Zhersem por el paso de tanto poder. No tenía más, ni en los brazos para los hechizos de curación, ni en los dedos para ayudar en el trabajo de matrona, ni en los pechos para nodriza.

—No tengas miedo, Novicia —insistió él, acercándose más—. Somos de la Iglesia hermana. La Vida y la Muerte se complementan, aunque suene a dicho de consolación. Por favor, cuéntame lo que ha pasado.

La muchacha no contestó, pero el iniciado aprovechó la corta distancia para echarle un vistazo a la mujer postrada. Ella sí que llevaba tatuajes, tanto de matrona como de nodriza, aunque estos últimos solo en el pecho izquierdo. El derecho había desaparecido. En su lugar se veía una herida roja, llena de cicatrices de todos los tamaños, palpitantes. La mujer abrió los ojos, le miró y habló con voz débil:

—Hemos sido atacadas por un cadáver-cicatriz, Sacerdote.

—Mi rango es Iniciado, Matrona. Pero dígame, ¿qué ha pasado exactamente?

—No hay mucho que contar. Íbamos a Tres Rocas, donde estamos ampliando el nuevo templo a la Diosa. Nos preparábamos ayer para pasar la noche, cuando apareció la abominación. Me hirió y se llevó a mi novicia Atardecer.

—¿Y cómo es que está aquí ahora?

—Esta es Bruma, no Atardecer. Se alejó para orar a solas a la Tatarabuela Cherm. Cuando volvió al oír los ruidos, ya no estaban aquí ni Atardecer, ni el cadáver-cicatriz. Disculpe que no hable, está en su Luna Silenciosa.

—Veremos si podemos rescatar a Atardecer, pero hay otra cuestión, Nodriza.

—Sí, lo sé, pero mi rango es Madre —matizó con una sonrisa algo enfermiza.

—Sabe que esa infección del cadáver-cicatriz, en esa parte del cuerpo y con un día sin tratamiento... ya no tiene remedio. Supongo que lo ha intentado con sus artes.

—No se preocupe, Iniciado, a todos nos llega la hora. Bruma —dijo, volviéndose hacia la novicia—, tendrás que soltarme las manos. Y recoge la cadena de plata que llevo con el símbolo de la Diosa. Es para ti. Y mi anillo de las espigas, es para Atardecer. Si... —En esos momentos pareció que se rompía su aplomo, pero se recuperó rápidamente—, si está todavía viva. Si no, para la Nodriza Claridad.

La novicia intentó mantener en su rostro un rictus solemne, mientras le quitaba del cuello a la Madre una cadena muy fina de plata con un pequeño medallón colgando, grabado con una espiga de trigo y una flor de ciruelo entrecruzadas. Del dedo retiró una sortija, argétea también, de un diseño similar, pero esta vez con cinco espigas cruzadas. Introdujo el anillo en la cadena, al lado del otro símbolo sagrado, colocándose todo el conjunto al cuello. Se esforzó para que las lágrimas no se derramaran por su rostro adolescente.

—Ahora apártate, niña —dijo con aplomo la sacerdotisa—. Y no me abrases, no sea que te infectes. Servidor de la Otra Diosa, es ya el momento.

—¿Cuál es su nombre, Madre?

—Claridad también. —Esta vez la sonrisa fue más franca.

—Bien, Madre Claridad, deme las manos. —La sacerdotisa las levantó con dificultad y Zhersem las asió con dulzura—. Que ambas Diosas te guarden el camino.

—Que tu casa sea fecunda, Iniciado —contestó la Madre.

El clérigo comenzó la letanía de los veinticuatro nombres de la Diosa Muerte:

—Tatarabuela Muerte, La Última Que Te Ve. —Los tatuajes de sus muñecas empezaron a brillar—. Diosa del Hueso y del Cráneo, HCHFHP. —La sacerdotisa de la vida cerró los ojos—. Segadora, Guardadora de Almas. —Los mágicos grabados



aumentaron su fulgor, mientras la novicia ya no podía contener las lágrimas—. La que Trae el Descanso y la Paz, La que Siempre Llega. —La sonrisa de la Madre se hizo más tranquila y se amplió—. La Barquera de las Aguas Negras, Anda'riel Ahsran...

Al mismo tiempo que el clérigo recitaba, la guerrera intentó mantener una posición de respeto, sin dejar la vigilancia de los alrededores.

—Dragth Arnl Ghrull, Reina de las Sombras Tenues —continuó el iniciado. El cuerpo de la sacerdotisa resplandeció, con el mismo tono que las marcas místicas—. Sypha Ehpplesia Oriok, Diosa de las Alas Fuertes. —El cuello de Claridad se inclinó un poco hacia adelante, al perder parte de su fuerza vital—. Diosa del Viento Cortante, Rhein Noc'tern. —Un círculo de luz azul surgió de su pecho—. Teelmu Nyardi, Vigilante de los Túmulos. —El disco se fue ampliando—. Dama de las Flores Marchitas, Pir Ohrm Sah. —Una luz roja apareció en la herida hecha por el cadáver-cicatriz—. Portadora del Adiós, Dueña del Jardín Sin Fin. —Tanto la irradiación bermellón como la añil ganaron intensidad—. La Que Conoce Todos los Nombres. —La horrorosa herida estalló en llamas rojas—. Señora Flamígera de la Purificación. —Todo el cuerpo de la servidora de la Diosa de La Vida se iluminó en un hermoso tono índigo, resaltando su sonrisa de paz.

El ya cadáver, mantuvo unos instantes su aspecto, como congelado, antes de que toda la piel se transformara en fuego. El sacerdote tardó un minuto o dos en soltar las manos de Madre Claridad, aunque él no se quemó.

—Casi todas las llamas han sido azules —explicó Zhersem, volviendo la cara hacia la novicia—. Su alma estaba incorrupta.

Esperaron en silencio unos diez minutos, hasta que se apagaron las últimas llamas.

—Bruma —ordenó el iniciado—, recoge tus cosas, vamos a buscar a Atardecer. También tendrás que llevar nuestras bolsas, por si tenemos que combatir. Una novicia de Cherm podrá con nuestro pequeño equipaje. Y vosotras igualmente viajáis ligeras.

—Disiento, Su Gracia —replicó la paladina—. La novicia no parece tener experiencia en combate. Puede ser peligroso, tanto para ella como para nosotros...

—Tampoco es que podamos dejarla aquí sola. Anda, Tria, sé buena y trae nuestros equipajes, mientras Bruma recoge los suyos.

Siguieron el rastro durante dos horas, antes de que empezara a anochecer, gracias a la visión de la Muerte del iniciado.

—¿Continuamos, Su Gracia? —preguntó la guerrera—. Es raro ver a un cadáver-cicatriz en solitario, sin una banda detrás. Y de noche son más fuertes.

—Nunca nos han dado problemas tres o cuatro abominaciones de ese tipo juntas. Y Tria, a pesar de que tengamos una novicia con nosotros, me puedes llamar Zher, como siempre... O yo te llamaré Devota Triannora.

—Iniciado Zher... sem Sort Flejen, sabes que odio mi nombre completo. Está bien, sigamos —dijo con algo de sorna. Usó el poder de su escudo para que diera luz,

como una débil antorcha. Si se dio cuenta de la sonrisa de Bruma, la ignoró.

Continuaron buscando tres o cuatro horas más. Aunque el clérigo podía ver un vestigio de aura de muerte, la guerrera de vez en cuando señalaba una pisada o una rama rota, reafirmando la corrección del rastro. A lo lejos, vieron un viejo túmulo al que faltaban algunas de las piedras que lo rodeaban. Las huellas parecían continuar hasta el otro lado.

—Agáchate y espéranos aquí —susurró la Paladina del Cráneo a Bruma, cortando la luz de su escudo—. Si no volvemos en veinte minutos, agarra tus bártulos y corre como un trampero detrás de un barril de cerveza. ¿Vamos, Su Gracia? —le preguntó al sacerdote, guiñándole un ojo. Causaba un efecto extraño, al llevar puesto el yelmo del cráneo.

—Vamos, pero no podré llevar ningún hechizo preparado. Estas abominaciones, al lado de un lugar de poder como el que se ve, nos detectarían enseguida. Y a saber qué harían... Podrían matar a la novicia y huir.

Se movieron lentamente y en silencio, haciendo una «L», alejándose primero, tanto de la novicia como del túmulo, y avanzando luego. Cuando llegaron a la entrada del montículo, vieron a dos cadáveres-cicatriz de rodillas, con el rostro hacia el suelo, a ambos lados de una losa de piedra. Como su nombre indicaba, todo su cuerpo era cicatriz sobre cicatriz, cada una palpitando a un ritmo distinto, cual venas furiosas. De vez en cuando, aparecía una nueva herida que cruzaba varias, mas cicatrizaba rápidamente. Las manos y pies estaban tan deformadas que parecían apéndices de alguna criatura abisal. Lo único que recordaba vagamente a un ser humano, eran los ojos.

En la roca, atada con tela de mortaja, se encontraba una novicia de la Diosa Cherm. La muchacha estaba sumida en un sueño febril. Vieron en sus manos la avanzada infección de las abominaciones. De repente, sin que ninguna señal perceptible les avisara, los deformes seres levantaron sus repugnantes cabezas hacia el túmulo, como si algo que no fuera de este mundo les estuviera llamando. Sin embargo, continuaron de hinojos, sin moverse del sitio.

El iniciado miró a la guerrera con señal de preocupación, quien, sin esperar más indicaciones, corrió a por los horrores. Estos, a pesar de su aspecto de cadáveres, reaccionaron con prontitud. Se alzaron con un grotesco salto y realizaron una contracarga, dirigiéndose a por la luchadora. Uno fue rechazado por el escudo, cayendo al suelo. Y al otro, más retrasado, Tria le lanzó un golpe con su espada, imbuido del poder de la Diosa Muerte. Sus rojizos cabellos se encrespaban y su hoja cortó al horrible ser desde el hombro izquierdo a la cadera derecha. Cuando estaba encarándose hacia la abominación caída, oyó el grito del sacerdote:

—¡A la entrada! ¡Está saliendo!

La guerrera de la calavera ignoró al cadáver-cicatriz restante, aún entero. Con una confianza ciega, dio un salto de más de seis pasos, preparándose para descargar otro golpe divino. Su melena ya no se encrespó, sino que apuntaba hacia el cielo. Parecía

estar sujeta por alambres. Cuando caía hacia la entrada, asestó el ataque, acertando en una enorme extremidad negra acabada en cinco dedos con pulgar oponible, rematado cada uno con una putrefacta uña curva de dos palmos de longitud. El arma continuó el movimiento de arco, hasta dar con el suelo. Tria no gritó en su ataque. El nauseabundo ser de la puerta lo hizo por ella.

El cadáver-cicatriz se levantó de un brinco, y se lanzó a la desguarnecida retaguardia de la paladina. Fue detenido por una emisión de energía que surgió de las manos del clérigo, a la vez que gritaba uno de los muchos nombres de la Diosa. El ser corrupto ardió en medio de unas llamas rojas, de vuelta al suelo por el empuje del hechizo.

La luchadora soltó tanto su escudo como su espada, que fueron sustituidos por su hacha de más de dos pasos, mientras el iniciado se derrumbaba por la pérdida de poder y vitalidad. Ella entró al túmulo, donde se había retirado la inmunda criatura. Durante dos o tres minutos, solo se escucharon el sonido de los hachazos y los alaridos de respuesta. Luego salió. Al ver que el torso de un cadáver-cicatriz se intentaba acercar al sacerdote arrastrándose con el brazo que le quedaba, fue hasta los sucios despojos.

—¿A dónde vas? —le espetó, mientras le cercenaba la cabeza de un solo tajo. A continuación, se puso el arma sobre el hombro, como si fuera un instrumento de labranza, y se dirigió al sacerdote—: Zher, ¿estás bien? Dentro ya no queda nada.

—En dos minutos, Tria.

Primero recogió la espada y el escudo. Después, liberó a la novicia, que estaba sumida en un profundo sueño. Cariñosamente la depositó en el suelo. Mientras limpiaba el hacha con las mortajas, le dijo al iniciado:

—Esas manos no tienen buen aspecto.

—Un momento, que me recupere.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya casi estoy.

Poco después, el clérigo se levantó con dificultad y se acercó a la novicia.

—Atardecer, Atardecer —dijo mientras la zarandeaba suavemente—. Tria, parece que voy a tener que purificarle las manos con un hechizo de urgencia. Si está todo despejado, ve a buscar a Bruma, la necesitaremos para acabar las curas.

Sin tomar ninguna precaución, Zhersem tomó las manos de la novicia entre las suyas y comenzó la letanía de los veinticuatro nombres: Tatarabuela Muerte, La Última que te Ve... Esta vez solo ardieron las manos infectadas de la novicia, no todo el cuerpo como con madre Claridad. No las soltó durante todo el proceso. Las llamas rojas no le hacían ningún daño, ni a él, ni a sus ropas. Cuando se apagaron, solo quedaban los huesos carbonizados. Rezó un poco más y unas pequeñas llamas azules aparecieron en la carne sana, justo al lado del final de los restos, haciendo que estos se desprendieran y dejando dos muñones más o menos a la altura de las muñecas, de un aspecto saludable... para un muñón.

—Bueno, Bruma, venda a tu hermana de orden. —El sacerdote ni se giró para saber que estaban a sus espaldas—. Tria, si no has localizado nada más, vamos a acabar el trabajo.

—Como quiera Su Gracia —contestó la paladina ya sin el yelmo. Con una pícaro sonrisa, señaló a los trozos del cadáver-cicatriz—. Este está en solo tres, pero la bestia del túmulo está en bastantes más. Te los voy juntando.

Una vez vendadas las amputaciones, se alejaron del lugar en busca de dos fuertes ramas que sirvieran para hacerle una camilla a Atardecer, dejando atrás un par de hogueras rojas brillando en la noche.

## Capítulo 2

A lo lejos se divisaban ya las tres grandes rocas que daban nombre a la población. Habían tardado ocho días para un viaje que costaba cuatro. Les retrasó el portar la improvisada camilla, parando cada poco para intentar frenar a base de yerbas y paños mojados los delirios de Atardecer. Muchas veces Zhersem pensó que su purificación había llegado tarde, pero los cuidados profesionales, aunque silenciosos, de Bruma, dieron resultado. La novicia no había despertado ninguna vez del todo, mas tampoco había empeorado.

Tres Rocas era el último pueblo antes de entrar en los Yermos de Ceniza. A partir de aquí, durante ciento cincuenta, o tal vez doscientas millas zarmetsas, solo se veían algunos volcanes, cenizas provenientes de ellos y pequeñas aldeas cerca de algún riachuelo, intentando ganar al gris algo de verde. La tierra era buena en nutrientes, pero la falta de agua hacía difícil la agricultura.

Mientras se tomaban un descanso, el iniciado recordó que siempre le había parecido que todas las novicias de la Diosa de la Vida tenían un aspecto de hermanas, o por lo menos de primas. Como Atardecer y Bruma, una morena, la otra castaña, una con los ojos marrones, la otra verdes. Pero con los pómulos altivos y la barbilla un poco salida, haciendo que la mitad inferior de su cara semejara un triángulo invertido. El parecido se hacía más pronunciado al llevar el mismo peinado con las trencitas cayendo por delante de las orejas; justo al contrario que la cara redonda de muñequita de Tria, con sus ojos azul muy oscuro y su melena suelta. Zhersem creía recordar que en su etapa de aprendiz, antes de experimentar el Rito del Cambio, ella los tenía mucho más claros. Pero vamos, él tenía pelo negro antes de que se lo afeitaran para realizarle los tatuajes de la cabeza. De color miel ya solo le quedaba el ojo derecho. El otro, cuando no estaba usando el poder de ver muerte, era totalmente blanco, con dos marcas circulares donde antes estaban el iris y la pupila.

Aquellos descansos no solo eran por la pobre mutilada. El clérigo no se había recuperado del todo de lanzar un hechizo sin preparación. En vez de usar la energía de la diosa, había tenido que poner parte del poder de su propia fuerza vital. No toda, por supuesto, pues si no se hubiera consumido hasta la muerte. La Segadora ayudó, pero el utilizar un solo nombre, en vez de los veinticuatro de la letanía completa, le dejaba como resultado unos minutos totalmente indefenso y varios días de debilidad.

Sintió la mirada de la paladina, que lo observaba fijamente. Estaba seguro de que ella sabía perfectamente lo que le ocurría, y guardaría silencio. Continuaba preocupada por el sacerdote, ya que si tenían otro enfrentamiento no podría lanzar, sin preparación, ningún hechizo sin poner en riesgo su vida. Menos mal que ya casi llegaban al templo.

Al acercarse, vieron un cartel: «Tres Rocas, Ciudad Bendecida por la Diosa Cherm». No cabía duda, la población crecía porque el clero de la Diosa de la Vida y la Fertilidad, quería que creciese. El porqué se le escapaba al iniciado.

—Buenos días, buen hombre —se dirigió a la primera persona que vio, un labriego ya maduro—. ¿Sería tan amable de indicarnos dónde está el Templo de Cherm?

—Buenos días —contestó el asombrado agricultor, sin olvidar la buena educación—. Allí, a una media milla, al lado de los robles que ven Sus Gracias, al doblar la curva. —Se le veía con ganas de hacer alguna pregunta, pero se contuvo al darse cuenta del clero al que pertenecían el sacerdote y la paladina. Mejor no meterse en los asuntos de los servidores de la Muerte.

—Gracias, buen hombre. ¡Qué tu cosecha sea abundante!

—A mandar, Su Gracia. Esto... pues... ¡Alabadas sean las Diosas!

Las tres o cuatro personas con las que se cruzaron, bajaban la cabeza en señal de saludo y respeto, pero sin entablar conversación. Por ahora, Tres Rocas no parecía una gran ciudad, pues solo había unas pocas casas aisladas a ambos lados del camino, sin formar una verdadera calle.

Nada más doblar la curva, se llevaron una buena sorpresa, ya que el templo era por sí solo un pequeño pueblo, o por lo menos una manzana de casas en cualquier ciudad. Al edificio religioso, de forma hexagonal, y rodeado de un círculo de menhires, le habían añadido un establo, unas caballerizas y cuatro edificios de uso residencial. Por el humo que se veía al otro lado del santuario se adivinaba una fragua, acompañada de un granero y algunas despensas. Tres lados del hexágono lindaban con un bosque de robles centenarios. Con toda certeza, un lugar de poder, razón por la que habría sido construido el complejo arquitectónico.

Fueron recibidos por un grupo de novicias. Tras una breve explicación, dos de ellas se dirigieron a bastante velocidad hacia el templo. Otra pareja recogió a Atardecer y se la llevó al hospital, con Bruma siguiendo sus pasos. Al cabo de unos instantes, volvió el primer par de novicias a paso rápido, precedidas por una mujer madura con el pelo cubierto por un pañuelo blanco.

—Bienvenidos, servidores de la Otra Diosa —dijo la mujer—. Las novicias os llevarán a las habitaciones de invitados y luego, a que os quitéis el polvo del camino. Si me disculpáis, iré a atender a la herida y después nos reuniremos para cenar. Allí nos podremos presentar más formalmente. —Con la misma rapidez con la que llegó, se dirigió hacia el hospital.

Tras disfrutar de un largo baño y ponerse la muda limpia que llevaban en el equipaje, se dirigieron al comedor, escoltados por las aprendizas. Estas, con cara horrorizada, les habían impedido tanto que eligieran el mismo dormitorio, como que entraran en la misma sala de baños. El clero de Cherm mantenía ambos sexos separados, excepto para los ritos orgiásticos de fecundidad. Tria no paró de poner cara de pasárselo bien. El sacerdote oyó como le gritaba a la novicia que le frotara la espalda, que justo entre los omoplatos no llegaba. La muy bromista también insistió en que sin sus armas se sentía desnuda. Se llegó al consenso de que podría llevar la espada, pero que el escudo, hacha y cota de malla, se quedaban en su dormitorio.

Hubo otra discusión por el yelmo del cráneo, que al final acompañó al resto de la armadura.

En contra de la costumbre del clero de la Diosa de la Vida, no les llevaron al comedor comunal, que pasaron de largo, sino a una pequeña sala aparte, con una mesa circular dispuesta para cinco. En ella se encontraban la mujer del pañuelo blanco, Bruma y otra sacerdotisa de Cherm.

—¡Qué las Diosas bendigan vuestra casa! —saludó la mujer del pañuelo, levantándose al mismo tiempo que las otras dos—. Yo soy la Abadesa Robledal y esta mi segunda, la Priora Medianoche. A la Novicia Bruma ya la conocéis.

—¡Qué las Diosas os guíen! Yo soy el Iniciado Zhersem, y esta es la Devota Triannora.

—Creo que se sentirán mejor al saber que la Novicia Atardecer se está recuperando satisfactoriamente. Incluso ha recuperado el conocimiento unos minutos, pero se encuentra muy cansada y ahora está durmiendo profundamente. Gracias a que teníamos guardados unos calostros de una sacerdotisa matrona que daba a luz por tercera vez, pues sin ellos no estoy segura de que hubiera sobrevivido. —Sonrió un poco al ver la mueca de Tria al pensar en beber leche humana, aunque esta tuviera propiedades mágicas y curativas—. Aunque Bruma ya nos ha escrito un informe sobre lo que pasó, ¿serían tan amables de contárnoslo desde su punto de vista?

El sacerdote hizo un breve resumen, tras el cual la superiora empezó a preguntar.

—¿Y qué era el ser del túmulo?

—Una..., ejem, bestia de los túmulos —contestó Tria—. Se reproducen a base de... hmm... transmitirse en mujeres y estas paren un horror como ellas. La mujer acaba siendo un cadáver-cicatriz, que sirve a la bestia. No se sabe muy bien de donde vienen, pero los necromantes las invocan en los túmulos. A cambio de darles energía oscura para sus actividades, quedan libres en este mundo.

—Sigamos la conversación en la cena. —La superiora hizo un gesto para que se sentaran, cosa que hicieron todos excepto Bruma, quien se puso a servir la comida desde una cazuela de barro a unos sencillos platos del mismo material—. ¿Eso quiere decir que ya se había reproducido dos veces?

—Ehm, no. Seguramente esos otros dos serían, o cadáveres reanimados, o algún viajero varón infectado por la criatura. Porque los mismos cadáveres-cicatriz transmiten la infección.

—¿Y qué están haciendo Sus Gracias por estos lugares?

—Vamos en busca de una reliquia —contestó Zhersem—, uno de los diez dedos del Gran Sacerdote Manos Ardientes.

—¿El de la batalla de la Fortaleza del Paso?

—El mismo. Cuando poseído por la furia de la Diosa lanzó sus dedos en medio del batallón de élite orco, destrozándolo, quedaron impregnados con el poder de la Dama de las Flores Marchitas. Uno de ellos en una flecha o en un virote, con la invocación adecuada, causa la Muerte inmediata a la criatura en que impacta.

—¿Y cómo es que semejante reliquia no se halla en algún monasterio?

—Fue robada, Abadesa. Espero que esta información sea tratada... con discreción.

Empezaron a comer tras bendecir la comida. La charla se tornó más insustancial, hasta que acabaron los postres. La priora estaba muy interesada en el estado de los lugares por donde habían pasado, si las cosechas eran abundantes y si la devoción a las Diosas era adecuada.

—Bueno —dijo Robledal—, estaréis cansados. Nuestra casa es vuestra casa, y gracias por traernos a nuestras novicias.

—Era nuestro deber, Abadesa —replicó Zhersem—. Pero antes tendríamos que presentarnos a nuestros hermanos en la fe de este lugar.

—El sacerdote de la Dueña del Jardín Sin Fin de la ciudad, está haciendo su recorrido en los pueblos de alrededor, como cada dos lunas, para dar el Último Adiós.

—¿Solo hay uno?

—Sí, el Sacerdote Garrote. No le acompaña ninguna Paladina del Cráneo. Dice que él, con su garrote, se basta. No tiene templo propio, usa una pequeña capilla en el nuestro. Es un tipo singular.

—Eso parece, por lo que me contáis, Abadesa.

Después de veinte minutos más de conversación cortés, el sacerdote y la guerrera se fueron a dormir.

Estuvieron unos días más, para que Zhersem se recuperara de la debilidad de la consunción mágica, descansando y comiendo mucho. La monotonía se rompió la penúltima noche. Siempre comían solos en una pequeña sala, pues las dirigentes del templo, a no ser que hubiera asuntos delicados, se reunían con el resto de las religiosas en el comedor comunal. Una de las innumerables y casi indistinguibles novicias, irrumpió en medio de su cena habitual para algo muy importante, según ella. La siguieron hasta el hospital, donde Robledal los esperaba en el recibidor.

—Sígueme, creo que deben estar presentes en este momento.

Sin esperar contestación, se dirigió a una habitación del dispensario. En ella se encontraban la Priora Medianoche, la muda Bruma y la herida Atardecer, postrada en la cama profundamente dormida. En una mesa al lado de la cama, sobre una escudilla de plata, había dos bellotas de roble y un bisturí.

—Por favor, guarden silencio —dijo la abadesa mientras les hacía una señal con la cabeza a sus ayudantes.

Estas retiraron los vendajes de Atardecer. La superiora hizo unas incisiones en los muñones e introdujo en ellos las bellotas. Al unísono, la priora e, inesperadamente, Bruma, empezaron a entonar la plegaria de los veinticuatro nombres de la Diosa de la Vida:

—Tatarabuela Cherm, La Primera que Te Ve... —Mientras con ambas manos agarraban los antebrazos de Atardecer.

Zhersem, que al principio se extrañó al oír la voz de Bruma, cayó en la cuenta de



que esta debía haber completado su Luna Silenciosa, confirmándolo al ver los tatuajes de curación en sus brazos. Se alegró por ella, pues era el paso previo a recibir los de matrona en los dedos.

Primero brillaron los muñones, luego las bellotas. De cada fruto brotó un pequeño tallo de roble hecho de luz, del que se diferenciaron pronto cinco ramas. Al ritmo de la letanía, se ensanchaban y crecían. Luego fueron tomando forma de manos y después, la luz se fue transmutando en madera de roble viva, incluida corteza en los dorsos.

Al acabar la demostración del poder de la Diosa, Bruma se soltó la cadena, sacó un anillo que llevaba al lado del medallón legado por Madre Claridad, y lo introdujo en el anular izquierdo de la mano de madera. Aunque no lloró, se la veía muy emocionada. Todo el mundo quedó en un silencio nostálgico y emotivo. A pesar de que las nuevas extremidades no eran precisamente bonitas, Atardecer demostró que eran funcionales al moverlas en sueños. Antes de que ningún servidor de la Diosa de Las Alas Fuertes pudiera decir algo, una novicia entró para acompañarles a sus habitaciones. Bruma fue la que les despidió.

—Mil gracias por vuestra ayuda. Ahora tenemos que recogernos durante unos días. Se lo prometimos a la Diosa si todo salía bien.

Al día siguiente partieron al alba. Las novicias más madrugadoras los acompañaron hasta la curva del camino.

## Capítulo 3

Les fue muy difícil volver a encontrar el rastro de la reliquia. El descanso, aunque justificado, la había alejado de los servidores de la Muerte. Estuvieron varios días andando por la estepa desértica, viendo solo gris en todas las direcciones, incluso en el cielo. Se dirigían al paso entre las montañas, que recibían el nombre por el color predominante. La ruta estaba marcada en el mapa que les habían dado en el templo y siguiéndola, el iniciado localizó el objeto sagrado.

—No sé el lugar, pero sí hacia donde está —le dijo a Tria, pero al momento cambió la cara—. Me parece que tenemos que hacer otro pequeño desvío. No para de salirnos trabajo por estos lugares.

—Claro, una búsqueda rápida y tranquila nunca existirá. Y si lo hace seguro que no nos toca a nosotros. ¿De qué se trata?

—No estoy muy seguro de qué se trata, pero de quién... ¡un necromante! A unas seis millas hacia el norte.

Anduvieron unas cuatro, hasta que vieron una columna de fuego con extraños brillos de sortilegio. La paladina y el sacerdote intercambiaron una mirada y apretaron el paso. Las llamas bajaron su intensidad y perdieron el resplandor mágico, pero cuando quedaba poco menos de una milla, ambos efectos reavivaron su fuerza.

—Detecto cinco o seis no muertos y al necromante —informó Zhersem—. Están creando cadáveres quemados. Mejor nos damos prisa por si podemos salvar a alguien.

Confiado en que estaba anocheciendo y que el fuego les impediría ver que se acercaban, soltaron los equipajes y arrancaron a correr. La guerrera se colocó el escudo, que empezó a despedir luz, y se preparó para desenfundar la espada en cualquier momento. El clérigo recitó la letanía de los veinticuatro nombres pero sin acabarla, dejándola en suspenso. Así, cuando dijera el último nombre, podría lanzar el hechizo. Aunque esta técnica cansaba, era menos costosa que solo utilizar un nombre, permitiéndole, a cambio de más agotamiento, incluso hablar sin completar el hechizo.

—¡Espera! —El tatuaje del ojo del sacerdote brilló con más intensidad, como invariablemente ocurría al escudriñar a una distancia imposible para la vista normal—. Si queremos salvar a alguien, no hay tiempo para ser cautos, ni movimientos sutiles. ¿Carga frontal, Tria? ¿Tú bloqueas con el escudo los hechizos del necromante y yo voy quemando a los cadáveres resucitados?

—Al viejo estilo pues... ¡A la carga! —Se puso a correr desenfundando la espada, sin esperar al iniciado, como siempre. Él se tuvo que esforzar en seguirla.

Los servidores de la Muerte se acercaron a la columna de fuego, en la que se seguían observando luces sobrenaturales. Iban a la carrera, sincronizando los pasos pese a la dificultad. Lo hacían inconscientemente, sin fijarse en los pies del otro. Tantos años de entrenamiento en el monasterio habían dado resultado. El sacerdote a

un solo paso de la guerrera, quien apagó la luz de su escudo para no alertar de su presencia demasiado pronto.

Empezaron a oír un escalofriante canto en una lengua gutural, con muy pocas vocales y un exceso de consonantes duras, aderezada con lo que parecían chasquidos y gruñidos. Al poco, comenzaron a vislumbrarse una media docena de figuras en pie alrededor de la columna llameante. Al lado había un árbol, y en una de sus ramas colgaba cabeza abajo, atado con una soga, un cuerpo humano que se meneaba en medio de la hoguera. Entre el fuego y el círculo de figuras había otra con las manos en alto, de la que surgía el sonido.

Cuando estuvieron a unos cien pasos, y pensando que pronto serían descubiertos, Tria lanzó el grito de guerra de las Paladinas del Cráneo, la primera parte del lema del credo:

—¡A todo le llega la Muerte! —E hizo brillar de nuevo a su defensa para resaltar el efecto de sus palabras.

El del canto interrumpió su conjuración, volviéndose y retrocedió un poco hacia atrás. Las otras figuras abandonaron el círculo, dirigiéndose a formar una barrera entre los servidores de la Muerte y su amo. Gracias a la luz, se pudo ver que eran cadáveres alzados. Aunque las piernas se encontraban en un estado normal para un humano vivo, los brazos, el torso y sobre todo la cabeza, estaban muy quemados. En muchos sitios se veía el hueso asomando entre la carne chamuscada. Todos lucían una desagradable mueca, al haber desaparecido los labios y la carne de alrededor. No quedaba ni resto de cuero cabelludo, y donde deberían estar los ojos, había unas pequeñas llamas.

«Estos necromantes —pensó la guerrera— siempre tan cobardes... Mejor, así se descubren ellos mismos rápidamente».

El sacerdote derribó a dos de la barrera con un hechizo doble que lanzó con las manos desde ambos costados de la guerrera, quien se protegía con el escudo delante de ella. Al cabo de unos instantes, un par de no muertos eran simples cenizas en el suelo. El hechizo que los creó no les hacía muy resistentes a la furia de la Diosa. El iniciado recomenzó a enumerar la letanía de los veinticuatro nombres.

Justo en ese momento, entre uno de los huecos en la fila, pasó un rayo de luz verde en dirección a los servidores de la Muerte. Tria aseguró los pies preparándose para el impacto y lo bloqueó con su defensa. El conjuro se reflejó en todas las direcciones sin causar daño, pero hizo retroceder con su fuerza a la paladina. Esta se vio ayudada por el sacerdote, ya que no le había dado tiempo a contener su carrera y la empujó desde atrás, sin dejar de recitar. La del cráneo recordó las palabras de su maestra de combate en el monasterio: «Con los necromantes tu escudo sagrado es tu mejor arma. La bendición de la Tatarabuela Muerte, que habita en los escudos de las devotas, rechaza sus hechizos y a las abominaciones no muertas».

El pérfido hechicero avanzó hacia la barrera, tocando a uno de sus no muertos. El engendro empezó a brillar con una enfermiza luz verdosa, que se intensificó

rápidamente y a la misma velocidad se esfumó, llevándose al cadáver quemado con ella. Ahora lo que brillaba, en verde también pero en otra tonalidad, era la mano derecha del necromante. Con la izquierda empezó a dibujar símbolos arcanos alrededor de ella, haciendo que la luz se expandiera formando una esfera y rodeara la extremidad hasta el antebrazo.

Tria recordó de las lecciones de combate mágico, que el hechizo conjurado por el maligno brujo era muy poderoso. Ni su escudo aguantaría todo su poder.

—¡Los cadáveres para ti! —le dijo a Zhersem—. ¡No tenemos tiempo!

Y aceleró todavía más mientras sus cabellos flotaban hacia el cielo, señal de que invocaba el poder de la Diosa.

Afortunadamente para ellos, el sacerdote casi había terminado la letanía, con lo cual otros dos cadáveres quemados fueron reducidos a cenizas. Ni siquiera estallaron en llamas rojas, como era lo normal en las abominaciones, confirmando la impresión de que eran poco más que recipientes andantes de energía para los oscuros fines del hechicero.

La guerrera recorrió la distancia que la separaba del necromante a una velocidad sobrehumana. Con un golpe hacia arriba le cortó la mano del conjuro y la hizo volar unos treinta pasos, donde explotó en una columna de energía de un nauseabundo verde, dejando una mancha negra circular en el suelo. El dueño de los no muertos cayó al suelo, tanto por la fuerza del golpe como por el trauma de la amputación. La resuelta pelirroja, con un ágil giro, lanzó un ataque hacia la cabeza del cadáver quemado, aprovechando que este se le aproximaba por el flanco derecho. La cortó a la altura de la nariz, como una sandía en una demostración de espada. Luego se revolvió con rapidez, a la vez que se agachaba hacia el necromante y le impactó con el pomo en forma de calavera en la sien, para asegurarse de su inconsciencia.

Observó alrededor para ver si había alguna otra amenaza, mientras el sacerdote se acercaba. Tria registró al pérfido brujo y le quitó una daga. Luego le desnudó el pecho, encontrando tres piedras en forma de punta de flecha, enfiladas hacia arriba, incrustadas en la carne sobre el corazón. Un potente hechizo de reencarnación que permitía al necromante trasladar su conciencia a otro cuerpo cuando moría. La guerrera se congratuló de haber usado el pomo en vez del filo, si no, el ofensor a la Diosa podría haberse escapado casi sin castigo. Esperó a que Zhersem purificara los restos del último cadáver quemado antes de decirle:

—Tenemos un problema. Acuérdate de que perdí la Daga de Misericordia en aquel encuentro con los gigantes. Y este tiene piedras de reencarnación. Sin la sagrada arma, resucitará seguro si lo ejecutamos.

—Habrà que atarle —contestó el iniciado—. Y tendremos que volver a Tres Rocas. A ver si aquel sacerdote que nos mencionaron las seguidoras de Cherm tiene una. Prepáralo para el viaje y ahora le quitamos los tatuajes.

—Primero le cauterizaré el brazo, no sea que se nos muera. —Le hizo un torniquete y se dirigió a las llamas, que habían perdido sus luces sobrenaturales, con

la espada desenfundada—. ¡Vaya, por lo menos hemos salvado a uno! —exclamó descubriendo a alguien atado a un árbol al otro lado del fuego.

Rodeó la planta y la hoguera. Se encontró a un hombre vestido con harapos, amordazado y enlazado al tronco con unas sogas, desde donde la miraba con terror. En el suelo se veían dos montones más de cuerda, que supuso habrían sido usadas con dos víctimas para las que el rescate llegó tarde.

—No tengas miedo —explicó al hombre cortando sus ataduras con la espada—, somos servidores de la Diosa Muerte. —Esperó a que él solo se quitara la mordaza, y que el sacerdote llegara a su lado antes de continuar—. Este es el Iniciado Zhersem. Y yo, la Devota Triannora.

El hombre siguió mirando con terror en los ojos, aunque atenuado. Mas ahora también habría que añadirle sorpresa y una chispa de gratitud. Tras toser y escupir como si quisiera quitarse un mal sabor de boca, se presentó:

—Yo me llamo Segundo Herrero, Sus Gracias. Perdonen que no me levante —dijo frotándose las muñecas para recuperar la circulación—. Perdonen que no me levante —repitió—, pero tengo las piernas dormidas. Si me pudieran proporcionar algo de agua mientras se me despiertan...

Zhersem le pasó un odre del que Herrero bebió con avidez, escupió y volvió a beber. Casi se atraganta cuando el cuerpo que estaba suspendido encima del fuego cayó sobre este al quemarse su sujeción. Justo como hubiera acabado el conjuro al que estaba siendo sometido, pero este no se había completado al cortar el canto. Aún así, el cadáver poseía algo de energía necromántica y se agitaba entre las llamas, pero sin moverse hacia fuera. Mientras la pelirroja calmaba al recién liberado, el sacerdote purificó los restos.

Intercambiaron posiciones, al recordar Tria que el brujo aún estaba desatado y con el brazo perdiendo sangre a pesar del torniquete. Calentó al rojo el tercio superior de la espada en la hoguera, y le cauterizó el muñón. Si el hechicero se estaba despertando, el tratamiento lo devolvió a la inconsciencia.

Mientras tanto, el clérigo había estado interrogando al rescatado. Este le contó que estuvo trabajando como esclavo en una mina de hierro en las Montañas Grises, cerca de los Montes Caudentes. La esclavitud era ilegal en las tierras de las Dos Diosas, pero algunos sin escrúpulos se aprovechaban del vacío de poder en los Yermos de Ceniza. También les narró que si estabas muy ajado por el maltrato y los trabajos extenuantes, te sacaban de la mina. Él creía que simplemente los mataban, pero descubrió a las malas que los subían a carros y posteriormente vendían a necromantes para sus tenebrosos propósitos.

La Paladina del Cráneo acabó de atar y amordazar al brujo, a la vez que el sacerdote terminaba de hablar con Herrero, pues se empezaba a repetir. Se pusieron a retirar los tatuajes mágicos del hechicero, excepto los que lo hacían resistente al hambre y a la sed. Usaban la letanía cuando era posible y cuando no, le despellejaban. Aunque parecía cruel, era la única forma de estar seguros de que no

usaría ningún truco mágico prohibido. Además, le pusieron una soga con un nudo al cuello, tanto para dirigirlo como para evitar que echara a correr. El único que pareció disfrutar con el proceso fue el rescatado, que ya se encontraba de pie.

El camino de vuelta a Tres Rocas se hizo lento, pues Tria sufría el desgaste del combate, y el necromante se resistía bastante a avanzar a su muerte definitiva. Herrero también renqueaba por los abusos en las minas. La comida abundante, aunque monótona, le restituyó un poco las fuerzas. A la tercera noche, ya se podía confiar en él para estar de guardia vigilando al brujo.

En la cuarta, la guerrera estaba durmiendo bastante mal, pues oía en sueños una voz que no paraba de decir:

—Quítame la mordaza... Quítame la mordaza...

Y después de muchas repeticiones, con una voz aún más imperativa:

—Mátame... Mátame...

Al cabo de un rato oyó que había contestación:

—Ya te he quitado la mordaza, pero ahora vas a morir. Y con tu propia daga.

Se despertó justo a tiempo. Herrero se estaba preparando para clavar una daga en el pérfido hechicero. Tria se lo impidió al derribarlo con un empujón a la vez que se incorporaba. Tras un leve forcejeo, le arrebató el arma al antiguo esclavo, mientras lo dominaba sujetándole los brazos con las rodillas. El sacerdote también se despertó por culpa del tumulto.

—No lo hagas —le dijo el iniciado a Segundo, mientras la paladina le inmovilizaba con más fuerza—, es lo que él quiere. Si lo haces, se reencarnará en otro cuerpo.

Cuando por fin se calmó, los servidores de la Muerte le explicaron más profundamente el funcionamiento de los poderes de reencarnación de los necromantes, la forma de evitarlos, la falta de Daga de Misericordia, y la necesidad de ir a Tres Rocas a por una. También le contaron que algunos, como este, podían hipnotizar usando los ojos. Como a ellos no les afectaba por la protección de la Diosa, no se habían acordado de vendárselos. Poco a poco, el liberado fue entrando en razón.

Al finalizar la aclaración, la guerrera se volvió para ponerle de nuevo la mordaza al vil brujo. Se encontró con que se estaba intentando suicidar, tragándose la lengua. Ya empezaba a tener el color azulado de los asfixiados.

Tria reaccionó rápidamente, le abrió la boca y, utilizando el mango del hacha, le empujó la mandíbula inferior ampliando la abertura. Pidió ayuda a Zhersem para que sujetara el astil con fuerza, y con el cuchillo del necromante le sacó la lengua. Acto seguido, con la misma arma, se la cortó para que no pudiera volver a hacerlo. Repitió el mismo procedimiento que con el brazo y le cauterizó la herida para que no se ahogara con su propia sangre. Aprovechó para vendarle los ojos, impidiendo que usara sus habilidades hipnóticas de nuevo.

Al recoger la daga, observó que estaba limpia de sangre, como si la hubiera

absorbido.

—Lo que nos faltaba —se quejó a nadie en particular—. Ahora tenemos que librarnos de un arma maldita... Otra preocupación más.

## Capítulo 4

Sin lugar a dudas, tal como les habían contado en su anterior visita al templo, el clérigo Garrote era un tipo peculiar.

Lo conocieron tras pasar por unos cuantos trámites. Primero tuvieron la bienvenida y recibimiento de las novicias, con caras de asombro y asco, al ver el estado del necromante. Después, esperaron la llegada de la abadesa, que envió a Herrero al hospital, y al hechicero a una celda de presos, no eclesiásticas. Robledal les informó de que Garrote ya había vuelto de su recorrido sacramental, pero que no lo había visto en toda la mañana.

Aprovecharon el tiempo para narrar brevemente los hechos, con caras de asombro, alabanzas e indignación por parte de la superiora, según la historia se iba desarrollando. La abadesa mandó buscar al clérigo por todo el templo. Al final, le encontraron en un apacible meandro del río, dando buena cuenta de una hogaza de pan, embutidos y un odre de vino tinto.

Unas tres horas después de su llegada al templo, los servidores de la Muerte vieron aparecer, bordeando el bosque sagrado, a un sacerdote de la Diosa del Jardín Sin Fin..., o a un tipo disfrazado de sacerdote. Aunque tenía los tatuajes mágicos adecuados, iba bastante zarrapastroso. La túnica, además de estar muy remendada, le llegaba hasta las rodillas en vez de a los tobillos, quizá a causa de la barriga descomunal que hacía que la tela tirara hacia arriba. Aunque estaba calvo por las marcas de la cabeza, llevaba una larga barba, en contra de la costumbre. Zhersem y el resto de iniciados se afeitaban todos los días. El tipo era alto, con brazos y piernas musculosos, cosa que indicaba que la panza había crecido más por abandono que por genética. Para rematar el conjunto, su gran nariz se había roto por lo menos tres veces con pésimas reparaciones. Se iba apoyando en un garrote enorme, con muchas muescas causadas por golpes. Tenía, calculando por las arrugas de los ojos, alrededor de cincuenta años. Y, otra frivolidad a añadir a la lista, el ojo tatuado para la visión de muerte era el derecho; al contrario que todos los clérigos de la Muerte que habían visto, tanto Tria como Zhersem, y habían sido muchos.

—Sacerdote —empezó la presentación inclinando la cabeza—, se presenta humildemente ante Su Gracia, el Iniciado Zhersem Sort Flejen, acompañado por la Devota Triannora Sort Fanora.

Esta copió su gesto pero le añadió un toque marcial, al golpearse con el puño la malla a la altura del corazón.

—Bienvenidos sean, Iniciado y Devota —contestó el aludido inclinando la cabeza con menos ángulo, ya que era de rango superior—. Yo soy el sacerdote Tercero Guardia, sin el Sort de nacido entre el clero de la Diosa. Pero todo el mundo me llama Garrote, así que pueden... ¡no!, mejor llámenme así.

—Como quiera... Sacerdote Garrote. Perdona mi rudeza, pero esto no es una visita de cortesía, tenemos un problema. Capturamos a un necromante, pero tiene



incrustadas piedras de resurrección. Y nosotros carecemos de Daga de Misericordia.

—Hmm, mejor continuamos la conversación en la capilla. Síganme. —Reforzó sus palabras con un descuidado gesto con la palma de la mano.

Marcharon en silencio hasta el templo. Alguna de las novicias les siguió con la mirada. La capilla de la Tatarabuela Muerte se ubicaba en el lado contrario del hexágono al ocupado por el púlpito de Cherm. Estaba dedicada a su aspecto de la Diosa de las Alas Fuertes, la que sube las almas. Consistía en una estatua alada de la deidad, con las manos cruzadas sobre el vientre, y revestida de una túnica de seda negra rematada por una capucha que velaba su rostro; y un altar con una tela encima con rosas, igualmente negras, bordadas.

—¿Una Paladina del Cráneo sin una ejecutora? —Reinició el interrogatorio el inmenso sacerdote—. ¿Cómo es eso?

—La perdí, Su Gracia —contestó Tria, con un tono mucho más deferente que el que usaba con Zhersem—. En un combate con dos gigantes.

—¿Y no fue a pedir una? ¿Ni a confesarse tal como dicta la regla para esas pérdidas?

—Estábamos ya lejos del monasterio, Su Gracia. Y pensamos..., pensé que era más importante el continuar la misión, ya que nos encontrábamos cerca de nuestro objetivo.

—¿Y consiguieron ese objetivo?

—No, Su Gracia. Perdimos también nuestros caballos con los gigantes, y el objetivo parece que se agenció un medio de transporte más raudo del que poseía hasta entonces.

—¿Y la confesión?

—No nos hemos encontrado con otro sacerdote de la Diosa hasta ahora, Su Gracia, y la regla prohíbe hacerlo con el clérigo emparejado.

—Eso lo solucionaremos más adelante, Devota. Bueno, ¿así que el problema es que no tienen una Daga de Misericordia para ejecutar a ese abominable necromante?

—Así es, Su Gracia.

—Pues yo aquí tampoco tengo una.

—Entonces tendremos que ir a la siguiente capilla más cercana, Su Gracia —contestó el iniciado.

—Podemos buscar una solución —replicó Garrote—. Vamos a ver, si mal no recuerdo, la Daga de Misericordia al usarse paraliza cuerpo, mente y espíritu, consiguiendo con ello que a la hora de la ejecución no se cause dolor. De ahí proviene su nombre. Pero en realidad está ideada para que el condenado no use ninguna habilidad mágica, ni su alma pueda escapar a otro cuerpo, ¿verdad?

—Lo ha descrito perfectamente, Su Gracia —asintió la paladina.

—Entonces todo lo que hay que hacer es impedir que use sus habilidades con algo y podrán ejecutarle con cualquier otra arma. Pues la fortuna nos sonrío. Mi cayado es de madera de árbol triste, que crece en las laderas de las Montañas

Tranquilas, un árbol consagrado por la Diosa. Como saben, un impacto con esta madera hace que un no muerto se retire o se inmovilice unos instantes, y corta la conjuración de hechizos. Lástima que sus efectos no duren mucho. Con él sujetaré al reo, pues el contacto prolongado es más efectivo que un simple golpe. Después, la Devota le corta la cabeza rápidamente y usted, Iniciado, tiene preparado un rayo purificador.

—Pues deberíamos darnos prisa —dijo la paladina—. Tuvimos que hacerle, hmm, un tratamiento especial, por decirlo de alguna manera. No quisiera que estando tan cerca se librara de la justicia de la Diosa.

Prepararon la ejecución bastante deprisa, tras hablar con la abadesa Robledal. Les indicó que había un claro en el bosque sagrado, que se utilizaba para los ajusticiamientos de los ofensores a la Diosa Cherm, al menos los muy graves. Les dio permiso, pero les conminó a que cuando acabaran todos sus asuntos y descansaran, tuvieran una charla más profunda con ella.

Recogieron al necromante de las celdas, custodiadas por un único Paladín del Roble, el primero que Zhersem y Tria veían en el templo, quien no les puso ningún problema para el cambio de custodia. Aprovecharon para comprobar la venda en los ojos del pérfido hechicero y después se dirigieron al claro de las ejecuciones.

Una vez llegaron, hicieron tumbarse al reo. La paladina se colocó el yelmo para que tuviera un carácter más oficial. Desenfundó el hacha, poniéndose en posición de verdugo, a un paso del pescuezo del brujo. Señaló con la cabeza a Garrote, quien se puso de rodillas encima del condenado, usando su bastón con las dos manos para sujetar al criminal contra el suelo, presionándolo en la base del cuello. La guerrera descargó el hacha en el hueco que había entre el cayado y la cabeza, cercenándola limpiamente. El corpulento sacerdote se apartó y Zhersem conjuró el doble rayo purificador que llevaba preparado, haciendo arder la testa y el cuerpo al mismo tiempo. Al apagarse las llamas, rebuscaron entre las cenizas encontrando las tres piedras de resurrección intactas, hecho que indicaba que el alma del necromante se encontraba siendo juzgada por la Diosa. Las guardaron envueltas en un paño, para destruirlas adecuadamente más adelante.

Mientras se dirigían hacia el templo para la conversación pendiente con la abadesa, la pelirroja exclamó:

—Si me permite la observación, Su Gracia, esta es la ejecución más extraña a la que he asistido.

—Se la permito, solo espero que su confesión no sea tan extraña. —Le sorprendió con la respuesta Garrote.

Una vez se asearon y cambiaron de muda, Garrote fue a buscar a Tria. La acompañó a la capilla, pero para sorpresa de la paladina, no realizaron la confesión allí, sino que solo recogieron un bulto pesado, cubierto de tela, que por supuesto tuvo que cargar ella y se dirigieron al río. Anduvieron un par de millas corriente arriba, hasta llegar a un pequeño salto de agua. El sacerdote comentó que era un buen sitio

para pescar, pues en verano las truchas y barbos iban a donde caía el agua, a oxigenarse. Le pidió el bulto, lo depositó en una piedra que le llegaba a la cintura y retiró la tela. Descubrió una figura de la Diosa. La misma mujer vestida con túnica y capucha de la estatua, pero esta vez con los brazos abiertos y llamas en las palmas de las manos. Era la representación de La Señora Flamígera de la Purificación. Aparte de ser el aspecto obvio de la Diosa para hacer arder y purgar a no muertos y demás abominaciones, era asimismo el de la penitencia y arrepentimiento.

—Bueno, Devota, en cuanto quiera... —dijo Garrote sentándose a la diestra de la estatua.

—Así lo sabe la Diosa —comenzó la paladina con la vieja fórmula, tras arrodillarse enfrente de la estatua—, así lo saben mis hermanos.

—¿Qué es lo que tus hermanos deben saber?

—He perdido la Daga de Misericordia que me fue confiada —comentó sucintamente.

—¿Cómo ocurrió tal desgracia? —El sacerdote no se iba a quedar sin los detalles. Entonces Tria empezó su relato:

—Zher... El Iniciado Zhersem y yo llevábamos solo dos semanas tras la reliquia, entonces aún teníamos monturas. Íbamos por el camino que bordea el Bosque Salvaje. Estaba anocheciendo pero queríamos llegar a la siguiente posada. El céfiro se tornaba más frío, y las bestias necesitarían grano para seguir sanas. Justo en un recodo del camino, cuando entraba un poco en el bosque para rodear un peñasco, nos encontramos una carreta tumbada bloqueando el paso. Tenía una rueda desprendida, como si hubiera habido un accidente. Paramos un momento, pero no se veía a nadie detrás del vehículo y el Iniciado no detectó nada con la visión de muerte. Tuve un mal palpito, pero antes de que pudiera avisar a mi compañero, atacaron dos gigantes. Eran el doble de altos que un hombre. Arremetieron cada uno de un lado del camino, desde su escondite entre los árboles y en el mismo instante. En el momento no lo pensé, no tenía tiempo. Pero más adelante, con calma, me di cuenta de que no era la manera normal de comportarse en unos gigantes. Parecía como si alguien los hubiera instruido.

»Bueno, fuera como fuera, atacaron las cabezas de nuestros caballos, golpeándolas con sus enormes porras llenas de clavos. Otra táctica inusual en ellos, pues arremeten siempre contra el jinete. A mí me dio tiempo a saltar de la montura, pero a Zhersem se le quedó atrapada una pierna debajo del cuerpo de la suya. Se le derrumbó encima con la testa abierta. Yo rodé hacia atrás por la fuerza del salto, alejándome de los enemigos, pero el Iniciado estaba totalmente indefenso. Además de la pierna, se encontraba inconsciente. Seguro que se había golpeado la cabeza contra alguna piedra. El gigante que había matado a su montura preparó un golpe, mientras el que había atacado a la mía se me encaraba.

»No se puede luchar contra dos gigantes sin que nadie te cubra las espaldas, así que le lance la Daga de Misericordia al monstruo, clavándosela en un ojo. Los

poderes de la ejecutora le paralizaron unos momentos, como bien habéis explicado antes, dándome tiempo a enfrentarme al otro. Saqué mi hacha y rodé para ponerme cerca de él, obligándole a hacer un movimiento forzado para golpearme, como me enseñaron en el monasterio. Le di en la rodilla... ¡se la destrocé! —Tria acompañó esta parte con gestos de usar un hacha—. Como cayó al suelo, me volví para enfrentarme al otro. Suponía que los efectos de la Daga de Misericordia se estarían pasando... ¡Justo! Pero en vez de atacar al Iniciado, huyó hacia el bosque tapándose con las manos el ojo herido y llevándose la Ejecutora con él. El gigante que quedaba, demostrando la cobarde naturaleza de estas criaturas, soltó la porra y empezó a llorar y suplicar. Me prometió los tesoros que habían estado acumulando con sus asaltos. Pero... —Aquí la paladina volvió a gesticular como una leñadora—. Cuando acabé me dirigí a donde se hallaba el Iniciado Zhersem, y al inspeccionarlo vi que tenía un chichón de muy mal aspecto encima de la sien. Levanté un poco el cuerpo del caballo usando la poca fuerza de la Diosa que todavía me quedaba y lo saqué de debajo. La pierna empezó a tomar un aspecto morado y a hincharse, y mis intentos por despertarle no fueron fructíferos. Así que, tras cogerlo en brazos, dirigí una pequeña plegaria a Pir Ohrm Sah, el aspecto compasivo de la Diosa, y seguí el camino. Esperaba encontrar la posada que queríamos alcanzar antes del percance.

»Llegué cuando quedaban dos horas para amanecer. La Diosa me escuchó y me dio fuerzas para andar... y fortuna, pues en la posada se encontraba una sacerdotisa matrona de Cherm, que estaba de viaje por la comarca para dar la Primera Leche a los niños nacidos ese año. Así que le dio de la poderosa bebida al Iniciado. —Tria volvió a poner cara de asco al pensar en tomar, de adulto, leche humana, como el día de la primera cena con Robledal, Medianoche y Bruma—. Después usó sus poderes curativos, que dieron buenos resultados. Mientras Zhersem se recuperaba, volví al sitio del encuentro. Seguí el rastro del gigante que huyó, hasta llegar a una cueva que parecía haber estado habitada por ellos. Aparte de restos de sus repugnantes comidas, unas hogueras y unos primitivos jergones de paja, no encontré nada, ni tesoro ni la Daga de Misericordia. Lo que sí que hallé fue un agujero excavado recientemente: el lugar donde escondían el botín, supongo. Volví, retiré los cadáveres de los caballos del camino, que estaban ya mordisqueados por las alimañas y también desguacé el carro para despejar el camino.

»Una vez el Iniciado se recuperó, continuamos la persecución, pero por estas tierras los caballos son escasos y nadie nos quiso vender ninguno.

El sacerdote no la interrumpió en ningún momento. Asintió alguna vez para que continuara, mas no dijo nada. En vez de mostrar la cara solemne de una confesión, ponía una de nostalgia. Era la faz de los viejos guerreros cuando escuchan antiguas historias de batallas.

—Bueno —rompió el silencio el sacerdote—, aunque hay circunstancias atenuantes, la pérdida de una Daga de Misericordia no puede quedar sin expiación. En la roca sobre la que hemos depositado la estatua de La Señora Flamígera de la

Purificación, grabarás el Hexagramón HCHFHP, el nombre que representa la parte misteriosa de la Diosa.

En cuanto terminó de hablar se levantó, envolvió la estatua y la cargó sin aparente esfuerzo, dejando a Tria a solas para que cumpliera la penitencia ayudándose de unas piedras. Ella acabó casi al amanecer y se fue con manos doloridas hacia el complejo residencial del templo.

Se reunieron con la abadesa por la tarde del día siguiente. Estaba acompañada por la priora y Segundo Herrero. El antiguo cautivo se había bañado y llevaba ropajes nuevos y sencillos. Todo un cambio comparado con sus harapos de esclavo minero. Relató sus vicisitudes e infortunios en la mina. Robledal, más que interrogarle, iba asintiendo con cara comprensiva al estilo del orondo clérigo, dejándole hablar. Continuó durante unos veinte minutos, hasta que Medianoche le interrumpió con furia:

—La Tatarabuela Cherm no permite estas cosas en sus dominios. Esos desalmados se creen que por estar en tierras aisladas, pueden comportarse como animales rabiosos. Abadesa, con su venia, avisaré a los Paladines del Roble y prepararemos una expedición. —Robledal hizo un gesto afirmativo y la priora se puso enfrente de Herrero y le dijo—: No te preocupes, te prometo por las Dos Diosas que se hará justicia. —Cuando acabó su apasionado discurso, salió de la sala con paso raudo y decidido.

—Pero ¿qué ocurre por estos territorios? —se dirigió la abadesa hacia los servidores de la Muerte—. Últimamente los necromantes, los no muertos y otras abominaciones, campan a sus anchas por los Yermos Grises. El sacerdote Garrote, en su periplo de cada dos lunas por las aldeas de alrededor, también se ha encontrado con esas... cosas. Cuando alguien se muere, así debe quedar. Así lo quieren las Diosas. ¡Y así debe ser! —Poco a poco, en su discurso, fue levantando la voz en cada «así», demostrando que dominaba el arte del sermón.

—Una de las razones, Abadesa —contestó el iniciado—, ha sido la falta de sacerdotes de nuestra Dama de las Flores Marchitas que purifican esos cuerpos. Por ello, en estos lares se acumulan cadáveres para sus oscuros manejos.

—Esa es una —continuó Garrote—. Otra es la cantidad de enterramientos antiguos, cuando aún no se purificaba con las llamas. Era costumbre sepultar en túmulos a los caudillos guerreros de antaño por estos lugares. En aquellos tiempos, los volcanes estaban mucho más activos que ahora, y se consideraba que la tierra era sagrada, pues ardía con la misma furia que tenían ellos en sus corazones. Eran inhumados con sus armas mágicas, o por lo menos con armas que tomaron muchas vidas. Son lugares y objetos de poder para un necromante.

—Habría que añadir el aislamiento entre las pequeñas comunidades —opinó la guerrera, desde un punto de vista más táctico que religioso o mágico—. Pueden asaltar una para conseguir cuerpos frescos, y pasar lunas antes de que alguien sepa lo que ha pasado. O robarlo por la noche, mientras esperan a un sacerdote de los

nuestros. Ninguna familia es capaz de velar a todas horas un cadáver durante mucho tiempo, y tampoco pueden transportarlo abandonando el trabajo.

—Si me permitís, Abadesa —dijo el barbudo clérigo—, yo podría escribir al Monasterio de la Muerte Plácida para que nos mandaran algunos pares de Sacerdote y Devota, y que patrullen estos territorios. Yo soy un sacerdote más bien... espiritual, y necesitamos gente más marcial. Aunque siempre andamos escasos de efectivos, por lo menos vendrían dos pares, o tres... Uno experimentado y alguno al final de su aprendizaje. Eso sí, con casi todas las marcas adecuadas para el trabajo. Y también viajarían con ellos una monja o dos, para guardar los muertos.

—Mire a ver si puede ser para mañana. —La abadesa parecía muy satisfecha con la idea—. Mandaremos a uno de nuestros Paladines del Roble neófitos de corredor. La resistencia para ellos es un deber, más que una virtud. No se preocupe, llegará antes que a caballo.

—Entonces —añadió Zhersem—, si me permite Su Gracia, el mismo corredor podría llevar un informe sobre el estado de nuestra misión, ya que va al mismo lugar.

—No faltaría más, Iniciado. Téngalo listo también para mañana.

En esos momentos entró la priora Medianoche, acompañada de un Paladín del Roble de un tamaño imponente, que hacía palidecer al de Garrote. Iba casi desnudo, salvo por una falda de corteza de roble. En las barbas llevaba unas trenzas, con hojas del mismo árbol al final de cada una. Al igual que la novicia Atardecer, tenía algunos miembros de madera viva. Eran reparaciones de las heridas sufridas por la Diosa Cherm, ambos brazos y una pierna, aunque los movía correctamente. También tenía corteza en el abdomen y una oreja. No necesitaba camuflaje para esconderse en un bosque.

—Se presenta, a requerimiento de Su Gracia, el Muy Fervoroso Nogal —dijo, recalcando el «muy», para indicar que no era un Fervoroso Paladín de rango normal.

Robledal le hizo un resumen de la situación, tras presentarlo a Tria y Zhersem, y saludarse con cierta efusividad con Garrote.

—Es cierto, Abadesa, no podemos permitirnos dejar estos actos impunes —añadió el guerrero cuando ella acabó el resumen—. Prepararemos una expedición a esas minas y las liberaremos. Con tres servidores de la Muerte con nosotros, no tendremos ningún problema si nos encontramos con necromantes.

—Siento contrariarle, pero solo el sacerdote Garrote podrá ir con Sus Gracias —le informó el iniciado—. La Devota Triannora y yo tenemos que reanudar nuestra búsqueda lo antes posible. Ya hemos perdido mucho tiempo, e ir a las minas nos desviaría en exceso de nuestro camino. Pero nuestros ánimos y oraciones se encuentran con Sus Gracias.

Después de que el corpulento clérigo corroborara que era la mejor opción, Tria y Zhersem abandonaron la sala para que pudieran discutir entre ellos los entresijos de la expedición. Se dirigieron a la fragua a destruir las piedras de resurrección y la daga del necromante. Primero las piedras, echadas al fuego mientras él recitaba la sagrada

letanía. Al acabarla, desaparecieron en un estallido de luz. El iniciado descubrió a las malas que la daga era muy poderosa, cuando se despertó después de la explosión que destruyó el arma, con el herrero del templo insultándole en varios idiomas mientras gesticulaba hacia el agujero del techo. Se sumaron tres Paladines del Roble, con sus hachas de doble filo y las porras desenfundadas. Además, vio a la guerrera sonriendo y señalándole las cejas, o más bien la falta de ellas, mientras le decía:

—Menos mal que ya no tenías pelo... y yo llevaba el escudo...

Al final, el informe lo tuvo que redactar la paladina.

## Capítulo 5

Esta vez las novicias les despidieron haciendo un pasillo con ramas de roble, pues el iniciado y la guerrera partieron con la expedición. Durante los tres días que marcharon con ella, estuvieron en todo momento atendidos por la novicia Atardecer. Ella no paraba de darles las gracias de palabra, obra o mirada por su rescate y cuidados. Les contó que había sido asignada como sanadora de la rama guerrera de la Diosa de La Vida. Según la priora, aunque pensaba que solo lo decía para consolarla, ella más que nadie les comprendería, al tener también miembros de madera viva, como muchos de los Paladines del Roble. Los tatuajes mágicos de curación le habían sido puestos un poco más arriba de las muñecas, justo antes del nacimiento de las manos, pero funcionaban. En cambio, y esto lo decía con un poco de tristeza, nunca podría tener los de matrona pues solo podían estar en los dedos, no siendo aptos los miembros leñosos para las marcas místicas.

Con Garrote estuvieron poco, ya que era un hombre jovial y hablador, que se llevaba bien con todo el mundo, sobre todo con Nogal. Entre ambos eran capaces de secar un barril de vino si los dejaban, aunque tampoco le hacían asco a la cerveza. Los Paladines del Roble, aunque habituados a las privaciones y al dolor, celebraban la vida con buenas comidas, canciones e historias alrededor del fuego. La anécdota de la destrucción de la daga del necromante causó bastante hilaridad. Esta costumbre la repetían tanto en el desayuno como en la comida, por no decir de la cena. Así alababan a Cherm. El corpulento sacerdote les echaba una mano aunque no entraba en sus obligaciones religiosas.

También iba con la expedición, a petición propia, Segundo Herrero. Aunque estaba agradecido por todo lo que le habían ayudado, les hablaba poco. Se encontraba en un estado pensativo casi todo el tiempo, y alguna vez se le veía revolviéndose en sus mantas por las pesadillas.

Partieron al día siguiente de la reunión, al estar siempre los paladines dispuestos para las marchas y la lucha. Todas las noches repasaban los mapas que habían dibujado con ayuda del liberado, preparando el asalto. Tria, a pesar de su entusiasmo por la táctica y la estrategia, se contuvo y apenas habló un par de veces. Si no iba a participar, no se sentía legitimada para opinar. Solo lo hacía cuando se lo pedían, a no ser que en los escenarios posibles hubiera necromantes. Entonces daba sus consejos sin casi esperar su turno.

En cuanto la expedición se desvió hacia al sur, ella y Zhersem se despidieron de todos, pero sobre todo de Garrote y Atardecer. Siguieron en dirección este ellos dos solos, hacia el paso de las Montañas Grises.

Llegaron al camino al cabo de unas dos semanas, sin más contratiempos que el aburrimiento de la marcha por un paisaje monótono y sin civilizar. El lugar concentraba a todos los viajeros de los Yermos Grises que quisieran ir al Mar de Las Lunas. Incluso se encontraron con un lujo que poseía el descriptivo nombre de



Posada del Paso. Aprovecharon para quitarse el polvo del camino, alquilar una habitación para disfrutar de una cama y cenar alimentos frescos. Pagaron todo por adelantado. Después de comer, Tria se dispuso a mezclarse entre los parroquianos para sacar noticias, pues el posadero estaba muy ocupado atendiendo a los clientes, como para tener conversaciones de más de dos frases.

—¡Una mujer en cota de malla! —le espetó un consumidor del brebaje local, que llevaba un buen ritmo con la bebida—. Me gustan las mujeres de verdad.

—Y a mí los hombres de verdad... —replicó la Paladina del Cráneo—. Aunque por aquí no veo ninguno. ¡Pero no pongas esa cara, hombre! Te invito a una jarra de lo que estás tomando.

La técnica era un poco burda, mas daba resultado. La pelirroja había dejado en la habitación el yelmo, el escudo y la espada, objetos que la marcaban como una Paladina del Cráneo. Con solo la armadura y el hacha, se hacía pasar por una luchadora mercenaria, siempre y cuando el iniciado no se encontrara cerca, ya que este eliminaba la ilusión con sus tatuajes de sacerdote de la Muerte. Así que Zhersem hacía compañía a las armas. Con la paga de unas cuantas rondas, la guerrera se enteró de bastantes nuevas, pero de ninguna que les llevara en pos de las reliquias robadas.

Tropas de las provincias de los Tres Ríos se habían desplazado hacia el noroeste ocupando la orilla de poniente del Mar de Las Lunas. En respuesta a ese movimiento, las mesnadas montadas en bestias del Duque del Gran Caudal, habían descendido el curso del río del mismo nombre, llegando hasta Puerto en el Río para proteger el comercio. Mientras tanto, el colosal y muy anciano dragón Fauces Sangrientas, seguía haciendo sus correrías en busca de comida y tesoro por la orilla este, aunque sus periodos de hibernación eran cada vez más largos. Las islas del centro del mar seguían como siempre. Las cofradías luchaban entre sí, pirateándose barcos mutuamente y a cualquier despistado que pasara; excepto cuando se montaba una flota de castigo: entonces se unían todas las islas en su contra.

También se contaba que la reina de Mercia, Flores de la Victoria, tenía intenciones de casarse por tercera vez. El último esposo había fallecido en un torneo, por lo cual estaba preparando otro para encontrar nuevo marido en algún campeón. La gente empezaba a hacer apuestas sobre el caballero que se llevaría el premio.

Tria juzgó más interesante el rumor que relataba que una nueva plaga de peste equina estaba dejando muchas tierras exiguas de cabalgaduras, cosa que beneficiaba al Duque del Gran Caudal, al no depender de los caballos para montar a sus huestes.

Al cabo de un rato, las noticias dejaron de fluir y en su lugar aumentaron los toscos, pero muy toscos, intentos de seducción. La paladina dijo buenas noches y se dirigió hacia su habitación. Por el camino tuvo tiempo de enseñarle al más bruto de sus pretendientes una llave de derribo.

Abandonaron la posada antes del alba, para que nadie les viera. El paso que le daba nombre se podría haber considerado un pequeño valle. En los puntos de mínima amplitud, habría como media milla zarmetsa y en su punto máximo, algo más de dos.

Incluso se veía algún huerto regado por los riachuelos de montaña, con alguna cabaña solitaria al lado.

Anduvieron durante todo el día hasta llegar a ver a lo lejos la costa de Mar de Las Lunas. Acamparon al raso para no molestar a la familia de ningún pobre hortelano. Antes de dormir, disfrutaron de un magnífico espectáculo; las tres lunas que le daban nombre, reflejadas en el agua.

A la mañana siguiente fueron interceptados por dos jinetes del ejército de las provincias de los Tres Ríos. Su interrogatorio sobre quiénes eran y hacia dónde iban, empezaba a rayar la descortesía, cuando un oficial con la misma capa negra apareció escoltado por otros dos soldados montados, que portaban a la espalda las plumas de los mensajeros y los exploradores.

—¿Qué ocurre aquí? ¿No os está claro que son servidores de la Diosa? —inquirió con una voz a medias entre enfadada e irónica—. Disculpen Sus Gracias a estos hombres, es su primera misión fuera de nuestras fronteras y están un poco... susceptibles —continuó, mirando ya al iniciado y a la paladina—. Es una suerte haberles encontrado, ya que necesitamos de sus servicios.

—Disculpas aceptadas, oficial —contestó Zhersem—. ¿A qué servicios os referís?

—Ayer acabamos con unos salteadores, y en nuestro batallón no tenemos asignado ningún sacerdote de la Diosa del Viento Cortante. —El oficial casi marcó las mayúsculas, para que se dieran cuenta de que no era un inculto como sus subordinados, pues conocía los nombres de las Diosas—. Necesitaríamos que se realizara el ritual de purificación sobre las pilas de cadáveres, pues nos han advertido de la mucha actividad necromántica en los Yermos Grises. Así podríamos continuar con nuestras obligaciones, en vez de esperar a que venga uno de los sacerdotes de nuestras huestes.

—Es nuestra obligación. Oficial, por favor, indíquenos el lugar —dijo el clérigo mientras hacía el gesto con el brazo de: «detrás de vucencia».

El militar no solo les indicó el lugar, sino que les acompañó hasta él, sin renunciar a su escolta. Los otros dos jinetes de la patrulla fueron despachados con un gruñido y una mirada de: «como volváis a liarla, os espera un paquete...».

Llegaban cerca de la orilla cuando vieron dos pilas de cuerpos, una más grande que otra. Se notaba la diferencia de tratamiento entre la montaña de cadáveres de los salteadores, la más alta y la de los caídos de los Tres Ríos. En la primera, los cuerpos estaban dispuestos para la pira con sus armas y armaduras. En la segunda, solo conservaban la ropa. Y de las banderas, blasones y símbolos que llevaban tradicionalmente en su espalda, solo quedaban los palos a los que se sujetaban, haciendo de pequeños mástiles. La tela y plumas que representaban a cada compañía y cuerpo, se enviaban a sus familias como reliquia, para que colgaran encima de la chimenea. No había ninguna casa, castillo en las montañas, choza perdida en el bosque ni chamizo en medio de los pantanos, que se pudiera considerar honorable, en

todas las provincias de los Tres Ríos, sin que alguno de estos ensangrentados recuerdos luciera en el lugar más importante del hogar.

Una vez arribados al lugar de la matanza, cerca del final del paso, el sacerdote miró interrogativamente al oficial. Este afirmó con la cabeza y sin más dilación, el sacerdote se dirigió a la pila de cadáveres más alta. Después de recitar la letanía, la montaña de cuerpos se transformó en una pira funeraria sin ayuda de ningún combustible. Repitió el proceso en el montón de muertos más pequeño. Antes de acabar todo el proceso, ya se había establecido una formación de honor entre los soldados. Mientras continuó el funeral, los civiles viajeros que marchaban cerca fueron parándose en señal de respeto. Las llamas no fueron del todo azules, como en la purificación de Madre Claridad, o las manos de la Novicia Atardecer. Se veían rastros de rojo aquí y allá. Algunos de las piras no estaban en paz con las Diosas.

Un viejo suboficial del ejército de los Tres Ríos, que portaba el brazalete dorado indicando veinte años de servicio, se cortó el flequillo de veterano. Lo arrojó al fuego, un gesto en honor de un familiar más joven que se encontraba entre las llamas.

Después de dar el Último Adiós a los restos humanos del combate, tras la despedida militar del oficial, los servidores de la Muerte siguieron su camino hacia el mar de Las Lunas. Nuevamente fueron interceptados, esta vez por un sargento, quien se identificó como Tercer Panadero. Les pidió que administraran la última purificación a unos condenados por pirateo costero. Es decir, a unos desalmados que realizaban fuegos en las bahías de los cabos más escarpados, haciendo que los barcos se estrellaran contra las rocas, al confundir las hogueras con faros de señalización.

Lamentablemente, las ejecuciones no habían acabado, por lo que tuvieron que presenciarlas. Ni a Tria ni a Zhersem les gustaba ver como se le escapaba la vida a nadie, a pesar de su devoción. Una cosa era eliminar a uno que alienta las abominaciones, porque así lo quiere la Diosa, y otra ver el ajusticiamiento de alguien por las leyes humanas.

La ejecución era por ahogamiento, en este caso en una silla dentro de una urna gigante transparente. Una vez que el reo era atado a la silla y la puerta cerrada herméticamente, el agua del mar interior inundaba la urna por medio de unos vasos comunicantes. Los dos o tres minutos antes de que el condenado pasase a mejor vida, se hacían un poco difíciles de ver, ya que se debatía en la silla antes de que la falta de aire le obligara a buscarlo, encontrando el líquido elemento para respirar. No era una tranquila forma de morir, pero los marineros de los navíos destrozados y saqueados sufrían la misma suerte.

El suboficial estuvo todo el tiempo al lado de ellos. El acta de condena se gritaba a los cuatro vientos por un cabo mayor, que se notaba bregado en tales menesteres. Las tropas de las provincias de los Tres Ríos no dejaban atrás sus tradiciones de que cada región hiciera cumplir la ley como más le convenía. Habían dejado a la Guardia Marítima Unificada, del Mar de las Tres Lunas, seguir con sus competencias en su jurisdicción. Los Gumus o la Guardia Costera, pues con ambos nombres les conocían,

era una tropa pagada por todas las islas del mar interior, precisamente para que se encargara de asuntos como ese. Y aunque en todo lo demás seguro que disentían, en eso, los gobiernos de todas las islas coincidían.

Su cuartel general estaba en Puerto en el Río, pero ni el Duque del Gran Caudal, ni las tropas de las provincias de los Tres Ríos, intentaban controlar a una fuerza de seguridad tan necesaria para el comercio por aquel mar. La piratería entre islas estaba sujeta a un ritual que hacía que la carga llegara donde tenía que llegar. Solamente cambiaba el receptor de la cuota de transporte, siempre que los propietarios de la mercancía estuvieran río arriba o río abajo.

Una vez acabadas las ejecuciones y la quema de otros cinco cuerpos en una pequeña pira de purificación, el sargento les invitó al obligatorio trago de aguardiente. En esta hoguera, las llamas rojas igualaban a las azules. Mientras bebían, en una desenfadada charla se enteraron de que los saqueadores no eran tales, sino mercenarios pagados por alguna isla a la que no gustaba la presencia de las tropas de las provincias en la costa occidental. Una cierta uniformidad en sus armaduras de cuero daba la razón al suboficial. El clérigo aprovechó para recordar que los servicios dados por los miembros de su clero, mientras no fueran en contra de su fe, eran imparciales en asuntos de política. A pesar de la afirmación de neutralidad, Tria no perdió la ocasión de conseguir una recopilación de rumores. Aparte de una relación más acertada de los movimientos de las tropas del Duque y de las provincias, no les contó nada nuevo, pero escucharon con amabilidad. El hombre parecía necesitado de descargar, por medio de palabras, sus muchas preocupaciones.

Agotada la conversación, el sargento les indicó el puerto más cercano para viajar hacia las islas. Zhersem tenía la corazonada de que era la dirección correcta para reencontrarse con el rastro de las reliquias. El lugar no pertenecía ya a una red secundaria, sino más bien terciaria. No encontraron ni oficina de billetes ni viajes regulares. Los viajeros se acercaban a los muelles, esperando que los capitanes y primeros oficiales de cada nave anunciaran a pleno pulmón su itinerario, y si aceptaban pasajeros o mercancías.

Aquel día solo había un barco que se dirigiera a las Islas Centrales. La capitana era una miriápodo que gesticulaba con fuerza usando sus seis brazos. Distaba mucho de poseer los mismos que un ciempiés, pero eran llamados así por adorar a la Gran Escolopendra. Esta en particular, por el contrario, llevaba un colgante de las Dos Diosas, de otra forma no estaría viva. Los adoradores del gigantesco artrópodo, no tenían buena fama por sus ritos a base de sacrificios humanos. Hijos de algún enfermizo experimento, habían desarrollado extremidades adicionales. Muchos de los jóvenes huían de las cerradas comunidades de la secta, y buscaban protección en las tierras de las Diosas, donde eran tolerados y protegidos, ellos y sus descendientes, por el clero de Cherm. Tras muchas generaciones de refugiados, habían creado una sociedad propia entre las islas del Mar de Las Lunas, ya que con la ayuda de sus tres pares de brazos, eran unos excelentes marineros.

Esta, aparte del colgante, lucía un parche ocular bordado con el escudo de su compañía, al estilo corsario. Vestía una blusa blanca sin mangas, con un imponente escote que hacía resaltar la joya. Los pantalones y las altas botas eran negros, a juego con su pelo.

Justo al acercarse, pudieron escuchar cómo se burlaba de un mercader.

—¡Pero deje de mirarme los pechos, buen hombre! ¡Qué solo tengo dos, no seis como los brazos! —le informaba con una gran sonrisa. Después se volvió hacia el iniciado y la paladina—. Buenos días tengan Sus Gracias. Soy la capitana Miri Com Am, del Ballenato Rojo. A pesar de su pinta rechoncha es un navío bien marinero, con mucho espacio para las mercancías y pasajeros. No será muy presto, pero seguro... serlo, tanto pa' las tormentas como pa' los piratas. Se lo prometo por mi yerro —dijo señalando su alfanje.

Al clérigo se le veía indeciso y pensativo. Pero Tria, que sentía una especie de hermanamiento por todas las féminas que demostraran ganas de luchar, quiso informarse un poco más.

—¿Y cuándo y cuánto? —le preguntó usando la variante más comercial de la lengua común.

—En pocas horas, Sus Gracias. Y si, por lo que veo, van tan descargados de equipaje como ahora, solo tres monedas de a peso. Comida y jarra incluidas. Pero que el peso sea correcto, na' de esas monedas relimás y recortás, y na' de monedas de esos países que usan viles mezclas. Buena ley de plata de nueve a una es lo que aceptamos.

Tras unos momentos de cálculos silenciosos, Zhersem le replicó.

—Aquí tengo una de electro, pero nos darás un lugar apartado. —Le enseñó la moneda.

—Así se hará, Sus Gracias, trato hecho entonces —dijo, dándoles un apretón de manos de contrato aceptado, tras la inspección dental de la moneda.

—Iremos a comer a una taberna —explicó el iniciado a la vez que le correspondía al apretón—. ¿Antes de cenar decía la capitana? —inquirió al recuperar la moneda.

—Antes de cenar sería buena hora, aquí les esperamos. —Miri siguió pregonando su barco, al ver que los servidores de la Muerte abandonaban los muelles, dirigiéndose hacia el barrio portuario.

## Capítulo 6

La lucha iba bien. El ataque nocturno sorprendió a los esclavistas. Los Paladines del Roble se habían infiltrado casi hasta las narices de los guardias, despachándolos silenciosamente. El vigilar más hacia adentro que hacia afuera, por las posibles fugas, jugaba en su contra.

La buena y rencorosa memoria de Segundo Herrero, les había indicado dónde estaban las torres y puestos de vigilancia, y dónde guardaban a los prisioneros. Los esclavos eran conducidos todos los días arriba, para una magra cena y un sueño de seis horas. La estrategia fue decidida ya durante el viaje, aunque el pulido de las disposiciones tácticas tardó otro día más, pues esperaron a que los exploradores despejaran alguna duda.

Garrote llevaba un hechizo preparado. Había recitado veintitrés de los veinticuatro nombres de la Diosa a la espera de completar la letanía. Notaba la tensión de la mística energía en su cuerpo. El no haber nacido dentro del clero, el haber sido un converso tardío, jugaba en su contra a la hora de soportar el poder. Cuando hablaba sin haber completado el hechizo, lo hacía de forma entrecortada, ya que el esfuerzo de contención se hacía más exigente al pronunciar palabras. Andar o comunicarse por gestos era mucho más fácil.

Se encontraba en los túneles de bajada, acompañado de Atardecer y un par de Paladines del Roble. El combate se estaba realizando en la superficie, pero unos pocos de los esclavistas habían huido por las galerías. Al principio de la lucha se mantenían de refuerzo por si aparecía algún necromante. Como no lo hizo ninguno y vieron a los huidos, fueron raudos en su persecución.

«Esperemos que no haya ninguna sorpresa —pensaba el sacerdote—, no sea que nos dirijamos a alguna trampa y empiecen a caer rocas, o salgan una veintena en una emboscada».

En cada encrucijada, uno de los guerreros de Cherm se paraba y asía con fuerza una garra de lobo disecada con su mano no arbórea. Oteaba los dos ramales, oliendo con fuerza el ambiente. Una vez incluso se agachó y olfateó el suelo. Por lo visto hasta entonces, siempre elegía la dirección correcta; ya que iba señalando alguna pisada reciente, en algún charco de barro, que confirmaba el rastro.

Atardecer iba usando su visión mágica, con el tatuaje alrededor de su ojo izquierdo fulgurando en plata, mientras el globo ocular lo hacía en rojo. La novicia intentaba detectar vida, pero en la profundidad estaba muy limitada: solo localizó algunos hongos y sabandijas.

Cada vez escaseaban más las bolas de luz que iluminaban los túneles, y eran menos potentes. Las energías mágicas que los alimentaban estaban agotándose, sin que nadie se molestara en recargarlas. Seguramente esas galerías por las que andaban ahora se encontraban en desuso.

Quince minutos más tarde, continuaban aún la persecución y Garrote se

empezaba a cansar. Entre la carrera y el hechizo preparado, se encontraba sin resuello. «Me estoy haciendo viejo —pensó—, y esta barriga tampoco ayuda». Antes de que pudiera seguir sintiendo lástima por sí mismo, el paladín que llevaba la garra levantó la mano para indicar un paro en la marcha. Miró al suelo y a los alrededores con gesto pensativo.

—Aquí pasa algo raro, Bellota —habló con una voz baja—. De repente se acaba el rastro. Y no noto ningún uso de magia... No han podido desaparecer así sin más.

—Tendrán que haber usado algún truco —le replicó su hermano de orden—. Piensa, Zarpas, que tú eres uno de los mejores rastreadores del templo.

—Pues lo único raro que noto —dijo llevándose una de las uñas de la garra a los labios, con el mismo gesto que los escolares con el punzón de escribir en la cera—, es que estas pisadas son un poco más profundas. Y alguna está como un poco difuminada. Hmm. —Hizo un ruido como de concentración—. ¡Ya está! Nos están intentando hacer el truco de volver sobre sus pasos.

Todos se volvieron hacia atrás para mirar hacia adonde habían venido, intentando vislumbrar algo que les indicara por donde se habían ido sus presas.

—No os lo vais a creer —dijo Atardecer casi susurrando—, pero detecto vida en esas piedras. Al principio pensé que era algún hongo, o algo así. Pero ahora que he mirado con más detenimiento... No es algo vivo en la superficie de la roca, es como si la misma roca estuviese viva.

Zarpas y Bellota se pusieron en guardia, llamando a la furia divina que les otorgaba Cherm. Todo su vello corporal, y tenían mucho, se les erizó como a los gatos. Sus músculos se hincharon un poco, no de forma excesivamente espectacular, pero sí perceptible. También se les abrieron mucho los ojos y las pupilas, dándoles un aspecto de locos, o de intoxicados por alguna extraña droga.

Se dirigieron hacia las rocas señaladas por la novicia, blandiendo sus clavos con la izquierda, y en la diestra sus hachas de mano de doble filo. Antes de que llegaran, surgió un puño de la piedra formado del mismo material, que les lanzó un golpe desarrollando un brazo detrás de la mano. Bellota paró el ataque con su maza, pero se desequilibró y retrocedió un par de pasos.

En breves instantes, lo que parecía ser dos rocas, se transformaron en dos pétreos humanoides. Adornaban su boca dos grandes colmillos de un dedo de largo, que sobresalían de la comisura de los labios. Sus brazos estaban desproporcionados por su longitud, pues llegaban más abajo de las rodillas. Eran una vez y media la altura de uno de los Paladines del Roble, y estos ya son grandes. Uno portaba una viga de hierro a modo de porra. El otro, una oxidada guadaña cuya hoja medía más de dos pasos, con el mango partido por la mitad, dándole el aspecto de una gigantesca hoz.

—¡Trolls de piedra! —avisó Zarpas.

—¡Señora Flamígera de la Purificación! —gritó Garrote completando la letanía.

De sus manos salió una columna de mística energía que, evitando por poco al rastreador, impactó en la rocosa mole armada con la hoz-guadaña, derribándola por el

impacto, descubriendo así que había una galería tapiada por los trolls. La criatura no pareció sufrir mucho daño. Si el poder otorgado a los sacerdotes por la Segadora afectaba mucho menos a los vivos que a los muertos, a los seres de piedra lo hacía la mitad que a los vivos.

Los guerreros de Cherm aprovecharon la ventaja temporal para atacar desde ambos flancos al enemigo que todavía estaba de pie. Aunque sus golpes fueron poderosos, alimentados como estaban con la furia de la Diosa de la Vida, el gigante los ignoró. Saltó algún trocito de piedra, pero no se vio herida. Los paladines se retiraron antes de que el troll pudiera contraatacar. Aun así, descargó su viga en el suelo. Su falta de reflejos competía ventajosamente con su resistencia a los golpes.

Zarpas, que era el más rápido de los dos, aprovechó el estúpido ataque para asestarle tres golpes, saliendo de su alcance con rapidez. Bellota se quedó guardándole las espaldas para bloquear una posible respuesta, pero no la hubo. El oponente continuaba incólume, y su compañero ya había recuperado la verticalidad, dirigiéndose hacia Garrote. Este retrocedía, mientras continuaba pronunciando la retahíla de la Diosa Muerte, que había comenzado nada más acabar de lanzar su anterior hechizo. Bellota, con un grito, le advirtió a su par que lo dejaba solo y se dirigió a interceptar al humanoide de roca.

Garrote tuvo que parar un golpe con el utensilio del que tomaba su nombre, golpeando el mango de la hoz-guadaña. Interrumpió brevemente la enumeración, pero la reanudó en cuanto el guerrero de Cherm se interpuso entre él y el monstruo.

El paladín daba algún golpe ocasional, pero estaba esperando el ataque del clérigo. Cuando lo realizó, el troll les sorprendió bloqueándolo, cruzando los brazos y protegiéndose la cabeza. Alguna diminuta grieta apareció en la superficie de los antebrazos sin causar verdadero daño. Bellota reanudó los ataques de distracción mientras le gritaba al sacerdote:

—¡Tendrá que pensar en otra cosa!

Garrote se puso a ello con resignación, mientras iniciaba una nueva letanía. Zarpas seguía entrando y saliendo de la guardia del de la viga. Con fintas y dobles fintas, acababa siempre dando en el blanco, esquivando sin necesidad de parar los torpes ataques de la criatura. Por otra parte, aunque el guerrero ni sudaba, solo había mellado la pétreo piel.

Poco a poco, la rabia nacida de la frustración iba tomando fuerza en la mente obtusa del troll, quien compuso una mueca que hizo todavía más horrible su cara. Después de un par de rutinas de finto-entro-golpeo-salgo del paladín, la bestia de piedra abrió los brazos y lanzó un fuerte rugido que enseñó todos los dientes, resaltando todavía más los enormes colmillos.

Atardecer aprovechó el momento y arrojó un puñado de bellotas a las fauces del monstruo.

—¡Verde Señora de la Generosidad! —terminó la letanía de Cherm que había estado recitando.



Los frutos que tenía el troll en la boca se transformaron en pequeños árboles que le desencajaron la mandíbula en medio de fuertes luces sobrenaturales. Las raíces se introdujeron en su quijada inferior, rajando la roca. La punta de una de ellas asomaba en la unión del cuello con la cabeza. Del agujero goteaba un viscoso líquido negro. Unas grietas aparecieron en la unión de las mandíbulas, al crecer las plantas un poco más antes de que la luz se esfumara. El engendro empezó a tambalearse produciendo ruidos de dolor, que eran atenuados por la selva en miniatura que crecía en su boca.

Zarpas soltó el hacha, agarrando su porra con ambas manos. Se concentró unos instantes en aumentar la furia de Cherm y saltó hacia el troll, impactando con su maza en el punto de origen de las grietas. Le salpicó una lluvia de fragmentos de madera y de roca que le hicieron pequeños cortes en la cara. El horrible humanoide se derrumbó con un enorme boquete donde antes tenía la boca, del que aún surgía algún diminuto árbol. El guerrero soltó el trozo de lo que quedaba de su clava, y recogió del suelo su hacha. Al ver que su enemigo continuaba con vida, ya que se estaba retorciendo, se cebó alrededor de la herida, ampliándola.

La otra parte del combate seguía estancada. Esta vez Garrote intentó concentrar todo el poder de la Diosa en un solo punto, concretamente la rodilla derecha. Pero aunque tiró al suelo al engendro de piedra, este cayó sobre el hinojo y mano izquierdos, pudiendo levantarse en poco tiempo. Los ataques de Bellota a la cabeza, aprovechando su ventaja, tuvieron la misma falta de efecto que los anteriores. La rodilla se veía un poco más dañada, ya que fluía un poco del viscoso líquido negro.

—¡Así tardaremos años! —dijo el guerrero sin quedar claro si al clérigo o al cielo.

El troll se quedó pensativo unos momentos ignorando los golpes del paladín, reflexionando profundamente... o todo lo profundo que pueden estas criaturas. Estiró hacia adelante el brazo izquierdo y puso su mano en forma de garra. Luego avanzó hacia el sacerdote, ignorando al servidor de Cherm y lo sobrepasó. El sacerdote retrocedió, levantó su arma sujetándola de ambas puntas, y se dispuso a bloquear los ataques. El horrible humanoide levantó su arma para un feroz golpe de arriba hacia abajo. Pero cuando lo descargó, en vez de hacerlo sobre Garrote, lo hizo sobre Bellota, quien se estaba moviendo por el flanco para ir a defender a Garrote. No le atacó el cuerpo, sino que segó hacia sus piernas, con tan mala fortuna para el guerrero que lo pilló a medio paso. La hoja de la guadaña, a pesar de su aspecto lamentable, cortó el apéndice del paladín por debajo de la rodilla como si fuera una espiga de trigo.

Bellota cayó al suelo hacia adelante, mientras parte de su extremidad seguía erguida. El engendro volvió a levantar su arma para rematar al herido. Garrote lanzó un apresurado hechizo, pero esta vez al mango de la guadaña, no al portador. El astil se rompió, alejándose la hoja por los aires. El clérigo se arrodilló de golpe, agotado y casi indefenso, pues había usado las energías místicas a mitad de letanía. Tuvo suerte de que la estúpida criatura se quedó mirando, con la cabeza inclinada hacia un lado,

el trozo de mango que aún llevaba en la mano. El sacerdote sacó fuerzas y gritó pidiendo ayuda.

El troll se volvió hacia el servidor de la Muerte y sonrió con una espantosa mueca. Se acercó con pasos lentos, disfrutando del momento, pensando de qué forma iba a destruir a esa criatura tan molesta. Garrote se resignó a lanzar otro hechizo casi sin preparación. En su estado era muy posible que le causara la muerte, o daños crónicos... Pero un hombre sin esperanza es un hombre sin miedo.

Bellota salvó la situación al entrar en un trance frenético. Se levantó y avanzó, literalmente, a la pata coja en pos de la bestia de roca dejando un reguero de sangre. Comenzó a golpear con sus dos armas en la espalda del pétreo gigante. Este se giró y se quedó unos instantes atónito porque el paladín todavía tuviera el tesón de continuar luchando, ahora arremetiendo contra su pecho. La velocidad con la que los golpes del guerrero se repetían, era asombrosa. Y, a juzgar por el ruido que producían, de una fuerza bestial, más ni aun así, el engendro sufría lesiones de consideración.

Justo cuando el troll salía de su ensimismamiento y levantaba los brazos juntando los puños para estamparlos sobre Bellota, recibió el asalto de Zarpas, quien al oír el grito de ayuda y ver el peligro que corrían sus compañeros, había concentrado toda la furia de Cherm en su brazo izquierdo, el que era de madera viva. Después, se había lanzado a la carrera y saltado. La leñosa extremidad brillaba en el mismo tono que un tatuaje mágico. Impactó con el hacha en la rocosa cabeza, introduciendo uno de los filos hasta el mango, que se destrozó. El brazo no pudo resistir a la vez la descarga de poder y la potencia del impacto, por lo que explotó a la altura del bíceps.

Bellota siguió golpeando al monstruo, hasta que, al desmoronarse, se dio cuenta de que estaba muerto. Al no tener enemigo, el amputado guerrero salió de su trance y se desmayó.

Atardecer se acercó a los heridos. Primero detuvo la hemorragia de la pierna con sus habilidades mágicas, que cerraron toda la herida. Repitió el proceso con la otra parte de la extremidad.

—Por si pueden volver a unírsele —explicó al sacerdote al ver su cara de extrañeza.

Luego se dirigió hacia Zarpas, que tenía el cuerpo lleno de incisiones. Estaba sujetándose el brazo de madera viva con la mano de carne. Del irregular corte rezumaba una mezcla de sangre y savia.

—Aquí solo te puedo taponar la herida —manifestó la novicia—. Necesitarás un nuevo brazo. Harán falta al menos dos sanadoras. Tendrán que hacerte un nuevo muñón, pues en el viejo no arraigará la bellota. Vamos, que hay que cortar, esperar a que se cure y volver a implantar.

Mientras hablaba, Atardecer sacó una bellota de su bolsa y un cuchillo, ahondó un poco en la madera, clavó el fruto y recitó la letanía de Cherm. El diminuto árbol que creció tenía aspecto de rebrote en un tocón. Una especie de tapa cortaba el goteo, de la que salían unas exiguas ramas.

—Un poco chapucero —aclaró la sanadora—, pero pronto tendrás un brazo nuevo... Y podrás grabarle con orgullo que es el segundo, para alardear ante las futuras nodrizas en los festivales lunares. Seguro que alguna te elige.

Tanto el paciente como la curadora se sonrieron con complicidad.

—Pero eso será dentro de dos lunas, la próxima te toca abstinencia hasta que estés entero —explicó la novicia. Después se dirigió a Garrote—: Sacerdote, estos dos no pueden combatir más.

—Zarpas —inquirió el clérigo—, ¿puedes llevar arriba a tu hermano en la orden?

El aludido asintió con la cabeza.

—Entonces llévalo con el resto de los nuestros. Atardecer y yo continuaremos la persecución. No creo que haya más obstáculos, y cuatro o cinco esclavistas no serán ningún problema.

Zarpas se cargó a Bellota al hombro y se despidió:

—Buena suerte, espero que no tengáis problemas.

—Yo también lo espero —contestó la novicia ofreciéndole la pierna amputada—. Date prisa a ver si se la pueden volver a unir, así podrá volver a combatir antes... y presumir de cicatriz.

El Paladín del Roble cogió con la mano la parte seccionada, marchándose tras una breve inclinación de cabeza.

—Bueno, Novicia —dijo el sacerdote—, pongámonos en marcha. Iremos por la galería bloqueada por los trolls. Seguro que se han ido por allí. Yo voy delante, que estoy más versado en la lucha cuerpo a cuerpo. En cuanto me recupere un poco. — Echó un trago en alto de su cantimplora. Un líquido oscuro cayó de su boca—. ¡Uf!, menos mal que tengo mucha grasa que quemar —expuso acariciándose la barriga con ambas manos—. En breves momentos estaré listo para seguir. No estaré recuperado del todo, por conjurar sin terminar la retahíla, pero podré continuar. ¿Tú estás bien?

—Sí, solo han sido unos hechizos sencillos —replicó Atardecer—, y en todos he recitado la enumeración completa. Pero los tatuajes de sanadora, que son los nuevos... me pican un montón. —La servidora de Cherm tuvo el detalle entrañable de soplar en las muñecas—. En cambio, los de controlar la vegetación, ni los noto. Y eso que he usado más poder. Se debe haber asentado ya la tinta.

Partieron en cuanto la respiración del clérigo volvió a su ritmo regular.

El túnel era estrecho y más húmedo que el resto de la mina. La luz de las bolas era de calidad, pero rojiza en vez de amarillenta. Enseguida se puso a remontar de vuelta a la superficie. La inclinación fue creciendo poco a poco, acelerando la subida. Tanto el clérigo como la novicia llevaban preparados sus hechizos. Entre la pendiente y la preparación sortílega, Garrote resoplaba como una marsopa. Atardecer, aunque estaba más en forma y tenía a su favor la juventud, no se quejó cuando el sacerdote indicó un alto, mientras se apoyaba con su mano libre en la pared. Volvió a echar un trago, escupió algo espeso y tomó otro.

A los cinco minutos de reanudar la marcha, vieron al final del túnel un cielo

estrellado. Nada más salir, se encontraron con un pequeño bosque y una cabaña demasiado elegante para estar en los Yermos Grises. También había un establo, del que partían numerosas huellas de cascos.

Ambos rastrearon con su visión sobrenatural, sin descubrir nada digno de mención. Una patada de Garrote abrió la puerta, pues no se fiaban tras la última experiencia. Al no hallar ni trampas ni emboscadas, se pusieron a registrar el habitáculo. Solo había un dormitorio, en cambio un laboratorio alquímico y tres despachos completaban el edificio. En uno de ellos encontraron un vial de tinta derramado y una hoja manchada, con un mensaje en cifra copiado apresuradamente. Había cuatro plumas usadas con la tinta todavía húmeda, como si hubiera habido varios copistas a la vez.

El que tenían en su poder había sido desechado al caerle tinta que emborronaba más de la mitad del escrito. El cifrado consistía en una serie de flechas apuntando en distintas direcciones. Recordaba una rosa de los vientos o un símbolo del caos, descuartizados.

—Parece que usan una clave de La Cofradía —habló el sacerdote.

—¿Qué cofradía?

—No una cofradía, es La Cofradía, con mayúscula. Un contubernio que opera en secreto, cuyos fines son la acumulación de poder y riquezas.

—¿Una de esas organizaciones secretas, con rangos, círculos y cosas de esas?

—Una de esas, sí.

—Pues será duro descifrar lo que pone.

—Habla de un ataque a la mina... que se llevan las cuentas... y de que ¿¡La reliquia está en camino!? A no sé qué puerto en una isla del Mar de las Lunas. Y ya no se puede leer nada más por la mancha de tinta.

—¿Cómo es que conoces la clave?

—Es que yo antes era de La Cofradía. No pongas esa cara, que ya sabes que yo no nací en el clero de la Diosa. Precisamente, cuando me arrepentí de mis pecados, fui a hacer penitencia al monasterio de La Señora Flamígera de la Purificación. Tras dos años, pude entrar de novicio. Antes mataba por mi propio interés, ahora sirvo a la Tatarabuela Muerte. Ya te contaré mi historia al completo en otro momento. Estos estaban tan seguros de su clave —explicó señalando la nota—, que ni se han molestado en quemar la copia fallida. Creo que solo la conocían uno o dos de todo el grupo. Bueno, volvamos con el resto de los nuestros.

Desanduvieron sus pasos hasta el recinto donde guardaban a los esclavos. La batalla había terminado, pues los cadáveres ya eran amontonados en una pira. Los esclavos liberados increpaban a los pocos prisioneros que se encontraban sentados en el suelo y maniatados. Cuatro Paladines del Roble evitaban un linchamiento, pero no intentaban evitar el ocasional lanzamiento de piedras y basura. Garrote y Atardecer tardaron un poco en encontrar a Nogal, ya que estaba mandando a sus rastreadores a explorar los alrededores, por si había más fugitivos.

Las otras cuatro sanadoras que formaban parte de la expedición tenían poco trabajo urgente, aparte de Zarpas y Bellota. Ningún otro guerrero de Cherm había sufrido heridas graves y los esclavistas, o se habían rendido, o estaban muertos. Una de las curadoras estaba clasificando a los mineros forzados para ayuda mística, aunque lo que más necesitaban era descanso y proteínas.

Nogal, Garrote y Atardecer se apartaron un poco de todos para tener privacidad e informar. El paladín en jefe no se sorprendió al saber que el sacerdote conocía la clave. Llegaron a la conclusión de que Garrote tendría que partir a enterarse de algo más sobre la reliquia, o por lo menos avisar a Triannora y Zhersem. Se decidió también que la novicia fuera con él, pues así parecería un viaje misionero. No llevarían escolta de paladines para no levantar sorpresas.

El clérigo preparó una carta para mandarla al monasterio de la Muerte Plácida. Como ya no se encontraban más cuerpos, purificó la pira. Iluminado por llamas azules y rojas, se dirigió a Atardecer:

—Vete a descansar. Partiremos en cuatro o cinco horas. No te pongas a sanar, aunque sea lo que te pide el corazón. Tenemos que salir pronto, porque esto es muy importante. Y no te preocupes por ir sin escolta, pues espero que no tengamos más problemas como los sufridos hoy. De los tipos normales me encargo yo —dijo guiñando un ojo—. Lo bueno de ir dos sacerdotes, es que nadie tendrá que ir tres pasos por detrás.

## Capítulo 7

El camarote era pequeño, pero estaba seco y limpio. Escaso en mobiliario, solamente tenía una cama y un armario clavados al suelo. La hamaca que colgaba encima del catre, había sido un añadido para que durmieran separados. Zhersem y Tria, que llevaban muchos años durmiendo una al lado del otro, lo tomaron como una concesión a la decencia. Cosa innecesaria, los servidores de la Diosa del Jardín sin Fin, únicamente podían tener relaciones sexuales durante la Luna Negra. El acontecimiento anual que consiste en un eclipse de la luna de la Muerte causado por la de Cherm. Era conocido también como la decimotercera luna, la última antes de los cinco días de fiesta de Año Nuevo; la época en que el poder de la Verde Señora de la Generosidad era más fuerte, justo cuando empezaban a brotar las hojas. En cualquier otra fecha, su organismo no actuaba correctamente para esas funciones.

El iniciado sospechaba que era el camarote del primer o el segundo oficial, que había sido reubicado para que ellos tuvieran su cuarto apartado. Se acordó del dicho: «Eres más comerciante que uno del Mar de las Lunas», que sustituía al más ofensivo: «Es capaz de vender a su madre por un buen precio».

Casi no salían, y comían en el suelo, como cuando eran novicios. Al llevar tanto juntos, casi no se hablaban, no tenían nada que decirse que no supiera ya el otro, bastaba con una mirada. El tiempo pasaba lentamente y la monotonía solo se rompía tras la oración de la cena. A bordo iba una juglaresa que tocaba un arpa cuyo sonido era especial, pues sonaba más fuerte que un instrumento normal y mucho más metálico, pero hermoso. La rapsoda cantaba sobre todo viejas canciones épicas: Miedo a la Noche, Los seis truhanes, Cabalgando por las colinas... Y sobre todo, la que nunca fallaba: La Carga. Escuchando esta última, el sacerdote se perdió en sus recuerdos...

Zhersem andaba todo orgulloso. Había recibido hacía dos semanas el tatuaje encima del corazón que le identificaba como clérigo de la Diosa Muerte. A los diecinueve años, como era la costumbre. La mística marca todavía le escocía un poco, pero ya notaba todo su poder. Marchaba hacia el monasterio de la Diosa del Hueso y el Cráneo, el famoso lugar donde las novicias de la Guardadora de Almas se transformaban en auténticas paladinas.

Iniciado, ese iba a ser su título por lo menos durante diez años, pero le sonaba mucho mejor que novicio. De equipaje solo llevaba una muda, ya que su destino estaba solo a un par de horas del monasterio de La que Siempre Llega, lugar donde se adiestra a los futuros sacerdotes.

Zhersem tenía un Sort entre su nombre y apellido, lo que indicaba que era nacido entre el clero de La Dueña del Jardín Sin Fin. En toda su vida consciente, solo había conocido templos y sus alrededores, aunque sí se había relacionado con gente seglar. Este era su primer viaje sin ninguna compañía.

Tras su graduación, le habían asignado al monasterio de las guerreras de la

Muerte. Iba a ayudar en El Cambio, los ritos y ceremonias que hacen a una paladina estar en consonancia con la Diosa, dándole la capacidad de realizar hazañas increíbles, además de una alta resistencia al dolor y al daño.

Lo escogieron por ser el mejor de su clase en purificación. Era capaz de quemar la parte muerta casi sin tocar la viva. Incluso estuvo dos lunas ayudando después de sus clases en el templo local de Cherm, sobre todo en gangrenas y congelamientos.

Había dos Paladinas del Cráneo en la puerta del convento, más como guardia honorífica que de verdadera defensa. Tras una rápida presentación ritual, una de ellas le escoltó adentro en busca de la superiora.

El complejo era sencillo: cuatro edificios de piedra labrada en el centro, rodeados de una muralla ornamental del mismo material, y unas pocas construcciones de madera para almacenes. En el patio se estaban ejercitando las futuras combatientes de la calavera. Eran vigiladas por sus instructoras y, a veces, luchaban con ellas.

Una de las alumnas salió despedida hacia atrás, al recibir una patada de su profesora. Quiso la casualidad que en su trayectoria se encontrase el iniciado. Ambos cayeron al suelo después del choque. Ella se levantó la primera, miró a su alrededor y, cuando se hizo con la situación, dijo con voz nerviosa:

—Mil perdones, Sacerdote —hizo una profunda reverencia—. Y mil disculpas.

—Iniciado —contestó el clérigo, mientras se miraba atontado una herida en la mano—, solo soy Iniciado.

—Mil perdones, Iniciado, y mil disculpas, pues —se corrigió con el nerviosismo en aumento, multiplicando las inclinaciones de deferencia.

La costumbre pudo al respeto. La aprendiz de luchadora ofreció a Zhersem una mano, que sangraba por unas ampollas reventadas. Él la agarró y ella le ayudó a recuperar la verticalidad.

—¡Triannora Sort Fanora! —gritó la instructora, mientras agitaba su yelmo con la mano—. ¿Cómo se te ocurre dar la mano a un iniciado con el rostro cubierto? ¡Descúbrete ahora mismo!

La aludida se retiró el casco de cuero de entrenamiento, revelando una cara redonda de muñequita, con un pelo rojo muy corto, la nariz pequeña y unos enormes ojos azules.

—Discúlpeme de nuevo, Su Gracia. —Volvió a hacer una reverencia—. Perdóneme mi falta de educación.

—Acepte también mis disculpas —dijo la profesora, mientras inclinaba la cabeza y se cuadraba, sujetando el yelmo con el antebrazo contra su pecho—. Debí parar el combate al pasar Su Gracia.

—No pasa nada, Devota —replicó con tono afable Zhersem—. Yo tendría que andar con más cuidado.

—Insisto en que acepte nuestras disculpas.

—Aceptadas pues —se rindió—. Y que la Diosa las proteja.

—Que la Diosa le proteja, Iniciado.

El clérigo hizo una señal a su escolta para que continuara enseñándole el camino. Al avanzar, se oyeron unos gritos por detrás:

—¡Mira que te he dicho veces que no solo hay que fijarse en bloquear el arma! ¡El cuerpo también es un arma! ¡Al suelo ya mismo, y me haces treinta flexiones! ¡Mejor cincuenta, por patosa!

El iniciado fue presentado formalmente por su guía a la Muy Devota y Muy Piadosa Dionnora Sort Tarnora, dirigente del monasterio. Le informaron de que el tratamiento adecuado sería comandante. Y con ella, al Sacerdote Trhefem Sort Elhdem, jefe de los clérigos del lugar.

Le dieron la bienvenida y le explicaron cuales iban a ser sus obligaciones. Hacia el final de la entrevista, Zhersem comenzó a rascarse inconscientemente la herida de la mano, la que se había hecho en la caída del choque con Triannora. Su superior se dio cuenta y le pidió inspeccionarla. La lesión se había hinchado, como una reacción alérgica. Demasiado veloz para ser una infección. La inflamación estaba cogiendo un tono morado, con vetas amarillentas.

—¿Cómo se ha hecho esto, Iniciado? —dijo el sacerdote en jefe.

—Viniendo hacia aquí, Su Gracia. Me he caído tras un choque fortuito con una novicia.

—¿Esa novicia no te habrá tocado teniendo ella alguna herida sangrando?

—Creo recordar que tenía la mano llena de ampollas reventadas, como cuando usas una azada muchas horas, que luego explotan y, si sigues trabajando, sangran.

—Más bien esas tienen toda la pinta de ser por ejercitar la espada —se volvió hacia Dionnora—. Y bien, Comandante, ¿cree que sería conveniente hacer la prueba?

La aludida examinó a su vez el bulto multicolor y tras un minuto, asintió.

—¿Sabes quién era esa novicia? —le preguntó a la guía de Zhersem que se había retirado a un segundo plano.

—Sí, Comandante, es la pelirroja que tiene familia seglar en el Ducado del Gran Caudal. Triannora Sort Fanora fue el nombre que le gritó su instructora.

—Ve a buscarla, a ella y a la Devota Mayor. Y dile que se traiga la Daga de la Unión —se giró hacia el iniciado y le explicó—: Aquí utilizamos más rangos que los usuales. La Devota Mayor es la oficial al mando de las instructoras.

Los intentos interrogativos del joven fueron ignorados con llamamientos a la paciencia. Al cabo de media hora, volvió la guardia con la adolescente del percance y una paladina que llevaba como hombreras de la armadura dos calvarias de metal, es decir, dos cráneos sin cara.

—Comandante, aquí está la Devota Mayor, acompañada de la novicia Triannora —avisó la escolta, mientras se cuadraban las tres recién llegadas.

—Bien, Devota Mayor, ¿ha traído la daga? —inquirió la oficial en jefe.

La nombrada hizo un gesto afirmativo, ofreciéndole después a su superiora algo envuelto en una tela de color azabache. Esta última retiró el paño descubriendo una daga de acero muy oscuro, en una funda negra con reflejos azules, sin adornos.



Dionnora ordenó a la aprendiz que extendiera el brazo, desenfundó el arma y le pinchó un poco más arriba de la muñeca. Mojó bien la punta en la sangre que salía, repitiendo el proceso en el iniciado.

La hoja de acero brilló en el mismo tono que los tatuajes de los sacerdotes de la Muerte. La misma luz formó una figura de mujer encapuchada, con unas alas que surgían de su espalda. Al cabo de unos instantes, desaparecieron la imagen y la luz. Zhersem siempre recordaría ese momento.

—Algunas paladinas van cambiando de servicio durante su vida —habló Trhefem—. Es la voluntad de la Diosa. Otras están predestinadas a un iniciado, también es su voluntad. Hoy empezaremos el Rito del Cambio. En tres lunas serás ya paladina, Novicia Triannora. Cuando La Tatarabuela Muerte habla, hay que seguir sus indicaciones en el momento. Con el permiso de la Comandante, me pongo a organizarlo todo.

Una hora más tarde se encontraban todos, menos la guardia, en una habitación pobremente amueblada: dos mesas, tres jergones y un par de armarios bajos. Lo que sí que había de sobra eran palanganas, no menos de seis. El iniciado esperaba que ahora le picara la nueva herida, pero al contrario, hasta la hinchazón de la mano había desaparecido.

Había también un ama de cría paladina, que llevaba un vestido. Es muy difícil dar el pecho con cota de malla, por eso esta había sido simulada. Los anillos de metal de la armadura eran representados por bordados en hilo de plata. Tenía los bustos tatuados al estilo de las nodrizas de Cherm, pero a diferencia de estas, los tatuajes de cada pecho eran distintos. En uno se leía, en la parte visible del escote, el ideograma de vida, y en el otro, el de muerte. Solo dijeron su nombre, Fiandora, sin Sort ni apellido.

En una de las mesas se encontraba una copa, con el omnipresente diseño de runas y calaveras de los yelmos y armas de las guerreras de la Diosa del Viento Cortante. Estaba llena de leche.

—Esta será tu Daga de Misericordia —dijo la comandante ofreciendo a Tria una arma. El pomo era un cráneo labrado, como las espadas de las servidoras de la Vigilante de los Túmulos—. Aún no tiene poderes, pero ya le serán imbuidos. En esta ocasión tiene un valor más simbólico. Ahora coge la copa. Y tú, Iniciado Zhersem, extiende el brazo. Bien, novicia, hazle un corte y derrama un poco de sangre en la copa. Y ahora, futura paladina, apura la bebida. Hasta la última gota. La sangre hace que el vínculo sea más fuerte.

La aprendiz de guerrera, con la decisión de quien confía, aunque no entiende todo lo que ocurre, tomó de un solo trago el líquido.

—Ya has tomado la leche de la Muerte, te causará cambios —explicó Diannora—. También tendrás que ir tomando la de la Vida, pero de nuestra nodriza, no de una Cherm. Es para que regeneres lo que te tendrán que purificar, pues demasiada muerte te convertiría en una abominación.

—Yo haré la primera purificación —continuó el Sacerdote— y tal vez la segunda. Pero tú, Iniciado, harás las demás. Va a ser tu paladina, así que esta vez tendrás que estar durante todo el proceso. Tranquilo, irá todo bien. Y tú, Novicia, siéntate ahí, cerca de la palangana.

Quince minutos después, Tria estaba vomitando violentamente. Se calmó, y a los diez estaba haciéndolo otra vez.

La purificación era fácil. Soportar ver los dolores del cambio, no. El jefe de los clérigos explicó a Zhersem la forma de localizar la parte a purificar. Más que intentar sentir la fracción muerta que había que purgar, trataba de percibir la forma de la viva que había que preservar, conservando las líneas y curvas del cuerpo. La segunda y tercera vez, las realizó el iniciado con supervisión. Los días ayudando a las sanadoras de Cherm le sirvieron de mucho. Siempre había que dejar un poco de parte extinta, guardando las formas del organismo. El sacerdote quedó satisfecho y se pasaba una vez por semana para ver si todo iba correctamente.

Después de cada ceremonia de purificación, la novicia tenía que tomar la leche de la Vida. Algunas veces había que obligarla. Otras, cuando tenía mucha fiebre por la reacción a la de la Muerte, se la encontraban succionando directamente del pecho de la nodriza como si fuera un bebé, o al menos intentándolo.

Pronto se convirtió en una rutina. Se levantaban el iniciado y el ama de cría y después de desayunar, Fiadora llenaba un cuenco con la leche mortal. Medio despejaban a Tria y antes de que despertara del todo, la forzaban a beber. Poco a poco desarrollaba tolerancia y tardaba más en vomitar. También lo hacía menos a menudo. Cuando volvía al sueño, aprovechaban para limpiarla. Se iban a comer y después de las oraciones, empezaba la mística purga, dándole al acabar el blanco líquido regenerativo. Luego se iban a cenar.

El tedio era rebajado por la música. Todas las noches sonaban viejas canciones épicas. Una monja, una que nunca podría ser paladina pues no había nacido en el clero, había sido juglaresa en su vida seglar. La mujer servía en su penitencia a La Última que Te Ve, y se consolaba sabiendo que sus hijas sí que serían guerreras de la Muerte.

Aunque se sabía muchas composiciones, las únicas no sacras que le permitían en el recinto, eran las heroicas, llenas de honor, deber y virtud. Por supuesto, una de las favoritas era La Carga. Las novicias más pequeñas acompañaban en los coros, sobre todo cuando llegaban a la parte en que las Paladinas del Cráneo, habiendo fracasado todos los caballeros, rompían las líneas de monstruos antes de caer.

Las noches en que Tria estaba más consciente, se abrazaba al brazo de Zhersem. Reconocía a un nivel primario que él le quitaba el sufrimiento, o por lo menos lo disminuía. Cuando ella se mordía los labios por el dolor, el iniciado le acariciaba la cabeza como a los niños pequeños.

Con el tiempo, todo el organismo de la aprendiz de guerrera fue modificándose. El iniciado veía líneas concéntricas de muerte en los músculos, órganos y huesos de

ella, viéndose réplicas más pequeñas dentro de ellos, como las curvas de un mapa. Al cabo de tres lunas, el sacerdote Trhefem dio su visto bueno, interrumpiendo el brutal tratamiento.

La futura paladina cambió de clase y de dormitorio a los de sus compañeras que ya habían soportado el Rito. Al ser la más joven, lo pasó bastante mal, hasta que sus anteriores compañeras fueron pasando el ritual. Cuando sus obligaciones lo permitían, ella y el iniciado tenían largas charlas para conocerse mejor. Se contaron cosas de la infancia de ambos; los castigos cuando le pillaban saltándose las normas en su época de neófito, o las visitas de ella a su familia en el Ducado del Gran Caudal y las palabras que recordaba del dialecto de allí.

El clérigo novato ayudó durante tres años en las purificaciones del Cambio. Durante ese tiempo, solo cuatro iniciados se encontraron con sus paladinas. Se recogía una muestra de sangre de todas las del curso a punto de cumplir los catorce. A los novicios, en sus últimos dos años, se les punzaba con largas agujas mojadas en las muestras. Se buscaba una reacción como la que sufrió Zhersem, pero ninguna fue tan grande. También hubo una reacción alérgica natural, que la Daga de la Unión desmintió. Las pobres que no tenían pareja, eran cuidadas por las monjas y las amas de cría durante la metamorfosis. Los clérigos se iban pasando por las habitaciones, pero solo para la parte del ritual que les tocaba.

El emparejamiento de Zhersem fue pura casualidad, pues ella no iba a experimentar El Cambio hasta el año próximo. Casualidad... o voluntad de la Reina de las Sombras Tenues.

Cuando no estaba ayudando en el rito, se entrenaba para combatir sincronizado con las guerreras. Sobre todo con Tria, pero también con las otras. Ya había recibido clases siendo novicio, pero al clero de la Diosa de las Alas Fuertes no le gusta la ociosidad y ama la perfección.

A la ya casi paladina, se le permitió dejarse el pelo largo que había ganado durante su transformación. Como dijo la nodriza: «El pelo y las uñas siguen creciendo después de que la gente se muere». Acabó el día de su graduación con una enorme trenza que le llegaba a la base de la espalda. Ese día no se sabía si estaba más orgullosa de su cabellera o de su yelmo del cráneo. El iniciado creía que de lo segundo, pero por muy poco.

Lástima que gran parte del peinado desapareció, durante el transcurso de su primera búsqueda juntos.

—¿En qué piensas? —La pregunta de la paladina le sacó de sus recuerdos—. Siempre que te pones así, es algo de cuando estuvimos en el monasterio, antes de mi graduación.

—Me estaba acordando de muchas cosas de aquellos tiempos —rememoró Zhersem en voz alta—. Como la vez que te pusiste celosa, cuando fui a que me enseñaran «artes amatorias» las sacerdotisas de Cherm. O de tus estirones cada luna negra, que os comíais un buey diario entre todas y cuando acababa la época, no había

manera de haceros comer carne en dos semanas. También lo extraño que me parecía al principio tener mi propia paladina. Lo orgulloso que estaba luego porque yo siempre tendría una y no me asignarían una distinta cada año. —Aquí logró que Tria sonriera—. O cómo te brillaban los ojos el primer día que conseguiste usar el poder de la Diosa y rompiste aquel poste de un puñetazo. O vuestra segunda regla todas a la vez, trece lunas después de la primera. Y era como trece acumuladas de golpe. La Devota Mayor lo llamaba el día rojo y se preparaba para él con veinte días de antelación. Y también me acuerdo de vuestras miradas cuando veáis leche, la del desayuno de las novicias que todavía no habían pasado el Rito del Cambio. Je, je. ¿Y te acuerdas de la primera vez que...?

—¡Alarma! ¡Alarma! —se oyó gritar, a la vez que una campana repicaba arrebatado — ¡Piratas!

El iniciado, interrumpido el torrente de recuerdos, ayudó a ponerse la cota de malla a la guerrera. Esta se colocó el yelmo, el escudo y las armas. Cuando estaban en cubierta vieron un gran revuelo. Los marineros iban de un lado para otro moviendo las velas.

Se acercaron para ofrecer su ayuda a la capitana Miri, que estaba gritándole al vigía:

—¿Ves el blasón debajo de la bandera negra?!

—¡No, capitana! —contestaron desde las alturas—. ¡Espere, ahora veo algo! ¡Es otra bandera negra, pero esta con seis o siete círculos blancos!

—¡Maldita sea! ¡Esos no pertenecen a ninguna casa! Y si son los que creo, no sé si seguirán las reglas respecto a los viajeros y solo les robarán, o también los secuestrarán... pero la carga seguro que no llega a su destino. Habrá que prepararse para la lucha. ¡Largad más trapo!

—¡Capitana! ¡Otra nave más! ¡También con bandera negra! ¡Y parece que lleva rumbo para interceptarnos!

—¡Maldita sea su sangre! ¡Nos han hecho la pinza! ¡Y son más rápidos que nosotros! Pues no me voy a rendir, seguro que esos cretinos supersticiosos me cortan cuatro brazos para amuletos.

—¡Capitana, otra nave más!

—¡Me cisco en todo! ¡Perra suerte la mía! ¡Me voy a...!

—Perdone, capitana —interrumpió Tria—. Creo que nosotros podríamos ayudarla con permiso de Su Gracia, el Iniciado aquí presente, pues tres tripulaciones me parecen muchas para rechazarlas.

—¿Qué es lo que piensa, Devota? —preguntó Zhersem.

—Creo que podemos usar la bandera de la Diosa. Si son tan supersticiosos como dice la capitana, no querrán interrumpir un viaje oficial de sus servidores.

El clérigo meditó unos instantes antes de asentir. La Paladina del Cráneo corrió hacia su camarote, antes de que Miri diera su opinión. Al cabo de un minuto, subió con una tela doblada en el brazo, dirigiéndose hacia el mástil principal, ignorando a la

capitana y obligó a un marinero a izar la insignia que portaba.

El blasón de la cofradía a la que pertenecía el barco, se componía de una rata rampante sobre un cocodrilo, con la cola de este levantada en forma de ese mayúscula. Seguro que aquello tenía un significado oculto, una broma privada solo para los cofrades. La guerrera ignoró el jeroglífico y esperó a que su bandera ondeara al lado. Esta consistía en el mismo símbolo que el escudo de las luchadoras de la Muerte, la calavera. Pero el lema «A todo le llega la Muerte, pero no el olvido», se encontraba escrito debajo, en vez de en círculo como en la defensa, usando tibias para los trazos de las letras. En las esquinas había unas rosas, excepto en la inferior derecha en la que se veía unas llamas. Todo estaba pintado en negro sobre fondo blanco hueso.

Satisfecha con su obra se volvió a donde estaban la capitana y el iniciado. Este le espetó:

—Pero... Devota Triannora Sort Fanora, esa bandera no es diplomática, es de una compañía de paladinas.

—Ya lo sé, Su Gracia, pero esta la reconocerán mucho más que la diplomática. Ahora si me permitís, voy a que me vean esos piratas.

La guerrera subió a la borda alzando su espada y su hacha hacia el cielo, en gesto de desafío. Luego esperó a que se acercaran para el abordaje, protegiéndose con el escudo. Lo hizo brillar como cuando lo usaba para ver de noche, realzando los relieves del símbolo.

Cuando estaban al alcance de arco, los barcos piratas dieron media vuelta.

## Capítulo 8

Nada más entrar a la taberna del Pato Gruñón, en la ciudad de Puerto Gavilán, había una joven en el suelo. Estaba bajo los efectos de alguna droga y simulaba estar rebozándose, rodando. Cuando iba de izquierda a derecha gritaba: «¡Güiii!», y cuando retornaba: «¡Soy una croquetillaaa!». Garrote la esquivó como pudo, dirigiéndose a la mesa donde estaba Atardecer.

La muchacha había conseguido una mesa apartada, lejos de las comunales. Intentaba no fijarse en los clientes más intoxicados. Aquel local era un antro de consumidores de distintos narcóticos, el alcohol solo era el complemento. El sacerdote había elegido el lugar, recordando sus viejos tiempos de conspirador. Quería entrevistarse con algún viejo conocido de La Cofradía.

Con esta, ya eran tres visitas en otras tantas noches consecutivas. Había entrado la novicia primero, con la intención de provocar que alguien saliera del edificio al verla. Si hubiera ocurrido, el clérigo la habría seguido para conocer a quién informaba. La estrategia no dio ningún resultado.

—Fracaso —dijo Garrote mientras pedía una jarra de cerveza por señas—. No me creo que hayan dejado de venir mis antiguos compinches, ¡con lo que les gustaba! O han cambiado de lugar de reunión, o los que han cambiado son los agentes en la ciudad.

Estuvieron meditando en silencio un rato, mientras el sacerdote acababa con su bebida y solicitaba otra.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —indagó Atardecer.

—Pues probar lo que yo vendo —dijo un hombre que se había acercado hasta la mesa—. El mejor concentrado de setas de toda la costa occidental.

El sacerdote impidió con los ojos que la novicia replicara, haciéndolo él en su lugar:

—¿Y qué precio tiene ese manjar?

El individuo iba vestido mitad de mercader, mitad de marinero. Con la chaqueta de múltiples bolsillos típica de lo primero, pantalones y botas de lo segundo. Les echó una mirada calculadora antes de contestar:

—Una de plata la pesada. Con eso tienes para tres días de alegría.

—Muy buena tendría que ser para que me durara dos.

—No me vengas con el cuento, que los del clero no soportáis más que el resto. Y no tendrás muy contenta a tu diosa, si necesitas de esta alegría.

—Como yo tenga de contenta a la Diosa es mi problema. Cinco pesadas por cuatro de plata.

—Hacemos una cosa: coge solo una, te la dejo solo por media. En cuanto la pruebes, seguro que vienes a por más.

—Vale, si es por media...

—Mejor lo hacemos afuera, así no tendré que darle parte de las ganancias al

dueño. Pide un diezmo de todas las ventas en su local.

—Pero primero voy al baño... ¡Tanta cerveza me ha dado ganas de mear!

Estuvieron esperando unos cinco minutos. La futura sacerdotisa ignoró los patéticos intentos de comprar su afecto a cambio de drogas. Garrote volvió y se dirigieron afuera.

—Vayamos un par de callejuelas más para allí —sugirió el traficante—. No me gustaría que me viera algún empleado del Pato Gruñón. Vamos, por este, y así podréis probar esta exquisitez.

Entraron a un callejón y doblaron una esquina. Él rebuscó en su chaqueta, como para sacar la dosis prometida. En su lugar sacó un cuchillo largo y señaló tras los clérigos, hacia el final de la pared. De ella estaban surgiendo cuatro figuras encapuchadas y armadas con espadas cortas, de las que se pueden camuflar debajo de la capa. Una de ellas sostenía una cuerda.

—Bueno, ahora nos vais a acompañar —dijo el supuesto traficante—. Bien atados y amordazados. Que os queremos hacer unas preguntas. Tranquilos... ¡u os rajamos!

Garrote desmintió la creencia de que todos los gordos son lentos. Completó la sagrada enumeración, lanzando dos dardos de luz a las rodillas de dos encapuchados, haciéndoles caer al suelo. Acabó con un tercero de un golpe en la cabeza con su cayado. Paró un ataque del cuarto, y cuando este se recobró de la sorpresa, giró el bastón, impactándole con la punta en el hígado.

—¡Muy bonito! —exclamó el que los había dirigido a la trampa—. Pero ahora sueltas el garrote o le corto el cuello a la nena.

Había cogido de rehén a Atardecer, sujetándola con el brazo izquierdo y poniéndole un cuchillo en la garganta con la mano derecha.

—No creo que te interese —contestó el clérigo, a la vez que daba una patada a uno de los encapuchados que se intentaba levantar—. Hazlo y estás muerto.

Justo cuando el matón le iba a replicar, la novicia, más o menos recuperada del susto, agarró el arma con las manos. El filo cortó los guantes que llevaba para no llamar la atención, pero la madera viva resistió. Él tiró del mango, pero sin resultado. Las leñosas extremidades lo asían con fuerza. Antes de que cambiara de estrategia y se pusiera a darle patadas, el sacerdote lo noqueó con un bastonazo en la testa.

Cogiendo una espada del suelo remató a los otros cuatro, con el aplomo de quien no lo hace por primera vez. Le dio otra de las armas a Atardecer y le ordenó que vigilara al desmayado. Giró la esquina y abrió la puerta de lo que parecía ser un almacén. Estaba vacío, exceptuando unas sillas, una pequeña mesa con diferentes instrumentos cortantes, un cubo lleno de agua y un hogar con un poco de leña. Obviamente era el lugar que habían preparado sus asaltantes para interrogarles.

Regresó a donde estaba la novicia y con su ayuda, llevaron al prisionero a una de las sillas, atándole a continuación. Escondieron los cadáveres en el local y Garrote disimuló los rastros de sangre, con polvo de la calle y cenizas que recogió de la chimenea.

Cuando el traicionero mercachifle se despertó, ayudado por el olor que salía de la cantimplora del sacerdote, se encontró atado con las manos atrás, con dolor de cabeza y amordazado. El clérigo señaló a uno de los cuerpos, que habían metido a duras penas en el hogar. Recitó los veinticuatro nombres haciéndolo entrar en llamas, más rojas que azules, al cadáver.

—Ya ves lo que te va a pasar si no hablas —sugirió más que amenazó Garrote—. Puedes sufrir la purgación de la Diosa en vida. Veo en tus ojos que no me crees.

Acabó de hablar y anduvo hasta detrás del prisionero. Agarró el meñique de su mano izquierda, comenzando a declamar la letanía, muy lentamente. Los tatuajes que brillaron en esta ocasión no fueron los usuales de una purificación. El dedo ardió más perezosamente de lo normal, mientras el traficante se retorció en su silla, intentando gritar. El resto de la extremidad no se vio afectada.

El clérigo volvió a ponerse delante del capturado. Le miró a los ojos y le espetó:

—Y ahora, ¿me crees? Además de que puedo variar y hacértelo por todas partes... ¿sabes que está aquí una sacerdotisa de Cherm? Tu agonía puede durar años. Yo quemándote... muy... len-ta-men-te —paladeó cada sílaba como si disfrutara del momento—. ¿Te apetece hablar ya?

El terror le impidió gritar cuando le quitaron la mordaza. Contestaba a las preguntas tragándose la mitad de las sílabas. Confirmó las sospechas del sacerdote: era miembro de La Cofradía. De los miembros que había antes por la ciudad, solo sabía que ya no estaban, pues habían sido ascendidos. No tenía ni idea de quién era Garrote. Sus órdenes eran interrogar a todo servidor de la Muerte sospechoso de estar buscando información. De la reliquia no conocía nada, pero dijo que algo muy gordo se estaba fraguando. Con sus superiores solo se comunicaba por paloma mensajera y hasta pasadas dos lunas, no le traerían más aves ni nuevas instrucciones. Y no, el superior que venía no era de rango seis, era uno del cuarto. Y sí, de La Cofradía solo estaban ellos cinco, él y los otros cuatro, aunque tenían bastante contacto con la delincuencia local.

Tras conseguir la dirección de su base, Garrote le ejecutó, no sin antes decir una pequeña oración. Fueron metiendo los cadáveres de uno en uno en la base de la chimenea, dándoles un flamígero funeral.

Andaban por la calle hacia el cuartel, cuando el clérigo se dio cuenta de que la novicia no había cambiado su expresión. Seguía con una cara entre fascinada y asqueada, tocándose de vez en cuando los cortes de los guantes. Haciendo un alto, Garrote le dijo en voz baja:

—Mira, Atardecer, sé que crees que no ha estado nada bien lo que has visto. Pero tienes que saber que algo peor nos tenían reservado a nosotros. ¿Has visto la colección de cuchillos en la mesa del local? ¿Para quién te crees que estaba destinada? Esos tipos de La Cofradía no se andan con tonterías. Te lo digo yo que los conozco, que he sido uno de ellos... antes de mi arrepentimiento. Además, todo el mundo lo sabe; si le robas alguna reliquia al clero de la Diosa Del Viento Cortante,



este no se detendrá... solo recibirás una cosa: castigo expeditivo —el sacerdote cambió el tono de voz—. Por lo menos no pongas esa cara en la calle, que si no parece que te he pegado o algo. Llamas la atención. Ya hablaremos más detenidamente. Ahora tenemos que registrar el lugar que nos han indicado esos rufianes. Sé tan valiente como lo has sido con el cuchillo. ¡Ah!, y otra cosa, te tendré que enseñar un par de trucos. Antes, cuando he ido al baño, lo que he hecho ha sido prepararme un hechizo sin que se dieran cuenta. Eso nos ha salvado el día. Te voy a enseñar alguna cosilla de espía y de conspirador. —Esperó a que la novicia asintiera antes de continuar—. Y tenemos que prepararnos alguna seña. Aunque la forma de utilizar tus recursos, el usar las manos de madera viva, ha estado muy bien. Ese matasiete de pacotilla no se esperaba lo duras y fuertes que eran. ¿Ves como tenía razón cuando te dije que te pusieras guantes?

—Tengo una pregunta, Su Gracia. ¿Qué hubiera pasado si yo no me hubiera defendido?

—Eso nunca lo sabremos...

Garrote dio por terminada la conversación y continuó andando. Atardecer tardó unos momentos en seguirle, no muy satisfecha con la contestación.

El cuartel de La Cofradía en la ciudad era un burdel clausurado. El sacerdote lo adivinó por lo sórdido de la zona. Basura y ponzoña se acumulaban por todos lados. Estaba situado en la peor manzana de casas, en medio de los barrios bajos. Era un gueto dentro de otro. Por ahí solo pasaban los más retorcidos y sucios de los truhanes y las meretrices con más venéreas, ajadas y viejas.

Dos clérigos, de ambas diosas, y encima una con aspecto de novicia, estaban llamando la atención. Aunque la forma de devolver la mirada de él, hacía bajar la de los desechos humanos que se encontraban por el camino.

—Démonos prisa —instigó Garrote—, si no, dentro de poco todo el barrio sabrá que estamos por aquí. Y que hay una muchacha de buen ver —añadió guiñando un ojo.

Apretaron el paso hasta llegar a la puerta del antiguo lupanar, que mantenía unos restos de pintura rosa, indicativa del servicio ofrecido. Con las llaves recogidas al interrogado, el sacerdote la entreabrió apenas y metió la mano. Buscó por el marco y descolgó una cadena, desactivando una trampa. Acabó de abrirla con el bastón, usándolo prudentemente desde la entrada con la espalda en la pared.

Una vez dentro, se pusieron a registrar. Aparte de dos bolsas de monedas y de tres jaulas con palomas, no encontraron nada útil. Mucha botella y barriletes vacíos, unos jergones que no eran muy utilizados y algunos apuntes de la misma clave que vieron en las minas, que teniendo a Garrote, eran innecesarios.

—¿A qué distancia puedes sentir vida si la marcas? —preguntó el clérigo.

—De doce a quince millas, según el terreno.

—Entonces llevémonos las palomas. Creo que podrá funcionar. Yo cojo dos jaulas, tú la otra y esa bolsa de alpiste.

Salieron, no sin antes volver a montar la trampa. Con el dinero recién conseguido, pudieron comprar dos monturas, con sillas y bridas incluidas. Fueron a la posada donde se alojaban, pagaron lo que se debía y recogieron el equipaje. Salieron inmediatamente, a pesar de que se estaba haciendo de noche. Garrote no quería que nadie se empezara a hacer preguntas sobre ellos, por lo menos hasta que estuvieran bastante lejos.

## Capítulo 9

La capitana Miri les recompensó de muchas maneras. Les devolvió la moneda de electro, con amenazas de lanzarla por la borda si no la aceptaban. Se ofreció para llevarles a cualquier sitio gratuitamente. La comida mejoró levemente y el vino ganó años. Redactó una carta de presentación, para que pudieran pedir ayuda a la cofradía de La Rata y El Cocodrilo, a la que pertenecían tanto el barco como la miriápodo. Aunque tenía alguna falta ortográfica, los sellos y la firma proclamaban su validez. También consiguió que la bardo actuara en su honor.

Para esa ocasión se había dispuesto un pequeño escenario improvisado. Unos cuantos toneles firmemente sujetos al suelo y a la borda, con unas tablas bien clavadas. El arpa que ella tocaba fue transportada por dos marineros. Por la cara de esfuerzo que ponían, era muy pesada. La depositaron en un agujero en medio de la madera, con un barril de base para que sirviera de soporte. Inmovilizaron una silla con una mezcolanza de escarpias, ganchos y puntas. Así, la intérprete solo se preocuparía de tocar. Esta respondía al nombre artístico de la Doncella de Bronce. Cuando subió al escenario, vieron por sus manos y la parte de cara que asomaba de su capucha, que era más una definición que alguna rebuscada alegoría.

El público esperó a que ella se sentara para hacerlo. Los únicos que tenían verdaderos asientos eran la capitana, cuestión de jerarquía, y los servidores de la Muerte, en sentido distinguido. El resto de pasajeros, incluidos los marineros que no eran imprescindibles para el manejo del barco, lo hicieron desordenadamente donde bien pudieron.

Empezó con una clásica canción marinera para ganarse a los espectadores. El sonido no tenía nada que ver con el apagado que habían escuchado en anteriores ocasiones. No solo había estado amortiguado por las paredes del camarote, sino que no pulsaba con toda su fuerza tampoco. En cambio, al aire libre, no restringía su potencia. Zhersem jamás había oído un arpa que sonara con tanto volumen, y tampoco tan metálica. Las sogas vibraban cuando el instrumento sonaba en el mismo tono.

Después de la ronda de aplausos, tocó una balada amorosa de su cosecha, causando lágrimas entre las féminas. Tria recibió alguna mala mirada cuando fue pillada por las de su sexo con cara de aburrida. Tras un par de canciones satíricas, en las que de vez en cuando improvisaba con conocidos entre los asistentes causando hilaridad y grandes aplausos, llegó el principio del clímax.

Interpretó La leyenda del Águila y el León, la historia de los dos caballeros más valientes de su tiempo, luchando por reinos enfrentados. Acababa con los dos muriendo, al derrotar a un dragón que asolaba las tierras de ambos bandos, en una honorable alianza por el bien común.

Luego preparó el ambiente otra vez. Hizo una extraña versión instrumental rápida de tres temas épicos muy conocidos, empalmados sucesivamente y con retorno a

temas anteriores, como dando un pequeño resumen de todo su repertorio.

Y para terminar, por supuesto, La Carga.

Para extrañeza y júbilo de casi todos, revivió una vieja costumbre. Antes del final, cuando el estribillo se repetía dos veces, obligó a la guerrera a levantarse, como heredera espiritual de aquellas Paladinas del Cráneo que realizaron esa última embestida. También era para ensalzarla por salvarlos de los piratas, con su coraje y resolución. El respetable disfrutó tanto con el momento, que volvió a cantarlo a capella al acabarse la música.

Tria, al tener sacrificado parte de su cuerpo a la Tatarabuela Muerte, no se sonrojó. Pero el iniciado, que la conocía bien, supo que se encontraba emocionada.

Más tarde, Miri les invitó a comer en su mesa, acompañados del primer y segundo oficial. Este último era otro miriápodo. Fueron presentados por sus rangos, como si sus anteriores nombres hubieran desaparecido. Solo los recuperarían al llegar a capitán o al retiro. También estaba invitado un mercader, al que parecía que los negocios le iban bien, llamado Cuarto Peletero. Le acompañaba su esposa, Primera Curtidora, mucho más joven. Tenía pintas de ser la hija del curtidor en jefe del comerciante. Y para cerrar el círculo, se encontraba la dueña del día, la Doncella de Bronce.

Por educación se retiró la capucha antes de sentarse, así todo el mundo pudo comprobar que hasta el pelo parecía hecho de esa aleación. Los labios, pupilas y cabello eran de una tonalidad más oscura. Parecía una estatua viviente de las leyendas. Una escultura extremadamente realista, pues se notaban hasta los poros de la piel.

La comida era marinera y sencilla. Pescado a la sal fue el plato principal. Al ser momento especial, asaltaron las reservas de la bodega privada de la capitana. Los brindis por los servidores de la Muerte y por la rapsoda se fueron alternando. Después de los postres, el vino y el azúcar hicieron desaparecer las reticencias de los recién conocidos. La conversación se hizo menos insustancial y formal.

—Si me permiten Sus Gracias —dijo la bardo, mientras Miri servía las copas de licor digestivo—, quisiera que me contaran más hazañas como la que vimos el otro día. Causó el terror en los piratas con solo ondear la bandera. Me gustaría componer una especie de prelude para La Carga, con diferentes aventuras y andanzas de las Paladinas del Cráneo.

—Primero brindemos por la cena —impuso la capitana—. No se puede acabar una cena tan buena como esta, sin brindar por el cocinero, que también ha sido nuestro camarero.

—¡Por el cocinero y el camarero! —gritaron todos levantando los diminutos vasos, antes de apurarlos.

—Bueno, Sus Gracias —insistió la rapsoda—. ¿Qué me dicen?

—Lo pensaremos, poetisa —contestó el sacerdote—. En estos momentos estamos en misión oficial. En el futuro es posible que le contemos alguna anécdota, que

esperemos le sirva para su arte. Si algún día se pasa por el monasterio de la Muerte Plácida, a las devotas allí presentes seguro que les gusta su versión de la canción. Diga que va de parte del Iniciado Zhersem. Incluso le dejarán husmear por los archivos... los que están permitidos para los seculares, claro.

—Y yo quisiera preguntarle una cosa, que seguro que todos tenemos curiosidad —dijo la guerrera, muy mal acostumbrada por su orden, para las ocasiones que se permitía hablar directamente—. ¿Cómo consiguió un aspecto tan... cómo lo diría yo... tan poco usual?

—¿No cree que es un poco injusto? —replicó la rimadora—. Sus Gracias no me dan ninguna historia y ¿quieren la mía?

—Señora mía, ya le hemos dado una —dijo Tria con voz alegre y guiñando un ojo—. Pero aumentaré el trato... Cuéntenos la suya y le prometo que yo le regalaré una historia de mi propia bisabuela. Cuando ella y su sacerdote asignado, limpiaron de no muertos los Galachos de los Queridos, esos meandros abandonados. Es casi desconocida y tiene grandes momentos.

—Trato hecho. Será mejor que la capitana saque otra botella de su excelente caldo, pues no se debe relatar teniendo la boca seca —pidió la cantante, utilizando sus mañas de artista cortesano errante.

En cuanto su copa estuvo llena, la Doncella de Bronce comenzó.

—Yo ya era una artista bastante reconocida en aquella época, aunque no tenía mi sonido exclusivo. Tampoco me dedicaba a viajar y solo actuaba por la comarca. Vivía en Ciudad de las Torres, el hogar de los estudiosos. Mi hermana Urraca era una de ellos, sabía de hechicería. Nada que ofendiera a Las Diosas, por supuesto. Se dedicaba a investigar sobre los poderes de la tercera luna, la que no pertenece a las Damas de las Flores, ni a la de las Marchitas, ni a la de las Rojas. Ella había aprendido, de algún antiguo texto, que aparte de recitar los conjuros y de usar las sustancias necesarias, la música también ayudaba. Le daba más poder a los hechizos o una derivación especial. Pero cuanto mejor ejecutada estuviera, mejores resultados daría, así que le ayudaba en sus experimentos. Lo que en realidad buscaba, era si los poderes de la luna también respondían a los Verdaderos Nombres, como las Señoras. Normalmente, cada sortilegio tiene sus propias palabras, pero ella quería ver de dónde proviene el poder de la Tercera. Ella suponía que sabiendo los verdaderos, podría hacer magia en minutos, en vez de en horas.

»Los encantamientos tienen mucha variedad. No como los de las Diosas, que son básicamente siempre los mismos, y lo que cambia es el efecto. Aquí tampoco puedo entrar mucho en detalle, pues nunca llegué a dominar esas artes. Tenía su laboratorio mágico en la torre de la Orden de la Quimera, aunque no pertenecía de verdad a ella. Era más bien una aliada o simpatizante. La organización permitía que hiciera allí sus experimentos, sin mucha supervisión. Dejan mucha libertad, siempre y cuando no se toque lo prohibido.

»Una noche, justo cuando la Tercera estaba en plenilunio, intentó un poderoso

conjuro de adivinación. Lo habíamos preparado durante los tres días anteriores. La cuestión iba a ser sencilla: ¿Cuál es tu verdadero nombre? Yo, como era usual, le estaba ayudando musicalmente. Esta vez me hizo tocar un arpa de cuerdas de plata. No conozco muy bien la razón, pero como he dicho, no sé muchas sutilezas de la magia.

»Preparamos amplificadores de alcance y protecciones para la energía de retorno que podíamos esperar. Bueno —explicó al ver la cara del resto de la mesa—, yo tampoco lo entiendo muy bien, pero era la jerga que usaba mi hermana. Todo iba bien hasta que Urraca hizo la pregunta. Entonces cayó una esfera de luz de color amarillo rojizo del techo y no recuerdo nada más hasta que desperté. Según me contaron, la habitación entera se había transmutado en bronce. A mí no me afectó en demasía gracias a la plata, que absorbió parte de la energía, aunque necesité ayuda de las sanadoras y nodrizas de Cherm. La piel sí que se vio afectada.

»Parece ser que en el piso de arriba un alquimista, con ayuda de un hechicero de la Orden, estaba realizando un ensayo similar. Se encontraba indagando acerca del verdadero nombre de la aleación, ya que este no es ni el del cobre, ni el del estaño, ni ninguna combinación de los dos. Los dos conjuros debieron interferirse entre ellos, creándose otro distinto con resultados funestos. Murieron, como mi hermana, transformados en estatuas metálicas. Nunca más se ha podido realizar un hechizo de adivinación en las torres de las órdenes arcanas sin avisar primero, no sea que se vuelva a repetir una tragedia al no tomar precauciones.

»Mi piel se volvió mucho más dura y resistente, pero a cambio perdí sensibilidad. Con lo cual, cuando ya estaba recuperada, mis aptitudes artísticas se vieron menguadas. Para intentar sentir mejor las cuerdas, experimenté con nuevos grosores y aleaciones, hasta que poco a poco logré mi arpa actual. Como ya habéis visto, tiene mucho más volumen y potencia que una normal. Solo yo puedo tocarla sin acabar con los dedos destrozados. Y esa es la historia.

—La hemos visto comer y beber —dijo el primer oficial—, ¿no tiene ninguna parte afectada además de la piel?

—Bueno, como ve a simple vista, el pelo y los ojos. Además, algún diente y alguna otra cosa sin importancia.

—¿Y las otras cosas, las de mujer, le funcionan? —soltó la indiscreta esposa del mercader, a la que le había sobrado tomar el licor digestivo.

—Sí, sí, claro. Y las inconveniencias propias de nuestro sexo también, antes de que pregunte.

Después de eso hubo unos momentos de silencio. A la Doncella se la veía triste, por lo cual Tria le empezó a relatar las aventuras de su bisabuela. Poco a poco, la bardo recuperó el humor. Incluso pidió papel, pluma y tinta para tomar notas.

Después hubo una ronda de anécdotas graciosas, aunque sin importancia. Al poco, la capitana dio por concluida la cena, pues por la mañana llegarían a la primera escala de su ruta y habría que trabajar duro.

Mientras supervisaba la descarga de mercancías, Miri les informó de que los puertos casi siempre tenían nombre de aves. Era el hábito de los marineros nombrar a los caladeros por el nombre del pájaro que se veía anidar cerca. Esta vez se trataba de Puerto Mirlo.

Zhersem casi intuía la reliquia, pero creía que había que ir un poco más hacia al este para detectarla con más seguridad. Él y la luchadora pelirroja decidieron seguir en el mismo barco, ya que tendrían mejor servicio que en uno desconocido. Además, la capitana les caía simpática, a pesar de que en teoría deberían estar por encima de tales sentimientos.

Tenían más de medio día libre, así que resolvieron salir a explorar un poco el puerto, a ver si recopilaban un poco de información usando el truco de la devota fingiendo ser una mercenaria. No hizo falta, pues se encontraron con una monja mendicante de la Segadora. Se había cambiado el nombre a Penitencia. No delató la naturaleza exacta de su crimen, y el clérigo no quiso conminarle a que lo hiciera. Llevaba mucho tiempo en aquella isla, vagabundeando con solo una manta, una armadura roñosa, un hacha y un cuenco de madera. Este último le servía tanto como plato para las limosnas, como para la comida.

El servicio a la Diosa que realizaba era el de velar los cadáveres hasta que llegaba un sacerdote que los purificara, así que al final no viajaba mucho, dedicándose a custodiar la pequeña cueva donde se almacenaban los cuerpos en espera. Emulaba el poder de las Paladinas del Cráneo con unos tatuajes mágicos, de fuerza en los brazos, y de resistencia alrededor del cuello. Claro que solo eran una imitación del que poseían las guerreras de la calavera, pero para librarse de los ladrones de tumbas típicos, sobraba.

Les contó que hacía un día y medio, había habido un ataque pirata a un barco del Ducado del Gran Caudal. Era un barco de guerra, pues incluso se habían visto algunos restos medio comidos por los peces de las bestias que montaban. Aunque lo raro era que a ella solo le habían traído dos cadáveres de humanos a su cueva. No creía que se hallasen muchos más. La bandera de los piratas, por lo que se decía, era igual a la que Tria y Zhersem habían visto cuando les asaltaron. Parecía ser que el capitán del barco abordado prefirió hundirlo antes de que lo tomaran como botín.

La monja sabía de más movimientos de tropas. Se rumoreaba que los de las provincias de los Tres Ríos no estaban en un ataque de conquista. Solo querían librarse de los bandidos, que habían asolado gran parte de los pueblos de su frontera norteña. Se habían encontrado con ellos en varias escaramuzas, hecho que les daba la razón. Estaban mejor equipados que unos asaltantes vulgares, información que le pudieron certificar los otros dos servidores de la Muerte.

Las tropas del Ducado se habían desplazado para proteger sus intereses. Tampoco se esperaba que tomaran territorio más allá de Puerto en el Río aunque, en cuanto las noticias de la pérdida del navío llegaran a sus gentes, seguro que habría una reacción.

Charlaron unos minutos más, luego el sacerdote purificó los cuerpos que

guardaba Penitencia. Esta no quiso nada de dinero, ya que era muy estricta con sus votos. Insistía en un dicho: «La Diosa siempre provee, de una forma u otra». Se despidieron y volvieron hacia el fondeadero.

Al llegar al muelle oyeron un alboroto. Acercándose al ruido, se toparon con un círculo de comerciantes y marineros. En el centro se encontraba un ganadero. Aseguraba que una bestia peluda había matado a una de sus cabras y cuando la vio, le gruñó de forma amenazadora. No quiso pecar de valiente y se fue a avisar, siendo el puerto la población más cercana.

La Paladina del Cráneo, tras pedir permiso al sacerdote con la mirada, se abrió paso entre la gente hasta llegar al cabrero. Pronto tuvo un espacio libre alrededor de ella en cuanto los más cercanos supieron a qué orden pertenecía. Interrogó al asustado personaje, consiguiendo una descripción más completa del depredador. A Tria se le iluminó la cara cuando reconoció al animal. Avisó al iniciado de que creía que esto podría ser de su incumbencia y ordenó al hombre que les llevara al sitio donde había visto todo.

Anduvieron durante hora y tres cuartos hasta el lugar. No encontraron el cuerpo del rumiante, pero sí veían señales de caza. Buscaron alrededor y encontraron huellas de patas con cinco dedos. El rastro llevaba a un bosquecillo que estaba a poco menos de una milla. El ganadero se negó a entrar en él. Zhersem preparó precavidamente un hechizo y siguió a la guerrera, que se había dispuesto para la lucha dentro del bosque.

En un claro vieron a la bestia comiéndose lo que quedaba de una cabra. Les debió oír, ya que levantó la cabeza y miró en su dirección. Tenía aspecto de mamífero, de cuello largo, con la cabeza parecida a los roedores, pero con rasgos de carnívoro. Lucía pelo de color marrón, pero blanco en el vientre y el pecho, incluido el cuello por delante, hasta casi el principio de la testa. Era del tamaño de un caballo.

—¡Zher, mira! —dijo Tria con entusiasmo—. ¡Lo sabía! Una paniquesa.

—Pani... ¿qué?

—Una pa-ni-que-sa. Una comadreja.

El animal estaba observándolos con aire curioso. Claramente estaba acostumbrado a los humanos, pero no se fiaba de los servidores de la Muerte. Parecía bastante sano, a pesar de las heridas que tenía por diferentes partes del pelaje. Al iniciado le parecía que estaba indeciso entre irse corriendo o valorar que había encontrado su próxima cena.

La luchadora aprovechó la quietud para rebuscar por dentro del jubón acolchado que llevaba debajo de la armadura. Extrajo una tela roja, con rayas gruesas y grises, que dejaban entrever el color de la base. Las líneas se cortaban perpendicularmente y allí donde lo hacían, se tornaban negras. El resultado era un diseño a cuadros. Era un recuerdo de cuando visitaba a su familia del Gran Caudal. Se retiró el yelmo, enfundó la espada, soltó el escudo y se anudó a la cabeza el pañuelo que acaba de sacar. Sin otra preparación, comenzó a acercarse al mustélido.

—Tranquilica, majica —hablaba en el dialecto aprendido en su niñez, mientras



marcaba cada paso muy despacio—. ¿Qué te ha pasau pues? Toda solica y asustá. Tranquilica, que nu te va a pasar na'. Seguro que t'esbalizaste en el barquico y capuzastes, pero nadando llegaste a tierra pues. Toda chipiada, la pobreta...

Al sacerdote le pareció que acentuaba todas y cada una de las sílabas, aunque algunas sonaran todavía más fuerte. Ella avanzó poco a poco hasta llegar como a un paso de la bestia.

—Pero que cucada la paniquesica. Muchismo guapa —dijo mientras le acariciaba el cuello—, ¿y de ande has salido tú pues? —Entonces encontró un collar con una placa—. ¡Anda! ¿Qué pone aquí pues? ¿Pira? ¿La paniquesica se llama Pirica? —La comadreja lamió la cara de la pelirroja mientras esta la rascaba—. Sí, así te llamas tú pues, ¿eh? Pira.

No se sabe muy bien si fue por el pañuelo, o el tono y dialecto, o una combinación de todo, pero a la mustélida se la notaba muy calmada.

Cuando llegaron al puerto, al verlos todo el mundo se giraba. Tria, tras pagar al hombre por su animal, le había pedido unas cuerdas con las que improvisó unas bridas, aunque las unió a dos puntos del cuello de la paniquesa, en vez de a la boca. Consiguió que Zhersem montara con ella a la bestia, insistiendo en que lo había hecho ya muchas veces en su niñez, y que eran cosas que jamás se olvidan.

La mayoría de la gente sabía que los ejércitos del Ducado usaban esas cabalgaduras para la guerra. Pocos en las islas interiores las habían visto. Pero el que una Paladina del Cráneo fuera el jinete, con un sacerdote de la Muerte agarrado a la cintura y con cara de mareado, era algo que nadie a cientos de millas alrededor había conocido.

La capitana se negaba a permitir que el animal subiera al barco, pero la guerrera de la calavera le recordó sus promesas y al final le prepararon un habitáculo.

—Zher, tenía razón la monja Penitencia —dijo la pelirroja, una vez estuvieron en su camarote—. La Diosa siempre provee.

## Capítulo 10

El caballo superviviente se encontraba también muy mal, al otro lo habían tenido que sacrificar. No habían funcionado ni las curaciones de Atardecer, ni las purificaciones de Garrote. La infame peste equina mataba con gran efectividad. Aunque parte de su fracaso lo achacaban a su desconocimiento en veterinaria, la novicia insistía en que parecía resistente a la magia, como si la enfermedad tuviera algo de brujería.

Habían estado siguiendo a una paloma mensajera, a la que habían hecho comer una bellota machacada. Previamente, la novicia había saturado de energía vital el fruto, aunque sin los efectos espectaculares que normalmente acompañaban a los conjuros de Cherm. Según sus propias palabras, ahora refulgía, para su visión divina, con la misma fuerza que un dragón. El sacerdote lo tomó como una licencia literaria, congratulándose de que la viera a más distancia de lo previsto.

El ave se dirigió hacia el sureste hasta que decidió adentrarse en el mar, rumbo a levante. Garrote, previsor, se había hecho con cuatro mapas de la zona en los que apuntó la dirección. No se fiaba de la exactitud de ninguno y prefirió pecar por exceso.

—¡Maldita sea esta enfermedad! —se quejó Atardecer—. Mis cuidados solo retrasan lo inevitable y el animal sufre mucho. Creo que habrá que sacrificarlo, como al otro. Será mejor que lo hagas tú, para que muera en paz.

—Tienes razón, además evitaremos que se extienda. Pero quitemos la silla y las bridas, aunque no podamos llevárnoslas.

—Sí, mejor, así las podrá aprovechar alguien.

Tras retirarles los arreos, Garrote purificó a la pobre cabalgadura. Las llamas eran naranjas, el color de los animales. Las discusiones metafísicas llegaban a la conclusión de que era porque no tenían alma, a pesar de que algunos sí que ardían con las llamas azules de la pureza, o las rojas de la maldad. El sacerdote creía que era más bien que casi todos eran neutrales, solo hacían las cosas para las que habían sido creados.

Indiferentes al problema filosófico, se dirigieron a Puerto Albatros. Con lo que les quedaba del oro requisado a La Cofradía, compraron un pequeño pesquero de un solo mástil, que pudieran manejar entre los dos. El barbudo sorprendió de nuevo a la joven por la extensión de sus saberes, esta vez marineros. A la hora de adquirir los víveres, ante la mirada de desaprobación de su acompañante, redujo sus tres barriles de cerveza a dos. Ella aprovechó la parada y reemplazó los guantes cortados en el encuentro con los matones.

Antes de partir, prepararon a otra paloma mensajera para que Atardecer la localizara a distancia. Garrote, no teniendo ganas de remar, la soltó cuando estaban un par de millas mar adentro con las velas ya desplegadas. El clérigo marcó en sus papeles la nueva dirección, haciendo una rudimentaria triangulación.

—Lo que sospechábamos —explicó—. Van hacia las Islas Centrales. Espero que nos alcancen las palomas para saber a cual van. Debe de haber casi un centenar.

—Pero tú los conoces... Sabrás más o menos donde están sus principales cuarteles.

—No del todo, estas cosas van cambiando. Y mis conocimientos están ya anticuados. Además, nos tenemos que guardar un bicho para encontrar el edificio en cuestión cuando estemos en la ciudad.

Pasaron dos días y volvieron a soltar un pájaro, debido a que Atardecer apenas podía localizar al anterior. Garrote se enfadó con los cartógrafos locales, a los que empezó a maldecir de forma variada y folclórica. Ninguno de los mapas coincidía con otro. Aun así, dibujó en todos la ruta del ave, esperando que alguno acertara.

Continuaron navegando durante tres días más, antes de hacer otra suelta. Para remediar el tedio del viaje y la curiosidad pospuesta de la novicia, el clérigo empezó a narrar la parte de su pasado que le había prometido.

—Como verás, mi origen es humilde. Como indica mi nombre, soy el tercer hijo varón de un guardia. Mi tatarabuelo ya lo era y ese iba a ser mi destino. Nací en Ciudad de la Turba, un pequeño burgo cerca de los Pantanos de Los Juncos, en las provincias de los Tres Ríos. Era un asentamiento comercial en medio de las ciénagas, una pequeña estación para las caravanas del carbón que daba nombre a la población. Mi familia descendía de soldados que al licenciarse, recibieron tierras y dote para que poblaran esa zona. Como no tenían muchos conocimientos de otros oficios y allí aún había muchos peligros, se reconvirtieron en guardias que escoltaban las caravanas y los lugares de paso. Se llevaron a sus esposas, muchas de ellas eran prostitutas retiradas con las dotes. Pero estoy divagando... Como decía, ya de pequeño nos entrenaban para guardias. A las niñas también, pero más como cocineras y demás logística ligera. Aunque sabían defenderse, normalmente se quedaban en los pueblos y los altos de la ruta. Ya a los once años, después de la escuela, nos enseñaban técnicas y tácticas básicas: rastreo y caza; lucha con lanza, espada y escudo, en formación y en escaramuza; y tiro con ballesta, excepto los más hábiles, que se entrenaban con el arco largo compuesto, montar a caballo y otras muchas cosas. Cada uno aprendía dos o tres oficios, pero nunca para ser maestro en un gremio. Nos llamaban guardias, aunque en realidad éramos la base del ejército de las provincias. En caso de guerra, siempre nos escogían como cabos y sargentos.

»A mí lo que me gustaba de verdad era leer, devoraba los libros de dos en dos. En la escuela, mientras fueran obras de estrategia o de historia, nos permitían hojearlos. Pero los que de verdad me gustaban eran los de aventuras, viajes y filosofía natural. Me encantaba aprender que, según temperatura, rapidez de enfriamiento o impurezas, el mismo material puede ser duro o blando, frágil o resistente... O cómo se hace un injerto. Siempre estaba leyendo a escondidas.

»Afortunadamente, crecí muy rápido y grande. Los demás chavales no se atrevían a meterse conmigo por mis hábitos... y menos desde que aprendí el manejo de las

armas. A causa de mi tamaño, empecé un año antes el trabajo de escolta. Por lo menos viajaba y conseguía algún libro nuevo, pues en la ciudad eran escasos. Al cabo de un año ya me sabía todas las rutas de la turba, incluso la que solo se hacía cada seis lunas. También conocí a muchos comerciantes, taberneros y carreteros. Como he dicho antes, me gustaba aprender y casi todo el mundo te puede enseñar algo, aunque sea solo lo que no hay que hacer. La gente disfrutaba enseñándome y así matábamos el aburrimiento.

»Salteadores por aquella zona había pocos, los peligros venían más de las bandas de orcos que se desplazaban desde el este, o de los hombres perro de los bosques del sur. No estaban muy organizados, pero uno contra uno eran adversarios difíciles. En cambio, ponías las carretas en círculo, haciendo un improvisado fuerte y no eran capaces de romper la defensa, siempre y cuando la disciplina de los defensores no flaqueara. En las Provincias no hay grandes guerreros, pero sí muy buenos soldados, pues somos hombres libres que votamos nuestras guerras, no esclavos de ningún señor. Nunca nos verás abandonar las filas en busca de botín. Eso sí, cuando acaba la batalla, te encontrarás con los más borrachos, folloneros y pute... esto... jueguistas.

»En una de las rutas principales viajaba a menudo un mercader, se hacía llamar El Boato. Vendía artículos de lujo, o lo que se consideraba lujo en aquellos lugares. Alguna buena tela para las mujeres principales, algún perfume no muy exótico, especias... Yo me hice amigo de él, ya que los libros eran otro de sus productos. Normalmente los traía por encargo, aunque siempre llevaba una veintena en su carromato. Sobre todo historias de amoríos para las damas, o de grandes batallas y hazañas para los hombres. Pero de vez en cuando traía alguna joya encuadrada. Siempre me pagaba alguna jarra en las posadas y me hacía descuento en los libros. Una noche, poco después de que me ascendieran a cabo, ese negociante me llevó a un reservado en la taberna para que no nos oyeran. A la quinta ronda, me empezó a hablar con un tono que nunca había utilizado antes. Me preguntó si estaba contento con mi trabajo, si no quería conocer más mundo que las rutas de entre los pantanos o los bosques. Yo le contesté que algún día iría a servir a las provincias en el ejército, con lo cual ya lo vería entonces. Él replicó que tal vez me gustaría estudiar en Ciudad de las Torres. Aunque fuera ya muy mayor para la magia, aseguró que en sus bibliotecas podría pasarme lunas y lunas, e incluso años.

»Sin que yo lo supiera, poco a poco el ansia reprimida de cambio, aventuras y de rebelarme contra el destino impuesto por mis padres, fue aumentando. Las paredes del dique, hechas a base de conformismo, resignación y llamamientos al deber paterno filial, se fueron rompiendo... Y una inundación de deseos nunca colmados, llenó mi joven mente. Entonces, me habló de La Cofradía... Espera que me sirva otra jarra y sigo. Hmm. ¿Por dónde iba? ¡Ah sí!, ya me acuerdo... A cada uno lo tientan con lo que ven que más desea: dinero, mujeres, respeto..., pero lo que más les gusta son los idealistas, gente que busque saber, libertad, felicidad para todos... Ellos, en el fondo, los rangos de número alto, solo buscan poder. Abusan de la gente que cree en

algo, pues es la que más dispuesta está a arriesgarse. También les gusta la gente desesperada o desquiciada.

»Sea como fuere, si ven que tienes alguna cualidad útil para ellos, casi siempre te reclutan. Tienen gente dedicada solo al proselitismo, como aquel comerciante. Están muy bien entrenados en eso y además son generosos con el dinero. La mejor forma de controlar a las personas es que sean felices, aunque sea una felicidad falsa y fácil. Tampoco hacen ascos a utilizar el chantaje y la coacción. El palo y la zanahoria, vamos. Pero estoy divagando de nuevo... El Boato me había visto pelear un par de veces y le había complacido. Como tenía una educación tirando a culta, le interesé más. Pero primero me conoció mejor de lo que yo me conocía a mí mismo. Siempre eran así, pacientes, por lo menos para los reclutas que esperaban que alcanzasen el grado medio. Con la chusma de nivel bajo no eran tan exquisitos.

»Al cabo de tres lunas estaba en una de sus casas de entrenamiento. En lo militar no necesitaba casi nada, con lo cual pasaron a educación cortesana, de espía y de... asesinato. Aprendí botánica para venenos y remedios, tortura, geografía, heráldica... bueno y un montón de cosas más. Me mandaron para que acabara de formarme con un viejo jefe de banda, un rango cinco. Yo creo que no subió más porque amaba dominar los bajos fondos. Aunque fueran los bajos fondos de Mercia Capital. Tenía muchos nombres, pero el que le gustaba y más utilizaba era Jefe, El Jefe. Pronto, en cuanto dominé el arte del fuera de la ley, me mandó a una ciudad cercana: Gran Castillo. Hacía mucho tiempo que no era frontera y la fortaleza solo servía para impresionar a las visitas. Allí, con ayuda de tres matones de La Cofradía y los consejos semanales que me enviaba El Jefe, pronto nos hicimos un nombre, después una banda y más tarde con el control de casi todo el crimen de la ciudad. Todo el mundo nos pagaba un porcentaje de sus fechorías. No revelaré todos los detalles, pues estuve cuatro años en el burgo hasta que ascendí a grado seis y me trasladaron a la corte. Allí hacía casi lo mismo, pero para nobles poco escrupulosos. Seguí subiendo en el escalafón hasta llegar al nueve, el máximo sin ser dirigente de la cofradía, ya que estos tienen siempre dos dígitos. Me dedicaba a todo: propaganda, obtención de secretos, control de precios, asesinatos... Como te he contado antes, yo creía que estaba haciendo todo para cambiar las cosas a mejor. Me engañaba a mí mismo, si no, siempre me podría refugiar en mis libros, de los que conseguí una extensa y buena colección.

»Hice cosas horribles, incluido buscar víctimas para los necromantes, que actuaban en secreto en los descampados del país. Buscábamos gente que nadie echaría de menos: viejos, huérfanos de la calle, prostitutas que las Sacerdotisas de Cherm ya no podían curar de tantas veces que habían cogido la misma enfermedad... No sé exactamente la razón de esa alianza, yo solo me encargaba de supervisar la búsqueda de sacrificios y del traslado. Un día me harté de todo. Recibí instrucciones del círculo interior. Querían que muriera una niña, hija de una pequeña casa noble, de ocho años de edad. Se había prometido a un joven príncipe menor. Por alguna razón,

la alianza no gustaba a La Cofradía. No sé el porqué, pero aquello colmó mi paciencia y abandoné la organización. Antes de irme, ayudé a dismantelar la red que operaba en Mercia. No toda, por supuesto, pero sí lo que conocía. Mandé unas cartas con la información al Juez Supremo, uno de los pocos incorruptibles de la corte. También avisé al clero de la Dueña del Jardín Sin Fin sobre los necromantes. Casi todos fueron atrapados y ejecutados, siendo destruidos sus ejércitos de no muertos y abominaciones.

»Fue idea de la jefa de las paladinas de la región darme refugio en uno de sus monasterios. Creo que ya te dije que en el de la Señora Flamígera de la Purificación. Allí estaría a salvo de las venganzas del malvado contubernio, más tras fingir mi muerte. Los sacerdotes mandaron a una monja con mis supuestas cenizas, para entregárselas a mis padres. La conciencia me asaltaba todas las noches. Y... y... y eso es otra historia. Lo único que tienes que saber de momento es lo que ves, que ahora soy un humilde servidor de la Tatarabuela Muerte.

—La verdad es que se nota que ha leído mucho —dijo la novicia, al ver que el normalmente risueño sacerdote se ponía de humor triste y melancólico—. Aunque a veces es un poco pedante en el hablar. ¿Otra jarra, Su Gracia?

—Solo si tú me acompañas —contestó Garrote recuperando algo la sonrisa.

—Solo le acompañaré con media.

—Bueno, tú media, yo una entera.

## Capítulo 11

La paniquesa estaba bien adaptada a los viajes en barco. No se mareaba y se dejó curar las heridas superficiales que tenía. Ocupaba un buen trozo de bodega, no insistía mucho en salir y explorar, a pesar de ser animales nerviosos.

Con quienes no se llevaba bien era con los miriápodos de a bordo. Aparte de la capitana y el segundo oficial, había tres o cuatro marineros de esa raza. Cada vez que veía uno, se ponía en posición de ataque. Tria sospechaba que había sido agredida recientemente por alguien con seis brazos.

Para evitar alguna tragedia, la guerrera tuvo que acostumbrarla a ese tipo de personas. Utilizó a Miri, poniéndole el pañuelo del Gran Caudal al estilo corsario. Le dieron entre las dos unas ratas que habían atrapado, a modo de golosina. Pira seguía sin fiarse, pero por lo menos dejó de gruñirles.

El siguiente alto lo hicieron en Puerto Acuerdo, en la isla central de mayor tamaño. El nombre venía dado porque allí se encontraba el lugar de reunión del Consejo del Mar de Las Lunas, donde las cofradías mercantes y marineras dirimían sus desacuerdos pacíficamente. También era un lugar de pactos de precios y alianzas. Por supuesto, todas las hermandades comerciales jugaban a la política en las sombras, con múltiples tratos y negociaciones en paralelo.

Zhersem, por lo poco que sentía la reliquia, creía que estaba ya en la costa este. Pero Miri tenía unos asuntos urgentes que resolver en la ciudad. Los servidores de la Muerte decidieron esperarla, pues no creían que otro capitán les dejara llevar a la comadreja en su embarcación. El tiempo que perdieran allí lo recuperarían en tierra firme al tener montura, por no hablar de su utilidad en combate.

Tria insistió en sacar a dar un paseo a la bestia, para que correteara un poco por el campo e hiciera ejercicio. Consiguieron unas sillas de monta que tuvieron que adaptar.

Se enteraron de que en la isla había un pequeño monasterio dedicado a la Diosa de Las Alas Fuertes. No era uno de los importantes, pues no tenía nombre propio, solo el de la ciudad. Y hacia allí partieron.

De no ser por una monja que lo guardaba, la construcción religiosa hubiera estado desierta. Los tres pares de paladina y sacerdote se encontraban fuera. Dos parejas estaban haciendo viajes de purificación por las islas cercanas. La otra se encontraba investigando un incidente de supuestas actividades necrománticas. Seguramente algunos hijos de papá aburridos, con mucho tiempo libre y un libro de prácticas oscuras, sin verdadero poder, ya que había habido apariciones de no muertos, pero no duraban en pie más de un día. Sea como fuera, el pecado debía ser castigado y limpiado.

La religiosa les pidió que purificaran unos cuerpos que guardaba a la espera del retorno de los sacerdotes, así ella podría bajar a comprar víveres a la ciudad y a preparar unas piras funerarias. Últimamente se daba que las familias no querían

aguardar por las cenizas y, si tenían dinero, los cadáveres eran incinerados por medios naturales. Les pidió que la esperaran, pues iba a recoger los restos de las purificaciones en unas urnas. Así aprovecharía el viaje para entregarlas a los parientes de los fallecidos.

Como era tradición, la monja se había cambiado el nombre. Compasión fue el elegido. Le gustaba hablar. No paró de hacerlo en todo el viaje de vuelta a la urbe. No calló ni cuando vio que el camino estaba bloqueado por un grupo de gente armada con lanzas y ballestas.

—Como les iba diciendo —explicaba a Tria y a Zhersem—, para que la incineración purifique correctamente, es necesario un tronco bendecido por un sacerdote de la Diosa. No hace falta uno grande, pero sí que el ritual esté bien hecho, lo que cuesta tiempo. Si no, queda bastante esqueleto, que puede ser usado por los necromantes. Incluso las cenizas podrían ser utilizadas para alguno de sus hechizos. Y me quedan ya pocos, espero que lleguen... ¿Y qué quieren estas buenas gentes? —dirigió la pregunta a los obstruccionistas.

—Nos envía el Maestre de la Cofradía del Pulpo y el Tiburón —dijo uno de ellos que iba mejor vestido que el resto—. Quiere tener una charla con sus acompañantes. Nos ha mandado a nosotros para escoltarles. Aquí tengo la invitación formal —terminó su discurso, enseñando un papel atado con una cinta y lacrado.

—Me parece que en estos momentos debemos rechazar la invitación —objetó el iniciado—, ya que tenemos asuntos urgentes. Aunque entrégueme el legajo y tendrá una contestación, también formal y por escrito, en cuanto hayamos solucionado esos deberes inexcusables.

—Creo que me han entendido mal. Somos del Pulpo y el Tiburón —reiteró mientras se señalaba el escudo de su jubón—. Nos dedicamos a la seguridad de Puerto Acuerdo, e insisto en que deben acompañarnos.

—Tenemos que presentarnos en el Templo de La Primera Que Te Ve. Según la costumbre y las leyes, primero hay que hacerlo ante las autoridades religiosas.

—Ya lo han hecho en el monasterio.

—No lo hemos hecho formalmente, pues en el monasterio solo se encuentra una monja, aquí presente. Lo tenemos que hacer ante un sacerdote o, si no es posible, ante una sacerdotisa de Cherm. Pero si quieren acompañarnos al templo...

—Pero solo cuatro de vosotros —matizó la Paladina del Cráneo, que llevaba ya puesto su escudo—. Que sea una escolta de verdad, que cuento una docena. Esto parece más un grupo de arresto que una comitiva protocolaria.

—Me parece que no habéis comprendido. —El del jubón parecía muy terco—. Nadie rechaza una invitación del Maestre. Y vendréis con nosotros..., con todos nosotros.

Con movimientos calculadamente lentos, Tria se puso el yelmo y desenfundó su espada, captando la atención de todos mientras el sacerdote recitaba la letanía y Compasión sacaba su hacha.



—Yo que Su Gracia, no haría eso. Le están apuntando seis ballestas.

—Antes de que salga la primera saeta, tú estarás siendo juzgado por la Diosa.

—Secretario, deje esto a los profesionales —dijo uno que estaba detrás del de los papeles, quien llevaba una armadura de cuero con el mismo blasón—. Yo soy el oficial al mando y les acompañaremos al templo de Cherm. Con tres de mis hombres, el resto se irá. No queremos que se diga que en Puerto Acuerdo tratamos mal al clero. Pero quiero su palabra de que vendrán. Secretario, deme el requerimiento, por favor, que yo lo entregaré.

—Pero...

—Secretario, hágame caso, que no ha visto combatir a estas locas. ¿Y bien, tengo su palabra? —preguntó a los servidores de la Muerte.

—¿La palabra de una loca? —replicó la guerrera.

—Por eso, porque Sus Gracias son unas dementes que luchan sin preocuparse por su vida..., pero que siempre cumplen su palabra.

—Entonces se la doy, oficial.

—Pero... —El secretario no había ascendido precisamente por su gran iniciativa.

—Déjelo ya —le volvió a interrumpir el oficial—, yo responderé ante el Maestro. Pasos, Marinero y Tendero conmigo, al templo con Sus Gracias. Los demás id al cuartel y llevaos al secretario con vosotros. Pero que antes me dé los malditos documentos de una vez...

El templo de La Dama de Las Flores Rojas en la isla no era tan grande como el de Tres Rocas. Estaba al lado de un pequeño robredo, creado para acompañar al edificio, no al revés como era usual. Tenía la entrada custodiada por una pareja de Paladines del Roble, a los que el sacerdote les explicó el motivo de su visita. Impidieron la entrada de los hombres de la cofradía del Pulpo y el Tiburón, bajo algún pretexto religioso. Antes de entrar, el oficial les dio el legajo, indicándoles que podrían abrirlo en presencia de la abadesa, quien seguro respaldaba las leyes.

Tras conseguir que Pira se quedara atada en un árbol cerca de la puerta, fueron conducidos ante la máxima autoridad de Cherm en la zona.

—Mediodía —se presentó con una inclinación de cabeza—, soy la Abadesa Mediodía. Hacía mucho que unos servidores de la Otra Diosa no se presentaban aquí por faltar sacerdotes en su monasterio..., o eso me han comunicado.

—Así es, Abadesa. Se presentan, yo, el Iniciado Zhersem Sort Flejen y aquí la Devota Triannora Sort Fanora, acompañados por la Monja Compasión, siguiendo las tradiciones de las Diosas, por el respeto que nos une.

—Que vuestra casa sea fecunda. ¿Cuáles son las razones de vuestra visita a Puerto Acuerdo?

—Nos han encomendado la búsqueda de una reliquia que fue robada y ha atravesado el Mar de Las Lunas, hacia el este. El que estemos en este lugar solo es por razones fortuitas, la ruta de nuestro navío hacía un descanso aquí. Pero incluso

antes de habernos podido presentar, nos han intentado llevar ante el Maestro de la Cofradía del Pulpo y el Tiburón. Incluso tenían preparada lo que supongo que es una carta formal.

—Ese nuevo Maestro... Con el viejo no había ningún problema, pero hace cuatro lunas fue sustituido y el nuevo no para de reunirse con todo el mundo. Creo que intenta ganar más poder en la ciudad, aunque no creo que el resto de cofradías le vayan a dejar. Lo que se me escapa es para qué necesita de vosotros, si los de la Otra Diosa aún sois más neutrales que nosotros en asuntos mundanos. Abra y lea la carta, Iniciado, háganos el favor.

El documento era muy escueto. Ocupaban más nombre y títulos, con firma y sello, que el mensaje en sí. Daba a entender que por motivos de seguridad y deferencia, debían presentarse ante el Maestro, el máximo mandatario de la guardia.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó Mediodía.

—Esta mañana, Abadesa —contestó el sacerdote.

—En verdad estoy asombrada de su red de espías. Pero es sospechoso que necesiten tanto de unos servidores de la Muerte. O tienen un problema de necromantes..., o la verdad es que se me escapa algo. Les aconsejo ir a verle, ya que habría que aclarar este asunto. Por si acaso, os llevaréis una escolta de ocho Paladines del Roble. Eso le bajará un poco los aires de grandeza a ese Maestro.

—¿Ocho?

—Sí, no puedo desprenderme de más por si hay una urgencia.

—Veo que el templo es más grande de lo que pensaba.

—Aquí hay demasiada política, Iniciado. Intentamos mantenernos al margen, como dictan las Señoras, pero en algunos asuntos no nos dejan. A veces hace más por las almas un buen grupo de nuestros guerreros, que cien matronas y sanadoras. Volved en cuanto podáis y os pondré un poco al día.

A pesar de haber dejado la comadreja al cuidado de las novicias de Cherm, al llevar doble escolta, llamaban casi igual la atención. El oficial protestó por ese segundo acompañamiento, pero sobre todo de cara a la galería, pues presentía que era una batalla perdida. Se presentó al jefe de los paladines como Oficial Jamur, nombre que no era de la región. El guerrero del roble hizo un gesto de reconocimiento, sin decir el suyo. No tuvieron que discutir mucho para que los guardias fueran delante. Eran los servidores de la Diosa de la Vida quienes escoltaban a los de la Muerte.

El edificio de la Cofradía del Pulpo y el Tiburón se encontraba en la misma plaza que el palacio del Consejo del Mar de Las Lunas, al lado de un cuartel de vigilantes de la misma. Era un palacete de cuatro plantas, adornado con su blasón grabado por doquier en sus cuatro paredes, bordado y pintado en grandes pendones.

Las enormes puertas labradas estaban abiertas. Zhersem se negó a que la escolta de la Otra Diosa se quedara fuera, por lo que entraron todos. Los guardianes de la entrada intercambiaron miradas con Jamur. Este parecía estar ya harto de la situación,

ordenándoles con la mano que no intervinieran.

Toda la primera planta era una sola sala, llena de mesas en las que se sentaban detrás unos burócratas. Al lado de cada una había un cartel indicando los asuntos que se atendían en ella. En casi todas había alguien realizando alguna gestión y en unas pocas se habían formado colas de gente con cara agria.

El oficial se dirigió a un hombre que se encontraba de pie al lado de la mesa de información. Vestía con un jubón, como el secretario que se habían encontrado en el camino, pero de más calidad. Intercambió con él algunas palabras por lo bajo. Poco a poco la conversación fue subiendo de tono hasta que Jamur estalló.

—¡Ya estoy hasta los mismos! —chilló— ¡Yo soy un guardia para mantener el orden! ¡Un oficial de esta ciudad! ¡Y lo de servir con los pulperos aún pase! ¡Pero yo no soy el criado de ningún Maestre, ni de sus esbirros! ¡Me voy al cuartel, a ver si puedo hacer algo de trabajo policial de verdad! ¡Y si queréis mi dimisión, solo tenéis que pedírmela! ¡Iros todos a la...!

La última palabra se perdió mientras el del jubón le veía marcharse con sus hombres con cara furiosa. Este se rehízo, se volvió hacia los servidores de la Muerte y se acercó.

—Buenos días, Sus Gracias —saludó con una voz melosa—. Yo soy el Primer Secretario, a las órdenes directas del Maestre.

—Buenos días, Primer Secretario. Yo, como creo que ya sabe, soy el Iniciado Zhersem Sort Flejen y esta, la Devota Triannora Sort Fanora. Acompañados por la Monja Compasión —repitió la fórmula, pero añadió—: También nos acompaña nuestra escolta de Paladines del Roble, por orden de la Abadesa Mediodía.

—Como verán, no puedo dejarles subir a todos para reunirse con el Maestre. Serían demasiados y su despacho es pequeño. Si quieren pueden subir uno o dos con Sus Gracias..., pero no todos.

—Pues buscadle una sala más grande al Maestre para la reunión, que las órdenes de la Abadesa son muy claras.

—¿Eso significa que no se fía del Maestre?

—Eso significa solo que nuestra escolta estará con nosotros. Ni más, ni menos...

—Si me disculpan, ahora mismo vuelvo.

—Disculpado está.

El secretario desapareció subiendo por las escaleras centrales. Tardó unos minutos en bajar. Cuando lo hizo, su expresión era propia de quien ha recibido una buena bronca.

—Ahora, si Sus Gracias y su escolta tienen a bien acompañarme... —dijo con la voz un poco rota.

—Detrás del señor secretario —respondió el clérigo, cortés.

Hasta para subir fueron cuatro paladines delante de ellos y los otros cuatro detrás. Resaltó aún más su función de escolta cuando uno de cada grupo invocó el poder de Cherm, inflando sus músculos y su vello.

Llegaron a una sala de reuniones en el segundo piso, decorada con tapices de barcos y otros motivos marineros, con una mesa elíptica ocupando gran parte. En uno de los extremos del tablero se encontraba un hombre gordo, de ralos y canosos cabellos; vestido con ropajes mitad de mercader rico, mitad de noble, con al menos un anillo en todos los dedos de sus manos. El blasón de su cofradía no se encontraba bordado sobre su pecho, sino grabado en un medallón de oro que colgaba de una gruesa cadena del mismo metal. Estaba sentado en una ostentosa silla labrada que, por su volumen y fortaleza, requeriría dos hombres para moverla. Resaltaba en exceso comparada con el resto de los asientos, que parecían sacados de cualquier taberna. Detrás de él se encontraba otro individuo, un miriápodo. Vestía un jubón de secretario, aunque el resto de sus ropas no lo acompañaban. Eran ajustadas, como si viajara mucho o se dedicara a otros trabajos. Sus armas tampoco eran la usual daga que, más ornamental que defensiva, se veía al cinto de los burócratas. Llevaba un sable mariner a cada costado, con las empuñaduras simples, funcionales y gastadas; y cuatro cuchillos al cinto, de los que se pueden lanzar.

—Maestre, aquí le traigo a sus invitados —habló el primer secretario.

—Muy bien, siéntense todos —dijo el obeso mandatario—. Menos tú, Primer, ve a ocuparte de ese otro asunto.

Esperó a que todos se asentaran en sus sillas. Después de la presentación ritual de Zhersem, continuó.

—Bien, dejémonos de formalidades. Ya saben que soy el Maestre de la Cofradía del Pulpo y el Tiburón. La razón de que estén aquí es para que me informen, en calidad de encargado de seguridad del Consejo y de Puerto Acuerdo, sobre las razones de que se encuentren aquí.

—Maestre, solo estamos de paso —replicó el sacerdote.

—¿De paso hacia dónde?

—Hacia la costa este, Maestre.

—¿Para hacer qué?

—Maestre, estamos en una misión de servicio a la Diosa de las Alas Fuertes.

—¿Qué clase de misión?

—De Justicia Divina, Maestre.

—Está acabando con mi paciencia, Sacerdote.

—Perdón, Maestre. Pero mi rango es Iniciado. —Zhersem había perdido ya la cuenta de las veces que había tenido que dar esa explicación.

—Me importa un bledo su rango... Iniciado. Conteste a mis preguntas de forma más amplia o le auguro una temporada en mis mazmorras.

—¿Y cómo se tomarán el resto de cofradías esta tropelía? —inquirió el jefe paladín, más versado en la política local—. Sabe que les gusta estar a bien con los servidores de las Señoras.

—También les gusta que no le falten al respeto al Maestre encargado de la seguridad.

—Maestre, con el debido respeto —contestó el guerrero—. La tradición indica que hay que presentarse ante la autoridad civil solamente cuando se va a actuar en el área de su dominio.

—Mire, Fervoroso, sus amigos aquí presentes han amenazado de muerte a uno de mis secretarios. Si eso no es una falta de respeto...

—Maestre —replicó Tria—, ese subordinado suyo nos amenazó primero. Además, ya sabe que los siervos de la Dueña del Jardín sin Fin estamos todavía más desconectados de lo mundano que nuestros hermanos de la Otra Diosa.

—¡Basta ya de interrumpirme! Aquí —recalcó golpeando con el índice la mesa—, mando yo. Y me vais a contestar correctamente..., como se me tiene que contestar.

—Maestre —habló el Paladín del Roble—, insisto en que no queremos faltarle al respeto, pero vucencia solo se encarga de la seguridad. En esta ciudad manda más que en ninguna otra el Consejo. Los asuntos de los servidores de la Muerte, y más si no tienen que ver nada con Puerto Acuerdo, no son materia para vucencia.

—¿Ni siquiera una respuesta de cortesía? —preguntó el miriápodo al darse cuenta de que su jefe estaba a punto de estallar.

—Ya se la he dado —insistió el clérigo—, estamos en una misión de Justicia Divina.

—¿De verdad que no pueden ser un poco más concretos? Al Maestre no le gustan las evasivas, como han podido observar.

—Un asunto de búsqueda y ejecución de un ofensor a la Diosa, no necesitan conocer más detalles, ya que el individuo no se encuentra en su jurisdicción.

—Veo que son muy reservados. Maestre, ¿ya hemos acabado con ellos? Nos requieren para otros asuntos.

El inquirido dio un gruñido, que su consejero tomó como una afirmación.

—Entonces esperen aquí, que vendrán a buscarles.

Ambos se retiraron sin más despedida, por una puerta distinta de la que Zhersem y sus acompañantes habían usado.

Les hicieron esperar más de un cuarto de hora, hasta que el Primer Secretario apareció y les acompañó a la salida. Una vez fuera, Compasión se despidió de ellos, yéndose a acabar sus encargos. Quedó con ellos en el templo de Cherm para cuando los terminara.

En el camino de vuelta al templo, el iniciado habló con el jefe paladín, quien por fin se presentó. Tenía el curioso nombre de Ciruelo, que explicó que era el árbol que representaba la valentía, pues florecía antes de que acabara el invierno. La guerrera de la calavera iba a su lado, con el casco y la defensa puestos para indicar que era un acto oficial. El del roble les estaba informando de los últimos rumores, de los acuerdos en las sombras de las cofradías y de cómo se saltaban lo pactado en el Consejo, a base de hacerse descuentos o crear sociedades intermedias.

También les relató la repentina enfermedad del anterior Maestro y acerca del consejero miriápodo venido con el nuevo. Se sabía que había sido pirata y agente encubierto para muchos amos. Respondía al nombre de Mintri Com Fam.

Cuando la conversación pasaba a preguntas sobre la abadesa Mediodía, Tria sintió algo. Más tarde, cuando lo contó, no pudo decir qué fue, si un ruido o un aviso de la Diosa. Pero empujó el flaco cuerpo de Zhersem al suelo, haciendo que esquivara una saeta. Se agachó a su lado y lo protegió con el escudo, rebotando otro proyectil en él.

Los luchadores de los árboles formaron un círculo defensivo, pero ya no hubo más ataques. Dos de ellos salieron corriendo hacia el sitio donde intuían que se habían originado. Subieron a los tejados, pero no encontraron nada.

—Me parece que os habéis enemistado con el Maestro —dijo Ciruelo mientras ofrecía una mano para levantarse al iniciado—. La Abadesa y yo siempre hemos dudado de él.

—Sí, lo he encontrado muy nervioso —afirmó el sacerdote.

—Y es sospechoso —aclaró la pelirroja—, que insistiera tanto en nuestra misión.

—Bueno —concluyó el jefe paladín—, vayamos rápido a informar la Abadesa.

## Capítulo 12

No les sobró una paloma, fueron tres, aunque tuvieron que soltar otra al ver las costas de un par de islas a la vez desde el barco. Los mapas no aclaraban el asunto, incluso uno apuntaba a una tercera. Pero al final se encontraban en Puerto Acuerdo, con una pareja de aves mensajeras en la jaula.

Liberaron una de noche, a la que tuvieron que despertar. Pero en cuanto Garrote abrió la mano, se lanzó volando hacia el palomar, pues lo sentía cerca. Antes decidieron darle una bellota tocada por Cherm de más, para aumentar la duración del foco localizador por si acaso se perdían en la ciudad.

El pájaro se dirigió pronto hacia el centro del burgo, para extrañeza del sacerdote. Se esperaba que fuera en dirección a los bajos fondos, ya que normalmente allí se encontraban los cuarteles de La Cofradía en casi todos los lugares. Los que vivían en las zonas respetables no se encargaban de contactar tan directamente con los del lado criminal.

—Es como si hubiera dos o tres organizaciones diferentes —le explicaba a Atardecer—, coordinadas pero distintas. El que comercia con sustancias ilegales no se encuentra mucho con aquel que contacta con los nobles, solo se reúnen en contadas ocasiones. Y por mucho cifrado que tengan, no suelen mandarse mensajes físicos. Así, cuando cae alguna parte de la red, se salva la otra.

Al cabo de un rato llegaron a la plaza del Palacio del Consejo, el lugar principal de la vida pública ciudadana.

—Allí está —señaló la novicia a una casa con palomar, al lado del cuartel de la guardia.

—No señales —ordenó el clérigo—. ¿Está en la casa esa junto al edificio de los pulpos y tiburones por todos lados?

—Sí, en esa de la puerta rosa.

—¿Un burdel al lado de un cuartel? ¡Qué cosa más rara!

—¿Y qué hacemos ahora?

—Ahora tendremos que ir a pedir ayuda. En uno de los mapas indicaba que en esta isla había un monasterio de la Diosa del Hueso y del Cráneo.

No llegaron al convento, se encontraron con una monja de camino. Esta, presentándose rápidamente como Compasión, obligó a Garrote a ponerse un abrigo y cubrirse con la capucha. La prenda le estaba pequeña, dejaba a la vista la túnica sacerdotal a partir de las rodillas.

El clérigo no se quejó, estaba acostumbrado de su época encubierta a aceptar ese tipo de situaciones sin rechistar. Y más si venían de un aliado que difícilmente cambiaría de bando.

La monja los llevó a una arboleda cercana y les rogó que no se movieran ni se dejaran ver. Hacía dos días le habían visitado un par de servidores de la Muerte y habían tenido problemas con las autoridades. Les comunicó que sería mejor ir al

templo de la Diosa de la Vida, que ella se encontraba sola en el monasterio y allí estaban los otros dos, aparte de un buen grupo de Paladines del Roble. Se marchó antes de que le pudieran hacer preguntas. Retornó al cabo de una hora con un abrigo más grande. Como habían estado en silencio siguiendo lo aconsejado, a Garrote le había dado tiempo a hilvanar datos:

—Ese par del que hablabas antes —dijo—, ¿no serán una Paladina del Cráneo pelirroja que pasa del acento afectado a uno basto, y un Iniciado larguirucho?

—¿Cómo lo ha adivinado, sacerdote? —replicó la monja.

—Conocemos a Tria y a Zhersem y sería conveniente que hablara con ellos.

—En el templo de Cherm están.

—Vayamos entonces, que también tenemos que hablar con la Abadesa.

—¡Sacerdote Garrote! —exclamó con asombro la guerrera de la calavera—. ¡Novicia Atardecer! ¡¿Y la Monja Compasión?!

—Devota Triannora —saludó de forma más formal el clérigo barbudo—, Iniciado Zhersem. Ya veis que vengo bien acompañado. Tengo importantes nuevas para vosotros, pero sería conveniente que nos reuniéramos con la Abadesa y el Paladín en Jefe. De esta forma, solamente tendré que explicarme una vez. Y mejor que no se añada nadie más, hay asuntos que tampoco conviene pregonar por todas partes.

Fueron los cinco a la sala de reuniones de Mediodía. Ella aceptó que hubiera pocos presentes, pero insistió en que también estuviera su segunda, la Priora Escarcha. Garrote, ayudado en algún detalle por Atardecer, les narró sus últimas aventuras; la liberación de los esclavos, el combate con los trolls, la carta que mencionaba la reliquia, su encuentro con los esbirros y el uso de las palomas.

Tuvo que hacer un alto para explicar que él perteneció a La Cofradía, matizando que era una de las causas por las que no quería que hubiera mucha gente. Era importante que se le guardara ese secreto. Si el malvado contubernio le descubría, podría tomar medidas especiales. Seguro que aún deseaban venganza.

Luego le llegó el turno al iniciado. Enumeró los rumores que habían ido recopilando por el camino, por si el resto ignoraba alguno. Insistió sobre todo en los ataques piratas, poniendo especial hincapié en el asalto y hundimiento del barco grancaudalés. Y no se calló el extraño comportamiento del Maestro, ni el intento de asesinato sobre su persona.

Como ya se había hecho la hora, comieron en una sala adyacente. Aprovecharon para contarse anécdotas, como la historia de la Doncella de Bronce, o la huida de los piratas al ver a la bandera de la Diosa izada y a Tria desafiante.

Al final de la comida, a insistencia de Garrote, repasaron el día del atentado. Le interesó sobre todo el comportamiento del oficial. Había que investigarlo más, pues los hechos hacían creer que era un independiente interesado más por las labores policiales que políticas. Escarcha, que era nacida en la isla, confirmó las sospechas del sacerdote.

Jamur llevaba quince años siendo agente en la ciudad. Empezó su carrera cuando



la encomendada de la seguridad era la Cofradía del Gato y el Barril, antes de que fuera desplazada por la actual encargada, hacía nueve años. Por su historial en detener criminales y su fama de insobornable, siguió en su puesto a pesar del cambio. Ascendió pasando por todos los cargos, sin ninguna sospecha de amiguismo o despotismo. El hombre era hijo de un marinero que había estado navegando por las costas del mar exterior. Se lo trajo cuando, con el dinero de su retiro, abrió una tienda de suministros. Su madre era una habitante de aquellos lugares, que murió antes del regreso de su progenitor. Por eso era un poco más moreno que lo habitual para las tierras de las Diosas. Según sus palabras, es lo que necesitaban: un hombre honrado.

Todos estuvieron de acuerdo en que la más probable instigadora del asesinato era La Cofradía. Y que había que averiguar para qué querían la reliquia los que ahora la poseían. Para ampliarles la información, Zhersem les relató que el robo había sido realizado por cuatro individuos.

Uno de ellos traía las cenizas de su familia, muertos en una razia del dragón Fauces Sangrientas. Traía una nota oficial del sacerdote de la zona, indicando que era una peregrinación al Monasterio de La Última Que Te Ve, el aspecto de la Diosa que guarda la memoria. Quería esparcir los restos allí, para que nunca fueran olvidados.

Iba acompañado de tres mercenarios. Para escolta, dijo. Apareció cuando la mayoría de los habitantes del monasterio se encontraban fuera, en la festividad religiosa de la Luna Verde, cuando el satélite de la Diosa de la Muerte eclipsa al de Cherm y el halo que la rodea coge un color esmeralda. Justo el momento contrario del ciclo al de La Luna Oscura o Decimotercera. El tiempo en que más se siente el poder de La Que Siempre Llega.

De todas maneras, al peregrino se le dejó cumplir sus deseos, pues la misiva y las cenizas eran auténticas. No se sabe muy bien cómo lo lograron, pero el asunto acabó con tres monjas muertas, además del clérigo encargado de la custodia y con la reliquia desaparecida. Esa gente no eran luchadores normales.

Lo que sí estaba claro era la preparación del golpe. Los asaltantes ya sabían dónde estaba el hueso guardado y la semana que estarían fuera casi todos los habitantes del edificio. Una de las dos monjas supervivientes corrió a avisar al Monasterio de la Muerte Plácida. Tria y Zhersem fueron los elegidos para la persecución. Ellos dos solos, pues había más asuntos que resolver para el resto de pares. Aparte, un contingente de más tamaño llamaba la atención y no era momento de hacerlo en las fechas de cumplir los ritos. La Paladina del Cráneo creía que los hubieran alcanzado si no hubiera sido por el asunto con los gigantes, aquel en el que perdió su Daga de Misericordia.

Lo que se les escapaba eran las razones del robo, ya que la reliquia carecía de propiedades mágicas sin un sacerdote de la Muerte que las activara con el ritual adecuado. Y ninguno lo haría con una que había sido sustraída. Pocos se atreverían a jugar con un objeto de tanto poder, incluso entre los necromantes a pesar de su fama de locos.

Por otra parte, la forma del interrogatorio del Maestro no había sido todo lo sutil que La Cofradía suele ser. Garrote no recordaba una conversación tan directa con uno que no fuera a ser torturado o que perteneciera a la organización. Algo muy importante estaba ocurriendo para que no fueran tan precavidos como de costumbre.

Siguieron conversando hasta después de la cena, con muchas hipótesis pero aclarando ya poco. Quedaron en que mientras esperaban a que partiera el Ballenato Rojo, buscarían más información. Pero si estaba involucrada La Cofradía, lo mejor era que Garrote fuera con ellos, ya que sería una pequeña ventaja. El barbudo dijo que también convendría que Atardecer les acompañara, pues había demostrado que poseía recursos. Y serviría como observadora de parte del clero de Cherm, ya que se estaba involucrando en ayudarles.

Para finalizar, había que mandar unas cartas, tanto al templo de Tres Rocas, como al Monasterio de la Muerte Plácida. Ciruelo dijo que esperaran un poco, no le gustaba perder efectivos y sabía que la política en Puerto Acuerdo siempre era cambiante. Más valía mandar a un solo corredor que a dos.

Poco después se fueron todos a dormir.

Garrote se había cubierto los tatuajes de la calva con un pañuelo anudado como lo suelen hacer los marineros y los de alrededor del ojo con un parche. Eso y las ropas prestadas de mercader le daban un aire excéntrico, cosa que no le hacía destacar en la taberna de la Mula Chiflada, pues los clientes, venidos de todas partes, iban vestidos con multitud de estilos.

Uno de los más corrientes era el oficial Jamur, que llevaba todavía su peto de cuero de agente de la ley, pero sin la porra ni el casco, conservando su espada. Estaba bebiendo solo en una mesa mientras aparentaba leer unos papeles.

El clérigo se le acercó diciéndole:

—Buenas tardes, soy nuevo en la ciudad y le invito a otra jarra.

—Lo siento —contestó Jamur—, soy un oficial del orden y no acepto sobornos.

—No sería un soborno, oficial, solo una muestra de cortesía. Como le iba diciendo, soy nuevo en esta ciudad, solamente quería que alguien me contara cosas de ella. Y quién mejor que un oficial del orden para ello. Me llamo Tercero Guardia. Y como mi padre decía: «una jarra p'al pecho no es cohecho».

—¿Dónde sirvió su padre?

—En las provincias de los Tres Ríos, y le aseguro que allí el ser guardia se lo toman en serio.

—Yo me llamo Jamur, y le acepto ese trago de cortesía.

—Hay que soltar a Pira, Zher —dijo Tria—. Si no, se volverá loca, que las paniquesas son muy intranquilas. Lleva cuatro días atada en el patio y ya está mordiendo la soga cuando cree que no la miran.

—Sabes que Ciruelo no nos dejará, se ha tomado muy en serio nuestra protección.

—El otro día te atacaron a ti, no a mí. Como me decían las maestras: «si el

enemigo es astuto, siempre elegirá como objetivo al sacerdote». No creo que si hay asesinos apostados, se descubran por mí.

—Mejor no corramos riesgos. No tentemos la paciencia del Paladín en Jefe.

—Le daré una vuelta por el robredo de aquí al lado. No pongas esa cara, le pediré permiso a la Priora. Supongo que la Abadesa estará muy ocupada.

Escarcha dejó claro que aunque por su fe debía amar a toda vida, la comadreja estaba muy baja en su lista. Pero que por el bien de sus novicias, sería mejor que el maldito bicho se desfagara un poco. Y si por seguridad tenía que ser en el bosque sagrado, pues que fuera. Tenían la suerte de que aún no habían introducido los ciervos blancos, animal que pertenecía a la Diosa de La Vida, así que creía que no haría mucho mal.

Conseguido el permiso, se fue a la cocina a por unos huevos para dárselos al mustélido como premio. A sus primos de tamaño reducido con uno al día les bastaba. En cambio, los que se usaban de montura, necesitaban de dos docenas. También recogió un cuenco para echar las claras y las yemas, pues estos animales son tan golosos que se comerían la cáscara si se los dieran enteros.

En cuanto llegó a la floresta soltó a Pira, que empezó a olisquear todo lo que veía. Moviéndose nerviosamente, pronto se alejó. Pero Tria no se preocupó, confiaba en que regresaría junto a ella al oírla silbar. La bestia la reconocía como su nueva dueña y era mejor darle un poco de confianza. Además, se veía de vez en cuando agitarse las ramas. La paniquesa exploraba corriendo en círculos. De vez en cuando probaba a llamarla y siempre respondía, aunque algunas veces tenía que insistir.

Se puso a preparar el bol de huevos para dárselos a la comadreja, cuando tuvo la sensación de que algo inusual estaba pasando.

«Un momentico —pensó la paladina—, la paniquesa esta p'allí... ¿cómo que se menea esa rama por allá?».

Se quedó mirando fijamente al lugar que le había llamado la atención. No vio nada que pudiera haber producido el movimiento, tampoco había viento suficientemente fuerte. En casi cualquier otro momento no habría pensado más en ello, pero el intento de asesinato la había puesto en alerta. Además, sentía que algo no iba bien sin saber el qué.

Se concentró en el área alrededor de la rama. No veía nada fuera de lo corriente, mas seguía con la extraña sensación. Durante unos instantes el tronco de un árbol le pareció demasiado tronco, como si fuera la idea de un tronco, no el objeto en sí. Y ahora volvía a ser algo diferenciado, con sus tocones descortezados y plantas parásitas propias.

Ella vivía entre dos mundos. La ceremonia del cambio no solo le había dado fuerza y resistencia sobrehumanas, sino también defensas contra los hechizos y habilidades místicas. Allí había algo que su razón se negaba a ver y su mente rellenaba los huecos con arquetipos.

La guerrera seguía siempre los muchos lemas de su orden, aunque este en

particular no aparecía en los épicos poemas de los bardos: «Lleva tus armas siempre encima, aunque sea para acudir a la llamada de la naturaleza».

Ahora que ya intuía lo que pasaba, se relajó aún más. Aunque mantuvo los ojos abiertos, dejó que fueran sus sentidos más primitivos los que tuvieran prioridad. A la vez, llevó su escudo al antebrazo izquierdo como si quisiera revisar su bruñido. Cuando volvió a sentir la sobrenatural sensación, saltó hacia su punto de origen. Desenfundó la espada en el aire, con la melena erizada indicando la convocación del poder de la Diosa y golpeó en el lugar de la supuesta interferencia.

No acertó de pleno, aunque la punta de su arma cortó algo que tenía la consistencia de la carne. Continuó sin ver a nadie, pero ahora sí que notaba una distorsión de la realidad con forma de una figura humanoide y, cayendo al suelo, unas gotas de sangre surgían de la nada.

—Sé que estás ahí —dijo señalando amenazadoramente a la forma borrosa con la espada—. No te conviene seguir este juego...

A la cuarta ronda, Jamur insistió en que le tocaba pagar a él. La conversación hasta entonces había girado sobre lugares para comer, las mejores cofradías para el transporte, lugares de amor negociable... Al final giró sobre política.

—¡Tabernera, deja de servir bebidas para damas a esos y tráenos otra ronda! —gritó el oficial—. Aquí las cosas siempre están cambiando —continuó hablándole a Garrote con tono de filósofo étlico—. Las cofradías suben y bajan de prestigio e influencia, como la espuma de la cerveza.

—En todos los sitios pasa algo parecido —replicó Garrote—. En mi tierra son los partidos políticos, en Mercia las casas nobles, en...

—Pero no es como aquí —interrumpió el guardia—. Bueno, sí que es como aquí, pero en las islas somos especiales. Es lo mismo, pero como una veintena de veces más. No sé si me explico.

—Sí, sí, te explicas.

—Como te iba diciendo, aquí, en un año la misma cofradía puede estar en la cima del poder, bajar hasta la altura del barro y volver a subir a lo más alto. Y lo mejor son las absorciones... Te habrás fijado en que casi todas las cofradías tienen dos nombres, algunas incluso tres. Te has fijado, ¿verdad? Pues eso es cuando se juntan, ya sea porque compran sus... ¿cómo les llaman los chupatintas? Activos, eso es. Cuando les compran todos sus activos o sus participaciones, también contratan a los mejores empleados. Normalmente se añade el segundo nombre con una «y». La cofradía del Robo y la Extorsión, por ejemplo —ironizó.

—Me parece que ya voy entendiéndolo todo. —El sacerdote prefería que su interlocutor siguiera hablando, en vez de forzar la conversación.

—¿Te apetece algo de comer? Bien, ya pido yo. ¡Tasquera, un plato de queso y otro de embutidos! ¡No me saques ninguna de esas delicias que no se sabe lo que son! ¡No quiero ninguna de esas para clientes distinguidos!

—Si no te gustan las bebidas para las damas, ni las delicias para finolis... ¿Por qué vienes aquí? —le preguntó buscando pistas sobre su personalidad.

—Me dejan estar tranquilo, sin que me vengan todos los mercachifles a pedirme favores. Y me dejan ser soez con los que todavía vienen a intentarlo. Un poco como a ti al principio, antes de ver que eras buena gente. Además, me hacen buen precio.

—Volviendo a lo que hablábamos antes... ¿quién manda en las cofradías?

—Normalmente un maestro elegido por el consejo. El de cada cofradía, no el consejo de todas. Cada una tiene sus reglas, en algunas, el maestro manda en todo durante un año, en otras, tiene que pedir aceptación al consejo. Incluso hay algunas que se encargan de áreas diferentes.

—¿Y en el Consejo de las Cofradías?

—Allí va por delegados. Las que son más importantes tienen tres, las grandes tienen dos y las más pequeñas tienen solo uno. El número lo determina el cálculo de valor en la lonja. Se supone que los auditores son independientes pero, como siempre, hay movimientos ocultos que también influyen en sus decisiones.

—¿Y qué tal son tus jefes?

De repente, donde antes Tria sentía algo distorsionado, apareció un hombre con un corte en el brazo derecho, cerca del hombro. Era más alto que Garrote y estaba en mejor forma física. Vestía protecciones de cuero que dejaban al descubierto gran parte de las extremidades, excepto las articulaciones y los pies. En ellas se distinguían unos ideogramas parecidos a los tatuajes mágicos, sin ser de ninguna de las dos Dueñas. En cada mano sostenía una arma de filo, más larga que un cuchillo y más corta que una espada. Llevaba un pañuelo marrón como si fuera una venda para los ojos, aunque con dos aberturas para los mismos. Tenía un rubio bigote que se juntaba con las patillas, siendo lampiño en la zona de la perilla. El resto del vello facial había sido sustituido por más tatuajes.

La guerrera se ajustó el escudo sin dejar de mirar fijamente a su adversario. Este, a su vez, la estaba estudiando. La pelirroja echó de menos llevar puesto su yelmo del cráneo, como si fuese menos paladina por ello. Él rompió la falsa tregua con un doble ataque. Uno fue detenido por la defensa, pero solo era una finta. El otro impactó en la pierna, justo donde acababa la cota de malla, cortando el cuero de la bota y la carne.

La servidora de la Muerte contraatacó antes de que su enemigo saliera de su rango de acción, hiriéndolo profundamente en el omóplato izquierdo.

—No te tengo miedo, perra medio muerta —se jactó él, poniéndose de nuevo en posición—. No eres la única a la que cambiaron.

—No es a mí a quien tendrías que tener miedo —contestó la pelirroja haciendo un extraño gesto, tocando el escudo con el pomo de la espada.

En cuanto vio la señal, la comadreja atacó. Se había colocado a la retaguardia del intruso atraída por los ruidos, y este no se había dado cuenta al estar distraído por Tria. Se lanzó a su espalda, lo derribó y le mordió el cuello, causando un horrible

sonido.

—¡Pira, suelta! —exclamó la guerrera de la calavera— ¡SU-EL-TA! ¡Qué lo necesitamos vivo! ¡Qué lo sueltes, JO-DER!

Al oír la malsonante interjección, la paniquesa calmó sus ansias de matar, dejando de morder a su presa. Se quedó mirando a su jinete, con cara de «¿qué he hecho mal?». Se relamía la sangre, pues esta clase de bestias siempre se la beben primero, antes de llevarse a sus capturas para devorarlas con más tranquilidad.

—¡Mira que eres brutica pues! ¡Ya me lo has matau!

—¿Pero tú quién eres? —preguntó Jamur—. Haces demasiadas preguntas de esos temas.

—No te miento si te digo que me gusta aprender nuevos conocimientos. Sea de lo que sea. Me hubiera gustado ser un erudito de Ciudad de las Torres, pero mi vida fue por otros derroteros.

—No lo niego, no. Pero escondes algo más.

—¿Y qué crees tú que escondo?

—No me has contado todo sobre ti. Sé que truco estás utilizando. Todo lo que dices es verdad, así parece sincero, pero te guardas información... relevante. Ten en cuenta que una parte de mi trabajo son los interrogatorios... y la experiencia engorda la intuición.

—Voy a confiar en ti, yo también tengo experiencia en juzgar a las gentes. Pero me tendrás que dar tu palabra de que me guardarás el secreto, pues no es contrario a las leyes.

—Si como dices no es contrario...

—Y otra cosa más, tendríamos que ir a un sitio más... privado. Te juro por las Diosas que no porto armas.

—No llevas armas, ¿eh?, seguro que es porque no las necesitas. Has nombrado Ciudad de las Torres, y que te gusta aprender nuevos conocimientos. Supongo que has trasteado un poco con la magia.

—Un poco no, un mucho... Pero no es la magia que te imaginas.

—¡Anda! ¡Si aún vive! —habló Tria—. Pues sí que lo han modificado pues. Pira, ricógelo pues, y vamos con la Piora... La verdad es cuando estoy con tú —señaló culpando al mustélido— me sale el dialecto... pues.

La comadreja recogió con la boca al agonizante con cuidado y fue a toda prisa tras la paladina. A pesar de la mucha madera viviente que exponía con orgullo el luchador del roble que estaba de guardia, se vislumbró sorpresa en su cara.

Inmediatamente se notó el estado de alarma en el que se encontraba el templo. Al cabo de tres minutos, el intruso se encontraba bajo los cuidados médicos de una Madre y dos novicias, además de un par de guerreros de Cherm vigilando, más un tercero que llegó con unos grilletos y cadenas para manos y pies, unidos entre sí.

—Que lo vigilen sacerdotisas detectando vida —advirtió la pelirroja—, de alguna manera puede hacerse invisible.

—Tranquila, Devota —contestó la sacerdotisa—. Lo tendremos inmovilizado, aparte de dormido. Pero tú debes ser atendida también —explicó señalando el corte de la pierna.

—No se preocupe, Madre. Esto es más costura que atenciones místicas. Con que venga una novicia que sepa suturar será suficiente. Sí, so cansina —se dirigió a la paniquesa—, vamos a por los güevos primero mientras viene la novicia pues.

—¿Y cómo sé que no quieres llevarme a un lugar retirado para secuestrarme —inquirió con ironía el oficial—, o algo peor?

—¿No hay ni siquiera un reservado en este antro?

—La verdad es que me fío ya menos a cada momento.

—Hmm. Me voy a levantar el parche un momento, y así descubrirás qué tipo de magia utilizo... y a quien sirvo. Pero ahora no te pongas paranoico con que usaré algún misterioso poder contra ti.

Garrote se levantó el trozo de tela que le cubría el ojo, mientras con las dos manos lo rodeaba para que únicamente Jamur pudiera ver los tatuajes mágicos.

—¿Veis que boquete me hicieron?! —gritó para disimular—. Te aseguro que no gusta a las damas.

—Ya veo a lo que te refieres, darías un susto a un... muerto.

—Eso mismo, hasta a los muertos —afirmó mientras se los cubría de nuevo—. ¡Camarera, otra ronda por favor!

## Capítulo 13

En menos de cuatro días, Jamur y Garrote se habían hecho amigos. Todas las noches cenaban y bebían juntos en la Mula Chiflada, aunque ahora utilizaban un reservado para poder hablar de temas más delicados.

Poco a poco, el camuflado sacerdote había ido asegurándose de la honradez del oficial, y en acto recíproco le contó alguna cosilla para aumentar su confianza. El hombre no era muy religioso, pero admiraba la forma de administrar justicia de los servidores de la Muerte. Garrote insistió en que el oficial no se involucrara directamente. Y que, por supuesto, fuera discreto en sus averiguaciones.

—¿Qué sabes del burdel ese con palomar, el que está al lado del cuartel? —preguntó el clérigo.

—¿A ti también te ha llamado la atención el palomar? Está medio escondido, pero una vez que lo ves, no dejas de pensar que es raro. Yo razoné que debía pertenecer a una red, y se iban cambiando las chicas buscando las mejores plazas para cada una, comunicándose vía ave mensajera. Pero la verdad, aunque el sitio está bien, tampoco es nada especial. Como lo abrieron al año del cambio de la cofradía encargada de la seguridad, sospeché que era para espiar a los guardias. Ninguna propietaria sería tan tonta de abrirlo en ese sitio, que yo conozco a los chicos y siempre están pidiendo descuentos o rondas gratis... o catar a las nuevas por la cara —aclaró guiñando un ojo—. De alguna manera debe recuperar sus pérdidas. Lo que no tenía yo tan claro es si serían los pulperos u otra cofradía.

—¿Tenías? O sea, que ahora lo sabes...

—Pulperos, amigo, pulperos... Bueno, más concretamente, a quien he visto con la propietaria es al secretario miriápodo del Maestre.

—¿Cómo es ese tipo?

—Tiene fama en los duelos. Y antes de que me lo preguntes: sí, es peligroso. Era un conocido pirata y mercenario. Lo mismo te atacaba un barco que te retiraba a alguien incómodo.

—¿Otra ronda más?

—Pero esta vez de negra.

El barbudo sacerdote se levantó, y abrió la puerta de la habitación para gritar el pedido. Se sentó y siguió:

—Duelos decías, ¿qué clase de duelos?

—Aquí, de honor como en Mercia, pocos. Más bien son una forma de arreglar entuertos entre dos cofradías o dos capitanes. Que si esta presa es mía, que si tienes que abrir tus suministradores... Cuando la cosa está cerca de una guerra abierta y ningún bando ve cerca la victoria, se deciden dos campeones y ¡ale!, a darse de tortas. Se baten en la plaza y gusta mucho a los habitantes de la ciudad. Incluso los Maestres de cada compañía se dejan ver. El vencedor gana en ese asunto y así se evitan pérdidas mayores. Aquí a eso lo llaman civilización...



—Pero... tendrán algún ritual o algo, ¿no?

—Sí, rituales son... cosa que no quita que sean dos pobres pagados para que no se pierda dinero... Como te decía, el tal Mintri Com Fam, ese puto bichejo de seis brazos, era un experto en duelos. Los ganaba todos llevando los dos sables y cuatro cuchillos. Pero una cosa te voy a decir, al tipo ese le gusta la sangre.

—Según me han contado, es la mano derecha del Maestre pulpero, como dices tú.

—Cierto es. Gracias, guapetona —le dijo a la doncella que traía las bebidas—. Aunque más bien son las tres manos derechas.

—Toma, esto para ti. —El clérigo le dio una moneda de propina y, tras esperar a que cerrara la puerta, continuó—: El Maestre, ¿ascendió antes o después de conocer al miriápodo ese?

—Ahí l'has da'o, antes de tener a ese de ayudante, solo era un secretario con ansias de poder. Pero tras contratarlo, y no me preguntes cómo podía pagarlo, subió en cargos de forma veloz... y despiadada. No te digo yo que matara al que se ponía en su camino, aunque sí que se los quitaba del medio usando otras formas...

—¿No sabrás si el secretario ese usa una clave a base de flechitas?

—Aquí clave usan todos. Solamente una vez encontré unos papeles llenos de flechitas, registrando a un traficante, pero desaparecieron del cuartel y al tipo lo encontraron muerto en la celda... ¿qué sabes tú de esa clave?

—Que la usa gente muy peligrosa.

—¿Y quién no lo es, a según qué niveles?

—Eso, ¿quién? —dijo guiñando el ojo que no tapaba el parche—. Te lo contaré en otro momento, por ahora no quiero que te influya en tu forma de pensar.

—¿Y estás seguro de quiénes son los instigadores del intento de asesinato sobre el Iniciado?

—Eso es lo que estoy intentando confirmar. Porque ya sabes el dicho.

—¿La Diosa Muerte y sus servidores solo conocen una forma de justicia, la expeditiva? ¿O el de que las apelaciones se las haces directamente a la Diosa, pues rápidamente te mandan a verla? —preguntó sonriendo de tal manera que parecía que la comisura de los labios tocaba los lóbulos de las orejas.

—Algo así...

En ese momento, llegó al templo un miriápodo: el segundo oficial del Ballenato Rojo, con una carta de su capitana. Los asuntos que tenía que resolver se habían complicado al extenderse la noticia de que su barco había traído a los servidores de la Muerte a la ciudad. Todos los impuestos de seguridad, controlados por la Cofradía del Pulpo y el Tiburón, tenían que ser pagados de forma urgente, incluido un recargo por demora. La autoridad del puerto exigía también otros desembolsos.

Parte de la misiva consistía en disculpas, ya que calculaba un retraso de otras dos semanas, instándoles a que partieran en otra embarcación. Tria y Zhersem lo estuvieron meditando largo tiempo, insistiendo ella en que había que llevarse a Pira, pues consideraba que había sido enviada por la Diosa y que más tarde la necesitarían.

Ya había demostrado su utilidad con el extraño luchador que se hacía invisible. Decidieron esperar a Garrote para que les aconsejara.

Del prisionero poco habían averiguado. Pero su aspecto y su acento no eran de tierras cercanas. El barbudo sacerdote sospechaba que sería de las tierras herejes del norte, donde habían abandonado los dogmas de las Dueñas. La Abadesa prefirió mantenerlo sedado hasta que supieran algo más. Él estaba seguro de que en una buena biblioteca podrían buscar algo menos difuso. Mediodía siguió el consejo de Ciruelo y quiso esperar a ver si había otra solución para no levantar sospechas. Tal como funcionaba la ciudad, seguro que había un informe en el despacho de cuatro o cinco maestros en el momento en que alguna novicia, u otra persona, sacara volúmenes sobre temas heréticos de la biblioteca. El clérigo estimó mejor que quienes lo habían enviado no supieran el sino del preso.

Se fueron a buscar a Atardecer, pues ahora era parte de su grupo y querían su opinión. Se había hecho amiga de la enorme comadreja y la estaba malcriando a base de huevos y otros caprichos. La paladina pensó, justificadamente, que en la novicia tendría un apoyo para llevarse con ellos a la mustélida.

La encontraron con la Maestra de las Marcas, la sacerdotisa encargada de los tatuajes mágicos. Le estaba añadiendo un ideograma al de su cuello, el que permitía pasar con poca comida. Ambos cleros los usaban, para el dolor, la sed, el cansancio..., aunque no se lograba el mismo nivel de resistencia que uno del roble o una del cráneo obtenía en sus transformaciones a paladín. Eran muy apreciados por los clérigos porque se activaba más de uno a la vez rezando una sola letanía.

El tiempo transcurrió mientras esperaban a que terminara el proceso. Cuando lo hizo, y ya estaban en el patio contándole las novedades a la novicia, apareció el barbudo un poco achispado. En cuanto se les unió, volvieron a contar las noticias.

Zhersem se sintió un poco traicionado. Garrote era superior en rango a él y le llevó la contraria, apoyando a Tria en lo de la paniquesa. Aun así, remarcó que era el iniciado el encargado de la recuperación de la reliquia, por lo que era él quien tenía la última decisión.

Aprovechando el paréntesis que causó la cena, el antiguo espía hizo un resumen de sus conversaciones con Jamur. Justo al finalizar el asunto de los duelos, exclamó mirando a todos los presentes:

—¿Estáis pensando lo mismo que yo?

—¿Qué mejor duelista... que una Paladina del Cráneo? —contestó Atardecer, con tono de pregunta como si fuera una alumna.

—Gracias, Tria —dijo Miri—. Así arreglaré estos asuntos de una vez por todas.

—Lo que no tengo claro es —respondió la aludida—, ¿por qué has elegido retar al encargado del puerto?

—Porque es él quien nos bloquea. Aunque pertenece a la Cofradía del Ancla y La Sirena, en realidad trabaja para el secretario del Maestre pulpero. Nadie sale de

puerto sin su permiso, tiene tres galeras de guerra vigilándolo y son muy rápidas. El Ballenato Rojo aguanta mejor las inclemencias y tormentas, pero lo que gana de marinero, lo pierde en velocidad.

—¿Estás segura de que trabaja para los pulperos?

—Sí, el único que tenía contactos con gigantes mercenarios era ese perro de Mintri Com Fam, y ahora este mamón del puerto tiene uno como guardaespaldas. Tú podrás vencer a un gigante, ¿verdad?

—A un gigante o a dos —aclaró con una suave sonrisa—. ¿Cómo sabremos que han aceptado el desafío?

—Vendrá un mensajero y supongo que no retardarán el duelo. Me encargué de poner en la carta formal de desafío, varios comentarios sobre lo que le gustan los niños, pero no para jugar con ellos precisamente... Seguramente os avisaré con poco tiempo, así que tenéis que estar preparados.

«Un poco más —pensó Garrote— y parecemos un noble con todo su séquito».

Abrían el paso cuatro Paladines del Roble, con hojas nuevas en sus barbas. Luego, la abadesa Mediodía, cubierta con un velo para indicar que no era asunto religioso, iba escoltada por dos sacerdotisas y el mismo número de novicias. Continuaban la capitana retadora, acompañada por su primer y segundo oficial, y tres marineros. Uno de estos últimos llevaba una bandera con el símbolo de su cofradía. Detrás Tria, que iba cubierta con una capa negra con capucha, teniendo a su vera la delgada figura de Zhersem, la prominente del otro sacerdote y la reposada de Atardecer. Y un poco más retrasada, a tres pasos, se encontraba la monja Compasión. Otros cuatro luchadores de Cherm cerraban la pintoresca comitiva. La paniquesa se había quedado en el templo, a ruego de la priora Escarcha.

Llegaron a la plaza del Palacio del Consejo. Allí se encontraban ya los retados. El jefe portuario se encontraba debajo de un pendón con el escudo de su cofradía, una sirena sujetando un ancla. Al revés que el portado por el hombre de Miri, el suyo era una obra de arte bordada. A su diestra se situaba un gigante con un parche al mismo estilo que la capitana. Se apoyaba con ambas manos en una enorme porra de madera. Sonreía de oreja a oreja pensando en la matanza. Aparte del resto de acompañantes, también se encontraban ya tres secretarios del Consejo de las Cofradías, con sus jubones de gala. No llevaban ninguna escolta, pues no la necesitaban.

El público abarrotaba los balcones de todos los edificios de la plaza, como si fuera un teatro al aire libre. Había gente incluso en los tejados. Los duelos para ellos eran un gran espectáculo y parte intrínseca de su cultura.

Uno de los secretarios se adelantó, desenrollando un pergamino. Levantó una mano, rogando y consiguiendo silencio en la muchedumbre. Empezó a leer proyectando su voz a todas las esquinas:

—Estamos aquí en nombre de nuestras tradiciones. Estamos aquí para resolver, por la vía de las armas, los desacuerdos de otra forma irresolubles. Solamente dos lucharán, para evitar más derramamiento de sangre. —Hizo una pausa dramática—.

Por un lado la Capitana Miri Com Am, de la Cofradía de La Rata y El Tiburón. Y por otro el Vicemaestre Cuarto Contramaestre, de la Cofradía del Ancla y La Sirena. ¡Qué se adelanten sus campeones!

El respetable rugió, mientras el gigante y la guerrera de la calavera subían a un escenario elipsoidal, acotado por un cercado. Cada uno lo hizo desde una escalera que había en los vértices más cercanos a los focos, que estaban pintados con un círculo en rojo.

El ciclópeo humanoide se deshizo de unas pieles de raposa, con las colas disecadas incluidas, que llevaba sobre los hombros. Las depositó, con una inesperada ternura, en las vallas de madera, dejando ver mejor su armadura de cuero curtido con discos de metal cosidos. Se dirigió a su marca de salida del duelo, volviendo a poner su malévolamente sonrisa, aún más amplia, que se apagó al retirar la pelirroja su capa. Ella la arrojó hacia las escaleras, descubriendo y colocando de forma teatral sus defensas calavereadas. Su contrario reconoció las enseñas de una campeona de la Muerte. Tria sonrió enseñando los colmillos, sin despegar los dientes, sin mucha alegría, como si descargara nostálgicamente una antigua afrenta en la mueca. También se dirigió al círculo bermejo que le correspondía, mientras hacía una señal de «sé quién eres». Al mismo tiempo, el gigante cambió su mueca a una de preocupación, frotándose el parche que cubría su cuenca vacía e intentando pensar intensamente.

La guerrera se acabó de colocar el yelmo e hizo un gesto afirmativo al secretario pregonero, inclinando la cabeza. Este contestó de la misma forma y se volvió hacia el enorme adversario, que por su limitado intelecto y gran desánimo al reconocer a la paladina, tardó en contestar.

El funcionario del Consejo esperó a que fueran a sus posiciones dentro de los círculos para indicar a uno de sus acompañantes que tocara un cuerno de guerra, iniciando el combate. El sonido del instrumento desapareció bajo el griterío del público.

Tria invocó el poder de la Diosa de las Alas Fuertes, recorriendo la distancia que le separaba de su enemigo antes de que éste bajara los brazos, que tenía en posición de celebrar su futura victoria intentando subirse la moral. Sajó su rodilla con la espada, que desenfundó a la vez que iniciaba el golpe para darle mayor fuerza y velocidad, acabando el movimiento de espaldas a él.

El gigante se dio cuenta de su herida al dar un paso para descargar su porra sobre la luchadora, fallándole la articulación y cayendo hacia el suelo. Ella se medio giró, dándole lo que parecía el toque de gracia de arriba abajo, pero solo cortó el tendón de su hombro derecho, haciéndole soltar la clava. Lo tumbó de espaldas con un rodillazo en la mandíbula, que crujió con el mismo sonido que cuando se separan los huesos de un ave asada, pero mucho más fuerte.

Esperó unos momentos entre el intenso silencio que reinaba en la plaza, antes de abofetear al derrotado para que recuperara la consciencia. Cuando lo hizo, le puso la punta de su espada en el cuello y le dijo con tono amenazador:

—Tú tienes algo mío... La daga que te llevaste clavada en el ojo que te falta. Sé que en tu lenta mente supiste que era poderosa. Seguro que la tienes guardada. Te perdono la vida si me la devuelves.

Justo cuando el descomunal duelista asintió intentando no pincharse, toda la plaza empezó a gritar. Pocos habían visto jamás tal proeza, derrotar en unos instantes a un contrario tan peligroso.

A petición de la guerrera de la calavera, las sacerdotisas de Cherm atendieron al herido para que se pudiera mover por sí mismo al menos. Se fue a la casa, cerca de la sede de la Cofradía del Ancla y la Sirena donde habitaba, escoltado y vigilado por tres Paladines del Roble con instrucciones de que les diera a ellos la ejecutora.

La pelirroja, tras recibir la última aclamación, se dirigió hacia las escaleras para bajar del terreno de los duelos. Se detuvo al oír el cuerno de guerra, en una nota más larga que la vez anterior. Al volverse vio que al lado de los secretarios del Consejo se encontraba el esbirro miriápodo del maestre pulpero.

El funcionario que había actuado antes de pregonero, pidió silencio de nuevo y gritó:

—El secretario especial de la Cofradía del Pulpo y el Tiburón, Mintri Com Fam, conforme a las costumbres, reta a un duelo a la Paladina del Cráneo aquí presente. Según sus palabras, no olvida el tratamiento tan poco educado que, tanto él como su Maestre, recibieron de la susodicha.

La gente empezó a murmurar comentando el anuncio. Tria buscó con la mirada a Zhersem y Garrote. Ambos dieron su consentimiento, aunque solo buscaba el del iniciado. Ella se giró hacia su retador y golpeando el escudo con la espada dos veces, indicó que aceptaba. Los siseos se tornaron en gritos de júbilo. El anterior combate había sabido a poco.

El duelista de los seis brazos avanzó hasta el escenario y subió lentamente saludando con la mano a los asistentes, que lo acompañaron con aplausos. Aunque iba vestido de modo similar al día en que los servidores de la Muerte lo conocieron en el palacio, esta vez estaba preparado para la lucha. El jubón blasonado seguía siendo de cuero, pero se veía más recio y con acolchado debajo. También llevaba muñequeras, guantes y otras protecciones para los muslos y los bíceps de los brazos superiores. Las botas seguían siendo altas, pero parecían más resistentes a los cortes. Tria se dio cuenta de que ya había venido a la plaza de esa guisa. Obviamente, el otro esperaba que ella derrotara al gigante, aunque seguro que había calculado más desgaste por su parte.

Se colocó en el círculo que indicaba el lugar de comienzo del duelo y esperó a que la paladina hiciera lo mismo. Entonces desenfundó sus dos armas largas y las cuatro cortas, sujetándolas en dirección hacia ella, que lo emuló, pues no esperaba sorprenderlo como a su anterior adversario.

El burócrata empezó a repetir la fórmula de: «Estamos aquí en nombre de nuestras tradiciones. Estamos aquí...», sustituyendo los nombres por los adecuados,

aunque solo dijo Devota en vez de Triannora.

Nada más sonar el cuerno, el miriápodo se desplazó hacia su izquierda, temiendo la carga de la guerrera. Esta defraudó a los presentes saliendo de la marca con pasos lentos y la espada recta, como si estuviera sirviendo de guardia honorífica. Estudiaba a su enemigo y repasaba tácticas mentalmente.

El antiguo pirata fue cambiando sus armas de manos y de posición, a la vez que avanzaba pausadamente. Al final se decidió por un estilo simétrico, los sables en las superiores, en las de medio los cuchillos dispuestos para apuñalar de arriba a abajo y en las inferiores los cuchillos para cortar.

Los contendientes se observaron desde fuera del alcance de sus armas, quedándose estáticos durante unos instantes. Mintri dio comienzo a las hostilidades con una acometida en diagonal con sus sables. La pelirroja acertó al inferir que era una finta, no levantó el escudo y esquivó echando un pie hacia atrás. La defensa paró el verdadero ataque al costado, con un cuchillo de los inferiores. Replicó atacando con mucha intención hacia el cuello del enemigo, pero fue bloqueada por las hojas cruzadas de las extremidades medias.

Aun así, el miriápodo retrocedió por la fuerza del golpe, mas se repuso rápido, amenazando el brazo del arma de la guerrera con sus espadas. Al retirar esta la extremidad girándose, él se aprovechó y descargó una serie de cortes para no perder la iniciativa. Alguno traspasó la guardia de la servidora de la Muerte, pero su cota de mallas los rechazó sin daños. Esta vez, el secretario retador no esperó el contraataque y se retiró de un extraño salto, como si estuviera en un combate naval.

A pesar del estilo frenético que ella había aprendido en el monasterio, no embistió sobre él. Sospechaba que aquella retirada era otra finta, pues no había intentado herirla mortalmente todavía y en una lucha de desgaste, ella tenía las de ganar.

Él debió llegar a una conclusión parecida. Se lanzó a terminar rápidamente con la mitad superior del cuerpo echada hacia adelante y los brazos curvados haciendo una triple pinza. Tria se preparó a recibirlo con el escudo, mientras se concentraba en llamar al vigor de la Tatarabuela Muerte.

La defensa paró los dos sables, la armadura dos cuchillos, otro de los puñales no hizo falta, porque salió volando acompañando a la mano que lo sujetaba, pero el último se hundió profundamente en la parte interior del muslo de la luchadora. Él, al retirarse, lo dejó clavado. El público aprobó el intercambio con aplausos.

Con ambos contendientes heridos, ella se propuso finalizar el combate aprovechando la legendaria resistencia de las de su clase. Confiaba en que la pérdida de sangre del adversario mermara su velocidad, además de que él había soltado otra de sus armas cortas para sujetarse el muñón.

Cuando por fin ella se decidió, poniendo su espada horizontal para el golpe decisivo, el sonido del cuerno de guerra la frenó. Como Mintri se volvió hacia los funcionarios del consejo y tras unos instantes, soltó las armas, la pelirroja se giró también para averiguar el porqué de su acción.

El pérfido maestro se encontraba al lado de los secretarios. Había arrojado su daga aún enfundada al pie del pregonero, en clara señal de rendición. El burócrata que Tria no había visto todavía actuar, levantó un bastón de mando labrado en la dirección de ella, señalándola como vencedora. La paladina se había perdido el gesto en el anterior combate, pues estaba más interesada en recuperar su ejecutora.

Dos pulperos subieron a ayudar al derrotado, mientras la paladina recibía su segunda ovación de victoria del día. Las servidoras de Cherm se acercaron para realizar las primeras curas, aunque Mintri las rechazó con un gesto furioso levantando una de sus manos sanas.

Tras guardar sus armas, la guerrera de la calavera sintió frío en la pierna, recordándole que todavía tenía incrustado el puñal. Se lo arrancó bruscamente ante la fascinada mirada de Atardecer, que se había acercado a atenderla. La helada sensación no desapareció con el arma, sino que aumentó. De repente la extremidad le falló, haciéndola caer de hinojos. Breves instantes después se derrumbó del todo, perdiendo el sentido.

La novicia empezó a gritar pidiendo ayuda a sus hermanas en la fe.

## Capítulo 14

Tria se encontraba rodeada por las religiosas de la Diosa de la Vida y la monja Compasión. Zhersem y Garrote también habían subido al escenario, aunque estaban un poco apartados para dejar trabajar a las expertas sanadoras. Estas comenzaban a preocuparse, ya que a pesar de haberle cerrado la herida, la temperatura corporal de la guerrera continuaba descendiendo. Una novicia sugirió que alguna de las madres le diera leche bendecida por la Dama de las Flores Rojas. La idea fue rechazada por la Abadesa, recordándole a la aprendiz que no se debe tratar sin saber lo que hay que curar, pues podría ser contraproducente.

Compasión empezó a olisquear, como si notara algo en el aire pero no acabara de identificarlo. Se levantó murmurando para sí; recogió el cuchillo del miriápodo, acercándose a la nariz; inspiró profundamente y exclamó:

—Esto huele como si de una abominación se tratara.

—Déjeme verlo —rogó el iniciado. Tanto él como el otro sacerdote activaron los tatuajes mágicos alrededor de sus respectivos ojos—. Tiene razón, Monja. Veo muerte en la hoja. ¿Qué piensa Su Gracia? —pidió la opinión a su superior en rango.

—Espera a que mire la herida —contestó el aludido.

—¿Es normal que esté tan fría? —preguntó una de las madres.

—Las Paladinas del Cráneo tienen menos temperatura que la gente normal —replicó Zhersem distraído, contemplando la herida—. Es un efecto secundario de su unión con la Diosa.

—Sí, conozco el caso... pero, ¿tan fría? —insistió la sacerdotisa.

—No, tan fría no —corroboró el más flaco de los clérigos, tras comprobar la temperatura en la frente de la guerrera.

—¡Mierda! —gritó Garrote— ¡Pero qué cabrón! ¡¿Será vástago de meretriz?!

—¿Qué ocurre? —quiso saber Mediodía.

—Ese perro sin honor... —mordió cada una de las palabras— ha utilizado veneno de necroquimera. ¡Seguro!

—¿Qué es una necroquimera?

—Una abominación, creada por los necromantes con trozos de distintas criaturas, especialmente para combatir a las Devotas. Contienen en sus espolones óseos un veneno especial para ellas. Como tienen la temperatura más fría que la gente normal, lo que hace el veneno es bajársela rápidamente. También mata al resto, pero lo importante es que está específicamente concebido para combatir las.

—Pero se necesitan muchas heridas para acabar con una del cráneo —matizó Compasión—. Y normalmente no las mata, solo las hace ser más lentas... Y se recuperan a los dos o tres días.

—Los muy cabrones deben de haber usado un concentrado.

—Bueno —dijo calmadamente la Abadesa—, ahora que sabemos lo que ocurre podemos intentar recuperarla. Necesitamos algo que le suba la temperatura.



—¿Valdría vino negro quemar grasas?

—Valdría. No creo que acelerar su metabolismo la mate, a fin de cuentas, está tocada por la Segadora. Esperad, voy a mandar a un corredor de nuestra escolta a por él, aunque no sé si llegará a tiempo.

—No hace falta, Abadesa, yo mismo llevo en la cantimplora —aclaró Garrote descolgándosela del cinto.

—¿Y qué hace llevando eso encima? —interrogó con extrañeza Mediodía al arrebátársela de las manos.

Se dirigió hacia la emponzoñada pelirroja sin esperar la respuesta. Una de las novicias le levantó la cabeza y una de las madres recitó la letanía de Cherm para que se despertara unos instantes. Le hicieron beber directamente del recipiente y, después de pensarlo, la superiora indicó que sería conveniente ampliar la dosis. Tria perdió el sentido antes de completar una segunda toma doble. Mediodía prefirió esperar a ver los resultados, no estimulándola de nuevo.

Aprovechando la espera, la Abadesa continuó sus indagaciones:

—Sacerdote Garrote, ahora nos tendría que explicar por qué lleva semejante bebedizo.

—Siempre lo llevo, Abadesa. Para recuperarme rápido del uso de la magia que nos concede la Diosa. De algo me tenía que servir esto —explicó mientras se agarraba su prominente barriga—. Sobre todo de los hechizos sin preparación o de llevarlos listos mucho tiempo. En la mina me fue de gran ayuda.

—Pero el Sacerdote sabrá que es una sustancia prohibida, incluso fuera de la medicina en muchos reinos y países...

—Ya, pero todo sea por la Señora Flamígera de la Purificación...

—Sabe que es peligroso, ¿verdad?

—Así es, Abadesa. Pero le aseguro que me sobra grasa por quemar —dijo guiñando un ojo, a pesar de lo grave de la situación.

Unos sufrían en silencio como el iniciado y otros, como el que hablaba, intentaban distraer el dolor y la preocupación con bromas y chanzas.

—Lo que me extraña es —intentó la superiora apaciguar su curiosidad—, ¿cómo ha sabido el Sacerdote identificar tan prontamente el origen del tóxico?

—Así perdí a mi paladina asignada, en una madriguera de reproducción de esas malditas bestias...

Al día siguiente, Garrote se reunió con el oficial Jamur. Como siempre, alrededor de unas jarras de cerveza, pero esta vez en una pequeña habitación en el Templo de Cherm. El clérigo prefirió que no hubiera nadie más para que el guardia no se sintiera presionado.

—¿...Y el arma que estaba con la mano cortada? —preguntó el agente del orden—. Porque sería buena prueba. Al Consejo no le gusta nada que adulteren los duelos.

—No encontramos nada. La mano y el puñal desaparecieron con el miriápodo. Y

eso que los hombres de la capitana Miri estuvieron buscando un buen rato..., además de que el Iniciado y yo usamos la visión de la Diosa. Los rastros del veneno que quedaban en el puñal eran insignificantes, a pesar de lo concentrado que sospechábamos que estaba. Menudas narices tiene la Monja Compasión, ni un sabueso de Mercia. Por otra parte, seguro que algún abogaducho diría que la detección de muerte en el arma sería por la sangre de la paladina.

—¿Y qué tal está ella?

—Recuperándose aún, aunque feliz de tener su Daga de Misericordia de vuelta. Hablando del tema... Justo cuando el gigante salía de su casa con ella para traerla a este templo, un virote le atravesó su ojo sano. También estaba envenenado, pero con otra sustancia. Murió rápidamente. El infeliz pensó que si venía aquí con la ejecutora, las sacerdotisas lo acabarían de curar... Alguien no se fiaba que mantuviera su enorme boca cerrada. Los del roble que lo custodiaban no encontraron ningún rastro.

—Esto cada vez tiene peor pinta, amigo mío... —Se encogió de hombros y añadió—: Sirvámonos otra ronda de ese barril tan bueno.

—Pues aún hay más —dijo mientras escanciaba—. Teníamos un prisionero...

—¿Qué? ¿Y no me lo habías dicho?

—Ya sabes que los servidores de la Diosa de la Fertilidad son igual de celosos con la justicia que les incumbe que nosotros, los de la Otra Diosa. Bueno, como te iba diciendo... Teníamos un prisionero con extraños poderes que hacían que nadie pudiera verle, pero aun así la Devota lo localizó y derrotó. Lo teníamos sedado mientras averiguábamos quién era. Una novicia y una sacerdotisa lo vigilaban, detectando la vida, pues creíamos que detectarían a otro intruso de esas características. Cuando volvimos de la plaza de los duelos, la Priora nos comunicó que el prisionero había desaparecido y la novicia había sido asesinada. Al parecer, la Madre que la acompañaba la dejó sola un momento a causa de una indigestión. Y creemos que como la novicia usó sus marcas místicas contra el cansancio, le interfirió en la visión. Suele ocurrir hasta que te acostumbras con todos los tatuajes que dan aguante. La Priora Escarcha está segura de que nuestro «invitado» no pudo moverse solo, tiene que haber más de esas gentes en la ciudad.

—¿Qué sabes del tipo ese? —inquirió, aprovechando que el sacerdote echaba un trago—. Porque algo sospecharás.

—Sospecho de herejes de las islas del norte. Tanto por acento como por aspecto. Era rubio y alto y, según la Devota, usaba más vocales que las cinco que las Diosas nos dieron.

—¿Herejes? ¡Anda ya! No se ha visto ninguno en el Mar de las Lunas desde hace tres generaciones, o por lo menos ninguno predicando.

—Ya, pero todavía quieren extender lo que ellos consideran la verdadera fe. Y no olvidan las purgas que tuvimos que hacer después de su intento de invasión. Además, sus creencias fueron condenadas por el Concilio de Las Diosas como práctica

necromántica.

—Déjate de teología y dime lo que te ronda por el perolo.

—Yo solo te estaba narrando los hechos para que los conocieras. Para que...

—Olvida el tacto político, que nos conocemos desde hace poco..., pero ya nos conocemos.

—Amigo mío, tengo que pedirte un favor —concedió el sacerdote—. Creo que deberíamos investigar en el burdel aquel del palomar. Me da que está todo relacionado. Lo único, que para eso te necesito.

—Una redada, ¿eh? A ver qué excusa legal podríamos utilizar. En la ciudad está prohibido el...

—...Tráfico de setas de la locura —expuso Jamur con tono solemne a la propietaria del burdel—. He recibido información de que la usa para que sus chicas rindan más y que también se las vende a algún cliente.

Mientras la dueña seguía con sus protestas, los hombres del oficial registraban las habitaciones del prostíbulo. Habían sido seleccionados entre los que tenían más lealtad a su jefe directo y a la ley que a los pulperos.

—No, no, señora —continuaban las explicaciones—. No es por cobrarles demasiado a los muchachos. Ni porque esa chica no dejó al cabo Molinero practicar esa postura tan extraña. Ya le he dicho...

—Señor —le interrumpió uno de los guardias—, hemos encontrado una habitación oculta y... Mejor venga a verla por sí mismo, que no sabría describirlo.

Subieron hasta el último piso a lo que parecía la residencia personal de la proxeneta. Eran dos habitaciones, comedor y dormitorio. En la segunda se encontraba desplazada una librería, dejando ver una puerta casi cerrada de silueta irregular, camuflada con las terminaciones de las tablas de la pared. Otro guardia se encontraba custodiándola.

—Señor, he preferido esperar aquí fuera —dijo el susodicho—. No me gustaba nada lo que había dentro.

—No se preocupe —contestó el oficial—. Abra la puerta.

Se llevó una decepción cuando vio que detrás de la abertura solo había una escalera de mano. El que se había quedado de vigía, señaló hacia arriba con el pulgar, mientras afirmaba con la cabeza. Jamur se extrañó un poco de que su subordinado hubiera querido poner tanta distancia, pues era de los veteranos, así que abrió la portezuela del techo que llevaba al piso oculto con cautela.

Menos de un minuto después, había bajado de golpe las escaleras. Aunque se torció un tobillo, pensó que había merecido la pena.

—Id al templo de Cherm y buscad a los sacerdotes de la Muerte... —ordenó con la voz rota—. Y de paso a la Abadesa... Y a unos cuantos Paladines del Roble. A la propietaria me la atáis bien fuerte y me la lleváis a la celda más aislada. Que siempre haya dos guardias con ella.

En cuanto el mensajero informó, Mediodía reaccionó montando lo que parecía una expedición de castigo. Acudieron al lupanar, ella misma, Atardecer, Garrote, Zhersem, dos Madres, otras dos sacerdotisas de menos rango y doce luchadores de los árboles. Quería llevar más refuerzos, pero Ciruelo le recordó que ya había cuatro parejas de paladín y sacerdotisa vigilando el edificio al que iban, por si detectaban algo huyendo de allí y que había que guardar el santuario.

Compasión se autoinvitó. Ahora vivía con ellos en el templo de la Diosa de la Vida, por las posibles represalias. Lejos de sus obligaciones en el monasterio se tornaba más retraída y quejicosa. Estando los sacerdotes de su orden en la ciudad, no tenía que custodiar los restos y solo se dedicaba a repartir las cenizas, aunque preparó una enorme pila de troncos para bendecir antes de que se marcharan. No quería quedarse corta hasta que volvieran sus hermanos de congregación.

Por supuesto, no podían subir todos a la vez. Jamur insistió en que fueran prioritarios los clérigos de La Ultima que Te Ve. Añadió a la monja, pues pensó que estaría mejor preparada psicológicamente que sus hombres, para custodiar la habitación.

El oficial invitó a Zhersem y a Garrote a trepar la escalera. Declinó acompañarlos. Igual que a sus subalternos, no le era fácil describir lo que había visto en el zulo.

El más viejo de los sacerdotes, al ver la cara del agente de la ley, pidió ir en primer lugar. Opinaba, muy para sí mismo, que tendría la mente más abierta que la de su flaco acompañante, ya que había visto muchos más horrores que él... Y horrores fue lo que se encontró al abrir la trampa.

Había extraños y malévolos ideogramas mágicos por todos lados, abarrotando las paredes y el suelo, incluso el techo. Estaban encerrados mayoritariamente en círculos, algunos en hexágonos y otros pocos en diversas figuras geométricas regulares. Casi todas eran del color de la sangre seca y el barbudo estaba seguro de que cuando se fijaba en una, significaba una cosa y cuando volvía a posar su vista en ella, el significado mutaba aunque no lo hacía lo escrito. Era como si las terroríficas ideas expuestas tuvieran otros conceptos completándolas, desde algún lugar detrás de la superficie; y estos se hicieran visibles durante unos instantes, antes de ser sustituidos por otros. Incluso los diseños que encerraban a los perversos trazos cambiaban, o eran encarcelados a su vez por otros, en un esquema concéntrico.

De un incensario asomaba lo que sospechaba que era la pata de un cordero lechal, dispuesto para ser consumido lentamente para perfumar el ambiente como si fuera una varita de incienso, pero con el penetrante olor dulzón de la carne quemada.

Garrote notó, justo antes de terminar de activar su visión especial, que era un error detectar muerte en aquella sala. Pero fue demasiado tarde. Brillaba todo el lugar, no solo los ideogramas, aunque estos lo hacían con una intensidad dolorosa. A pesar del sufrimiento, no podía interrumpir la visión mística. Su mente consciente no alcanzaba a comprender el verdadero significado de todo lo que captaban sus sentidos. Pero a un nivel primario, estaba hechizado por las promesas de

padecimiento, locura y poder que le alcanzaban desde todas las direcciones del recinto.

—Acabe de subir, Su Gracia —dijo el iniciado, sacando a su superior del trance—. Se ha quedado a mitad de la escalera. ¿Le ocurre algo?

—No —contestó el aludido—, ahora mismo acabo. Pero dos advertencias. No use la visión de la Diosa.

Garrote esperó de pie a que su compañero entrara en la habitación. Tuvo una grata sorpresa al ver que se recuperaba rápidamente de las espeluznantes impresiones que causaba la repugnante decoración. El lugar estaba pobremente amueblado: una mesa de escritura con un taburete y tres jergones con las sábanas ya amarillas por el uso y la suciedad. Dos bolas de luz, como las que había en la mina esclavista, iluminaban con luz enfermiza. Estaban sujetas a lo que parecían unos candelabros modificados. La lista acababa con una pequeña estantería que contenía dos libros encuadernados en cuero negro, pero que por las manchas de polvo se veía que había tenido hasta una docena y media.

—Sacerdote —dijo Zhersem olvidando las formalidades—, aquí pasa algo extraño. A veces, cuando miro esos símbolos blasfemos, parece que veo por los dos ojos. Como si el quemado por la sagrada visión viera todavía.

—Mira a uno fijamente.

Al estudiar el ojo en blanco del iniciado observando uno de los ideogramas, el barbudo creyó ver que en algunos momentos recuperaba los círculos del iris y la pupila. Pero eran de color rojo, en vez de miel y negro como los del órgano incólume. El sobrenatural fenómeno le hizo decidirse.

—Será mejor que registremos esto a velocidad del rayo y salgamos de aquí. Cada vez me gusta menos.

Aparte de unos utensilios para comer, no encontraron nada más. Los moradores habían recogido todo antes de irse, menos los dos volúmenes que Garrote envolvió en una tela antes de llevárselos con él.

La infame habitación fue visitada por Mediodía y por dos secretarios del Consejo. Estos, mareados por las vistas, dieron fe de que era un lugar de herejía. Se decidió que todo el burdel fuera quemado para evitar riesgos y todos sus trabajadores interrogados. Solo se pudo sacar en claro que tenían que informar de todos los rumores a la propietaria y que esta se reunía con el secretario miriápodo.

Las cuatro parejas de sacerdotisa y paladín no habían visto a nadie saliendo del edificio. O los poderes de ocultación de los herejes eran muy grandes, o lo más seguro es que habían abandonado el zulo antes de establecerse la vigilancia.

Garrote aconsejó guardar las palomas que estuvieran separadas, para usar el mismo truco que habían utilizado Atardecer y él. Aunque le hicieron caso, no sirvió de nada, pues aparecieron muertas unos días más tarde, antes de que fueran utilizadas. La clave para los lugares de origen, que estaba escrita en las jaulas, era una que el sacerdote desconocía.

En una reunión extraordinaria del Consejo, se retiró a los pulperos la contrata de seguridad. Acudieron muchos testigos: Jamur y los hombres que fueron con él ese día, la Abadesa, los sacerdotes de la Diosa de las Alas Fuertes, la monja Compasión... Pero ni el Maestre, ni Mintri, ni el jefe portuario, ni varios de los secretarios que más alto estaban en la jerarquía pulpera, aparecieron. Tanto los llamados como testigos, como los imputados, se habían esfumado de la isla antes de que se descubriera el escondite y eso que contra ellos no había más que débiles conexiones, antes que pruebas.

El capitán del cuartel junto a la plaza del Consejo, fue descubierto asesinado por arma de filo. Tal vez alguna venganza, pues no había logrado que sus subordinados hicieran la vista gorda. La propietaria del prostíbulo prefirió suicidarse tragándose la lengua, ya que sabía que la obligarían a hablar de una forma u otra. Ante la herejía, las leyes de la zona autorizaban la tortura, que no se permitía para la mayoría de los delitos. Había pasado mucho tiempo desde la invasión, pero la gente no olvidaba. Los dos guardias que la custodiaban recibieron una buena reprimenda, aunque no habían podido hacer nada.

Los dos libros negros eran idénticos en su contenido. Una vez presentados como prueba, fueron dados al clero para su investigación. Uno se quedó en el Palacio del Consejo para que pudiera ser estudiado por eruditos independientes, además de los servidores de las Dueñas y el otro fue asignado a Garrote.

Estaban divididos en dos partes. La primera era «El libro del Padre» clásico, el que había llegado con la invasión. Un relato de cómo habían llegado las revelaciones al llamado «Hijo Predilecto», el primer hereje, y en qué consistían las mismas. Un libro que, para leerlo, habría que pedir permiso a la Abadesa de Cherm más cercana. Solo se permitía a historiadores y otra gente de amplio nivel cultural, que hubiesen demostrado ser fieles a la fe de las Diosas.

La segunda era una recopilación de hechizos y de los abominables ideogramas de la habitación, además de otras marcas como las que llevaba el hereje que tuvieron prisionero. Estaba escrito en una criptolengua que era una amalgama de arcaísmos, palabras de los dialectos del bárbaro norte y jerga mágica. El sacerdote tenía algún fundamento en las tres bases pero, sin diccionarios ni tiempo, no se veía capaz de descifrar ningún párrafo con coherencia.

Mediodía intercedió por él, pidiendo copias de las gramáticas y léxicos de todas ellas al Consejo. Lástima que, cuando llegaron, estaban acompañadas de una carta dándoles permiso para partir, tanto a ellos como al Ballenato Rojo. Así que se añadieron al equipaje del clérigo.

Antes de hacerlo, Garrote fue a despedirse de su amigo Jamur. Quedaron en su reservado de siempre, pero cuando llegó se encontró con dos guardias en la puerta. Portaban el escudo del Consejo, no el de una cofradía.

—Felicidades por el ascenso, capitán —dijo al entrar por la puerta, tras ser identificado—. Veo que ha habido algunos cambios.

—Sí, el Consejo al fin se ha dado cuenta de que es mejor que la seguridad no dependa de ninguna cofradía en concreto. Aunque el comercio libre y la competencia han demostrado que son lo que hace prósperas a nuestras islas, las fuerzas de seguridad, por lo menos en Puerto Acuerdo, van a pasar a las órdenes directas del mismísimo Consejo. Y me han nombrado a mí uno de los cinco capitanes de la isla. Pero no has venido a hablar de eso, ¿verdad?

—No, amigo. He venido a despedirme... y advertirte. Te voy a contar lo que creemos, pues ya supera la sospecha. Vas a saber quién está tras todo este asunto tan feo.

—Pues date prisa. Usar guardias como escolta para estar en una taberna, aunque sea para ver a alguien a quien la ciudad debe tanto, me parece un abuso.

—Vale, vale. Ya sé que no aceptas sobornos —dijo, guiñando el ojo que usaba para la sagrada visión, como hacía usualmente cuando bromeaba—. Pero esto creo que puede entrar en lo oficial. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre la clave de las flechitas? Pues te voy a decir qué organización las usa. Atención... redobles de tambor...: La Cofradía.

—¡Anda ya! Si después de lo de Mercia solo se encargan de trapichear con drogas.

—Eso te hacen creer, que yo estuve en lo de Mercia. Bueno, te voy a contar todo lo que sé... Y dile a uno de los guardias que nos traiga unas jarras, pago yo... oficialmente —volvió a guiñar el ojo.

La conversación de Garrote con el recién ascendido capitán se alargó hasta la noche, ya que le explicó muchas cosas sobre el malvado contubernio, rogándole e insistiendo en que fuera muy discreto con esos conocimientos. Podrían costarle la vida.

Cuando retornó al templo de Cherm, se encontró con Atardecer. Esta había recibido nuevos tatuajes mágicos y estaba intentando controlarse para no rascárselos. Le comunicó que la priora Escarcha había dado permiso para viajar a la paladina, tras examinarla por última vez, ordenándole que descansara todo lo posible.

Se marcharon todos al día siguiente, aunque ambos sacerdotes lo hicieron sin dormir apenas. Pasaron la noche en vela ampliando la pila de troncos consagrados de Compasión.

## Capítulo 15

Entre el veneno y el líquido quema grasas de Garrote, Tria se encontraba casi en los huesos. Solamente salía de su habitación para cepillar a Pira y cenar en el camarote de la capitana. La abadesa les había dado un poco de leche de matrona de Cherm, para acelerar la recuperación. Como no la soportaba desde el Rito del Cambio Zhersem, se la daba cuando estaba casi dormida, ya que si no la escupía.

El otro sacerdote se dedicaba a estudiar el libro encontrado a los cismáticos, con lo cual también se le veía poco. Tuvo que pedir un permiso especial por escrito para llevarlo, no fuera que le acusaran de herejía.

Lo poco que había sacado en claro era que mezclaba las magias divinas de la Vida y de la Muerte, con la de los magos de la tercera luna y la necromántica, de un modo que necesitaba mucha sangre y sacrificios para que funcionara.

Lo único positivo que trajo estar tanto tiempo en la ciudad fue que la Doncella de Bronce, hastiada ya de Puerto Acuerdo, se decidió a seguir viaje en el Ballenato Rojo. Las cenas eran mucho más entretenidas con ella presente. Siempre tenía una anécdota o una historia que contar, incluso una canción que cantar. Y tomaba buena nota de cualquier relato épico que no conociera.

Se hizo gran amiga de Garrote, ya que ella también poseía una amplia erudición. Incluso le ayudó con alguna sutileza sobre los significados de alguna palabra de los dialectos del norte. Una noche, estando a solas, acabaron con tres botellas de la reserva de la capitana; ella cantando viejas canciones de las Provincias de los Tres Ríos y él declamando romances en métrica caballeresca.

Atardecer se entretenía con sus estudios de sanadora, atendiendo a los marineros y pasajeros de diversas dolencias. El resto de su tiempo lo pasaba con la paniquesa, a la que intentaba enseñar algún truco. La provisión de huevos del barco se terminó pronto.

El viaje transcurrió sin incidentes durante poco más de una semana. Todo era rutina y tranquilidad. Ni se avistaban barcos, ni había tormentas. Tampoco se veía ningún animal marino más grande que un atún. Pero al noveno día, unos minutos antes del amanecer, el repiqueteo de una campana tocando arrebató despertó a todos los que no estaban de guardia.

El primer oficial era el encargado del turno, por lo cual, casi toda la tripulación y los viajeros más resueltos se reunieron alrededor de él. Informó de que se habían avistado dos bajeles con bandera negra, raudos gracias a sacrificar capacidad de carga.

Miri apareció en un camisón bordado y, tras escuchar las nuevas, empezó a dar órdenes.

—¡Todos a sus puestos, nos atacan! ¡Poneos las armaduras! ¡Vigía! ¿Distingues alguna otra bandera?

—¡Sí, capitana! —contestó desde su puesto, en lo alto del mástil—. ¡Es parecida



a la de otra vez, pero esta es con ocho estrellas!

—¡Venga, largad trapo! —gritó después de pensárselo unos instantes—. ¡Cuanto más tarden en alcanzarnos, más tiempo tendremos para prepararnos!

—Capitana —dijo la pelirroja en posición de firmes—, permiso para izar la bandera de las Paladinas del Cráneo.

—No creo que funcione otra vez. Seguro que los manda su amigo el pulpero.

—Ya lo sé, capitana. Pero mejor luchar también bajo esa bandera.

—Hágalo si le place, Devota.

—Voy a por ella, de paso aprovecharé y me pondré la armadura.

—Capitana, ¿qué quiere que hagamos nosotros? —inquirió Zhersem.

—Tenemos pocas armas a distancia, así que si podéis freírlos desde la segunda línea, tanto mejor. Y la novicia que se prepare para curar a los heridos, va a haber un montón. ¡Venga, chicos! —continuó con las disposiciones—. ¡No olvidéis las armas! ¡Poned unos sacos de parapeto alrededor del timón!

En esos momentos llegó el segundo oficial con cuatro rodela, un peto de cuero y dos alfanjes para preparar a su jefa, que se los empezó a poner sin parar de vociferar.

—¡Capitana! —avisó el vigía— ¡Otro navío con la misma bandera a proa!

—¿Otra vez la jodí'a pinza? ¡Ya podrían habernos acompañado unos cuantos Paladines del Roble! ¡Virad a babor! —mandó ya con resignación.

Tria, vistiendo ya su cota de mallas, empezó a izar la insignia. El flaco clérigo se le acercó y le preguntó:

—Devota, ¿seguro que puede combatir?

—Seguro, Iniciado. Pero por si acaso, me tomaré un trago de ese vino negro del sacerdote.

—¿No será peligroso?

—No creo, estos días he recuperado bastante peso —se dirigió hacia Garrote a pedirle que le dejara la cantimplora del bebedizo.

Zhersem esperaba que la persecución fuera espectacular, como en los relatos. Observó decepcionado como los perseguidores, mucho más rápidos, rodeaban al Ballenato Rojo creando un triángulo imaginario. Dos de ellos se acercaron desde ambos costados, con la mayoría de su tripulación preparada para el abordaje.

Miri, viendo que ya no disponían de más tiempo, ordenó embestir al de estribor, esperanzada en que al maniobrar para esquivarles, dejaran un hueco para la escapada. El otro capitán, que no era ningún novato, viró lo suficiente para evitarlos, mientras unos arpones atados a gruesas sogas se clavaban en el barco de la miriápodo.

La superioridad en armas de proyectiles de los piratas, allanó el lanzamiento de los garfios de abordaje, que se agarraron a la borda. En poco tiempo, los navíos estaban uno junto al otro. Los hombres de la capitana se encontraban resguardados de los proyectiles, detrás de los sacos y barriles que habían dispuesto como protección, pero el estar a cubierto, les impedía cortar las cuerdas.

Con un grito, los asaltantes se lanzaron al abordaje. Los más resueltos saltaron de

borda a borda y el resto esperó a poner unas tablas para pasar por ellas. La capitana ordenó una contra carga, aprovechando que ellos cegaban la línea de tiro de sus propios arqueros.

Por lo visto, los marineros mercantes eran veteranos de bastantes combates navales, cosa que demostraron a los bandidos del mar a las malas. Antes de que el contraataque perdiera fuerza, había una docena de cuerpos de los asaltantes por el suelo, por solo dos de los defensores.

Los clérigos lanzaron sus hechizos de muerte. Sus blancos, escogidos entre los que aún permanecían en la otra cubierta, quedaron al menos malheridos. Inmediatamente se agacharon y comenzaron a recitar la sagrada letanía de nuevo.

Tria se había quedado de reserva para cubrir cualquier posible hueco en la línea de sus aliados. Vio que desde otra de las naos piratas estaba lanzando los garfios de abordaje por el costado contrario al del combate. Invocó el poder de la Diosa y corrió en su dirección. De un sobrenatural salto, alcanzó la nave y aprovechando su impulso, rodó hasta el capitán enemigo que se encontraba al lado del timonel. De un solo golpe con su espada les cortó a los dos la cabeza. Al volverse, le dio una patada a la del líder, mandándola en dirección a la sorprendida chusma, que se había quedado anonadada e inmóvil al ver semejante proeza. Se colocó el escudo a la altura del pecho y cargó antes de que pudieran reaccionar mientras gritaba:

—¡A todo le llega la Muerte!

Los sacerdotes, avisados por Atardecer, cambiaron sus objetivos a dos ballesteros del barco donde estaba la paladina, abatiendo a los que parecían más cerca de disparar. Miri se encontraba en el punto donde la lucha era más dura. Los adversarios habían comprendido que era la capitana. Con los más cercanos utilizaba una extraña táctica: era ella la que, con sus cuatro rodela, defendía a su guardia desde la segunda línea, en lugar de al revés. Ellos la protegían de la mejor manera, eliminando a los oponentes que se ofuscaban en atacarla, queriendo ganar el honor y la recompensa de matar a la oficial.

La paladina estaba haciendo estragos entre las filas enemigas. Con cada golpe que daba, derrotaba a un adversario. Los hería aunque pararan sus golpes, ya que al usar la fuerza divina continuamente, los alcanzaba rompiendo sus armas. Su pelo no aguantó tal cantidad de energía, dando la impresión de que perdía color y, un instante después, poco a poco, sus cabellos empezaron a quebrarse, primero uno a uno y después a mechones completos. Debido a todo el poder que canalizaba, continuaban, rotos, flotando en el aire alrededor de ella. La moral de los piratas se derrumbó. Cuando por fin alguno impactaba, esquivando las defensas, la luchadora ignoraba el dolor, siguiendo impassible con la matanza.

La novicia obligó a los cuatro arqueros que había en la improvisada fortificación a que ayudaran a la pelirroja. Estos eran pasajeros, así que su valor y actitud eran dispares. Con la ayuda de los clérigos de la Muerte, acabaron con la mayoría de los ballesteros del bajel enemigo, pues estaban ocupados intentando apuntar a la

paladina. Justo en esos momentos, los garfios y arpones del tercer barco asaltante empezaron a caer a espaldas de Tria. Garrote, al verlo, avisó a los pocos que no estaban en la melé para preparar un contraataque.

Atardecer consideró la táctica habitual de invocar un bosquecillo con su nueva provisión de bellotas de roble sagrado, pero la rechazó al no encontrarle utilidad. Se dirigió a la bodega, donde estaba encerrada la paniquesa. Abrió el sencillo cercado, retirando las tablas que aprisionaban las cajas de mercancías.

La mustélida estaba nerviosa, tanto por los ruidos de batalla que provenían desde la cubierta, como por las promesas de juego y mimos que traían siempre las visitas de la novicia. En cuanto los cajones estuvieron medio sueltos, la comadreja los retiró con tantas ganas de salir que se dejó parte de la pelambreira al pasar por el angosto hueco.

—¡Venga, Pira! Vamos arriba a ayudar a Zhersem y a Tria.

Haciendo caso omiso a la novicia, se puso a lamerle la cara. Esta insistió:

—Venga, bichejo. Que necesitan ayuda.

El animal dejó de lamer, pero se quedó mirando con cara curiosa. Atardecer le devolvió la mirada, mientras pensaba cómo hacerle entender. Recordó que la paladina, aparte de usar el dialecto grancaudalés, solía utilizar alguna interjección para darle énfasis a las órdenes que daba a la bestia:

—Pi-ra —dijo lentamente— ti-ra-p'a-rri-ba ¡Joder!

Por fin, la paniquesa comprendió, y casi derriba a la servidora de Cherm en su arrancada hacia las escaleras.

El iniciado se quedó en la retaguardia, pero Garrote se lanzó al cuerpo a cuerpo casi con alegría. Su tamaño y barriga engañaban, pues el bastón era casi imperceptible por su velocidad en el ataque. El flanco se vio reforzado por algunos marineros del Ballenato Rojo, ya que Miri y sus hombres estaban venciendo en el suyo. Aun así, el grupo de los sacerdotes estaba en desventaja de tres a uno. Hicieron una formación trapezoidal para no verse copados. Zhersem se dedicaba a derribar más que a matar, ya que podía separar el hechizo en dos rayos en vez de en uno, a costa de debilitarlo. Al ser entes vivos, en vez de abominaciones no muertas, el blanco sobrevivía, aunque caía al suelo por el dolor.

La ventaja pirata se vio drásticamente reducida cuando la comadreja acabó de subir las escaleras. Al ver y oler las armaduras de cuero de los asaltantes, los reconoció como enemigos. No había olvidado los daños que le habían causado cuando atacaron al buque del Ducado. Cargó con ansia de sangre derribando a dos enemigos e hiriendo a otro de un feroz mordisco, arrancándole un brazo de cuajo.

Presa de la furia de la Diosa, Tria seguía dando golpes. A pesar de estar totalmente rodeada, nada detenía sus ataques. Incluso empujaba con el escudo o pegaba con su borde en la cara, rompiendo narices y mandíbulas. Y si no podía mover la espada para cortar, siempre podía usar la punta o el pomo, incluso el puño y las piernas. El vino negro le hacía ser aún más rápida. Seguro que, cuando se

detuviera, pagaría con creces el haber tomado la voraz pócima. Sin tener que preocuparse por las armas a distancia, la paladina se dedicaba a segar vidas como el que corta las malas yerbas. De las seis decenas de tripulantes que había al principio, apenas quedaban dos.

En el flanco de Miri, la lucha estaba acabando. Sus hombres habían llegado casi hasta el barco enemigo. Se encontraban detenidos, usando la borda como cobertura contra las flechas de los arqueros que aún se encontraban en la otra nave. Aquello se podía alargar indefinidamente y era importante poder reforzar a Garrote, así que la capitana lideró el ataque dando ejemplo.

—¡Los que tengan escudos los primeros! —gritó a sus hombres—. A la de una... a la de dos... a la de... ¡A por ellos! —Y salió de la protección con las cuatro rodela cubriéndole la cara y el torso, esperando que los demás la siguieran.

Pira, al ser el blanco más grande y peligroso, había pasado a ser el objetivo de los proyectiles. Una saeta se le clavó en los cuartos traseros, enfureciéndola todavía más. Zhersem aprovechó la distracción que la paniquesa ocasionaba en los asaltantes para acabar con uno que tenía pintas de oficial. Garrote intentó que las líneas se mantuvieran, ordenando retroceder disciplinadamente. O no lo oyeron, o lo ignoraron. Cada vez se veía más perdido, pero no por ello iba a dejar de luchar y continuó abriendo cabezas con su cayado.

Lo que no ignoraron fue el sonido de los primeros acordes de «La Carga». La Doncella de Bronce quiso contribuir a la batalla. Las metálicas notas se escuchaban por encima del ruido de la lucha, inspirando un poco más de valentía a los que compartían línea con el sacerdote, haciendo que se mantuvieran firmes.

Solo quedaban tres piratas en pie cerca de la paladina, que despachó a uno de un horrible tajo en el abdomen. Los otros intentaron rendirse arrojando las armas. Ella ni se dio cuenta: un velo rojo ofuscaba su mente, haciéndole pensar solo en matar. Los ejecutó sin compasión y después empezó a girar buscando más adversarios. Al no encontrar ninguno en pie, su furia le hizo acabar con aquellos que aún se retorcían agonizando en el suelo.

La gente de Miri, a pesar de sufrir seis bajas entre muertos y heridos, acabó con todos los lanzadores de proyectiles del barco, dejándolo desierto de enemigos. Enseguida los supervivientes, con su capitana a la cabeza, hicieron un flanqueo sobre los piratas del otro costado del buque.

Garrote respiró con alivio al verse reforzado. Sus enemigos atacaban con menos ímpetu, ya fuera por haber perdido gran parte de su ventaja numérica, o tal vez por la cínica sonrisa que asomaba en medio de las barbas de su adversario. Al verse perdidos, la chusma que se había quedado en el último barco cortó las cuerdas de los garfios de abordaje y se dio a la fuga. Dejaron a sus compañeros sucumbir ante los defensores, que en ningún momento sopesaron conceder misericordia. Ese día nadie tomó prisioneros.

La del cráneo, tras retornar a bordo del Ballenato Rojo, se quitó el yelmo que le

daba su sobrenombre. Una lluvia de mechones de su propio pelo le cayó por la cara y los hombros. Se los sacudió agitando la cabeza. Los filamentos pilosos que le quedaban en el cuero cabelludo eran de la longitud que se deja cuando hay que cortarlos a causa de los piojos: la raíz y poco más. La armadura, defensa y espada estaban manchadas de sangre por todas partes. Se arrancó la parte delantera de una flecha que llevaba clavada en el antebrazo. Hasta entonces no se había percatado de ella.

Ese día la victoria era suya y de los marineros de la Cofradía de la Rata y el Cocodrilo.

Atardecer fue felicitada por haber llevado a la comadreja al combate, no obstante ella se sintió mucho más a gusto consigo misma al satisfacer su vocación de sanadora. La tripulación de la nave había sufrido dos tercios de bajas, la mitad de ellas mortales. También tuvo que curar a la paniquesa, que no era buena paciente. La novicia acabó agotada cuando acabó de coser todas las heridas de la defensora de la Muerte, igual que sus reservas de hilo para suturas.

Tria estaba pagando tanto la furia que le otorgaba su dueña, como el vino negro de Garrote. Agotada, se encontraba al límite de la consciencia. El iniciado se le acercó, le dio un cariñoso beso en la frente y bromeó con ella.

—Ya has vuelto a perder tu melena, como en nuestra primera búsqueda. ¿Recuerdas? —dijo, mientras le acariciaba la cabeza—. Pero no te preocupes, tú siempre estarás guapa, mi soldado de la Fe. —Y esta vez, saltándose el protocolo que usaban siempre cuando había observadores, el ósculo fue en los labios.

Mientras se miraban con nostalgia, se escucharon los gritos de victoria cuando la Doncella de Bronce empezó a tocar un himno marinero de las Islas Centrales. La música acompañó a las llamas que devoraban los barcos, que fueron utilizados como pira funeraria. Los isleños creían que un buque usado para fines piratas, nunca más debía ser utilizado.

## Capítulo 16

La escena dantesca que se encontró Mintri al entrar en el laboratorio de la necromante, sobrepasó lo esperado. Un joven, que por los restos de ropa era un campesino, se encontraba atado a una mesa con aspecto de altar pagano. Tenía el pecho abierto, pero aún estaba vivo. Afortunadamente para él, había perdido el sentido. Le habían separado las costillas, después de haberle cortado el esternón. Un extraño instrumento impedía que volvieran a su sitio.

Inclinada sobre la víctima se encontraba una mujer, que por su rostro aparentaba unos veinte años. Lucía una corta melena negra, a juego con sus ropas. Contrastaban con su piel extremadamente pálida, con las venas azules muy marcadas. Sin miramientos, asió el corazón todavía palpitante, comenzando a devorarlo. A pesar del tamaño normal de su boca, el órgano desapareció en pocos bocados.

—Disculpe, pero no puedo detener la hora de la comida —dijo la perversa hechicera al volverse hacia el miriápodo, limpiándose los labios con un pañuelo—. Es uno de los inconvenientes de vivir más de ochocientos años. ¿A qué ha venido?

—Mi Señora Andremonia, vengo de parte de La Cofradía. Me han dicho que podría solucionar esto —explicó el miriápodo señalando su muñón.

—¡Quiooo! ¡Pasa pues! —saludó a gritos la paladina.

—¡Ueee! ¡¿Qué pasa zagala?! —contestó el guardia con el volumen aún más alto—. Mira, co, una pelirroja en mallicas. ¿Qué hacéis por aquí pues?

Pira lo olfateó con desconfianza. El hombre apestaba a alcohol. Incluso los humanos podían olerlo a diez pasos de distancia. El hombre se presentó como Primer Pion, del regimiento de Villa de la Bruma, situada al norte de la capital del ducado, Ciudad del Cierzo. Como casi todos sus paisanos, llevaba un pañuelo al cuello, pero el suyo no era del popular diseño a cuadros como el de Tria, sino que era azul celeste por completo. En la tela se adivinaba un escudo, aunque la mugre impedía distinguirlo. Sus dientes estaban negros por el consumo de bebidas espirituosas de baja calidad. La barba era corta y mal arreglada, y llevaba el cabello en alborotada media melena negra. Parecía contento de hablar con una fémina, aunque esta fuera embutida en una armadura y con el pelo rapado.

—¿Y qué hace una moceta tan preta por aquí pues? —preguntó el guardia—. Y con una paniquesa, co.

—Pues vamos en una búsqueda encargada por la Diosa, nos mandan desde el Monasterio de la Muerte Plácida. Aquí tengo el salvoconducto pues.

—Jodo petaca. Pues eso está muchísimo lejos, co.

—Sí, co. Pues además voy con dos sacerdotes de la Muerte, y una novicieta de Cherm. —Hizo señas para que los recién nombrados se acercaran.

—Pues, co. Lo mejor pues, será ir a hablar con el teniente pues. —Se volvió y gritó a la oscuridad—: ¡Quioooooooo, vente pa' vigilar! ¡Qué han venido unos

religiosos, y que me los llevo a charrar con el teniente pues!

—¡Ueee! —se oyó la respuesta afirmativa—. ¡Vete pues, quiooo!

Mientras esperaba a que Andremonia le llamara para practicar el injerto, la única compañía con quien conversar era un hereje. Los otros humanos que había en el lugar eran los destinados a la mesa de la perversa hechicera. El hombre no paraba de explicarle su religión.

—Como le decía, antes el Hijo Predilecto era un servidor de una de las Diosas Traidoras, la de la Muerte. Un día capturó a un necromante y lo torturó para interrogarlo. Utilizó viejos métodos mágicos que encontró en un libro, utilizó viejas oraciones —citaba el libro de los herejes, escrito sin mucho talento literario—. Al tercer día, el prisionero continuaba sin hablar, así que intentó interrogar a su alma directamente. Los antiguos rezos abrieron alguna puerta perdida y el necromante fue poseído por el Padre, el que fue el primer Dios, el que daba la Vida y otorgaba la Muerte. Durante siete días, le narró al Hijo Predilecto cómo Él había creado la tierra y cómo había tenido tres hijas con ella. A una le dio el poder sobre la Vida, a otra sobre la Muerte y a la Tercera sobre lo que no está ni vivo ni muerto.

»Las dos primeras, celosas de que su poder nunca les perteneciera del todo, se rebelaron contra el Padre y lo encerraron muy lejos. Pero como las criaturas inteligentes que había creado el Padre se negaron a adorarlas, crearon a los humanos. A estos les enseñaron la falsa religión de las Dos Diosas. Su otra hermana se negó a ayudarles y se recluyó en la tercera luna, la que da a los magos su poder, pero no lo da por adoración. No olvida que los humanos no son hijos del Padre, sino nietos que adoran a las traidoras de sus hermanas. Los magos tienen que robarle el poder de una forma costosa.

»El Padre, para escapar de su prisión, necesita de sacrificios a fin de volver a ser poderoso. A cambio nos da el poder de las tres diosas. Y el sacrificio que más le satisface es un servidor de sus hijas traidoras. —Al rememorar esto sonrió, cambiando por primera vez la expresión desde que había empezado a hablar.

A Mintri todo aquello le sonaba más a las inmoluciones que hacían los necromantes a los demonios, o lo que fueran las criaturas que les daban poderes, que a un dios justo. Pero calló, había aprendido hacía mucho tiempo que no se puede discutir de teología con un fanático. El hereje parecía que no iba a parar nunca, pero el miriápodo fue rescatado por Andremonia:

—Pase por aquí, secretario. Su nueva mano está ya lista para injertarla.

Zhersem dio gracias a las Dueñas, pues el teniente no hablaba solamente el dialecto del Gran Caudal. Les recibió en una tienda, que solo se diferenciaba de las demás por un pequeño cartel clavado al suelo y porque era solo para él, en vez de ser utilizada por ocho soldados.

Primer Pion se presentó ante su superior y le entregó el salvoconducto de los

servidores de la Muerte, que aún no les había devuelto. El oficial lo miró por encima y les interrogó brevemente. Esta vez Zhersem quiso evitar alargar innecesariamente la conversación, por lo cual fue directo al asunto, evitando dar más información de lo imprescindible:

—Teniente, perseguimos a unos fugitivos para llevarlos a la justicia de la Diosa.

—No es asunto mío, pero me parece raro que vayan más que el habitual par de devota y sacerdote.

—La Novicia Atardecer viene como observadora del Clero de Cherm y el Sacerdote Garrote conoce como actúan estos prófugos.

—La verdad es que estamos muy ocupados, así que vayamos al grano. ¿Qué es lo que desean de nosotros? Y antes de eso, ¿de dónde han sacado una paniquesa?

Jamur comenzaba a maldecir el día en que se le ocurrió aceptar el ascenso a capitán. El tiempo que antes se pasaba en la taberna, ahora lo tenía que malgastar en el despacho resolviendo el papeleo. Y debía ir a actos sociales y reuniones que le aburrían en grado sumo. Las únicas dos ventajas que había obtenido eran que podía perseguir mejor los delitos y que las mujeres le hacían más caso. Sobre todo, las jovencitas que entraban en edad casadera y eran las segundonas de la familia.

Habían ocurrido algunos extraños asesinatos. Se hallaron varios muertos a cuchilladas como el viejo capitán, en habitaciones cerradas, despachos y dormitorios. Y nadie había visto nada. Esa era otra de las razones por las que casi no iba ya a tomar sus cervezas al lugar de siempre. En el reservado no se encontraba seguro y en las mesas cerca de la barra, no le dejaban en paz. Casi todos los fenecidos habían tenido alguna relación con los pulperos, no se necesitaba ser muy agudo para relacionarlos con la desaparición del maestro. Y él era uno de los pocos que aún seguían en Puerto Acuerdo de los que habían contribuido a descubrir la trama de los herejes.

Mientras se desvestía, puso su espada cerca de la cama, revisando la daga bajo la almohada. Alguna vez había pensado en ir a dormir al cuartel, pero recordó que no le había servido de mucho a su anterior jefe directo, al que remplazó y del que había heredado dependencias. Incluso llegó a requisar los dos globos de luz mágica del zulo hereje, mandando ponerlos en su dormitorio. Sus preocupaciones le retrasaban el sueño y cuando por fin le llegaba, era intranquilo y a rachas, así que se despertó rápidamente al oír las ballestas que había dispuesto apuntando a la puerta. La trampa era activada por una cuerda muy bien disimulada, que unía los disparadores al picaporte.

Asiendo con fuerza el puñal, se levantó listo para luchar. Casi se olvida de coger la espada, al ver que había cuatro viroles suspendidos en el aire. Otros dos se encontraban clavados a la pared. De los primeros empezó a gotear sangre y poco después cayeron hacia delante, con las plumas para el suelo. De repente desaparecieron, pero un par de puntas se vieron a palmo y pico de la alfombra. En los



momentos posteriores, un cadáver se materializó de la nada.

«¿Mano? —pensó Mintri, cuidándose mucho de decirlo en voz alta—. ¿A eso le llama mano?».

—No ponga esa cara —dijo Andremonia, adivinando lo que le pasaba por la mente—, ésta es mucho más útil que la que le cercenaron. Y esa yo no la puedo injertar.

El apéndice que estaba señalando la perversa hechicera parecía una pinza que recordaba a las de los cangrejos, pero con tres dedos en lugar de dos, dispuestos en círculo cada ciento veinte grados. De aspecto quitinoso, los bordes de cada pieza tenían dientes aserrados, que al cerrarse encajaban. Su tamaño era el doble de grande que una mano.

—Venga, tumbese sobre el altar —rogó la necromante.

Al ver que era el mismo donde sufrían vivisección las víctimas para arrancarles y devorarles el corazón, el miriápodo se quedó de pie mientras sus manos se posaban en las empuñaduras de sus armas.

—Ja, ja. —La risa de la hechicera sonó muy poco alegre y muy vieja—. No se asuste, hoy ya he comido. Tranquilícese, que solo le voy a atar el brazo de la operación. No debe moverlo bajo ningún concepto.

Él se dio cuenta de que ella había tenido la cortesía de cambiar las correas por unas limpias. Le colocó de tal manera que su muñón estuviera en el centro de un dodecágono recién dibujado. Estaba unido por cuatro retahílas de ideogramas, a otro donde se encontraba la monstruosa pinza.

Andremonia le dio a beber un nauseabundo y viscoso brebaje de una calavera humana transformada en cuenco, obligándole a apurarlo a pesar de las protestas y de las exageradas muestras de asco. Tras insistir en que intentara no vomitar, la bruja empezó a cantar en la lengua gutural y blasfema de la necromancia. Subió poco a poco, tanto el tono como el ritmo, hasta que los dibujos que rodeaban los miembros empezaron a brillar con una enfermiza luz verdosa. En silencio untó la parte del corte de ambas extremidades con una solución espesa que olía a sangre y a hierbas aromáticas. La sacó de otro recipiente, hecho a partir de un costillar.

Una vez que acabó de extender la repugnante cataplasma, reinició los inquietantes cánticos. Los caracteres entre los polígonos también se iluminaron de la misma forma y al mismo tiempo, el muñón empezó a sangrar. A Mintri no le dolió, lo achacó al bebedizo. De la pinza salió una sustancia blanquecina. Debía ser lo que utilizaba como líquido vital su anterior propietario. Después desarrolló unos filamentos del mismo color, como fibras musculares, pero con un par de ganchos en la punta. Los extraños tentáculos crecían, moviéndose como buscando algo, resultando ser la herida sangrante del miriápodo. Cuando entraron unos dos dedos dentro de la carne sintió algo de dolor, sobre todo al clavarse en los nervios y principales vasos sanguíneos.

—Bien, los anclajes ya están —informó la hechicera, mientras fallaba en formar una sonrisa tranquilizadora—. En un par de horas acabamos.

Entonces empezó el verdadero padecimiento.

No fueron dos horas, sino el doble. El antiguo secretario sufrió laceraciones por las correas, ya que su brazo no le respondía y se retorció. Solo recordaba a la necromante cantando sus abominables hechizos, el horrible dolor y la orden de dormir cuando por fin terminaron los cánticos.

Despertó en un jergón. Notó que las sábanas se rajaban al apoyar las manos para intentar incorporarse, por culpa de los dientes aserrados de su nueva extremidad. Cuando se puso de pie, notó que estaba descompensado. Le pesaba la pinza. Tardaría en acostumbrarse al cambio en su centro de gravedad. Comprobó su fuerza en un taburete de madera, que rompió sin esfuerzo al cerrarla. También le costaría dominar su potencia y manejo.

Tria y su grupo se dispusieron a acampar. El teniente se disculpó por no dejarles unas monturas, pero ellos no utilizaban caballos y solo la pelirroja sabía montar en paniquesa. La curiosidad congénita de estas bestias hacía mucho más difícil controlarlas que a los equinos. Aun así, dio el visto bueno a que Pira siguiera con la paladina. Era un honor para el propietario, que al morir su montura continuara en servicio y mayor si fuera al de alguna de las Diosas.

Les ayudó de otra manera. Ordenó a dos de sus hombres que les hicieran de guías. Avanzaban a más velocidad que sin ellos, pues llevaban el símbolo del mensajero y se conocían los santos y señas. Nuevamente el oficial se excusó, pero no podía desprenderse de más hombres.

Un poco pasada la media tarde, decidieron acampar. Por una vez no fue al raso, ya que disponían de una tienda que traían los grancaudaleses. Ellos sí que sabían manejar a las comadreja, una de ellas cargaba con la lona y la otra con la estructura desmontada. Pronto se reunieron a cenar alrededor de una hoguera.

La guerrera aún no se había recuperado del todo del sobreesfuerzo de la batalla naval, estaba tan cansada que ni le apetecía comer. Primer Pion se acercó y empezó a bromear con ella. Tras una mirada fulminante de la paladina, cambió de objetivo y concentró sus esfuerzos sobre la novicia. Se había retocado la barba y el pelo, e incluso se había limpiado su pañuelo del regimiento. Por fin se distinguía el escudo, era cuartelado. El primer y cuarto cuarteles en azur, con una flor de lirio sobre un monte en oro. Y el segundo y tercero en bermejo, con un castillo sinople del mismo color metálico.

Atardecer, acostumbrada a los Paladines del Roble, no desalentaba los flirteos. Lo que el soldado parecía ignorar es que solo tendría oportunidades si asistía a uno de los ritos orgiásticos que practicaba el clero de Cherm. Y solamente si ella se pasaba un poco con la bebida.

Decidieron hacer guardias de a dos, empezando por el barbudo sacerdote y el otro

guía, llamado Cuarto Alfarero. La luchadora de la calavera se quedó un rato más mirando al fuego.

—Gayata —dijo el soldado al cabo de una hora, que se había apartado un poco de la luz del fuego.

—Garrote, le llama a Su Gracia —aclaró la pelirroja.

El clérigo, tras deducir que gayata debía ser alguna especie de bastón, se levantó y anduvo hasta el militar. Este le señaló algún punto fuera de su rango de visión, mientras le decía:

—Allí hay algo que se está moviendo. Hágame el favor de mirarme si es una abominación. En los últimos tiempos están bajando de las montañas muchas de ellas, como si supieran que va a haber una gran matanza.

—En los Yermos Grises también han aumentado su número —informó a la vez que activaba su visión de muerte—. Yo no detecto nada, pero sería mejor despertar a Zhersem y Atardecer. Él posee más alcance que yo y ella puede detectar la vida.

El guía asintió con la cabeza y fue a la tienda. Aprovechó y despertó a los tres que estaban dentro, en vez de solo a los dos religiosos. Si iba a haber problemas, cuantos más mejor, pensó.

Hacía ya tres días que la Doncella de Bronce se había despedido del Ballenato Rojo y de los clérigos. Al enterarse de que el mismísimo Duque se encontraba en Puerto en el Río, al mando de los refuerzos, decidió ir allí a ver si encontraba un puesto en su corte. Estaba un poco ahíta de aventuras y pensó que descansar un tiempo le vendría bien. Además, tenía bastante material nuevo en el que trabajar para componer nuevas canciones.

Había acabado la actuación con la que se ganaba el sustento y el alojamiento en la taberna. No se esforzó mucho porque el público no era muy entendido, solo gustaba de canciones bastante simples y muy conocidas. Ella esperaba a que una caravana o un barco partieran hacia el norte.

—Barda —le llamó el posadero—, esos tipos de ahí te quieren pagar un trago.

Ella miró en la dirección que le estaban indicando, viendo a un par de tipos vestidos con el acolchado que se lleva debajo de la armadura y a otro con unas ricas ropas negras sin insignias. Este se dio cuenta enseguida de que lo estaba observando y le indicó con la mano que se acercara. Cuando llegó, la invitó a que se sentara.

—No ha estado mal la actuación —dijo en cuanto ella lo hizo—, pero creo que tiene más técnica y repertorio de lo que nos ha mostrado.

—Veo que entiende algo del arte —contestó educadamente—, por lo menos del musical.

—No solo del musical, sino también del Arte, con mayúscula.

—Déjeme adivinar, ¿estudió en Ciudad de las Torres?

—Así es, y creo que la reconozco de sus actuaciones. Incluso de antes de su, hmm, accidente. Aunque tengo que reconocer que el sonido de su nueva arpa es

mucho más... ¿vibrante?

—Lo que me dicen siempre es que es mucho más metálico. ¿En qué orden me ha dicho que estudió usted?

—En la del Cuélebre.

—¡Ah!, en la de los mercenarios. Ups, disculpe, espero no haberle ofendido.

—No lo hace, somos mercenarios, es parte de nuestra reputación. Pero otra parte de ella es que no traicionamos al que contrata nuestros servicios..., o al que contratamos nosotros. ¿Desea algo de beber?

—Ya veo. Hay que estar orgulloso de tener una buena reputación. Una copa de vino especiado, si no es molestia.

—Así es —afirmó mientras llamaba a la camarera—, el orgullo que no falte. Cambiando de tema, ¿cómo una distinguida bardo como usted ha acabado trabajando aquí?

—Tengo dinero, pero es muy difícil dejar las viejas costumbres. Tampoco me esforcé mucho. Pensaba que solo sería un día y ya llevo tres. Todo está revuelto, con tantas tropas desplazándose por el país.

—Eso es cierto, los de Tres Ríos han tomado toda la costa occidental del Mar de las Lunas hasta las Montañas Grises más al oeste. Y por el norte casi han llegado a Puerto en el Río, pero se mantienen a unas millas para no provocar a los del Ducado, que a su vez se están extendiendo por la oriental. Por ahora ningún bando toma ciudades, aunque eso puede cambiar pronto.

—Creo que es momento de las presentaciones. Aunque usted haya dicho que me conoce, yo sigo sin saber sus nombres.

—A mí, por ser un experto en la duplicación de objetos mágicos, me conocen como Dos Pares. Y estos silenciosos señores de aquí son mis guardaespaldas de confianza, todo el mundo les llama Mordedor y Remachador. Por sus, hmm, tendencias en la lucha.

—Mucho gusto en conocerles. —Inclinó la cabeza en sustitución de una reverencia. Fue contestada de la misma forma.

—La razón de haberle pedido que se sentara con nosotros, es que ha llegado a nuestros oídos que busca compañeros de viaje para ir hasta Puerto en el Río. Nosotros vamos hacia allí también. He sido contratado por el mismísimo Duque y he pensado que presentarme con una rapsoda de primera me hará ganar algún punto.

—No es mala idea. ¿Irámos por barco o por tierra?

—Por tierra, me he enterado de que hay muchos ataques piratas últimamente.

—Eso es cierto. ¿Y cuándo sale su caravana?

—No vamos con ninguna caravana. Seríamos usted, mis amigos de aquí y yo.

—¿No somos muy pocos?

—No se preocupe. —Sacó un papel—. Aquí verá el contrato, para que sepa que soy quien afirmo. Y por supuesto que voy a ponerme al servicio del Duque. En cuanto a la protección, le aseguro que estos dos pueden con casi todo... y yo puedo

con el resto.

El autoproclamado mago susurró unas palabras a la piedra roja de un anillo que llevaba, a la vez que le daba vueltas, hasta que empezó a relucir. Luego tocó con la joya la copa de la Doncella, trasmitiéndole el brillo. Cuando se apagó, le indicó a la propietaria que bebiera. Al tocarla con su cobriza mano, se transformó en polvo, derramándose el vino que contenía sobre la mesa.

## Capítulo 17

—Yo no siento ninguna abominación cercana —dijo Zhersem—, pero estamos más cerca de la reliquia.

—Gran alcance tienes, Iniciado —contestó Garrote—. ¿Y tú, Atardecer, qué ves?

—Yo detecto una criatura, más grande que una bestia de monta. Pero no la había visto antes y no sabría identificarla.

—Espero que no sea el viejo Fauces Sangrientas —deseó Primer Pion—, que ha despertado y tiene hambre...

—No, un dragón no es —aclaró Atardecer—. Pero parece que se dirige hacia aquí.

—Tenemos dos opciones —enunció Cuarto Alfarero—. O nos quedamos y luchamos pues, o nos montamos en las paniquesas y hui... —Justo entonces se dio cuenta que tenía a su lado a una Paladina del Cráneo— Güeno, ¿cómo nos colocamos pa'l combate, pues?

Mintri sufrió una decepción cuando llegó un mensaje cifrado de sus superiores de La Cofradía. Se iba a quedar a las órdenes de Andremonia hasta nuevo aviso. Él hubiese preferido ir en persecución de la paladina pelirroja. Ya antes de partir de Puerto Acuerdo, se había enterado de que había sobrevivido al veneno y le quería reclamar con su monstruosa pinza, una mano por lo menos. Y posiblemente un pie... y una oreja... y un ojo... y...

La perversa hechicera le sacó de su ensoñación de venganza y mutilación. Como siempre, no la había oído llegar. Para tener más de ochocientos años se movía muy sigilosa, o a lo mejor era por su edad que había aprendido a deslizarse en silencio.

—Hay problemas con nuestro plan —dijo ella con una sonrisa que enseñaba sus azuladas encías superiores—. Una de las tribus de orcos, por culpa de su líder, no quiere unirse a nuestra futura expedición. Quiero que vayas tú y soluciones el problema. Llévate contigo al hereje, me pone de los nervios que intente hacer proselitismo entre mi comida. A ver si te es útil.

—Como quiera Mi Señora —contestó resignado.

Se dispusieron alrededor del fuego del campamento, fuera de su radio de luz, haciendo un semicírculo y dejando desiertos los ciento ochenta grados de la dirección por donde se aproximaba la criatura. Por supuesto, Tria insistió en ser ella la que ocupara la posición central. Cuarto Alfarero se llevó lejos a los mustélidos, ya que si no iban montados, casi siempre alguno se lanzaba a la batalla por su cuenta.

Atardecer confirmó que el animal seguía acercándose, a una velocidad lenta pero constante. Primer Pion pidió silencio y entonces se oyó el sonido de unas pesadas zancadas. Su causante, al sentir que se encontraba cerca de su objetivo, aceleró el ritmo. Cuando entró en la zona iluminada, se pudo apreciar su gigantesco tamaño, el

doble de alto que un caballo. Era una especie de reptil, con unos extraños apéndices curvos a ambos lados de la mandíbula que se proyectaban más allá de la boca, acabados en dos oscuras puntas enfrentadas, dándose un aire a las hormigas soldado. En la base de estos tenía una doble cinta de cuero que colgaba, como si fueran unas primitivas bridas dejadas por algún jinete desconocido. Poseía una cresta dorsal rojiza, que contrastaba con el color verde oscuro del cuerpo.

Se quedó quieto oteando la zona, sacando y metiendo su lengua bífida para captar los olores. Pareció detectar algo y se puso en posición para cargar. No llegó a hacerlo, al ser interrumpido por un hechizo de muerte lanzado por Garrote. Entre chillidos de dolor se giró hacia el lugar de origen, cuando fue impactado por otro, esta vez conjurado por Zhersem.

La bestia volvió a cambiar su encaramiento en la dirección del último ataque, momento que aprovecharon la paladina y los dos soldados para cargar. Ella llegó primero, al usar la fuerza divina. Tras dar un gran salto vertical, le clavó el hacha hasta el mango cerca de la base del cuello. No la soltó, a pesar de que el monstruoso lagarto empezó a agitar violentamente la cabeza.

Aprovechando que estaba ocupado con la guerrera, los guías del Ducado le clavaron sus lanzas en el abdomen, alejándose después para mantenerse fuera del alcance de sus dientes. Cuarto Alfarero no llegó muy lejos. Las afiladas puntas de los apéndices de la cara del animal empezaron a brillar. De cada una de ellas surgió un rayo parecido al de las tormentas, que impactó en el soldado. Cayó fulminado al suelo. Parte de la ropa que llevaba desapareció y el resto empezó a arder. El cuerpo quedó inmóvil en una extraña posición, con marcas rojas por donde había pasado la descarga.

La pelirroja, al darse cuenta del nuevo peligro, desistió de desenclavar su hacha. Se apoyó con ambos pies en el titánico hombro y, rogando para no perder las raíces de su cabellera, invocó de nuevo la furia de la Diosa, a la vez que desenfundaba su espada. La velocidad conseguida con la maniobra fue tal, que cortó de un tajo el órgano causante del ataque eléctrico más cercano. Sufrió un calambre bastante fuerte, pero nada que no pudiera aguantar, ya que la recarga del poder acababa de comenzar. El enorme bicho gritó de forma lastimera al cielo y los clérigos aprovecharon para volver a castigarlo mágicamente.

La criatura se encontraba ya muy debilitada y a duras penas podía moverse, pero se obstinó en atrapar a la luchadora de la calavera, así que ésta solo tuvo que ir esquivándola y apartándose poco a poco para que no la alcanzara. Mientras, los sacerdotes se cebaban con el gigantesco reptil, tirándole los hechizos de muerte en cuanto terminaban la letanía. Aunque se desplomó, continuaron conjurando hasta que se aseguraron de su fallecimiento.

Tria fue a recuperar su arma atascada. Se le sumó Pion, siempre gentil con las féminas. Y también Garrote, con ganas de calmar su eterna curiosidad. El soldado se apoyó sin querer un momento en la mandíbula, cerca del nacimiento del apéndice

cortado.

—¡Jodo petaca! —chilló con todo el pelo erizado, tras dar un paso para atrás—  
¡Menudo garrampazo m'ha dau!

—Supongo que eso significará calambre —infirió el barbudo—. Aun muerto sigue produciendo energía para los rayos. Tranquila, Devota. Si mal no recuerdo, los rayos no atraviesan bien la madera, como el mango de tu hacha. Pero sí que pasan bien por el metal. O sea, que ten cuidado y no toques a la bestia con la armadura.

Tras quitarse la cota de malla y el yelmo, la guerrera empezó a mover el asta arriba y abajo, intentando que la gruesa hoja de acero se desincrustara.

—¿De dónde habrá salido semejante bestia? —preguntó el sacerdote casi para sí mismo.

—Pues, co —contestó el guía superviviente—, mi yayo me contaba cuando era chiquitajo, que estos bichejos los montaban los orcos pues. Unos fardachos muchísimo grandes que tiraban rayos, como cuando caen tronadas. Sí, quio, pues eso decía, que él los había visto, pero solo en las batallas gordismas, no en las batallicas pues. Habrá bajau de las montañas pues.

—Sí, pero es raro, los orcos no se acercan a las Montañas Orientales. Ahí tiene Fauces Sangrientas su guarida y él odia a los colmilludos desde que mataron a dos de sus crías. Es muy poco probable que haya llegado aquí, atravesando todas las montañas en solitario.

Ni los conocimientos médicos, ni los poderes curativos de Atardecer, pudieron hacer nada por el caído. El hombre había muerto casi al instante, por desangrado interno. Ella se levantó y alejó del cadáver, yendo a comunicárselo a su compañero de regimiento.

Pion recogió las armas y el pañuelo del difunto. En su honor, derramó en el suelo una poca de la bebida alcohólica que llevaba en su cantimplora. Luego le hizo una señal a Zhersem, para que iniciara los ritos de incineración.

Quemar el gigantesco cuerpo del reptil fue más complicado, tanto por su tamaño, como por las descargas eléctricas. Pero pensaron que no podían dejar semejantes despojos para que los encontrara un necromante vagabundo.

Con la ayuda del hacha que la paladina acababa de desclavar, Garrote anuló la carga que se había acumulado en las baterías biológicas. Al ya poder tocar el cuerpo, lo quemó místicamente con la ayuda del iniciado, diciendo los dos a la vez la letanía.

A la luz del sobrenatural fuego, discutieron qué hacer a continuación.

—Deberíamos movernos deprisa —dijo el clérigo flaco—, parece que nuestro objetivo no se mueve ahora. No quisiera que se pusiera otra vez en marcha y nos volviera a sacar ventaja.

—Co, si no fueran a patica —replicó Primero—, pues iríamos más rápidos. Las paniquesicas se mueven a buena velocidad. Que tien' mucha rasmia pues.

—¿Rasmia? —inquirió el barbudo.

—Tesón, empuje —tradujo Tria automáticamente—. Pues no es tan mala ideíca.



Solo tendríamos que dejar la tienda, que la verdad no sé para que la llevamos. Atardecer, ¿te sentirías con ganas de montar tú sola a Pira? Yo te enseño, como te llevas muy bien con ella, no creo que te quiera tirar. Y solo tendrías que seguirnos.

—Co, también podría venir conmigo en Pani pues —dijo esperanzado Pion—. Mi paniquesica tampoco la tirará.

—Ya, pero Pirica no se lleva tan bien con Gayata pues.

Parecía que la principal característica del hereje era sacar de sus casillas a todo el que hablara con él. Mintri tardó casi una hora en sacarle una forma de llamarle, ya que se negaba a hacerlo con «servidor del verdadero Dios». El tipo insistía en que no se tenía nombre al entrar al servicio del Padre y si lo tuviese, no se lo iba a decir a uno que no estuviera con él en la fe. Al final llegaron al acuerdo de Bigotes, tras convencerlo de que es bueno usar un alias que no explicara a quien servía.

—¿Es nuevo —preguntó el miriápodo, intentado paliar el tedio del viaje— eso de hacerlos invisibles? No me suena de ninguno de los relatos de las invasiones.

—No fueron unas invasiones, sino una justa guerra santa en el nombre del Padre, el Dios Verdadero.

—Como quieras, desde la justa guerra santa —concedió aguantándose las ganas de usar su nueva extremidad en el cuerpo del sectario—, pero ¿cómo habéis conseguido esa clase de... habilidad?

—No se permite hablar de esos temas con los no creyentes.

—Mira, somos aliados, ¿no? Y tendré que saber tus virtudes y defectos para complementarnos en la lucha. Y para eso tendré que saber cómo usas tus habilidades, ¿o qué? —Aquí hizo una pausa esperando algún gesto afirmativo, pero el norteño solo le miraba fijamente—. Vamos a ver si me explico mejor —dijo cambiando de estrategia—. Cuanto más sepa de ti y de cómo funcionan tus poderes, mejor te podremos usar al servicio del Padre. ¿Qué te han ordenado tus superiores?

—Que os sirviera a usted y a Andremonia, ya que con su ayuda podremos llevar la verdadera fe a estas tierras.

—¡Pues eso! ¿Y qué mejor manera que explicándome lo que te pido? Yo responderé por ti ante tus dirigentes. Si sigues sin querer hablar, me temo que tendré que escribirles una carta, que tú entregarás.

«Esto nunca falla —pensó—, la táctica del palo y la zanahoria».

—Pero aun así hay cosas que no le puedo contar, secretario. —Al parecer, la dialéctica del duelista daba resultado.

—Obviamente. Entonces, ¿por dónde íbamos? Esos poderes de invisibilidad, antes no los poseíais, ¿verdad?

—Fue un descubrimiento hecho hace una generación. ¿Qué sabe de nosotros, los sacerdotes del Padre?

—Que no tenéis ni sacerdotisas, ni paladinas ni paladines, solo tenéis sacerdotes. Modificáis vuestros cuerpos para ser todo a la vez, tanto sacerdote y paladín, como de

la Muerte y de la Vida.

—La Muerte y la Vida no son cosas distintas, son dos partes de los poderes del Padre. Fueron las traidoras de sus hijas quienes solo heredaron una parte de sus ámbitos de poder.

—Vaaale, vuestros sacerdotes dominan los dos ámbitos, ¿mejor así? Pero —prosiguió sin esperar la respuesta— eso os cuesta tener un gran índice de fracasos, solamente uno de cada diez niños que empiezan... esto... ¿el cambio? Sí, así lo llamáis. Solo esa parte sobrevive a las modificaciones.

—Aún tenemos que aprender mucho, algunas veces las instrucciones que nos dio el Padre pueden ser sutiles.

«Y tan sutiles —se dijo mentalmente—, que vais avanzando como un borracho dando bandazos por ahí».

Luego, ya en voz alta, continuó:

—Ya veo, pero ¿a dónde quiere llegar?

—Utilizamos un nuevo sistema al haber tantos débiles que no podían soportar los regalos del Padre y al haber sufrido tantas bajas. No solo cuando nos obligaron a retirarnos de aquí, también en las guerras de conquista de la Isla de los Pantanos Verdes, una muy cercana a las tierras del Padre, al oeste. Allí siguen adorando a las traidoras. Ya poseemos toda la parte norte y si no fuera por lo malo que es el país, ya habríamos acabado. Pero se refugian en las ciénagas y cuesta mucho exterminarlos.

—¿Y cuál es ese nuevo sistema?

—Pues hacemos los dos cambios a la vez, tanto el de la vida como el de la Muerte. Las bajas aumentaron un poco, pero cuesta la mitad de tiempo el crear un sacerdote. Y como ves, hemos conseguido alguna ventaja nueva, alabado sea el Padre.

«Se nota —pensó el miriápodo asintiendo con la cabeza— que no son los más listos precisamente los que sobreviven».

—¿Y cómo funciona? —inquirió.

—Matamos nuestra imagen y damos más vida a la del entorno, ¿no está claro?

El duelista decidió dejar pasar el tema. O el hereje le estaba tomando el pelo, o no sabía realmente cómo funcionaban sus poderes. Parecía que la única información veraz era que usaban una nueva técnica para sus misteriosas modificaciones corporales.

Mintri tuvo que acabar con uno de los tres guardias orcos para que le dejaran pasar. Su líder les había dicho que ya no estaban aliados con La Cofradía y no entraban en razones. Tras la rápida demostración de fuerza, desarmó a los otros dos y ordenó a uno que fuera a avisar al cabecilla, mientras él se quedaba con el otro como un buen emisario. Le agradaba mantener las formas, a pesar de haber tenido que recurrir a la violencia.

Cuando vio que se acercaban una cincuentena de guerreros, sacó una especie de sello, un símbolo redondo de plata grabado toscamente. Se lo había dado Andremonia

y era una insignia que usaban los chamanes orcos, que le señalaba como mensajero intocable. Aguardó esperanzado a que los jefes de la avanzadilla lo reconocieran, no como los guardias anteriores. Uno más grande que los demás, ordenó un alto, adelantándose mientras miraba fijamente el signo que el duelista mostraba. Cuando estuvo a tres pasos le espetó:

—Tú, ¿qué querer?

Mintri repitió sus deseos de ver al jefe de la tribu, mientras le ofrecía el símbolo para una mejor inspección. El orco no lo cogió, poniendo una mueca de estar realizando un gran esfuerzo mental. Como si estuviera decidiendo a quien temía más, si a su líder o a los representantes de sus salvajes dioses.

Optó por la rama devota, pues el gobernante era un guerrero y seguro que lo mataba más rápidamente si se enfurecía. Les indicó que lo siguieran. Pronto se encontraron rodeados de humanoides de distintos colores de piel, desde el verde oscuro, pasando por el marrón arena, hasta el gris sucio; con largos colmillos amarillentos y simiescos que deformaban los labios. Sus narices eran anchas y aplastadas, casi sin tabique. Calvos en su mayoría, aunque algunos tenían una mata de pelo parecida a una cresta. Estaban tan musculados, que parecía que habían desarrollado jorobas.

Los escoltaron mientras andaban, siguiendo unas murallas construidas a base de troncos clavados al suelo, que rodeaban a una mezcla de pueblo y campamento militar. Llegaron a unas puertas defendidas por unas torres, cerca de la entrada de una cueva. Se introdujeron en ella hasta alcanzar una amplia sala natural. Al fondo había un trono de madera, hecho para que alcanzara altura y tamaño más que siguiendo algún requerimiento artístico. De todas partes colgaban trofeos, colocados sin ningún orden aparente.

Sentado en él se encontraba un orco de color gris oscuro, con los músculos más grandes que ninguno que hubieran visto hasta el momento. Tenía los brazos y pecho desnudos, cubiertos de horribles cicatrices, a las que les habían puesto ceniza antes de que las heridas curaran del todo para que resaltaran sobre la piel sana. Le faltaba media oreja, que era suplida por plumas de rapaz, clavadas en lo que quedaba de cartílago. Sujetaba sobre sus rodillas un enorme mandoble un poco mellado. Al ver a Mintri y al hereje, preguntó:

—Yo Grah-Aarrg, yo Gran Jefe, ¿vosotros qué querer?

—Venimos a saber por qué habéis roto el trato que tenías con La Cofradía — contestó el secretario.

—Vosotros humanos débiles. Orcos no seguir ordenes de débiles.

—Yo no soy humano, soy un miriápodo. ¿No ves los seis brazos?

—Miriápodos ser humanos de muchos brazos, ser débiles también.

—Ya veo, pero no todos los orcos piensan así.

—Todos orcos tribu pensar así.

—Yo te puedo demostrar que no soy nada débil.

—¿Eeeeh? —dijo, demostrando que no había llegado a jefe por sus conocimientos del lenguaje de los humanos.

—Yo no débil, yo enseñar.

—Ja, ja, ja —rio con sorna— ¿tú enseñar? Ja, ja, ja.

—Yo puedo enseñártelo, puedo ganar a cualquier orco que esté presente... esto..., a cada orco estar aquí.

—Ja, ja, ja. Débil humano ser gracioso.

—A ver si esto te parece tan gracioso —masculló mientras se ponía en movimiento.

Se dirigió hacia un orco muy viejo, surcado de arrugas y tatuajes. Llevaba una calavera de felino a modo de sombrero, que lo identificaba como un chamán y sostenía un gong como si fuera una bandera. Mintri recogió una maza hecha con una piedra atada a un palo que colgaba del asta y golpeó el instrumento. Cuando acabó de retumbar le gritó al líder:

—Yo retar tú, yo enseñar quién débil. Si tú no luchar, todos saber Grah-Aarrg cobarde. —Y tocó de nuevo el gong, aún más fuerte.

El representante de los dioses orcos recuperó el mazo, volviéndose a esperar la respuesta del jefe. Este, al ver que el desafío tenía la aprobación divina, se puso de pie, gritando mientras alzaba su arma:

—¡¡¡Yo Grah-Aarrg aceptaaaaar!!!

Todos los colmilludos rugieron en señal de aprobación, incluido el que sostenía el gong. El miriápodo se lo esperaba neutral, pero parecía ansiar su muerte tanto como el resto.

El griterío, tal como había empezado, acabó cuando el cabecilla le hizo una señal con la empuñadura al chamán, que se interpuso entre los dos duelistas. Levantó el burdo martillo y dijo algo en su inhumano idioma. Entonces golpeó con todas sus fuerzas el disco de metal que portaba, indicando el inicio de las hostilidades.

El musculado humanoide, en contra de lo que su aspecto de bruto daba a entender, no cargó como un loco hacia su adversario. Empezó a andar lentamente, estudiándolo, midiendo los pasos y la distancia.

El duelista se encontraba en guardia con sus armas cruzadas. Probó los reflejos de su contrincante lanzándole un cuchillo, ya que le sobraba. Su nueva extremidad no era muy útil para sostenerlo. El ataque fue esquivado simplemente al agacharse su enemigo.

Reemplazó el arma sin dejar de mirar, esperando a que se produjera el ataque... que no llegó. El líder ignoró el reclamo, le quería ganar la iniciativa aprovechando su mayor alcance y no iba a atacar hasta que fuera el momento. Se acercó otro par de zancadas.

Ambos se quedaron un momento quietos, mirándose fijamente a los ojos. El de color gris se lanzó, optando por descargar su gran espada de arriba abajo a la vez que cargaba. Esto hizo que el de los seis brazos se decidiera por la estrategia de parar y

contraatacar.

Mintri había calculado mal la calidad del mandoble, su aspecto descuidado le había engañado. Sumado a la poderosa fuerza del orco, cortó la guarda de la daga que había realizado la detención. Continuó bajando, cercenando la mano que sujetaba el arma, llegando a sacar chispas al impactar con la punta el suelo de piedra de la cueva. Por fortuna para él, al atravesar el metal y la carne, se desvió lejos del cuerpo. Antes de que empezara a sentir el dolor por la amputación, el enviado de Andremonia logró hacer un par de tajos en su adversario, que los ignoró como si fueran rasguños, aunque se veían profundos.

El de La Cofradía, al ver los anteriores resultados prefirió evitar el siguiente ataque, echándose a un lado usando su juego de piernas, emulando un baile pirata y renunciando a la respuesta.

Al sentir que el combate estaba a punto de finalizar, Grah-Aarrg intentó repetir su golpe desde arriba, pero esta vez la esquivo no solo fue hacia un lado, además fue hacia adelante. El espadón, al no haber encontrado a su objetivo, solo se detuvo una vez que tuvo la punta enterrada en el suelo.

Aprovechando la posición, el de la pinza la utilizó para atenazar la mano derecha de su enemigo. Apretó con tanta fuerza, que no solo destrozó la extremidad en varios trozos, sino el mango del mandoble también. La sangre se unió a los trozos de metal y de carne, junto a los aullidos de dolor. A pesar de estar desarmado y herido, el orco no capituló e intentó golpear con su puño sano desnudo, para dar con él en las puntas de un par de cuchillos, que valiéndose de la propia fuerza del propietario, lo atravesaron hasta los huesos de la muñeca. Solo entonces el orco cayó de rodillas por la conmoción.

Mintri remató al postrado, cruzando sus sables en dos cortes en su cuello, sin decapitarlo del todo. La cabeza se inclinó hacia atrás pero se mantuvo sujeta por un buen trozo de carne, de piel y columna vertebral, como si se le hubiera abierto una segunda boca. El líquido vital se derramó manchando el piso de la estancia, pero el cuerpo no llegó a caer del todo, quedando en una posición arqueada por el contrapeso de la testa.

—¡Dragth Arnl Ghrull hablar! —chilló el miriápodo alzando sus armas, incluida su monstruosa extremidad abierta—. ¡Elegir nuevo Gran Jefe! ¡Respetar pacto con La Cofradía!

Mintri y su acompañante salieron fuera de la cueva, a esperar la elección del nuevo líder. Los colmilludos humanoides tenían por costumbre sustituirlos cuanto antes, nada más morir.

—¿Qué nombre es ese que le has dicho? —le preguntó el hereje mientras le atendía el nuevo muñón.

—El nombre de su dios de la Muerte —replicó aguantando el dolor.

—¿Pero no es un nombre de la letanía que usan los sacerdotes de la traidora?

—Sí. Curioso, ¿verdad?

## Capítulo 18

Atardecer ya controlaba bastante bien a Pira, aunque de vez en cuando la comadreja hacia amago de tirarla, mas solo bromeaba. Aún le costaba hacer que desistiera cuando algo le despertaba la curiosidad, pero a base de exabruptos de índole sexual, conseguía que fuera más o menos por el camino que ella quería. Le hubiera gustado conocer si su anterior propietario la había adiestrado así a sabiendas, o era de naturaleza malhablada.

Lo peor era cuando se creía que jugaba con ella y lograba robarle algo de comida o algún objeto cuando se distraía. Entonces empezaba a dar saltos laterales y hacia atrás, mientras chillaba emocionada: ¡Dok, dok, dok! A duras penas se aguantaba en la silla, durante lo que Tria había definido como «la danza de guerra de la paniquesa». También explicó que las salvajes utilizaban un comportamiento parecido para cazar, pero las domésticas lo hacían como muestra de felicidad o de excitación.

No solo eran útiles como bestias de monta, por la noche les daban calor. Su piel se utilizaba para fabricar mantas y abrigos, así que les hicieron olvidar que habían abandonado la tienda. Aunque tenía el efecto secundario de que algunas veces los humanos se levantaban con algo de baba por la cara.

Primer Pion había acertado, ahora avanzaban casi al doble de velocidad. Se estaban acercando a la reliquia, ya que seguía sin desplazarse. Hasta Garrote podía localizarla algunas veces ahora, sin embargo seguían confiando solo en la visión de Zher.

El barbudo clérigo, todas las noches estudiaba los libros de los herejes, cada vez quedándose más horrorizado. Una sección en concreto le llamó la atención, una dedicada en su plenitud a cómo torturar paladinas. Las hacían vivir mucho tiempo, aprovechando su conexión con la Tatarabuela Muerte. Los sectarios usaban sus poderes de dicho ámbito, para causarles grandes padecimientos, intentando que renunciaran a su fe en la «traidora». Por ahora ninguna había apostatado.

Pero lo que le hizo alarmarse fue que al final del capítulo venía una recomendación. Aconsejaba no atormentarlas hasta destrozarlas del todo, para que pudieran ser vendidas a algún necromante. A estos les encantaba experimentar con ellas en busca de una abominación que antes fuera una luchadora de la calavera. Pensaban que el resultado sería algo muy poderoso.

Para capturarlas vivas, el impío volumen aconsejaba usar el veneno de las necroquimeras, ya que las iba ralentizando hasta que no pudieran moverse. Cualquier hechicero de los muertos algo experimentado podía proporcionarlo, pero lo mejor era encontrar uno que supiera cómo concentrarlo.

Al leer sobre las ponzoñosas alimañas, el sacerdote empezó a recordar...

A pesar de la costumbre de cambiar la paladina asignada cada año, Garrote había insistido a sus superiores en que prefería continuar con la suya. No quería repetir la experiencia de su primera compañera, pues acabaron soportándose a duras penas,

esperando y rogando que se cumpliera el plazo. Con esta se llevaba bien, aunque no cohabitaban durante la Decimotercera Luna. Había conseguido el permiso. Tras preguntárselo, ella estuvo de acuerdo. Dentro del clero tenía fama de excéntrico y esta solo era una más de las manías que le permitían por sus servicios prestados en Mercia.

Ella permitía que le llamara Dico, por Dicodora, en vez de por el título de Devota, como le obligaba su par anterior, mucho más estricta. Seguro que su actitud sería buena para curtir a un iniciado recién salido del monasterio, pero él ya lo estaba, habiendo recorrido mucho más mundo que ella. Con la sustituta ya llevaba tres años. De tanto estar juntos ya se conocían, se sincronizaban en combate casi sin decirse nada y compartían sentido del humor. Incluso algunas veces dejaba que la llamara Cuerva, ya que era morena de ojos negros y con una nariz que recordaba al pico de esa ave.

Los Yermos Grises eran su jurisdicción y les dejaban bastante libertad para escoger sus misiones, pero ésta había sido elegida por sus superiores del monasterio. Había llegado una carta al templo en construcción de Tres Rocas, instándoles a investigar la posibilidad de un nido de necroquimeras por la zona. Un mercader avistó a varias de ellas y sin esperar a que se acercaran, había espoleado a su caballo, prefiriendo huir y perder la carga. Había informado en el santuario de Cherm en cuanto llegó, sin haber descansado apenas. La abadesa del lugar no dudó en remitir un informe al monasterio y la respuesta fue la carta ordenándoles a ellos dos investigar el asunto.

Cuando hallaron la carreta abandonada del comerciante, supieron que se encontraban cerca de su objetivo.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó el sacerdote—. Se está haciendo de noche.

—Sí, será mejor retroceder y descansar. Así podremos explorar de día. Porque no captas nada, ¿verdad?

—No, pero ya sabes que la visión de muerte no es mi mejor característica.

—Claro que lo sé, tu mejor característica es poder tomarte cuatro jarras de cerveza en media hora.

A la mañana siguiente se despertaron temprano y desayunaron frugalmente. Dico era una de las pocas de su orden que soportaba la leche, siempre y cuando fuera en infusión con gran cantidad de yerbas.

Volvieron al vehículo desechado para poder rastrear desde allí. Cuando lo inspeccionaron, lo encontraron algo desordenado, pero no echaron nada en falta. Era como si solo hubieran buscado comida, sin llevarse ningún otro objeto.

Alrededor encontraron unas pocas huellas que no habían sido borradas por el viento. Recordaban un poco a las de los osos, pero con garras más grandes. Las pisadas que ellos pensaban eran de las patas de delante, diferían en una pequeña marca detrás del meñique, pero casi fuera de la huella principal, hechas por algún extraño dedo supernumerario o algún apéndice homólogo.

Las trazas se dirigían hacia el sureste, las siguieron durante unas horas en dirección a unas colinas que empezaban a destacar en el horizonte. Al acercarse vieron que tenían unas entradas entre las rocas, de cuatro a cinco pasos de ancho, por dos a tres de altura, demasiado parecidas entre sí para ser naturales.

—Cuerva, ¿qué opinas? —inquirió el clérigo señalándolas.

—Tienen aspecto de madrigueras... ¿Seguro que no detectas nada?

—Algo muy débil, pero por todas partes. Nada por aquí fuera.

—Por lo poco que sabemos de esas abominaciones, tendrán una sala de cría para sus reinas.

—Tampoco sabemos si tienen reinas o son hembras dominantes.

—¡Ya estamos con los matices tocapelotas! La sala donde están las que crían, se llamen como se llamen —le espetó con esa franqueza carente de malicia que a él le encantaba—. Las que tenemos que destruir. Una vez que lo hagamos, las restantes se dispersarán y acabaremos con ellas más fácilmente. Casi va a ser ya medio día, no me apetece quedarme a que sea de noche y nos enfrentemos a todo el enjambre... ¡o jauría, o lo que sea! —aclaró al ver que el clérigo iba a decir algo—. Ya sabes que disfruto de las conversaciones eruditas que tenemos entre nosotros. Pero hoy no hay tiempo.

—Tienes razón. Creo que estarán allí —dijo señalando un montículo de base totalmente redonda que se encontraba separada de las colinas, bastante más alto que el resto—. Es el cerro más prominente y siento más muerte en ese lugar.

—Pues vamos. —Se puso a andar en su dirección—. Oye ¿no crees que el cerro ese es demasiado perfecto?

—Debe ser hecho por el hombre. Cuando no se encontraba una elevación suficientemente grande para una fortificación, antiguamente se construían y así la ponían donde más interesaba.

—Yo no veo la fortificación por ningún sitio.

—Debió ser de madera, no siempre se tienen tantos años para construir un castillo de piedra.

—¡Siempre con una respuesta para todo! —exclamó divertida—. ¿Por cuál entramos? —preguntó en voz baja, al llegar al pie de la colina artificial.

—Casi seguro que la sala de cría estará por el centro y como será una red de túneles... Entremos por uno de los estrechos, así nos podremos defender mejor.

—Ellas también podrán hacerlo.

—Ya, pero no creo que te apetezca enfrentarte a ellas de cinco en cinco.

—Por esa, la que está en el segundo nivel de entradas.

—De acuerdo. Vamos allí.

La guerrera enfundó su espada para facilitarse la subida, aunque continuó escudo en brazo. El clérigo preparó un hechizo sin completar la letanía y la siguió. Por la puerta de la madriguera aún entraba luz, pero no se fiaban que no hubiera una necroquimera acechando enterrada.



Al observar el interior, vieron que estaba vacío. El túnel se adentraba en la oscuridad, no habiendo nada destacable en unos veinte pasos. La paladina desenfundó lentamente, activando la mágica luz que poseían todas las defensas labradas de su orden. Sin decir palabra, siguieron marchando.

El pasadizo se encontraba desierto. La tierra que era parte de la bóveda, había sido tratada con alguna sustancia que le daba aspecto de mortero. La habían endurecido para que no se derrumbara.

La galería acababa encontrándose con otra. En la intersección había una extraña criatura que parecía hecha con retazos de distintos seres. Colgaba del techo por una cola prensil sin pelo, enrollada en un saliente. El cuerpo era un cruce entre felino y oso, recubierto de un pelo rojo muy oscuro. De cerca del codo, o rodilla, de sus patas delanteras, surgía un espolón óseo, que se curvaba para recorrer casi en paralelo la parte exterior del antebrazo hasta la altura de la muñeca. Terminaba en una punta, afilada como un asta de toro. La cabeza poseía una mezcla de rasgos antropomórficos y reptilianos. No tenía ni piel ni escamas, sino algo repugnante entre ambas. Carecía de orejas, aunque tenía unas protuberancias que rodeaban lo que debería pasar por conducto auditivo. El orificio nasal, como en una calavera, no venía acompañado por ningún cartílago, abriéndose encima de una boca sin labios. Era calva y sin cejas, con los arcos de encima de la órbita de los ojos muy marcados y abultados.

La abominación estaba dormida, ya que era nocturna. La luz del escudo empezó a molestarle, pero antes de que pudiera abrir los ojos, el sacerdote la hizo estallar en llamas completando la sagrada retahíla. El fuego duró poco, como si la criatura jamás hubiera estado viva.

No se escucharon ruidos en respuesta a la purificación de la criatura, así que siguieron avanzando una vez que él volvió a preparar otro hechizo. En el siguiente cruce había tres monstruos casi idénticos al del primero. Los servidores de la Muerte se miraron a los ojos el uno al otro, coordinándose sin necesidad de mediar palabra. En cuanto ella empezó a cargar, invocando la fuerza de la Diosa como hacían todas sus hermanas, él partió su ataque teúrgico de aniquilación para impactar a dos blancos. La cabeza del tercero rebotó por el suelo, antes de que pudiera sentir las llamas y el ruido.

Siguieron fieles a la estrategia, esperando a ver si algo venía atraído por el sonido, mientras Garrote disponía otro conjuro sin finalizarlo. No hallaron ningún enemigo más, a pesar de cambiar de túnel varias veces, hasta que llegaron a la puerta de lo que supusieron era la sala central de la red de galerías.

La abertura estaba llena de los antinaturales seres, emulando la albañilería de una puerta condenada. Un verdadero muro viviente, o uno no muerto. Daba la impresión de que el espacio entre una necroquimera y otra estaba relleno por una tercera. Colgaban del techo, se superponían desde el suelo como una torre de naipes, se agarraban como podían de las paredes. No se derrumbaba la estructura por la presión

que ejercía tanto cuerpo junto contra los muros del pasadizo.

Cuerva miró a Garrote, pero sin buscar sincronización como antes, más bien queriendo una confirmación. Él hizo un gesto girando la palma de la mano hacia arriba y señalándola, indicando: «Tú misma, tú decides». Ella se levantó el yelmo para que viera su sonrisa, calándoselo de nuevo a continuación. Se puso a correr hacia sus objetivos antes de que su compañero acabara con dos de ellos. Decapitó a tres de una sola estocada y, antes de que se dieran cuenta, a otros dos con el retorno del golpe. Con suerte, solo su pelo iba a pagar las consecuencias de tal derroche de poder divino.

Las criaturas empezaron a agitarse y a despertar. Dico no cejó en sus ataques y continuó lanzando tajos sin parar. Ya no era una guerrera, era una vorágine de destrucción en nombre de la Diosa. La representación perfecta, sobre la faz del mundo, de la justicia de la Segadora. Toda furia y metal, sin pensar nunca en su seguridad, solamente en aniquilar a su odiado adversario. Era ayudada por el sacerdote, que en cuanto podía, lanzaba los hechizos de purificación, reiniciando inmediatamente la sagrada enunciación.

Las garras, los dientes y los espolones de las abominaciones eran afilados, pero no podían traspasar ni la cota de mallas, ni el yelmo, ni el escudo de la paladina. Había alcanzado el estado de frenesí que le permitía ignorar los golpes en las partes desprotegidas de las piernas y los brazos. Todas las heridas eran para ella simples rasguños.

Las horrendas bestias daban unos espeluznantes gritos de alarma mientras eran aniquiladas, algo que sonaba a medio camino entre el relincho de un caballo herido y los agudos lloros de un recién nacido. A pesar de ellos, no había aparecido ningún refuerzo cuando la última de las asquerosidades dejó de producir aquellos exasperantes ruidos.

Pasando por encima de los restos, los servidores de la Muerte entraron en la siguiente sala. Allí había otros tres seres, parecidos a los que se habían encontrado hasta ese momento, pero del doble de tamaño y un pelaje blanquecino como si no tuviera pigmento, casi albinos. Se encontraban tumbados de espaldas en el suelo, enseñando unos hinchados vientres que parecían a punto de explotar. Debían estar en un estado de hibernación o en éxtasis, ya que ni el reciente tumulto les había hecho abrir los ojos.

Cuerva se quitó distraída del hombro un mechón de su propio cabello que se le había desprendido por abusar de la fuerza divina. Cambió su espada y escudo por el hacha y, dejando la vigilancia de la única entrada de la estancia a Garrote, decapitó a las aberraciones.

—Ahora te será más fácil purificarlos —le dijo en voz alta a su compañero, pues ya se había roto el sigilo.

—Vale. Vigila tú ahora, mientras acabamos esto.

—Por cierto, ¿no decías que todos los caminos tendrían que llegar a la habitación

de las reinas? —preguntó ella mientras esperaba observando el túnel—. Aquí solo hay una entrada.

—La verdad es que esta difiere de los informes que he leído sobre sus madrigueras —contestó cuando acabó de quemar el último cadáver—. Será mejor que nos demos prisa, esto me empieza a oler mal.

—Sí, larguémonos. Además, siento que el veneno de estas asquerosas me está empezando a afectar un poco.

Las necroquimeras les atacaron en masa antes de llegar a la primera intersección, aunque ya se lo esperaban. Las abominaciones eran bastante silenciosas, pero el ruido de tantas desplazándose al mismo tiempo, amplificado por el eco, les puso sobre aviso. Mantuvieron posiciones, justo pasada la puerta, para no tener que luchar en dos frentes, prefiriendo enfrentarse de cara a lo que viniera de las dos galerías al unísono.

Primero llegaron por la misma ruta que ellos habían seguido. Al tener que girar, las criaturas estuvieron en desventaja, antes de que su número igualara las cosas. El sacerdote intentaba que no flanquearan a Cuerva. Sus hechizos no eran suficientes, así que usaba su bastón, reteniéndolas lo suficiente para que ella pudiera herirlas. En el momento en que se iban a ver desbordados, el ataque flojeó.

Poco tiempo de descanso tuvieron una vez que exterminaron a todas las alimañas, hasta que vino un asalto desde el túnel contiguo. El suficiente para que el clérigo pensara que su compañera tendría ya todo el pelo rasurado. Había más criaturas, pero de menor tamaño, así que sufrieron poco para acabar con ellas.

Tras debatirlo unos instantes, los servidores de la Muerte decidieron no esperar más y arriesgarse con una acometida por la retaguardia, en vez de seguir esperando sin avanzar. Hubo dos oleadas más hasta llegar al último cruce. Dico estaba cubierta de heridas en todas las partes desprotegidas, incluso algún espolón había traspasado su armadura. Ahora el rojo de su sangre se mezclaba con la negra de las abominaciones.

Afortunadamente para ellos, vieron la salida de la madriguera. Justo entonces apareció otra manada, aún más grande que las anteriores. Sabiendo que las repugnantes bestias no aguantaban bien la luz solar, corrieron hacia la salida. No estuvieron a salvo cuando llegaron afuera, ya que algunas salieron persiguiéndolos. Aprovechando que cerraban los ojos al no soportar la luminosidad del día, acabaron fácilmente con ellas. El resto se quedaron protegidas por las sombras.

Bajaron la ladera con tanta prisa que poco les faltó para hacerlo rodando. Siguieron corriendo, pero pronto cambiaron al paso y al rato la paladina empezó a arrastrar los pies.

—¿Estás bien? —preguntó Garrote al verlo.

—No, no lo estoy —contestó sentándose—. ¡La maldita ponzoña de esas malditas abominaciones! Casi no puedo ni moverme.

—Estás helada —dijo el clérigo al tocarle la frente.

—Sí, no creo que pueda continuar mucho más. Tendrás que dejarme aquí. Yo intentaré llevarlas en otra dirección.

—No seas así, hay que buscar soluciones. Puedo intentar purificarte el veneno, estoy viendo que brilla a muerte con un tono muy característico.

—El veneno está en la sangre y no eres nacido en el clero. Para las purificaciones parciales como esa, además de poder se necesita entrenamiento. Muchas cosas podrían salir mal y acabar los dos muertos. ¡Lárgate!

—Algo de él te podría quitar. Así podrías ir más rápido y...

—¡Deja de decir tonterías —le interrumpió—, y asúmelo! Sálvate. Luego ven a buscarme con refuerzos y acaba con todos esos malditos bichos. ¡Toma! —Le tendió la Daga de Misericordia—. Dásela a mi sobrina si no me encuentras, acaba este año su formación en el monasterio.

—Aún te puedo ayudar a moverte —dijo rechazando el arma—, apóyate en mí y en marcha.

—Tú también estás muy debilitado después de lanzar tanto conjuro, no podrás ayudarme mucho.

—Me quedo aquí contigo y luchamos contra las que vengan.

—Ya viste las madrigueras que había, no podremos con todas y menos en nuestro estado.

—Deja que lo intentemos.

—Me podré mover poco, pero aún puedo darte un puñetazo y sacarte esas estúpidas ideas de la cabeza. Venga, vete ya —dijo a la vez que le obligaba a coger el puñal—. Con esa barriga que tienes no andarás muy rápido y necesitas toda la ventaja posible. Hasta pronto, Sacerdote Garrote —se despidió sabiendo que le gustaba el sobrenombre.

—Hasta pronto, Devota Cuerva —replicó con el mismo estilo.

Las necroquimeras no alcanzaron al barbudo clérigo. Nunca estuvo seguro de como se libró, pero anduvo toda la noche. El agotamiento del derroche de energía mística y del combate, le hacían insoportable cada paso. Desde entonces, siempre llevaba consigo el vino negro quemagrasas. Aunque se hizo de día, siguió avanzado hasta entrada la tarde, solo por si acaso. Cuando paró, se acordó de que habían dejado el equipaje escondido en el sitio donde pernoctaron la noche antes de ir a las cuevas, mas decidió no volver a por él. Tardó en dormirse, pero cuando lo hizo fueron doce horas seguidas.

Al final pudo regresar al templo de Tres Rocas y volvió con unos cuantos Paladines del Roble y un par de sacerdotisas. No encontró ningún rastro de Dico ni de ninguna abominación en la zona. Todas habían desaparecido. Hasta se debieron llevar, enterrar o comer, la mayoría de los cadáveres. Volvieron al santuario a los pocos días, una vez que cegaron las entradas a las madrigueras.

—Gayata —fue sacado de sus recuerdos por Primer Pion—, me paice que me toca ya mi guardia. ¿Por qué no me has despertado pues? Menos mal que me he levantado a echar una meadica, que si no...

—Tranquilo, no tenía sueño. Pero si ya estás despierto, yo me voy a echar una

cabezada... Hasta mañana.

—Hasta mañana pues.

Esa noche, Garrote durmió muy poco y mal. No sabía si su paladina, su amiga Cuerva, había muerto en aquel lugar maldito... o su destino había sido algo mucho peor.

## Capítulo 19

La Doncella de Bronce y sus acompañantes partieron al alba. Ella se sorprendió de que Mordedor y Remachador, a pesar de seguir bebiendo cuando ella se retiró, tuvieran aspecto de estar frescos y dispuestos para la marcha. Al mago se le marcaban un poco las ojeras, pero casi eran obligatorias en uno de su profesión.

Había poca gente por los caminos. Para bordear la costa, los habitantes de la zona preferían el barco. El documento que llevaba Dos Pares demostró de nuevo su validez, ya que las patrullas de tropas del Gran Caudal al revisarlo les deseaban un buen viaje, no solamente el clásico «pueden continuar». El Duque era muy querido por sus hombres y se deleitaba de que todos le ayudaran a cuidar de sus invitados, desde el último labriego hasta su heredero.

Lo pudieron comprobar en cuanto llegaron a Puerto en el Río. Tras presentar el contrato a la guardia de la puerta, fueron conducidos ante un chambelán que lo leyó de principio a fin. Después de unas pocas preguntas, los llevó a presencia del noble. Llegaron cuando estaban cenando, así que el mayordomo les indicó que se sentaran en una mesa aparte y comieran algo mientras él iba a hablar con su amo para enterarse de cuándo los atendería.

La corte del Duque, como toda la gente del Gran Caudal, no era muy dada a las exhibiciones de riqueza, pero era generosa para la comida y el vino. Nada de manjares exóticos, pero sí abundantes: jamones curados en las frías y secas sierras, corderos lechales a los que llaman ternasco por lo tiernos que son, migas de pan duro refritas con embutidos y servidas con uvas frescas, postres hechos a base de yemas de huevo y azúcar...

Mientras esperaban el retorno del secretario, los camareros traían platos de continuo e, incluso cuando ya se encontraban llenos, no paraban de insistir.

—Pero chica, que estás en los huesos —le decían a la rapsoda—, toma un poquico más pues. Y a vosotros, ¿no os gusta el vino, u qué? Mirar que el Duque se va a llevar un disgusto pues, como no acabéis con esa jarrica.

—Pero señora —respondió el mago a una—, si ya llevamos cuatro y son enormes.

—Anda, calla que os tengo que traer del blanco pues. Que es de las viñas del propio Duque... ¡Qué es mu morro fino! Y a la moceta le traigo otra media docenica de yemicas pues, que en la cara se le ve que es mu laminera. —Y desapareció a por todo antes de que pudieran negarse.

Fueron rescatados del empacho por el chambelán, que por fin les iba a llevar a presencia del noble. Les informó, sin que lo hubieran pedido, de que no iban a tener problemas para comunicarse, que estuvieran tranquilos. Su amo hablaba casi siempre sin utilizar el dialecto de su tierra, exceptuando alguna palabra aquí y allá. Solamente lo utilizaba de forma integral cuando hablaba a los animales o con su nieto de dos años. También cuando se emocionaba mucho, sobre todo estando de caza.

El mandatario era un hombre alto y fuerte, ya con canas en su melena castaña, pero que mantenía casi todo el vigor que debió poseer en su juventud. Llevaba barba de una semana y tenía una nariz que había sido rota varias veces. Sus ojos pardos estaban rodeados de algunas arrugas, causadas más por preocupación que por vejez, y de unas oscuras e hinchadas ojeras. Una cicatriz partía en dos su ceja izquierda, probablemente fruto de una herida mal curada. La corona ducal que llevaba en la cabeza era de acero, con más aspecto de protección que de joya. Vestía al estilo de los caballeros de Mercia, aunque con más sencillez para que resultara funcional. Sentado sobre su trono de madera, poseía un aspecto imponente.

—Bienvenidos a mi corte —dijo con una poderosa voz, mientras abría los brazos—. No, no hace falta que os arrodilléis. Así que tenemos por fin aquí al famoso Dos Pares y sus guardaespaldas...

—Sí excelencia, además vengo bien acompañado. Permítame que le presente a una espléndida bardo, la famosa Doncella de Bronce. Su especialidad son las canciones épicas que tanto le gustan a vucencia y a su corte.

La rapsoda respiró aliviada cuando vio que la camarera venía con el vino y los dulces, como había amenazado, pero el Duque le hizo una señal de que no era el momento.

—Bienvenida sea también pues. Esta misma noche nos podrá mostrar lo que vale y ya hablaremos de su sueldo después... En cuanto a usted, mago, le he llamado no solo porque puede que necesitemos de su arte, sino también por aquel otro asunto por el que me carteo. Parece ser que aquellos libros por los que me preguntaba sí que se encuentran en la biblioteca de la ciudad.

—Mañana mismo empezaré a estudiarlos, con su permiso. Por cierto, la bardo aquí presente es bastante erudita en historia. Si vucencia le da permiso, me podrá acompañar a la biblioteca, que rivaliza en reputación con las de Ciudad de las Torres, ya que quiere buscar temas para sus nuevas canciones. Sobre todo busca hazañas de las Paladinas del Cráneo, los Caballeros de Mercia y, por supuesto, sobre los célebres jinetes del Gran Caudal. Durante el camino nos ha cantado alguna de su cosecha y son bastante interesantes. Y lo que es más importante... ¡son nuevas!

—Está bien. Tiene permiso para visitar la biblioteca. Pero bajo su responsabilidad, mago. Luego les enseñarán sus alojamientos, ahora veamos lo que la juglaresa sabe hacer.

Con la mitad de la dotación en activo, el Ballenato Rojo tardó tres semanas en volver a Puerto Acuerdo desde la ciudad donde desembarcaron los servidores de la Muerte. Los ruegos de su capitana a las Dueñas fueron escuchados y no se encontraron con más piratas en el viaje.

Nada más arribar, Miri se dirigió a la oficina de su cofradía. Insistió hasta que le llevaron a presencia de un vicemaestre, donde informó del ataque. Recibió una reprimenda por haber transportado a los religiosos, culpándolos al suponer que eran

el objetivo. Ella replicó que lo había hecho para pagar su deuda, contraída por la ayuda repeliendo el primer ataque sin bajas y por ser Tria su defensora en los duelos. Se calló la amistad que había hecho con ellos e insistió en que las capturas de barcos estaban aumentando de número, haciéndose caso omiso de las leyes no escritas de no causar víctimas.

—Tranquila capitana —explicó el jefe zanjando el asunto— Tanto su informe como sus quejas serán tomadas en consideración. No se preocupe por los heridos, su cuidado correrá a cuenta de la cofradía. Su siguiente carga se demorará al menos una luna, por si hubiera que hacerle más preguntas.

Ella pensó que así, por lo menos, tendría suficiente tiempo para completar su tripulación buscando reemplazos. Luego se fue a distraer un poco a la taberna El Búho Diurno, lugar donde la gente continuaba los festejos de la noche anterior durante el día. El nombre hacía referencia al tamaño de los ojos que lucía la clientela, gran consumidora de todo tipo de drogas. Gracias a sus cinco educados matones, en el lugar no había peleas.

Tomó un par de rondas con varios colegas capitanes, pero no pudo conversar en profundidad, ya que ellos llevaban bastantes horas celebrando el cobro de sus porcentajes. Otra clase de capitán, uno de la guardia de la ciudad, se le acercó. Iba acompañado de dos agentes. No parecían estar de redada.

—Buenos días —saludó el guardia—. ¿Es usted la capitana Miri Com Am?

—¿Para qué la necesita? —esquivó la respuesta afirmativa, mientras buscaba aliados con la mirada.

—Para hablar con ella... extraoficialmente. Soy el oficial Jamur —se presentó autodegradándose—, amigo de Garrote. Creo que lo conoce...

—Creo que esa capitana de la que habla, solo es amiga del Iniciado Zhersem y de la Devota Triannora.

—Ya, pero ellos andan con el otro clérigo. Además, van acompañados de una novicia de Cherm, de nombre Atardecer. Me gustaría hablar con ella delante de una jarra, mejor que en el cuartel.

—Hmm, si paga usted yo podría hacerle compañía mientras espera a que aparezca. —Hizo ademán de colocarse bien el parche—. Podemos hablar sobre ella y esos asuntos extraoficiales para matar el tiempo.

Se sentaron los dos en una mesa, apartada, pero a la vista de todos. La pareja de guardias se quedó de pie, lo suficientemente lejos para no estar escuchando, pero lo suficientemente cerca por si ocurría algún percance.

—Creo que esa capitana de la que hablábamos —reinició la conversación el agente de la ley, mientras le guiñaba un ojo y esbozaba una sonrisa cómplice—, ha sufrido recientemente un ataque a manos de los piratas.

—Sí, lo he oído. A esas inmundicias que contaminan el mar les dieron una buena tunda.

—Ya, ya. Pero tengo entendido que sin la ayuda de los servidores de la Muerte la



cosa hubiera sido distinta.

—Algunos dicen que el ataque fue debido precisamente a ellos...

—Podría ser, sí. Pero fuera o no por ellos, también es verdad que últimamente esos piratas se están convirtiendo en un problema grave. No solo se llevan la mercancía, sino que asesinan y se llevan el barco. O lo hunden. Parece ser que quieren acabar con todo el comercio en el Mar de las Lunas. Y el comercio, amiga mía, es lo que nos da de comer en estas islas...

—Veo que ya ha pensado en el tema. No sé para qué necesita hablar con esa capitana.

—Porque creo que es necesario presentar el caso en el Consejo de las Cofradías para intentar solucionar el problema. Y nadie mejor que alguien que ha sobrevivido a un ataque de esa escoria para presentárselo. Sobre todo cuando ha sido bastante ignorado por los superiores de esa capitana.

—Podría ser que a ella le interesara —replicó un poco tarde, sorprendida por lo bien informado que estaba su interlocutor.

—Yo espero verla y convencerla. Si usted sabe que está interesada, dígame que se pase por el cuartel y que pregunte por el Capitán Jamur. Además, transmítale este consejo de mi parte: Que duerma con la luz encendida y en un cuarto cerrado por dentro, a ser posible sin ventanas. Es posible que se encontrara más segura en el mar, esquivando a los piratas, que aquí en Puerto Acuerdo. Yo ya me marcho —dijo al levantarse, dejando unas monedas encima de la mesa para pagar las consumiciones—. Que tenga un buen día.

—Y usted también, Capitán Jamur.

El recital de demostración fue un éxito. Mordedor y Remachador le comunicaron, para alivio de la Doncella, que se sentían felices de haber tenido que cargar con el arpa, una vez que la habían podido disfrutar. El Duque no estuvo muy atento, ya que pasó casi todo el tiempo hablando con Dos Pares, pero la Duquesa y otras damas mayores aplaudieron todas las canciones. Así que al finalizar, bastó un gesto de la noble hacia su marido para que este diera la aprobación a la contratación de la bardo. La corte ovacionó la noticia, pues al estar lejos de Ciudad del Cierzo, se encontraban faltos de entretenimiento.

La velada continuó con una pequeña actuación del mago, que hizo unos pocos trucos menores, pero con mucho arte en la presentación. Logró risas y ruidos de asombro por igual. Después de que los camareros les obligaran a beber otro par de jarras de vino, pudieron retirarse a sus aposentos.

A la bardo le despertó temprano una escandalizada camarera, diciéndole que fuera de la habitación le esperaba un hombre que respondía al nombre de Remachador. La mujer hizo guardia en la puerta en nombre de la decencia, mientras ella se vestía.

En cuanto salió, el guardaespaldas del mago le pidió que fuera con él, que su patrono le invitaba a un desayuno en la biblioteca. Para su extrañeza, la mesa estaba dispuesta entre las librerías, en vez de en una sala aparte como era usual.

Los hombres de Dos Pares comieron con ellos, más pendientes de la entrada que de los alimentos. Cuando acabaron, el hechicero le mostró la colección de volúmenes. No toda, ya que las salas se encontraban abarrotadas casi hasta el techo. Uno se podría llegar a perder entre los pasillos creados por los muebles si no se tomaban referencias con cuidado. Algún que otro erudito daría sus piernas por tener el permiso que les habían concedido a ellos.

—Y para acabar, en esta sala se encuentran los de historia —indicó el brujo señalando el sueño de cualquier cronista.

—Muchas, pero que muchas gracias por interceder ante el Duque a mi favor —dijo ella haciendo una media reverencia—. Tanto para conseguirme el trabajo, como por esta oportunidad de investigar para mis canciones.

—No hay por qué darlas, pero le tengo que pedir un favor. Una dama ilustrada como usted sabrá leer el alfabeto antiguo, ¿verdad?

—Sí, aunque no con fluidez.

—Ya se habrá percatado de que hay un poco de desorden y no todo está donde debiera. Así que, si encuentra un libro llamado: *Hechizos experimentales y no demasiado probados*, escrito por el Maestro en Magia de la Muy Antigua Orden del Poder y la Razón Segundo Curandero —recitó de un tirón—, comuníquemelo inmediatamente. Bueno, cualquier libro de ese autor. Mejor dicho, cualquier libro que sea de alguien vinculado a esa orden.

—Por supuesto que lo haré. Y gracias de nuevo por hacer posible que yo pueda husmear en esta magnífica biblioteca.

—Agradézcaselo al Duque, de nombre Decimoséptimo del Gran Caudal, componiéndole una buena canción sobre sus gestas. O mejor, sobre las de su difunto abuelo Decimoquinto, que lo tenía en gran estima. Y a mí, hágalo siendo discreta sobre los asuntos que hemos hablado.

—¿Sobre qué hemos hablado? —puso un tono irónico—. Yo me he quedado ofuscada con la magnífica sección de historia...

Una vez que desocupó su mesa, Andremonia sacó una pata de necroquimera del líquido donde la preservaba. La puso sobre su altar con la palma hacia arriba, de tal manera que se podía ver el falso pulgar oponible, que era en realidad una prolongación de un hueso de la muñeca. Lo extraño era que estaba casi en paralelo al meñique, no al verdadero pulgar, dispuesto como en los osos. Pensó que Mintri había tardado poco en acostumbrarse a la pinza y esperaba que enseguida pudiera agarrar objetos. Incluso podría ser que empuñara una de sus dagas.

Al miriápodo le pareció bien: una extremidad que pudiera sostener un arma y además tuviese un espolón venenoso. Ya no le hizo tanta gracia cuando le comentó la necesidad de amputar más arriba del muñón para unirla a la altura del codo. Era la única forma de articularla correctamente.

—Tranquilo —le consoló la necromante—, esta carne la conozco mejor que la de

la otra vez. Yo fui de los creadores de las necroquimeras. Así que no te preocupes, tardaremos menos tiempo en injertártela y te dolerá menos.

—Ya, pero me tiene que cortar...

—Pero si es justo en la articulación, no tendré que cortar hueso. Anda, no seas mal ayudante y túmbate.

—Pero...

—¡Qué te tumbes! —ordenó con una poderosa voz. El secretario nunca habría sospechado que fuera capaz de gritar de esa manera—. ¡No me hagas perder el tiempo! ¡Y no te muevas, no me hagas repetírtelo dos veces! —Los ojos de ella brillaron con un sobrenatural tono rojizo, como si la ira hiciera que fuera más difícil contener su poder.

Mintri pensó que lo mejor era hacerle caso o clavarle una daga en el corazón. Pero desechó la segunda opción al temerse que la perversa hechicera ni aun así muriera.

—Como quiera Mi Señora —dijo quitándose la camisa, antes de subirse a la mesa.

Se despertó en el mismo jergón que en la anterior operación, procurando no recordar los dolores producidos durante ambas. Alguien había tenido la decencia de ponerle una funda de cuero al espolón, para que no se pinchara con él durante el febril sueño. Se incorporó a medias, sentándose en el lecho, e intentó coger una de las patas del destrozado taburete con que había probado la fuerza de la pinza. Lo de tener dos pulgares y encima, el que hacía las funciones oponibles en el lado contrario, le causó un poco de confusión. Pero si solo se concentraba en agarrar, la cosa funcionaba. Empuñó el palo como si fuera un arma blanca y tiró un par de golpes. Al tercero se le escapó y salió despedido. Prefirió esperar un poco más para acostumbrarse a la nueva anatomía, antes de usar una de sus dagas.

Retiró la funda, comprobando que la larga protuberancia ósea acababa en una punta muy afilada. Al observarla con más calma, vio que el centro de la punta tenía un orificio. La probó contra una de las maderas, dando un puñetazo circular, pero impactando con el espolón en vez de con la mano. La punta se clavó unos dos centímetros y cuando consiguió sacarla, observó que en el agujero había un líquido de color óxido. Su mente, ya despejada, empezó a elucubrar maniobras y fintas en las que podría utilizar el nuevo apéndice.

En menos de una semana, ya manejaba el puñal con él. No lograba hacer movimientos delicados, pero para clavar, detener o cortar, le sobraba. No tuvo que aguantar muchos sermones del hereje, así que se encontraba bien, siempre y cuando no se mirara en un espejo.

Tampoco vio a Andremonia en todo el tiempo, hasta que apareció de repente, como siempre. Le llamó la atención fuera del alcance de sus armas. Le gustaba impresionar a la gente, no correr riesgos estúpidos.

—Ya veo que te has recuperado —comenzó la charla la hechicera—. ¿Qué tal el

nuevo brazo?

—Bien, Mi Señora, pero aún lo siento raro. Y aún no me había acostumbrado del todo a la otra «mano».

—No te preocupes, que gracias a mis conjuros tu cuerpo no los rechazará. Por lo menos hasta dentro de doscientos años. Y para entonces no estarás ya vivo..., o no del todo vivo —amenazó con una sonrisa sarcástica—. Esta visita no es solo para comprobar tu estado de salud. Ha llegado una carta de tus superiores de La Cofradía. Parece ser que aquel jefe portuario con el que trabajabais, el que también se dio a la fuga cuando vosotros, ahora está en trámites para conseguir indulgencia a cambio de contar todo lo que sabe sobre la organización. Se encuentra relativamente cerca de aquí, por lo que quieren que vayas tú y le hagas callar para siempre. Aquí tienes su localización. —Le entregó un papel y un mapa.

—Partiré inmediatamente —dijo después de estudiar ambos—, pero tardaré unos días yendo a pie.

—No hay caballos, ya lo sabes. La peste que mis compañeros necromantes han causado es demasiado fuerte incluso para mis hechizos. Y no puedes llevar otra clase de montura, no queremos llamar la atención. Y esconde los brazos que te he puesto, por lo mismo. ¡Ah!, y no te olvides del cansino del hereje.

—Como ordene Mi Señora. ¡Bigotes! —gritó en cuanto ella se fue—. ¡Bigotes! ¡Ven aquí que nos vamos de viaje!

## Capítulo 20

El Consejo de las Cofradías escuchó la historia de Miri y luego la escoltaron afuera una pareja de agentes. Un simple capitán de la guardia, como Jamur, no podría haber conseguido una reunión de los Maestres él solo, aunque había hecho buena parte del trabajo sucio. No lo había vuelto a ver desde que se decidió y se presentó en su despacho. El hombre estaba muy agobiado, organizando la seguridad de ella y de los demás declarantes.

La capitana estuvo indecisa hasta que alguien quemó su barco. El incendio fue provocado, ya que fue demasiado rápido y no llevaban ninguna carga inflamable. Ella se salvó al no dormir allí, siguiendo los consejos de protección recibidos, pero perdió a otros cuatro marineros y a su primer oficial. El segundo le llevó las malas noticias y, antes de que acabara, ya habían partido hacia el cuartel. Anduvieron ocultándose bajo unas capas con capucha, esperando que nadie les reconociera. Dieron un largo rodeo, evitando el puerto y las zonas más populosas, sin meterse por los pequeños callejones donde se realizan gran parte de las transacciones ilegales.

La mayoría de los declarantes se encontraba en el mismo edificio anexo al Palacio del Consejo, protegidos por los hombres de Jamur y reforzados, de forma extravagante para ser un caso civil, por Paladines del Roble y sacerdotisas de Cherm. Todas ellas llevaban el tatuaje alrededor del ojo brillando continuamente.

Allí la llevaron desde el cuartel hasta la reunión del Consejo y allí la devolvieron una vez que acabó su exposición delante de los Maestres. No tenía ningún discurso preparado, pero antes de decir más de cuatro frases fue asaeteada a preguntas por los miembros más activos. El capitán de la Guardia estaba presente e intentaba tranquilizarla con gestos de cabeza y sonrisas.

¿Cuántos barcos decía? Cuatro, vicemaestre. ¿Y la Paladina del Cráneo acabó ella sola con la tripulación de uno? Algo de ayuda tuvo, pero poca. ¿Y por qué reclamó su derecho a duelo? Porque claramente estaba bloqueada contra las normas. ¿Y siguió una ruta normal?... Así durante poco más de una hora. Cuando los mandatarios se dieron por satisfechos, pudo ir a descansar y a comer un poco. El representante de su cofradía no parecía estar muy contento, pero en esa sala era solo uno más... no el que más.

Jamur se pasó por la noche a ver si alguno de los testigos necesitaba algo especial. El hombre tenía un comportamiento algo paranoico, reprendiendo con dureza a cualquiera de sus subordinados que no estuviera completamente alerta.

—Buenas —le dijo cuando pasó por la habitación de Miri—, parece que ya hemos acabado con los testimonios. En un par de días supongo que decidirán algo, sea lo que sea.

—A ver si para entonces puedo salir de este edificio. Hacía años que no residía tantos días entre paredes y sin estar sobre las aguas, aunque fuera sin navegar.

—De eso te quería hablar. Parece ser que tu cofradía no quería dar la apariencia

de haber montado todo este embrollo, por eso no te hicieron mucho caso. Ahora ya da igual, pero te has quedado sin barco y una capitana tan echada p' delante como tú, no puede estar en dique seco. Así que tengo una propuesta para ti.

—Uff, no puedo cambiar de cofradía tan fácil —contestó reajustándose el parche—. En mi contrato tengo una buena penalización. Y no me apetece trabajar fuera de la legalidad.

—Pero esto sería muy legal. Como parece que lo de tener la guardia directamente bajo mando del Consejo está funcionando, vamos hacer lo mismo con parte de la flota conjunta. Si se forma, claro. Y creo que te podríamos meter en uno de esos barcos en cuanto tengamos presupuesto.

Miri estaba empezando a acostumbrarse a que la dejara sin habla, pero esta vez la felicidad pudo más que el asombro y le dio un triple abrazo.

—Siempre me pillas comiendo... —dijo Andremonia sin volverse del maligno altar, donde su última víctima daba los estertores finales—. ¿Está ya resuelto ese asunto?

—Sí, aunque ha habido un problema —contestó el miriápodo.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó encarándose hacia él—. ¡Ah!, ya veo. Quítate la venda esa que llevas en la cabeza. —Observó unos momentos antes de continuar—: ¿Cómo has perdido el ojo?

—Uno de los guardaespaldas del objetivo. No defendió a su jefe, pero nos emboscó a la salida, debía estar de vigía. Bigotes estaba cubriendo la puerta de atrás y no lo vio. Nos atacó cuando salíamos por la puerta. Su espíritu aún se debe estar arrepintiendo de haberlo hecho en vez de salir huyendo cuando pudo.

—Tienes suerte, creo que tengo un ojo de felino de las tumbas por aquí. Te será muy útil. En anteriores experimentos descubrimos que injertados continúan viendo la magia y además, con él tendrás una buena visión nocturna. No pongas esa cara, no voy a dejar a uno de mis ayudantes tuerto. Pásate en una hora que ya habré despejado el altar.

Esta vez la necromante fue a visitarlo en cuanto se despertó, haciéndole muchas preguntas y comprobando el nuevo ojo con diferentes luces. Parecía, como le gustaba decir a ella, que no conocía del todo esa carne.

—Sí, funciona —dijo más para sí misma que para él—. Y además esta vez no destaca en exceso, aunque según donde vayas yo me pondría un parche, no sea que alguien se dé cuenta de lo que es. En una semana o menos, tu mente ya se habrá acostumbrado un poco y te entrenaremos para ver la magia. Ahora sígueme, te quiero presentar a otro de mis ayudantes.

Fueron a una sala al lado del laboratorio de la hechicera. Al entrar, el duelista pensó cómo no iban más allí, con el calor que hacía en la zona y lo fresca que estaba. En ella les estaba esperando de pie una guerrera. Todo su equipo militar parecía una parodia blasfema del que usaban las Paladinas del Cráneo. La cota de mallas era muy

similar, pero el yelmo era la calavera de un gigante reforzada con discos de metal, con unos cuernos de toro añadidos a la altura de las sienes. Otra de un córvido adornaba el pomo de su espada y la mitad delantera de una humana, su escudo, rodeada de unas runas esculpidas con huesos de verdad, no grabadas. De la espalda asomaba el mango de un hacha y en el cinto llevaba una daga de aspecto ajado y oxidado, como si se riera de lo que sería una Daga de Misericordia. Remataba su espeluznante aspecto una capa hecha a base de plumas negras.

—Secretario Mintri —presentó Andremonia—, esta es otra de mis ayudantes, Cuerva del Abismo. Se llama así porque la saqué de uno muy profundo. Goza de mi máxima confianza, no le tengo que injertar nada cuando vuelve de un encargo. Venga, sentémonos a una mesa —continuó después de carcajearse ella sola—, tenemos que planificar nuestras siguientes acciones.

—¿Llamo a Bigotes? —inquirió el miriápodo—. Porque supongo que él estará implicado.

—Lo está, pero mejor no lo llames. Me cuesta mucho aguantarme la risa cuando empieza a hablar de los secretos de su religión y de los del «Padre». Como si él los conociera de verdad. Además, son unos paranoicos y con el odio que todos ellos tienen hacia los religiosos de las Diosas, sobre todo a las paladinas, ya nos han causado bastantes problemas. Acuérdate de todo lo que causaron en Puerto Acuerdo por su empeño en enterarse de cuál era la misión ordenada a esa pareja. Y el berenjenal que se montó luego. Mucho trabajo perdido para La Cofradía. No, mejor solo le decimos lo que tenga que hacer, cuando sea necesario. Y tú, Cuerva —dijo una vez ya sentados—, ¿has llevado ya eso con los de la reliquia?

—Sí, Mi Señora. Pero no sé si confiar mucho en ellos. Uno parecía muy asustado al verme.

—Ese toque helado que tienes es una de tus mejores cualidades. Venga, todavía quedan muchos detalles que discutir, pongámonos a trabajar.

—La reliquia ha empezado a moverse —dijo Zhersem—. Hacía días que no lo hacía.

—¿Qué dirección ha tomado? —preguntó Garrote.

—Déjame el mapa a ver... Hacia las Montañas Orientales —contestó después de estudiarlo.

—¿Nos desviaríamos mucho si primero pasáramos por donde ellos han estado?

—No creo, pero esta persecución ha durado ya demasiado.

—Pero una de las causas de su larga duración es, a mi entender, que no sabemos quiénes son, ni para qué quieren la reliquia. A lo mejor, si estudiamos el sitio en el que han estado tanto tiempo, algo aprendemos. Incluso podríamos intentar acortar algún paso, en vez de irles persiguiendo por todas partes.

—Podría ser —intervino Tria—, nos han retrasado dos veces ya: con los gigantes y en Puerto Acuerdo. Y sabemos con toda seguridad que La Cofradía está

involucrada. Su Gracia Garrote, aquí presente, los conoce a fondo. Mejor intentar averiguar todo lo posible. Aparte, la Diosa querría que todos los que hayan intervenido en esta ofensa hacia ella recibieran su justicia.

—Sí —la apoyó el barbudo—, podría haber alguien en el lugar a quien interrogar y aplicar justicia —añadió al ver la mirada de la pelirroja.

No tuvieron que dar muchas vueltas por la zona hasta que encontraron una granja. El flaco clérigo recordaba perfectamente la dirección y la distancia. Los arreglos en el tejado del edificio principal destacaban entre lo viejo y decrépito que estaba el resto del pequeño complejo.

Atardecer solo localizó vida de pequeño tamaño y la visión de muerte de los sacerdotes nada detectó. Con esta información, tras dejar a las paniquesas atadas en el cercado, se acercaron a la casa con cautela pero confiados. El antiguo espía comprobó que no hubiera trampas en la puerta.

Por dentro tenía el mismo aspecto que por fuera. Una casa deshabitada pero que había sido ocupada hacía poco tiempo. Lo que había nuevo sobresalía de lo viejo. Los últimos inquilinos no se habían molestado en retirar a fondo los restos de los muebles carcomidos. Habían depositado encima los suyos, que daban una sensación de fugacidad, dejando claro que era un lugar solo de paso y que no pensaban volver.

Encontraron los restos de un tosco calendario que había sobrevivido al fuego, con días no festivos señalados y unos papeles llenos de cuentas, que no se habían molestado en arrojar a la hoguera. Garrote enseguida vio una relación, pero no parecía que buscaran ni eclipses, ni equinoccios, ni ninguna otra fecha o momento que potenciara la magia. Habían intentado calcular alguna clase de ciclo, pero cuál, se le escapaba.

—Esto estaba preparado —dijo Garrote, levantando la vista de los papeles—. Los muebles son baratos, pero nuevos. Dudo mucho que quienes tienen la reliquia huyeran en un carromato cargado. Este no es un punto de paso, es de espera. Pero, ¿para qué?

—Tiene razón Gayata. Perdón —se disculpó Tria, al ver que retornaba al habla de cuando era niña—. Es que... Tiene razón, Su Gracia. Esto es algo más. La logística, la emboscada de los gigantes, el intento de asesinato en Puerto Acuerdo, el veneno de las necroquimeras... Todo lo que ya hemos comentado. Esto no es un robo para conseguir dinero, es algo más. De verdad que me da mala espina.

—¡Di qué sí, co! —exclamó Primer Pion, que llevaba tiempo sin hablar. Como siempre hacían los de su tierra, que se dan la razón unos a otros diciendo casi lo mismo, hasta que discuten entre ellos—. ¡Qué todo esto es muchísimo raro pues!, si es como decís —resaltó chocando el dorso de la mano derecha, contra la palma de la izquierda—. Vamos, que ni tanta preparación montas, ni para arrejuntarte con la más preta del lugar pues. —Aquí abrió los brazos—. Si es que te lo digo yo, co.

Zhersem llevaba activada la visión de muerte, ya que sin ella su consumido ojo izquierdo era completamente inútil. Se quedó mirando unas vasijas de barro que se



hallaban rotas en un rincón, arrojadas allí después de haberlas vaciado de contenido.

—Esos restos brillan —señaló— con el mismo tono de uno de nuestros rituales. Pero muy débilmente. El cazo y la cuchara también lo hacen.

—Yo no detecto nada, Iniciado —dijo el otro religioso—. Aunque mi visión no es tan penetrante como la tuya.

—Lo poco que pudiera haber quedado en los recipientes se habrá evaporado. Pero un pequeño resto queda. El ojo de Su Gracia aún guarda la visión mundana, por eso a lo mejor no lo ve.

—¿Y decís que brilla como uno de nuestros rituales?

—Sí, como uno de bendición, creo. No puedo decir más, pues a tanto no llego.

—Con esa información, mis sospechas se duplican... o triplican. Y estando detrás La Cofradía no augura nada bueno.

—Perdonad mi impertinencia —se excusó Atardecer al romper su deferente silencio—. Pero si sumáramos el poder de la reliquia y hacia donde se dirigen, a lo mejor su plan se tornaba más claro.

—La Novicia es una buena alumna —afirmó Garrote con una pizca de orgullo—. Con un poco de entrenamiento hubiera sido una gran espía cortesana en Mercia. Sabemos que están implicados La Cofradía y los herejes. ¿Para qué necesitaría la organización a estos últimos? Venga, que creo que vosotros sospecharéis algo también...

—¿Para —respondió un poco dubitativa la paladina— activar el poder de la reliquia sin ayuda de un sacerdote?

—Eso es, sabrían que ninguno de los nuestros les haría el ritual ni bajo tortura.

—A mí no me suena que los herejes pudieran hacer eso —dijo el iniciado.

—En las últimas guerras no creo. Pero estos años han investigado mucho. En el libro que llevo dice cómo emular los rituales de ambas Diosas.

—Ya, emular. Mas ¿engañará a la reliquia?

—Yo no estoy seguro, pero ellos sí que lo parecen... Aunque la verdadera respuesta que nos ayudaría, sería la de esta pregunta: Una vez activada la reliquia, ¿para qué la quieren usar?

Retornaron a la búsqueda de más pistas, aunque no encontraron ninguna. Al cabo de un tiempo, Tria se decidió:

—Mejor busco en los demás edificios, es posible que allí haya algo.

—Un momento —pidió Zhersem—, voy contigo.

—Llevaos también a Atardecer —sugirió el barbudo—, mejor tener las dos visiones que una.

Eligieron para empezar el establo. La novicia dijo que dentro había solo ratones o algo similar, por el tamaño. Cuando llegaron a las puertas, estas se abrieron con gran fuerza, golpeando la desprotegida cabeza de la paladina, que cayó al suelo.

En la entrada ahora abierta, había dos formas humanoides. Bajas, pero anchas; con los rasgos de la cara muy poco marcados y la forma de los músculos inexistente.

Una estaba compuesta de madera y la otra de arcilla. Semejaban esculturas hechas sin mucho arte.

—¿Golems? —se preguntó el clérigo en voz alta—. El de madera es tuyo, Atardecer.

Las amenazadoras estatuas vivientes se dirigieron hacia ellos, dando unos pasos irreales. Su morfología no había sido diseñada para ser lo más eficiente en el esfuerzo mecánico. La leñosa fue hacia Zhersem y la de barro hacia la indefensa y mareada paladina.

La novicia reaccionó de forma instantánea gracias a sus instintos. En los últimos tiempos había estado ya en suficientes combates, aunque no dominaba muchos hechizos. El controlar la vida y la madera eran de los primeros que aprendió y para los que fue tatuada. Lanzó uno sin haber llegado al quinto nombre de la letanía de Cherm para defender al iniciado, pues estaba ocupado mirando el peligro que acechaba a la guerrera ignorando el que se le acercaba.

De la madera del que recibió el conjuro, nacieron ramas. Pronto se llenaron de hojas verdes y la criatura, envuelta en luces brillantes, perdió su tosco antropomorfismo para retornar a su forma primigenia, la anterior a haber sido tallado y transformado en tablas. Cuando el resplandor desapareció, en el lugar había un árbol de bastantes años de edad en vez del golem, bien enraizado en el suelo.

Todo el proceso le pasó desapercibido a Zhersem. Estaba concentrado en el riesgo que sufría Tria, quien aún estaba tumbada boca abajo. Si Atardecer había llegado hasta la quinta posición de la retahíla de la Vida, él forzó el hechizo al llegar a la tercera, mientras la estatua viviente levantaba sus brazos para descargar el golpe. Al recibir el conjuro de muerte, se quedó paralizada unos instantes, pero enseguida completó el movimiento hacia arriba. Antes de que pudiera bajarlos para atacar a la pelirroja, él gritó: «¡Segadora!»; el nombre más corto de toda la sagrada enumeración. Este hechizo fue más intenso que el primero, dañando seriamente al golem, que se resquebrajó en varios puntos. Aquello que le hacía moverse se había difuminado antes de que el clérigo fuera a parar de rodillas a causa del esfuerzo y la pérdida de energía vital por haber usado la magia divina sin preparación.

La novicia, que se encontraba en una situación similar, se recuperó antes. No había gastado tanto poder como él. Al acercársele, vio que sangraba profusamente por la nariz y que estaba a punto de derrumbarse. Cuando lo hizo, fue con la cabeza sobre los pechos envueltos en cota de mallas de Tria, recién recobrada, que se había arrojado a socorrerle mientras chillaba: ¡Zher!

Lo primero que vio el iniciado al despertarse fue la cara de Atardecer usando sus sortilegios para curarlo. Pronto fue remplazada por la paladina, quien le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Me duele mucho la cabeza. Y también el resto del cuerpo, todos y cada uno de los músculos.

—¡Shhh! —le hizo callar la sanadora—. Mejor vuelve a dormir.

La siguiente vez que se despejó se encontró con Garrote.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —le inquirió mientras intentaba recostarse.

—No, no. Mejor sigue tumbado. Has dormido tres días enteros. Hace poco que he podido obligar a que lo hicieran esas dos, que te han estado cuidando casi todo el tiempo. La verdad es que has de tener más reservas... ¡Como yo! —exclamó mientras se acariciaba la tripa—. Estás muy delgado, hijo mío... Toma, bebe un poco de caldo y a dormir otra vez, que pronto habrá que ponerse en marcha de nuevo.

## Capítulo 21

—¡Cuerva! —llamó Andremonia—. ¡Cuerva! —repitió aún más alto—. Ven a la sala de reuniones. Estoy con maese Mintri y con... Bigotes. —El sobrenombre que el miriápodo le había puesto al hereje había triunfado.

La guerrera que parecía un espejo oscuro de las Paladinas del Cráneo, apareció al poco tiempo. El duelista enseguida sintió como la temperatura de la habitación bajaba, dando la razón al sobrenombre «del Abismo». Como había señalado la necromante, su ayudante poseía un aura que helaba.

—Sí, Mi Señora —dijo con una voz aún más fría, tras saludar inclinando la cabeza—. ¿Qué desea?

—Te estaba esperando para luego no tener que repetir las instrucciones. Ya sabéis todos el mensaje que tenéis que llevar, ¿no? Pues vais a partir ya —continuó sin esperar respuesta—, así llegaréis justo a tiempo. Tomad. —Les dio a cada uno un amuleto: un collar consistente en una cadena de plata y una pequeña esfera de cristal mate como joya—. El colgante brillará, puede hacerlo en dos colores distintos. Si el color es verde debéis abandonar el viaje y, aunque no hayáis llegado a vuestra meta, volved aquí, ¿entendido? Si lo hace en rojo es que tendremos las manos libres para que empiece el plan. Regresáis, pero con la respuesta. Si lo entregáis antes de que brille esperad allí a que lo haga. Os necesitaré a los tres para otros asuntos. Solo una cosa más. Tanto a la ida como a la vuelta, intentad conseguir alguna montura para ir más rápidos, sobre todo para la vuelta si el color ha sido rojo. Tú, Bigotes, si no vas a volver, que venga alguno de tus hermanos. Necesito al menos uno de vuestra clase. Si venís dos o tres, tanto mejor. Sí, tres estaría bien. Y antes de que os lo preguntéis... —Miró sobre todo al miriápodo—. Sí, los amuletos los he hecho yo, que antes de iniciarme en la necromancia fui maga. No tienen nada que ver con la magia de los muertos. Venga, id a prepararos el equipaje que cuanto más rápido partáis, mejor.

Un par de días más de tiernos cuidados de Atardecer, acompañados por los mimos de la normalmente desabrida Tria, y Zhersem se sintió con fuerzas para seguir el viaje. Él hubiera preferido que los demás lo dejaran atrás y que hubieran continuado con la persecución. Pero el barbudo insistió, otra vez, en que su visión de muerte no era lo suficientemente poderosa para ello. Así que esperaron a que se recuperara un poco más.

A causa de la debilidad que aún le asaltaba, tuvieron que atar las manos del iniciado una vez rodearon la cintura de la paladina, si no, probablemente se hubiera caído de la paniquesa. Al finalizar el día, no podía recordar gran parte del viaje y mucho de ello era descansar en el hombro de la pelirroja. La novicia y Primer Pion empezaron a llamarlo «cara de malla», ya que cuando lo descabalgaban de la comadreja, tenía marcado el trenzado de la armadura en la mejilla.

Antes de partir, hubo tiempo de preguntar a Atardecer la razón de que no hubiera

detectado a tales seres. Ella respondió que sí lo había hecho, pero que no tenían la vitalidad correspondiente a su cuerpo. Los había visto del tamaño de ratones y con la misma intensidad. Una dura lección sobre confiar en demasía en sus sentidos místicos que aprendió hasta Garrote, versado en multitud de subterfugios y engaños.

En cuanto acampaban, el iniciado se quedaba dormido. Casi siempre le despertaban para que comiera algo. Nada que tuviera que masticar mucho, porque si no, cabeceaba entre bocado y bocado con riesgo de ahogarse. Él se acostaba de nuevo al acabar, el resto se quedaba alrededor del fuego mirando los mapas a ver si adivinaban hacia adónde iban los ladrones de la reliquia.

—Co, ¿'tais seguros que vamos bien pues? —preguntó Primer Pion—. ¡Qué por ahí no hay naide pues! Ni una villica ni na'... Todo es un secarral despoblau...

—El Iniciado Zhersem no falla en estos casos —contestó un poco molesta la paladina—. Si dice que van en esa dirección, es la correcta.

—Vale pues, pero que no hay na' yendo pa' esas montañas, co.

—¿Y a Su Gracia Garrote, le suena que haya algo por ahí?

—Ni una ciudad, todo el mundo quiere estar lejos de Fauces Sangrientas. Su guarida está por esas montañas precisamente. Supongo que utilizarán esta ruta para no encontrarse con nadie.

Siguieron avanzando tres o cuatro días más. El iniciado, algo más recuperado, les comunicó que habían acortado significativamente la distancia con la reliquia. El terreno empezaba a ser montañoso, teniendo que insistir ante las preguntas del soldado, en que sí, que esa era la dirección por mucho que se adentraran en las Montañas Orientales.

El paisaje se veía aún más desolado que hacía pocas jornadas, más incluso que los Yermos Grises. Todavía no distinguían los picos más altos de la cordillera, pero el horizonte estaba lleno de montes. El propio Zhersem empezó a dudar de sí mismo. Hizo que Tria detuviera a la comadreja, descabalgó y se concentró haciendo que los tatuajes alrededor del ojo brillaran más intensamente. Incluso llegó a guiñar el sano.

—Sigo detectándola —dijo a todos, que también habían parado—, más o menos en la misma dirección. Pero ahora detecto otra fuente, delante de la reliquia. Un sitio donde hubo una gran batalla, o algo que causó una gran mortandad. Y ellos van hacia allí.

—¿Qué es lo que querrán matar en un lugar así —se preguntó Garrote en voz alta—, si es que van allí? Conociendo a La Cofradía, si tuvieran algún problema con un necromante o alguna abominación, informarían de alguna manera a nuestra iglesia. Les encanta utilizar a los demás para que les hagan el trabajo sucio. Si hubiera pérdidas serían nuestras y abandonaríamos pronto la zona.

—Si de verdad necesitan la reliquia para matar a quien sea —puntualizó la paladina—, debe ser alguien muy poderoso...

Día a día siguieron acortando la distancia, ya que los mustélidos avanzaban a más velocidad que los hombres por los peñascos. Daban ágiles saltos de roca en roca, a

pesar de ir cargados, más como una cabra montesa que como un caballo. Al principio, los sacerdotes acababan con la cara de color amarillo por el mareo y la de Atardecer pálida por los sustos. Pronto se acostumbraron, llegando la novicia incluso a disfrutar de las acrobacias de Pira.

Ahora sí que empezaban a vislumbrarse unos gigantescos picos, cuyas cumbres se perdían por encima de la capa de nubes. El objetivo se encontraba ya a menos de media jornada de viaje, cuando Zhersem dejó de detectarlo. Lo discutieron brevemente, decidiendo continuar hasta el último lugar en que el iniciado la sintió cerca del centro de la zona de muerte.

Las empinadas rampas se acabaron y llegaron a una vasta meseta. A las dos o tres millas empezaron a encontrarse con cuerpos. La mayoría eran fácilmente identificables por los colmillos como orcos, unos pocos eran de gigantescos reptiles lanza rayos, de la misma especie a la que se habían enfrentado hacía poco. También los había de unas aves de gran tamaño con las alas cortas, como si no las utilizaran para volar, pero con unas gigantescas garras y un pico de carnívora. Eran los restos de un numeroso ejército y todos estaban muertos.

Muchos de ellos, a pesar de los años transcurridos, tenían aún carne. El seco frío de las montañas la había conservado. Ni los carroñeros, ni los necromantes los habían reclamado. Los servidores de la Muerte, sabiendo que en esos momentos la labor era imposible, no se plantearon purificarlos. La inmensa mayoría de los cadáveres, así como las armas y armaduras, tenían marcas de haber soportado fuego, lo que llevó a Garrote a una conclusión que no se guardó para sí.

—Esto tiene toda la pinta de haberlo hecho el viejo Fauces Sangrientas. Es como la descripción de la expedición que se cuenta en varios libros de historia contra Mil Espinas, el dragón que habitaba en los Montes Negros.

—Gayata, no chille tanto, co —rogó Pion—. Si como dice pues, fue el dragón, a lo mejor está por aquí pues. Y, co, a lo mejor el Iniciado no detecta eso que buscan porque se lo ha zampado pues, junto a los que lo llevaban. Y lo de Mil Espinas, co, a mí también me suena, que mi pueblo 'ta cerquica de los Montes Negros pues. Pero a ese lo mataron, co, y el Fauces... pues aún 'ta vivo.

Continuaron en silencio hasta el lugar que el iniciado indicó como el último donde había sentido la reliquia. No pudo afinar más, pero estaban cerca del centro del inmenso osario. Allí se separaron en tres grupos, uno por paniquesa, para explorar los alrededores. El barbudo cambió de equipo con Pira y Atardecer, el soldado pensó que se podría mover mejor sin él, sobre todo si había que huir. En cambio, la novicia podría necesitar más apoyo, al no manejar la montura como una profesional.

Cuando se reunieron a la hora convenida, solamente el militar había encontrado algo digno de mención; la entrada a una cueva de gran tamaño.

—Sí, co. Está al final de una costerica pues —matizó—. Y había muchismos muertos, co. Una pilada de tres cojones...

—Costera es cuesta, no de costa —explicó la paladina—. Aún quedan bastantes

horas de luz. Además, todos menos Zhersem tenemos aspecto de no estar cansados. Vayamos a ver...

Al no haber ninguna opinión en contra, siguieron a Pion hasta la falda de una montaña cercana. Por su ladera discurría una angosta rampa que daba la vuelta a la montaña y se perdía por la cara no visible.

—¿Pero la terminación ica no es de pequeña? —preguntó con asombro Garrote—. Y esa cuesta es muy larga...

—Es costerica por estrecha, no por corta —contestó la pelirroja, mientras ella y el soldado miraban al sacerdote con cara de: «¿Cómo puede ser que no lo entienda, si está tan claro?».

—Yo, co, no la he subido del todo pues —informó el militar—. Pero a la revuelta se ve la entrada y los muertos pues. Y la costerica acaba allí, co.

Subieron la pendiente intentando no mirar hacia abajo. El camino era bastante justo para las comadreas, pero estás lo recorrieron sin tener que convencerlas. Acababa en un saliente que estaba tan lleno de cuerpos que casi no se veía el suelo. Un poco más adelante había un acceso a una gigantesca galería.

—¡Jodo petaca! —exclamó con asombro Pion—. Esto aún me suena más pues a los cuenticos de mi yayo sobre los dragones. Co, mejor nus vamos pues.

—No —replicó el iniciado, tras unos momentos en que nadie habló al estar todos reflexionando—, no nos vamos. Siento que la reliquia está ahí dentro y no en el estómago de ninguna criatura.

—¿Está seguro? —inquirió el barbudo sacerdote.

—Sí, no la veo exactamente, pero es como si la sintiera con los huesos. Lo malo es si entramos y de verdad sea la madriguera de Fauces Sangrientas...

—Hmm, la verdad es que ellos han entrado... ¡Mierda! ¡Ya sé que eran esas cuentas! Son los cálculos de los ciclos de hibernación del dragón. Estos han entrado aquí sabiendo que está durmiendo.

—¿No creará Su Gracia, que el objetivo es el mismo Fauces Sangrientas? —indagó Atardecer, que había aprendido a seguir los saltos mentales del clérigo.

Él no contestó, pero afirmó con la cabeza mientras continuaba pensativo.

—Pues vamos para adentro —dijo Tria—, la recuperamos y nos vamos antes de que despierte. No sé si tendréis razón en que van a usar así la reliquia. Pero sean cuales sean sus intenciones, no podemos dejar que la mancillen. Vamos —insistió—, no perdamos más tiempo.

—¿Cómo está el Duque? —preguntó la Doncella de Bronce nada más despertarse.

—El Duque está bien —replicó Dos Pares—. Pero la que nos preocupa eres tú.

—¿Yo? ¡Ah!, vale —se contestó a sí misma, cuando se dio cuenta que no estaba en la biblioteca, ni en su dormitorio, sino en el dispensario—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Te han envenenado, con algo que entra por la piel. Afortunadamente para mi

bardo preferida, su metálico pellejo no es como los normales. La ponzoña no la afectó del todo. Pero, ¿qué recuerda nuestra dama?

—Estábamos en la biblioteca, cada uno leyendo libros de lo suyo. Entonces llegó uno de los ayudantes de mayordomo reclamándole a usted, al mago. Durante la partida de caza alguien había disparado un virote de ballesta contra el Duque. Afortunadamente no llegó a tocar carne, ya que debajo de su armadura llevaba un excelente acolchado que impidió que la punta atravesara todo el conjunto.

—Así fue. Continúa, por favor.

—Usted, antes de partir, me pidió que le buscara unos libros para cuando volviera. Eran de la sección de historia, pero por los nombres trataban de asuntos mágicos. Supongo que serían de historia de la magia. Están en el lado donde los pasillos se hacen muy estrechos, en los que cabe una sola persona y hay que tener cuidado con los codos si no quieres darte un buen golpe contra la balda o tirar algunos libros por el suelo. Es decir, donde se guardan normalmente los más antiguos y olvidados. Decidí que primero probaría suerte mirando que en los ficheros hubiera alguno de los títulos referidos. Muchas veces algún cenutrio, o algún listillo, ha cambiado de sitio el ejemplar pero, para empezar... A mitad del pasillo me paré, ya que tuve una rara sensación, como si en él hubiera alguien, aunque no vi a nadie. Luego volví a andar, pero solo recuerdo haber dado dos o tres pasos y nada más. Lo siguiente es encontrarme aquí.

—Te encontró Remachador. Como no volvías, fue a buscarte. Estabas tumbada en el suelo sin sentido, aunque él no vio nada fuera de lo normal. Te sacó de allí y después de hacerlo, activó unas defensas especiales que yo había instalado para que nadie entrara o saliera sin mi permiso o el del Duque.

—¿Y su guardaespaldas cómo está?

—Está convaleciente como usted, con sus mismos síntomas. Pero infiero que él, más que por no haber absorbido la ponzoña, ha sobrevivido por su resistencia a los venenos. Creo que el haber desarrollado tolerancia a otra clase de toxinas le ha ayudado.

—Ja, ja —rió, aunque le dolieron un poco los pulmones y el abdomen al hacerlo —. Ya entiendo, si aguantas lo que te ponen en algunas tabernas, ya lo aguantas todo.

—Veo que ya sabe de lo que le hablo. Como le iba diciendo, descubrimos el cadáver de un hereje. Las defensas actuaron bien. Llevaba encima aquel libro del que hablamos, ¿se acuerda? Cómo pudo entrar allí sin ser visto, se nos escapa.

—Unos servidores de la Muerte que conozco me hablaron de que hay unos herejes que evitan ser vistos por medios sobrenaturales... vamos, que se vuelven invisibles. Como si ofuscaran la mente.

—Está usted muy bien informada, bardo. En el cadáver encontré un vial con polvo y tras investigarlo alquímicamente, descubrí que era un veneno. Sumé dos y dos y conseguí hacer un antídoto, tanto para usted como para mi escolta. De paso también hice un amuleto detector, descubriendo que habían envenenado algunos



libros de la biblioteca para matar al que los leyera.

—No estoy tan versada en intrigas como usted, pero seguro que ya ha llegado a una conclusión. ¿Iban a por nosotros o a ocultar la información que usted busca?

—Veo que su cabeza está funcionando a la perfección a pesar de las circunstancias... Yo creo que a por la información, aunque yo no sé cuál es exactamente. Suena a manido, pero sabemos que se prepara algo y no tenemos idea de lo que va a ser. Tome esto —le solicitó el mago ofreciéndole un cuenco de algo con un olor penetrante y repulsivo—, antes de que venga la sacerdotisa de Cherm del palacio y se empeñe en examinarlo. Es otra dosis de antídoto. Más vale prevenir.

La Doncella de Bronce soportó el sabor de la pócima, que era aún peor que el aroma. Varias preguntas más empezaron a formarse en su cabeza, pero la medicina iba acompañada de algún somnífero y el sueño le impidió formularlas en voz alta.

## Capítulo 22

A las paniquesas no les gustó andar por encima de tanto hueso. En algunas zonas de la entrada a la cueva, había tres o cuatro capas de cadáveres superpuestos. Extrañamente, dentro de la gruta es donde los huesos estaban más limpios y muchos de los esqueletos estaban desarmados. Tal vez el dragón se traía comida para devorarla allí. El campo de batalla le hacía de gigantesca despensa. Hubo que descabalgarse a las comadreja y llevarlas de las riendas hasta que pasaron la mayor acumulación de restos.

Mientras entraban, Garrote sintió una pequeña aprensión al meterse en túneles de nuevo. Siempre que estaba en uno, algo se torcía. La pérdida de Cuerva y la emboscada de los trolls en las minas, eran solo los ejemplos más graves. Para distraerse empezó a darle vueltas a una idea, que iba rumiando en voz muy baja:

—¿Por qué querrán los de La Cofradía matar a Fauces Sangrientas? ¿Será por el tesoro que debe haber acumulado? No, porque entonces vendría más gente...

Zhersem llevaba activada su visión divina para localizar la reliquia, pero más que verla la intuía, como si estuviera utilizando otro sentido. Todo brillaba a muerte tras la matanza ocurrida allí. Atardecer también usaba la suya, no obstante, esta vez no se fiaba aunque viera algo vivo de pequeño tamaño. Repasaba una y otra vez cualquier pequeño foco que vislumbrara.

La cueva empezó a estrecharse, aun así cabría un palacio de cinco plantas e incluso sobraría espacio por los lados. Una de las alarmas de la novicia resultó ser una bandada de murciélagos que dormían colgados del techo. Pasaron con cuidado intentando no despertarlos.

La galería empezó a dar una curva muy abierta, justo cuando los esqueletos dejaron de ser tan abundantes y solo se veía alguno cada muchos pasos. Además, ya se distinguía alguno que fuera un caballo, una cabra o una vaca, en vez de orcos y sus bestias.

—¡Parad un momento! —advirtió la servidora de Cherm—. Ahí hay algo vivo.

—Co, cada veinte pasicos ves algo pues —protestó Primer Pion—. Así no se puede avanzar pues.

Antes que ella pudiera replicar, un cuchillo arrojado se clavó en el pecho del soldado del Gran Caudal. Este bajó la vista hacia el arma y exclamó:

—¿Pero... co! —A continuación se derrumbó sobre el cuello de su paniquesa.

—¡Emboscada! —avisó la Paladina del Cráneo, protegiéndose con su escudo, ya que iba preparada para el combate—. ¡Cubridme! —ordenó, mientras azuzaba al mustélido que cabalgaba para lanzarse a la carga, intentando seguir la trayectoria del puñal.

—¡Cuidado, Tria —gritó Atardecer—, hay más de uno!

No dijo nada más, porque Garrote, montado detrás en la misma comadreja, se tiró con ella al suelo, esquivando un par de cuchillos que pasaron un instante después

volando por encima de la silla de montar.

El iniciado empezó a recitar la sagrada retahíla, agarrándose con fuerza a la cintura de la guerrera para no caer, y agachando la cabeza para protegerse. Apretó la cara contra la cota de malla que cubría los omóplatos de ella, para no golpeársela a cada trote de la comadreja.

—¡A todo le llega la Muerte! —clamó la pelirroja, desenfundando la espada y pasando a manejar a su montura con las rodillas, llevándose las riendas a la boca para sujetarlas con los dientes.

Pira, al encontrarse sin que nadie la manejara, siguió sus instintos y fue tras la servidora de la Muerte al combate. Sus abandonados jinetes se incorporaron doloridos, a pesar que la grasa del sacerdote le había acolchado el golpe a la novicia.

—¡Agáchate! —requirió el clérigo—. ¡No seas un blanco fácil! —se puso a recitar la letanía y buscar su bastón.

Ni Pira ni Tria se encontraron con nada durante su carga. La pelirroja intuyó que ya habían sobrepasado el alcance de los cuchillos arrojadizos y consiguió parar a su comadreja. La obligó a que girara ciento ochenta grados, presentando el escudo a tiempo para parar dos de esos proyectiles, que rebotaron.

A pesar de usar la luz de su defensa no veía a ningún atacante, así que se paró e intentó concentrarse como la otra vez en el bosque, la primera vez que se enfrentó al nuevo tipo de herejes. Por desgracia, el arquetipo mental de las piedras en la oscuridad de la caverna, era más difícil de distinguir que el de los árboles. En aquel lugar, los trucos para ofuscar la mente eran mucho más efectivos.

Viendo la indecisión de su par, Zhersem sacrificó parte de su fuerza vital potenciando su visión de muerte más allá de lo aconsejable. El brillo de los tatuajes alrededor del ojo pasó del argénteo al blanco puro, y en el negro del globo ocular empezaron a titilar unas estrellas, como en una noche clara sin lunas. Él sabía que los sectarios del norte modificaban sus cuerpos con rituales y cambios que emulaban a los de su credo... y eso buscó.

Le empezó a doler hasta el nervio, pero por fin pudo encontrar una pauta reconocible. Unas curvas concéntricas siguiendo la forma de los músculos y huesos, al estilo de las Paladinas del Cráneo, que tan bien conocía por su etapa de practicante del Rito del Cambio.

Lanzó un hechizo de aniquilación hacia esas formas, aunque se dio cuenta demasiado tarde de que no se acercaban uno, sino cinco focos con esa pauta. Tria vio que donde antes solamente había un suelo de rocas, apareció una silueta humana envuelta en llamas rojas. Antes de que se apagara, sintió un fuerte golpe en el costado derecho que le hizo caerse al suelo por el flanco contrario.

Andremonia estaba tan perdida en sus pensamientos que casi se le muere el sujeto al que estaba diseccionando vivo. El corazón ya muerto concedía menos poder que devorarlo aún palpitante. Dio un chasquido de disgusto, concentrándose en acabar lo

que estaba haciendo. Necesitaba de esa abominable comida para continuar viviendo, pues sus más de ochocientos años de existencia, hacía tiempo que habían agotado los hechizos necromanticos menos exigentes. Una vez terminado el oscuro sacrificio, volvió a repasar las últimas novedades importantes.

Unas semanas atrás había detectado que sus golems fueron activados y luego destruidos, pero demasiado rápido. No debían haber causado mucho daño en los perseguidores de los lacayos que poseían la reliquia. Pudo estar un poco más tranquila cuando uno de los pequeños cristales que abarrotaban la pared cercana, empezó a brillar en rojo. El hecho indicaba que el grupo de herejes que había mandado para proteger a aquellos inútiles había hecho contacto. Esperaba que, como les había ordenado, los siguieran usando sus poderes de casi perfecto camuflaje para no ser descubiertos. No sabía qué reacción podrían tener los otros al verlos, sobre todo aquel tonto bajo noble de Mercia. Seguro que en la noche posterior a sentir el aura helada que desprendía su sierva Cuerva, se había meado en la cama.

Cuerva del Abismo. El reflejo oscuro de una Paladina del Cráneo: su antipaladina. La perversa hechicera se regocijó acordándose de la mirada desafiante que ella tenía cuando despertó encima de su blasfemo altar. Una de las trampas usando necroquimeras había funcionado y ella había sido el premio. También disfrutó recordando cómo, en menos de seis lunas, con muchos padecimientos por parte de la luchadora de la calavera, se había transformado en su fiel sirvienta. El proceso la dejó agotada unas lunas más, pero había conseguido lo que pocas veces se había hecho. Como siempre, había apuntado todos los detalles, tanto los éxitos como los fracasos, los avances y las vueltas hacia atrás, el dolor y las extrañas, aunque sutiles, mutaciones. Los necromantes del futuro estudiarían con devoción y asombro ese libro, tal como ya hacían con muchos de los volúmenes que había escrito en el pasado.

Ahora solo faltaba que otro cristal se le iluminara para informar de que la siguiente parte del plan estaba terminada y así a su vez ella pudiera hacer resplandecer el de sus mensajeros. A estos los había mandado en cuanto los otros lacayos habían llegado a las faldas de las Montañas Orientales, tras haber recibido la señal convenida. Sus estudios de magia en lo que más tarde se llamó Ciudad de las Torres, le seguían siendo útiles.

Calmó sus nervios retocando el dibujo del esqueleto de una mano de necroquimera, haciendo hincapié en su falso pulgar oponible. Había tantos planes que desarrollar, tantas cosas que estudiar... pero seguía levantando la vista del papel para vigilar la pared llena de vidrios.

El tormento se había extendido por toda la cara y cabeza, aunque el ojo seguía siendo el centro. Ni todos aquellos años de entrenamiento, ni toda la resistencia física y psíquica al dolor adquirida por Zhersem, evitó que perdiera el sentido. La comadreja en la que estaba montado se encabritó al sufrir un serio corte en el cuello.

El iniciado acabó tumbado a poca distancia de Tria, que intentaba levantarse apoyando el borde del escudo en el suelo. Ella salió despedida hacia atrás, cayendo de espaldas, al recibir un poderoso impacto en el yelmo.

Garrote se alarmó al oír el sonido de metal contra metal.

—¿Dónde están? —preguntó a la novicia, una vez casi acabada la sagrada enumeración—. No veo a nadie.

Ella se le acercó, agarró cada mano de él con cada una de las suyas, estirando los brazos y señalando con ambos dedos índices.

—¡Allí! —chilló un poco histérica, al forzar la visión de vida—. ¡Y allá!

El clérigo separó en dos su hechizo. Tuvo que dar gracias a Las Dueñas, porque ambas descargas de energía mística alcanzaron sus objetivos, que empezaron a arder haciéndose visibles. Nada de esto evitó que la paladina recibiera otro ataque, pero pudo pararlo con el escudo.

La paníquesa herida recibió una cuchillada mortal en el pulmón. Pira, al ver a una de sus semejantes en tal estado, se lanzó delante de ella, encontrando por casualidad con las patas delanteras al invisible carnicero. Mordió por puro instinto, acertando en alguna arteria del cuello por la cantidad de sangre que empezó a salir de la nada. La pelirroja rechazó y esquivó algunos ataques más, mientras rodaba por los suelos buscando la espada, que había perdido en el golpe a su casco. El enemigo quiso rematarla antes de que el sacerdote pudiera completar otro hechizo, o la novicia localizarle. Cambió la dirección de sus golpes intentando fintar para que ella creyera que estaba un poco más a la izquierda y poder superar su defensa. Pero la guerrera se acordaba de que ellos usaban dos cimitarras, y le lanzó la espada dejando su flanco derecho desprotegido en una contrafinta. Con un fugaz movimiento, desenfundó su Daga de Misericordia y la arrojó, acertando en un hombro del hereje. Los poderes del arma, que impedían usar la magia, hicieron que el norteño apareciera inmediatamente, además de paralizarlo unos instantes.

Ella no desaprovechó la ocasión y lo remató de un golpe con el canto de su defensa en la nariz, justo bajo los ojos. Al usar la furia divina se la destrozó, haciendo que algunos fragmentos de hueso se incrustaran en el cerebro. Aun así, ella se aseguró impactando otra vez en el cuello. Solo entonces recuperó la ejecutora. Los tres que aún estaban conscientes buscaron nerviosamente más adversarios, hasta que Atardecer se convenció de que no había ninguno más.

Poco pudo hacer la novicia por la comadreja moribunda, excepto aliviarle el sufrimiento. Bajaron a Primer Pion de la suya, que se había quedado quieta protegiéndolo.

—Lo siento Tría —se disculpó la servidora de Cherm mientras examinaba al soldado—, pero después de los dos que pude señalar a Garrote, no pude localizar a ninguno más.

—Se ocultarían mejor —replicó acercando al desmayado iniciado en brazos—, o tendrías saturada la visión. Cuando acabes con él, aquí tienes otro paciente. —

Depositó a Zhersem al lado.

En esos momentos se acercó Pira, que dejó a los pies de la paladina el cadáver del hereje que había matado.

—¡Dok, dok, dok! —chillaba mientras daba saltitos de felicidad, como diciendo a su dueña: «mira lo que he cazado».

—¡Con-ten-tiii-ca me tienes! —le espetó la pelirroja, poniendo ambos brazos en jarras a la cintura, meneándola de izquierda a derecha—. ¿No tienes que proteger a tu jinete? ¡Qué me has dejado solica a Atardecer pues! Pobrecica... que si le hubiera pasado algo, ¿qué pasaría pues?, ¿eh? —La paniquesa agachó la cabeza al escuchar tal discurso, pidiendo perdón—. Que no se vuelva a repetir pues. Ahora, anda a cascala un ratico pues, a ver si curamos a estos pues. —A pesar del tono, le dio unos golpes en el cuello medio acariciándola, por haber sido buena cazadora, aunque no buena montura.

—Este se salvará —dijo Atardecer, al acabar su cuarto hechizo de curación—. Ahora voy a ver qué tal está Zhersem. Luego vas tú, Tria, que también has recibido buenos golpes...

Tuvieron que dejar a Pion atrás, protegido por su paniquesa. Atardecer lo había estabilizado, pero sus heridas seguían siendo graves y no había recuperado el sentido. A Zhersem lo despertaron gracias al vino negro quema grasas de Garrote. El ojo de la visión divina le seguía doliendo, cosa que cualquiera sospecharía con solo mirárselo. Normalmente, cuando no utilizaba el poder, era totalmente blanco. El ver la Muerte había consumido tanto el iris como la pupila. Aunque en estos momentos estaba casi totalmente rojo por culpa de los pequeños vasos sanguíneos que habían reventado por el sobreesfuerzo. El ojo de la novicia también estaba enrojecido por razones similares, pero mucho menos que el del clérigo.

—Ha tenido suerte, Devota Triannora —le explicó el barbudo, tratándola con deferencia y título, como siempre hacía cuando le daba consejos; aunque a la guerrera le recordaba cómo las instructoras del monasterio daban las reprimendas—, ya que los herejes solo puedan lanzar hechizos de aniquilación al toque, si no podrían haberla hecho estallar en llamas, como hemos hecho el Iniciado y yo con ellos. Esa cota de mallas no le ha parado solo los golpes de sus armas. Creo recordar que sí que pueden, pero a costa de perder las manos, al afectarles el hechizo también a ellos. Siempre te puedes encontrar algún suicida...

—Entonces —replicó con una sonrisa—, esperemos que si me encuentro con un suicida, el escudo aguante el hechizo. Por cierto, Atardecer, ¿puedo ponerme ya el yelmo?

—Tú decides, pero con ese moretón que llevas seguro que te duele al hacerlo.

La paladina se lo puso antes de que la novicia acabara la frase. Tuvo que apartar a Pira, que estaba muy mimosa, ahora que nadie la montaba. El mermado grupo pronto llegó a una intersección, pero no notaron que los túneles disminuyeran de tamaño.

—Mejor que el Iniciado no use la visión —aconsejó la servidora de Cherm—, o

puede que se vuelva a desmayar. Ni ahora, ni si es posible durante toda una luna. Además, tenemos otro sacerdote de la Diosa de las Alas Fuertes con nosotros para decirnos el camino que debemos seguir...

—Pero... —empezó a protestar Garrote.

—No le será difícil —le interrumpió el otro clérigo—. La visión solo hay que tenerla activada, en realidad no la verá entre tanta roca... pero sí que la sentirá.

El barbudo se puso a intentarlo sin demasiada convicción. Los tatuajes alrededor de su ojo resplandecieron intensamente.

—No hace falta tan fuerte —explicó Zhersem—. Primero mire un pasadizo, luego el otro. Pero no intente ver la reliquia, solo piense dónde estará. Mire de nuevo, con calma. La primera vez le será un poco difícil, pero tras sentirla la reconocerá enseguida. Ahora, ¿verdad? —Infirió al ver que el aconsejado había puesto cara de sorpresa.

—Sí, por la derecha —dijo sin mucha confianza.

—Pues vamos por la derecha —instó la resuelta Tria—. No se preocupe Su Gracia, en estos casos la Diosa nunca nos falla.

Aunque la gruta se había ido estrechando, todavía era de proporciones descomunales. El sacerdote tuvo que dar la razón al iniciado: cada vez sentía la reliquia con menos esfuerzo y tiempo. En la última de las tres encrucijadas que se fueron encontrando en el camino, ni siquiera llegó a activar del todo la visión de muerte, antes de saber cuál era la galería correcta.

Tras otro giro y unos doscientos cincuenta pasos, llegaron a la entrada de una gigantesca sala. Era casi esférica, la curva se achataba un poco en el tercio inferior, haciendo que el suelo tuviera menos pendiente. Las paredes resplandecían iluminando toda la estancia, con la intensidad de una noche cuando están las tres lunas llenas. Aquel lugar ocupaba gran parte del interior de la montaña.

Todos se quedaron en silencio, anonadados por las dimensiones. En silencio continuaron cuando la novicia señaló enfrente, al final del recinto. Allí había un ser que recordaba a un reptil, mezcla de serpiente y lagarto. Muy robusto, con unas alas parecidas a las de un murciélago que le brotaban de la espalda, pero recubiertas de escamas de color azul oscuro, como el resto del cuerpo. Las del abdomen eran un poco más claras que el resto. Tenía cuatro patas, cada una acabada en unas afiladas garras. La envergadura del animal no desmerecía la estancia.

—No me funciona la visión de vida —dijo en voz baja Atardecer—, no veo nada en el dragón. Un momento, sí que localizo a tres... no, a cuatro hombres. Garrote —buscó ayuda en la extensa cultura general de él—. ¿Sabes si los dragones son resistentes a la visión divina? Aunque... —De repente llegó a otra conclusión y sin esperar a la respuesta, formuló otra pregunta—: ¿Sabes si los dragones duermen de espaldas, con las patas y las alas en esa posición tan rara?

## Capítulo 23

—Todo él brilla con el poder de la Diosa —dijo el barbudo, al señalar al monumental cadáver—. No puedo decirte si ha fenecido o no, porque el brillo divino no deja ver otra cosa. —Cada día él y la novicia usaban una lógica más parecida.

—Cuatro humanos has dicho, ¿no? —cambió de tema la siempre práctica paladina—. No creo que nos den mucho problema. Avanzamos y cuando estemos a distancia de proyectil, cargo yo para atraer el fuego. Y vosotros los derribáis con hechizos de aniquilación. Las tácticas sencillas y probadas son lo mejor en estos casos. Pirica, quédate quietecica aquí pues, que volvemos ahora pues.

El plan salió a la perfección, más cuando uno de los enemigos ni se levantó. Se quedó sentado en el suelo, con las manos agarrándose las piernas y la cabeza gacha. Los tres restantes estaban intentando arrancar un colmillo al dragón, y no se dieron cuenta de que su muerte se aproximaba hasta que fue demasiado tarde. Cuando intentaron ponerse en una posición defensiva, recibieron las descargas de los sacerdotes y Tria los remató sin miramientos. El otro ni levantó la cabeza, la pelirroja se dio cuenta de que estaba llorando al acercarse. El individuo se dejó desarmar sin resistencia y ella esperó a que los demás llegaran hasta allí sin dejar de apuntar con la espada a su cuello.

—¿Qué habéis hecho? —comenzó Garrote el interrogatorio, acostumbrado a ello por su entrenamiento como esbirro de La Cofradía—. ¿Qué habéis hecho? —repitió en voz más alta, al no recibir respuesta.

El tipo alzó la mirada hacia el sacerdote. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no hizo ningún ademán de limpiárselas. El clérigo volvió a formular la pregunta y entonces contestó:

—Venganza, eso es lo que hemos hecho. —Y retornó a su anterior postura.

La guerrera enfundó su espada y se dispuso a cogerlo del gaznate, hastiada ya con la situación. El barbudo la paró con un gesto con la mano, poniéndose en cuclillas junto a él.

—Venganza —le dijo casi susurrando—, ¿por qué?

—Por mi familia, él los mató.

—¿Él? No mataba humanos, o no solía hacerlo. Se contentaba con parte del rebaño y con el oro.

—Él mató a mi familia porque no quisieron darle los collares. Era de lo poco que nos quedaba.

—¿Collares?

—Sí, los collares de nuestra Casa. Los que indicaban nuestra posición.

—Ah, ¿sois de Mercia?

—Sí, mi Casa es la de las Margaritas, una de las vasallas de la Casa de las Rosas. Yo no estaba con ellos cuando pasó —al hombre se le soltó la lengua para contar sus pesares—. Había viajado a la costa oriental del Mar de las Lunas acompañado de mi



familia, siguiendo las órdenes del jefe de la casa. Teníamos que abrir una embajada para los viajeros de Mercia... un gran honor para nuestra casa y para mí. Sobre todo después de que la peste y las malas cosechas arruinaran nuestra hacienda. Teníamos el permiso y las órdenes reales. En esos lugares no había ninguna embajada, y últimamente nuestros comerciantes hacían muchos negocios por la zona, así que la Reina dispuso que abrieran tres o cuatro para dispensarles ayuda si fuera necesario y controlar sus movimientos por cuestiones de impuestos. Al ser yo de una casa menor y sin poder económico...

—Continúa, por favor —le apremió al ver que perdía el hilo.

—Yo solo tenía que buscar un buen lugar, hacer las primeras disposiciones y luego ya vendría el cónsul. Entonces yo trabajaría como su secretario. Aunque me dejaron poca renta para la misión, me llevé a mi familia por no dejarla en la hacienda, pues se hallaba en un estado ruinoso. Pensé que el viaje les alegraría un poco el ánimo. —Hizo otro largo silencio, mas siguió hablando antes de que Garrote le instara de nuevo a ello—. Pero esa maldita bestia llegó un día que no estaba con ellos, mientras me esperaban en un pequeño puerto. El dragón obligó al pueblo a que le diera todo el oro que poseían. Les hizo desfilar por la plaza uno a uno, para que lo fueran poniendo en un montón. Tiene un olfato extremadamente desarrollado para el preciado metal y señalaba a quien sabía que ocultaba algo. Cuando la monstruosa voz retumbaba en su cabeza, todos cambiaban de opinión. Mi esposa arrojó todas sus joyas, incluida la alianza, pero se negó a echar las cadenas de oro con el sello de La Casa, tanto la suya como la de los niños... Es un gran deshonor perderlas. Le dijo que no podría renunciar a ellas... y... y... —Aquí la emoción se le apoderó de nuevo, haciéndole tartamudear un poco—. Y el dragón simplemente los incineró... a ella y a los niños. Para dar ejemplo, dijo. Ni siquiera se dignó a rebuscar entre las cenizas las medio fundidas cadenas, obligó a uno del pueblo a hacerlo.

—Entonces —dijo el barbudo sacerdote, encajando de nuevo todas las piezas— ¿esas son las cenizas que llevasteis al Monasterio de La Última Que Te Ve?

—Sí, las recogí en cuanto volví. Cuando vino el Sacerdote de la Muerte de la zona, fue muy fácil que me diera la misiva para la peregrinación. Todo el mundo conocía mi historia. La Casa, cuando se enteró, me liberó de mis obligaciones, pero...

—Pero para entonces ya te habían reclutado los de La Cofradía, ¿cierto?

—Cierto —contestó con una pizca de asombro, a pesar de su melancólico estado.

—¿A quién conoces de la organización?

—A un mercader que se hace llamar Buen Precio, que fue el que hizo contacto conmigo, dándome la oportunidad de vengarme.

—Buen Precio... Supongo que no sabes ni de dónde es. ¿Siempre era él el que se ponía en contacto contigo?

—Sí, era él quien lo hacía. —El hombre no intentaba ocultar nada, como si una vez cumplida su venganza todo le diera igual—. Y luego, cuando empezamos la misión, nuestro contacto cambió a una extraña mercenaria que iba con un cráneo de

gigante como yelmo. Se hace llamar Cuerva del Abismo, o algo parecido. La verdad es que esa da miedo.

—¿Conoces a alguien más?

—A los tres que habéis matado aquí, pero esos hablaban poco.

—Y ahora menos. ¿Qué es lo que estaban haciendo en el cuerpo del dragón?

—Supongo que recuperar la reliquia y sacar algo del cuerpo para usos mágicos —cuando dijo esto, Zhersem le echó una mirada a Tria y esta se dirigió a registrar los cadáveres—. No sé si se habrá fijado, pero no hay ningún tesoro por aquí...

—¿Y tú sí que sabes dónde está? —Ese no era tema del que se ocuparan los servidores de la Muerte, pero al orondo clérigo le pudo su gran curiosidad.

—¿Tú? ¿Utilizas conmigo el tú?

—Después de lo que has hecho no querrás trato de noble. En cuanto se entere la Reina Flores de la Victoria de todo esto...

—Sí, supongo que tienes razón. El dragón se comía todo el oro. Según me contó Buen Precio, lo hacía para que sus periodos de hibernación fueran más cortos y así continuar su venganza contra los orcos por sus crías. Él quería vengar a las suyas, yo he vengado a las mías. Ahora dejadme en paz, no voy a hablar más —volvió a poner la cabeza entre las piernas, como si se hubiera agotado ya del todo.

Nadie rompió el silencio durante un rato, hasta que retornó con ellos la paladina, con un virote de ballesta en la mano. Su punta, en vez de ser de metal, era el hueso de un dedo humano.

—¡La encontré! —dijo con tono feliz—. ¿Puede comprobarlo, Su Gracia?

Tras activar su visión divina, el aludido afirmó con la cabeza.

—¿Ya ha acabado el interrogatorio, Su Gracia? —dijo el iniciado al otro sacerdote casi al oído, una vez que la reliquia había pasado el trámite.

—Sí, Iniciado —le respondió con la misma formalidad. Gracias a la insistencia de Garrote, solo usaban los rangos religiosos cuando había extraños delante o se ocupaban de un asunto oficial. El barbudo temió que fuera muy oficial—. No creo que le saquemos nada más, excepto alguna confirmación de lo que ya sabemos. El hombre es una ruina y ni la tortura le hará decir nada más. Su mente se ha roto y estoy seguro de que solo va a empeorar.

Zhersem, tras pensárselo unos instantes, le hizo otra seña a la guerrera, indicándole que se pusiera detrás del noble de Mercia y preguntó a este último:

—¿Cuál es tu nombre?... ¿Cómo te llamas? —intentó cambiarla a ver si respondía, pero al no hacerlo, la pelirroja le obligó a levantar la vista.

—Solo dos preguntas —ayudó Garrote—, y ya no te haremos ninguna más, como nos has pedido. Contesta, por favor...

—Mi nombre es Tercer Caballero de la familia Itheria, de la Casa de Las Margaritas.

—¿Quieres que llevemos algún mensaje a tus familiares —continuó el flaco clérigo—, a tu Casa o a la Reina?

—Aquí tengo una carta explicándoselo todo a mi Reina —dijo entregando un sobre lacrado al sacerdote del bastón, con tono de haberlo recordado justo en esos momentos—. Y aquí tenéis mi cadena con mi sello. No hace falta nada más —el hombre parecía haber adivinado cual iba a ser su sino y lo aceptaba.

—Escucha, Tercer Caballero de la familia Itheria de la Casa de las Margaritas — formuló al tomar la decisión final, al saber ya con toda seguridad que en la carta estaría confesado todo. Era la costumbre entre los nobles de Mercia, en ese tipo de trances, para que no eliminaran su blasón familiar—. Por tus crímenes contra La Vigilante de los Túmulos, La Que Conoce Todos los Nombres, La que Trae el Descanso y la Paz, se te condena a muerte. ¿Alguna cosa que decir? —Al final no habían sido dos preguntas, sino tres.

—Todo lo que tenía que decir está en la carta —afirmó haciendo un gesto de orgullo de noble con la barbilla.

—Entonces, ¡que se haga justicia!

Tria, que ya tenía la Daga de Misericordia en la mano esperando la señal, le inclinó un poco la cabeza y lo degolló. Tras ello, el iniciado comenzó el rito de purificación del cadáver.

Así era la justicia de la Dama de las Flores Marchitas, rápida y sin concesiones. Garrote se apiadó un poco del ejecutado, rezando por su alma a Pir Ohrm Sah, el aspecto compasivo de la Diosa.

Mintri estaba reunido con su anterior superior directo, el antiguo Maestre de la cofradía del Pulpo y el Tiburón, que había sido degradado varios rangos dentro del organigrama del malvado contubernio. Aun así, todavía mantenía suficiente poder para convocar al miriápodo, que estaba aguantando estoicamente las presiones para que hablara a su favor ante Andremonia.

—Mire, Maestre —replicó a la enésima insinuación—. De verdad de la buena, que no tengo ninguna influencia sobre la necromante. Casi nunca me pide consejo y menos sobre que vucencia vaya como observador de La Cofradía.

—Secretario —le tembló un poco la voz por la ira contenida—, nunca mandé un mal informe sobre usted, creo que no sería inadecuado que me devolviera el favor.

—Le insisto en que no es posible... Además, mire como estoy —chasqueó la pinza en la cara de su interlocutor, intentando desconcertarlo—. No querrá vucencia acabar como yo.

—Y yo le recuerdo que aún puedo acabar con su carrera en esta organización... y lo que eso conlleva.

El duelista no asimiló del todo la amenaza, pues su ojo injertado le hizo ver un aura alrededor de una de sus manos humanas derechas, indicando que había magia activa allí. Sacó del guante el amuleto que la pérfida hechicera le había dado, brillando el cristal de un color rojo intenso.

—Discúlpeme, pero tengo que ir a hablar con el Grado Quince —dijo

dirigiéndose a la puerta.

—¡A mí no puedes dejarme así —gritó el Maestre—, qué lo sepas! Por mucho que ahora estés encamado con esa necromante, ¡sigo mereciendo respeto! —La última frase la dijo en tono agudo.

Mintri lo ignoró y salió de la habitación, dejando que siguiera despotricando a las paredes.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con furia un gordo envuelto en una túnica roja—. En esta sala solo se permite la entrada a partir de grado diez.

El miriápodo se le quedó mirando los anillos de oro que saturaban sus rechonchos dedos, calculando la altura en la que estaría en la jerarquía. Seguramente del grado justo para estar ahí, ya que aún conservaba la necesidad de alardear. Normalmente a partir del doce no llevaban casi ningún distintivo. Cuando se posee el verdadero poder, no hay necesidad de que los demás lo sepan, solo hay que ejercerlo.

—Tengo que comunicarle un mensaje urgente al Grado Quince —dijo, subiendo la mirada de las joyas a los ojos, recalcando las dos últimas palabras.

—¿Quién te crees que eres? Los mensajes tienen que ir por el canal especificado.

«¡Ah!, los burócratas —pensó el duelista—, qué poderosos se sienten y qué pronto caen».

—¿Que quién soy yo? —Antes de continuar levantó sus dos monstruosos apéndices, poniéndole a un lado de la cara el espolón y al otro la pinza abierta, para que los viera bien—. Soy un enviado de Mi Señora Andremonia. Ella fue la que ordenó que le diera el mensaje directamente al Grado Quince, sin que pasara por ningún chupatintas. Pero puedes avisarlo tú directamente si quieres... si se te permite entrar en su despacho.

«Ya es mío —se regodeó al acabar, al ver que su interlocutor no contestaba inmediatamente—. En cuanto les demuestras que no les tienes miedo, les enseñas tus credenciales y luego les hieres en el amor propio de sus privilegios...».

No tuvo que esperar mucho el regreso del «gordo bermejo», como había sido clasificado ya en el archivo mental de Mintri. Nada más salir por la puerta, empezó un discurso que seguramente había estado ensayando al otro lado, alguna mezcla de disculpas y amenazas veladas. Pero el miriápodo ya estaba empapuzado de ellas y desfiló al lado del supuesto grado diez, sin escuchar lo que decía. Para silenciar las protestas, cerró la puerta a su espalda. Pero había otras muchas a cada lado del largo pasillo donde ahora se encontraba. Buscó la que poseía el aura mágica más fuerte y llamó golpeando con los nudillos.

—Adelante —le contestaron mientras la madera se movía, sin que nadie estuviera tirando de ella.

No se hizo esperar y entró a un despacho donde se encontraba el Grado Quince sentado detrás de una mesa llena de papeles. Como era costumbre entre los líderes de La Cofradía, llevaba una capucha negra puesta, de las que ocultan la cara hasta la barbilla. Pero no se había preocupado en tapanla tanto, dejando descubierto desde la

nariz. Una señal, por lo que sabía el duelista, de confianza hacia él. Flanqueándolo a ambos lados había un par de magos: una mujer a la diestra y un hombre a la siniestra. Costaba distinguirlos, pues sus caras eran andróginas, llevaban la misma ropa, con la melena cortada al estilo paje; con igual tono de pelo, tez, ojos y labios. Y por supuesto, con idénticos distintivos anunciando su capacidad mágica. Quizá las protuberancias en el pecho y caderas de una, y en la barriga del otro, fueran lo más clarificador. Desconcertó un poco a Mintri, hasta que cayó en que debían de ser mellizos de gran parecido.

—¿Cuál es el mensaje —preguntó el de la capucha— que nos tiene que transmitir la Señora Andremonia?

El miriápodo comenzó a hablar en algo que sonaba como la lengua necromántica. No tan perturbadora, pero igual de fea al oído. Como si fuera de la misma familia, pero suavizada y evolucionada por el uso de hablantes humanos. Se notaba que se lo había aprendido de memoria, sin tener idea del significado de lo que estaba recitando.

—Disculpen mi pronunciación —dijo en idioma normal al acabar.

—Hmm, interesante —habló para sí el Grado Quince—. Muy interesante. —Y se puso a discutir en el mismo lenguaje de la misiva verbal con los hechiceros.

De vez en cuando, al antiguo pirata le hacían preguntas estilo: «¿Ha dicho usted xhukctnler o shukctnnler?». En ese momento lo pasaba realmente mal, porque le sonaba todo igual. Continuaron debatiendo durante media hora, sin ordenar al miriápodo que se retirara, quien esta vez no se atrevió a quejarse del trato. Poco a poco el volumen fue subiendo, sobre todo entre los dos mellizos. Parecía que defendían opiniones contrarias. A final, el de la capucha hizo un brusco gesto con la mano pidiendo silencio. Dirigiéndose a Mintri, le dijo:

—No se preocupe, que la respuesta es en su idioma, no le vamos a pedir otro esfuerzo mnemotécnico de ese calibre. —El mandamás daba muestras de ser bastante pedante—. Dígale a la Señora Andremonia que todo está preparado y que nos pondremos en marcha inmediatamente. Todo va según lo planeado, excepto que ha habido un inconveniente... Nuestros aliados norteños han fallado en recuperar el libro que estaba en la biblioteca de Puerto en el Río. Ese es el mensaje para ella, ahora hablemos usted y yo secretario... Creo que le alegrará saber que ha tenido buenos informes, y a pesar de que nuestra operación en Puerto Acuerdo, no se resolvió todo lo satisfactoriamente que hubiera sido deseable, sus últimas actuaciones a nuestro servicio y el de Andremonia, le han hecho ganar bastante respeto en el círculo interior. —El miriápodo empezó a odiar tanto giro verbal—. Así que ha sido propuesto para ascender a grado diez, aunque seguirá al servicio de la necromante. Así se ahorrará tener que ir nombrándola para pasar ciertas barreras burocráticas.

—Muchas gracias Mi Señor, no le defraudaré.

—Esperemos que no... Ahora puede marcharse, tendrá listo un caballo con provisiones en veinte minutos —ofreció sin que Mintri lo pidiera—. No lo pierda, ha sido muy costoso hacerlo resistente a la peste. Le recomiendo... No, mejor, le ordeno

que no pase por lugares habitados. Si ya usted llama la atención, con un caballo sano lo hará el doble...

## Capítulo 24

Cuerva regresó con su señora, acompañada de tres necromantes, aunque estos se mantenían alejados como habían hecho durante todo el camino. A pesar de sus prohibidos conocimientos, o a lo mejor debido a ellos, algo en ella los aterrizzaba. Se regodeaba del efecto que causaba, más cuando les escuchaba hablar sobre su persona. Lo hacían en la oscura e inhumana lengua de su perversa hermandad, ignorando que la antipaladina la conocía. Un efecto secundario de cuando su patrona arrojó su alma a los otros planos, al abismo... y luego la sacó de él.

Los cuatro brujos estuvieron reunidos durante varias horas, sin ayudantes ni siervos como testigos, excepto la guerrera del aura helada. Ella se quedó en la puerta, guardándola con la espada apoyada en el suelo, sujeta con ambas manos. Por supuesto, Andremonia llevó la voz cantante y los otros escucharon con devoción y asombro. Con sus propias manos sirvió las copas de vino mezcladas con sangre. Las usaron para apagar la sed y, al finalizar el encuentro, brindaron con ellas a la salud de los viles seres que les otorgaban poder.

A los cuatro días llegó Mintri, quien informó rápidamente. Y todavía más rápido fue presentado a los necromantes, despachado y mandado a entrenar. Por lo menos, esta vez no estuvo solo. Cuerva le instruyó en el uso de su nuevo ojo. Las mutaciones adquiridas en su caída le otorgaban parecidas capacidades. Le enseñó que según la clase de magia cambiaba el aura, y las sutilezas de las pequeñas chispas de su interior, que podían variar tanto en color y tono, como en tamaño y número. De cada detalle se podía obtener un poco más de información. Ella le demostraba su enojo si tenía que repetir más de dos veces lo mismo, cambiando la voz a cavernosa y bajando aún más la temperatura de la sala. El duelista intentaba evitarlo en lo posible, volviendo a ser el buen alumno de su adolescencia, cuando estaba en las escuelas secretas de La Cofradía.

A la semana llegó Bigotes acompañado de otros dos herejes, los requeridos por la perversa hechicera. Los recibió en solitario, sin sus nuevos brujos ayudantes. Quedaron libres de obligaciones hasta la ceremonia que se iba a celebrar en seis noches, con la única petición de no hablar con los prisioneros destinados a su impío altar. La tarde anterior a la cita, Andremonia se reunió con la antipaladina y el miriápodo.

—Aquí hubo una gran batalla —dijo después de unos cortos saludos—, además de varias necrópolis... y tengo almacenados los restos de mis almuerzos. —Sonrió tan amplio, que hasta enseñó las encías—. A medianoche se dará la conjunción lunar que estábamos esperando. Con la ayuda de los que escoltó Cuerva y los herejes que ha traído Bigotes, realizaremos un prodigio que no se realiza desde hace más de cincuenta años... ¡Levantaremos un ejército de no muertos! —Alzó los brazos, enfatizando la última frase—. Necesito que estéis presentes, ya que tendréis que trabajar con él. Es para que os acostumbréis... aunque mejor dicho es para que ellos

se acostumbren a vosotros, no sea que os confundan con aquellos que van a ir a cazar. No suelen ser muy listos... Mi sierva preferida los liderará en la batalla y tú, Mintri, serás su mano derecha. A ella la seguirán instintivamente, pero tú necesitarás apoyo de índole mágica. Pero bueno, esos detalles los dejaremos para más adelante.

—No es que sepa yo mucho de necromancia, pero ¿los esqueletos no son muy débiles para combatir? —preguntó el duelista.

—El ambiente de esta comarca deshidrata la carne de los cadáveres, haciendo que se conserven mucho tiempo. No serán tan poderosos como los resucitados cuando están frescos, pero lo compensaremos con un mayor número. Como he dicho, los detalles para más tarde, que aún me queda mucho por hacer. Presentaos en la necrópolis que está a media milla de aquí, una hora antes de medianoche. Podéis retiraros. —Agitó su mano derecha, como el que aleja a un gato.

Aún había gran actividad cuando Mintri y Cuerva llegaron al cementerio. Los necromantes seguían dibujando sus sacrílegos símbolos arcanos por todas partes, entremezclándose en mareantes diseños. Mientras, no paraban de recitar en su grotesca lengua gutural. Había unas cuarenta vasijas, alineadas en tres filas. Cada una contenía un repugnante líquido viscoso distinto. Siete de los círculos trazados destacaban entre toda la pauta. Seis estaban ordenados por pares, unidos con dos líneas muy gruesas, cada uno en el centro de un octógono. Y en medio de todo, otro disco, más grande que los otros, rodeado por un dodecágono. Contenía el reutilizado altar de Andremonia sin las correas de sujeción. Parecía que lo habían limpiado, mas ahora estaba otra vez cubierto de ideogramas.

La perversa bruja, en un momento en que levantó la cabeza del suelo, les indicó donde tendrían que esperar la finalización del hechizo. Era un pequeño montículo, fuera de la telaraña de conjuros. Un terreno privilegiado para la observación de la necrópolis. Las tumbas estaban muy erosionadas, habiendo desaparecido en gran parte. Pero desde arriba se podía entrever donde habían estado. El lugar debía tener más de setecientos años, era muy posible que fuera construido antes de la llegada de la fe de las Diosas a la zona, con sus ritos mortuorios por incineración. Los pocos sacerdotes de la Dueña del Jardín sin Fin que predicaban en el país, no habían tenido tiempo de desenterrar y purificar todos los antiguos enterramientos.

Los herejes llegaron media hora más tarde, fueron embadurnados con el contenido de la primera línea de cubas, cada sustancia en una parte del cuerpo. Los colocaron en los círculos, cada uno en el emparejado más cercano al altar. Las otras vasijas fueron vaciadas en diferentes puntos del diseño. Una nauseabunda mezcla de olores llegó hasta la elevación, obligando a Mintri a llevarse un pañuelo a las narices. Cuerva, que por una vez no llevaba puesto el cráneo de gigante, se lo hizo guardar con una mirada de desaprobación. En cambio, los norteños no protestaron a pesar de tener las repugnantes sustancias sobre la piel, acostumbrados al hedor por sus propios ritos.

Cinco minutos antes de media noche comenzó el hechizo. Andremonia se dirigió



al gran disco del altar y el resto de necromantes se colocó cada uno en el de detrás de un hereje. Siguieron recitando en la lengua de la magia de los muertos y de los demonios. Poco a poco el tono fue creciendo, desde casi inaudible a uno cercano al grito. El lenguaje no estaba destinado a oídos humanos, ni nada de origen mundano. Entre el olor y la sacrílega letanía, el miriápodo se empezó a marear. Algo en su inconsciente le mandaba señales de alarma, acelerándole el ritmo cardíaco e instándole a abandonar el lugar. No lo hizo, pues sentía los ojos de la antipaladina sobre su persona. Ella, en su impasibilidad ante lo innatural de lo que estaba ocurriendo, le aterraba más que las aberrantes voces.

Los brujos ayudantes desenfundaron unas dagas curvas, que usaban para sus viles sacrificios. Marcaban con ellas el ritmo de la recitación, golpeando los brazaletes metálicos que llevaban en la muñeca izquierda. Había un inquietante eco, como si el sonido rebotara en otros niveles de existencia, volviendo a este con el volumen potenciado. El duelista sentía que su abdomen vibraba con las partes más graves.

Al cabo de unos insoportables tres cuartos de hora, se hizo un silencio casi doloroso. Mintri, ya medio acostumbrado, sintió que faltaba algo en el ambiente. Duró poco. Andremonia lo rompió, comenzando a chillar nombres de oscuros poderes, respondidos tanto por los herejes, como por los necromantes, cantando un salmo que profanaba la realidad. Una luz verde rodeó el diseño, subiendo en intensidad a cada contestación, hasta resultarles hiriente. El miriápodo cerró su ojo injertado pues, al estar saturado por el poder del hechizo, veía solo su aura, sin dejar pasar ninguna otra imagen.

Al llegar al último nombre, cada necromante atravesó el cuello del apóstata que tenía delante con su retorcida daga, desde la nuca hasta la garganta. Las expresiones de los herejes indicaban que nadie les había informado de su destino: ser el sacrificio necesario para completar el rito.

Todos los trazos e ideogramas pintados en la tierra brillaron con la misma enfermiza luz verde. Luego se desintegraron, dejando una gigantesca columna luminosa del mismo color, cuya base ocupaba todo el espacio del desaparecido diseño. Cuando llegó a la altura de las nubes, se partió en decenas de brazos que se precipitaron hacia el suelo en trayectorias curvas. Allí donde uno de ellos caía, se formaba media esfera de luz, creciendo rápidamente de tamaño. Todo el lugar brillaba en esmeralda hasta el horizonte.

Mientras el fulgor se difuminaba, se oyeron unos poderosos truenos, sin ningún rayo que los acompañara. La tierra, como queriendo responder a los cielos, empezó a temblar. Los presentes intentaban mantener el equilibrio mientras el ruido y el seísmo crecían, agrietándose el suelo. El miriápodo se preparó para lo peor, mas todo acabó de repente. Ya no había movimiento, sonido ni luz, solo una quietud que horrorizaba... como cuando se pierde de vista a un depredador, pues aterraba más el no saber dónde está que verlo a una distancia prudencial.

El silencio fue roto por sonidos que nuevamente salían de la tierra. Más bien del

subsuelo, como si excavaran. Provenían de todas partes y la vibración le subía por los huesos.

En una de las tumbas mejor conservadas, una mano momificada se alzó en la superficie. Su par le siguió pronto. Las largas uñas estaban llenas de tierra y rotas irregularmente al haber sido usadas como herramientas de cavar. Luego surgieron las muñecas y los codos, hasta llegar a los hombros. Estos apéndices ayudaron a desenterrar primero una cabeza con una tétrica sonrisa, fija en el rostro por la falta de labios. A continuación un torso, con varias costillas al descubierto. Pronto, el resucitado cadáver se erguía en su totalidad, fuera de su lugar de supuesto descanso eterno. Se acercó al altar sobre el que Andremonia se encontraba de pie, se detuvo a tres pasos de ella y realizó una reverencia. Luego se irguió marcialmente, quedándose quieto.

Los otros tres necromantes se dirigieron al montículo, donde ya se encontraban Cuerva y Mintri. Uno de ellos realizó un pequeño conjuro, haciendo que un círculo brillara alrededor. Les comunicó lacónicamente, con desdén, que aquello era para evitar que los no muertos subieran al ser atraídos por la principal creadora del hechizo de resurrección.

«Es la primera vez que me habla —pensó el miriápodo—, y lo ha hecho solo para que no nos movamos. Todo este tiempo ignorándonos adrede. Cuánto desprecio y soberbia... Otro más para mi lista».

Pronto la mayoría de los nichos estuvieron desocupados, congregándose sus inquilinos alrededor del aura de la perversa hechicera. Hasta los tres herejes inmolados se habían levantado y añadido. Poco a poco llegaron más no muertos desde todas las direcciones, dejando desiertas las necrópolis de la zona, inclusive el almacén donde la pérfida bruja guardaba los restos de sus sacrificios. Todos, al llegar a la distancia que permitía la aglomeración, se inclinaban ceremoniosamente ante su dueña. Al cabo de un par de horas, solo se veían cuerpos en distintos estados de deterioro, en un radio de varias millas. Andremonia dijo algo en la lengua de la necromancia, señalando al montículo donde estaban la antipaladina y el miriápodo. Los recién resucitados cambiaron su orientación hacia la elevación, y esta vez su señal de deferencia fue alzar su brazo derecho, los que aún lo conservaban. Se oyó un intento de ovación, al estilo del reconocimiento al líder de un ejército, aunque la falta de lenguas lo dejó en un multitudinario murmullo. Cuerva desenfundó su espada en contestación y señaló hacia el oeste. Las sacrílegas mesnadas empezaron a avanzar en esa dirección, marcando machaconamente el paso.

Mintri no supo cómo llegó, pero pronto se encontró a la diestra de la guerrera del aura helada, comandando con ella la impía hueste.

## Capítulo 25

La Doncella de Bronce ya estaba totalmente recuperada del envenenamiento cuando llegaron a Ciudad de las Torres. Remachador lo hizo antes, alcanzando pronto a Mordedor en la cantidad de jarras bebidas en las tabernas del camino. El que parecía haber empeorado de salud era Dos Pares. Después de la cena se quedaba retraído, tomando una copa de vino, a sorbos muy pequeños, casi sin hablar. Repasaba mentalmente una y otra vez lo aprendido en el libro rescatado de manos del hereje.

La última vez que habló largamente fue al pedirle a ella que le acompañara en este nuevo viaje. Mucho tuvo que insistir, ya que la ciudad le traía demasiados recuerdos de su hermana. Con un problema añadido, el mago no quería dar detalles sobre cuál sería su cometido hasta llegar a su destino. La convenció a base de halagos, de llamadas a la moral y con promesas como la de concederle el mismo privilegio conseguido en la biblioteca de Puerto en el Río en muchas del burgo favorito de los magos.

El artesano mágico pensó que la mejor manera de que pasaran desapercibidos era no intentar esconderse, actuando la doncella en algún lugar ya que a nadie le parecería anómalo. Así, él podría investigar los asuntos que les habían traído a la ciudad. Aunque no tenía un aspecto tan memorable como ella, sí que era conocido entre sus compañeros de las artes sortílegas. Los guardaespaldas difundieron que su amo estaba allí en busca de exóticos materiales para un artefacto redescubierto en un libro de la biblioteca de Puerto en el Río.

La bardo era recordada, para su asombro, no solo por el accidente. La forma de resolver el problema de la sensibilidad táctil, sumado al nuevo sonido de las cuerdas, le había dado merecida fama entre la comunidad artística. En las torres, a pesar de ser construcciones de hechiceros, la palabra arte no solo era utilizada para referirse a la magia. Pronto tuvo más invitaciones de las que podía atender.

Algo más de una luna tardó Dos Pares en acabar sus investigaciones. La ciudad había cambiado mucho desde que fue escrito el libro. Los nombres y trazados de las calles ya no eran los mismos, habiendo desaparecido la mayoría de los edificios de la época. Una noche, cuando la rapsoda se retiraba a dormir tarde, se encontró con que dentro de la habitación la estaba esperando el mago con sus dos escoltas.

—Esta noche la necesito —fue toda la información cedida por parte del brujo una vez recuperada del susto.

Seguidamente la obligó a ponerse una capa con capucha, unos guantes y un pañuelo al cuello, tapándole toda la piel que no estuviera ya debajo del vestido. Salieron por la puerta de servicio, moviéndose por los callejones secundarios. A pesar de todo el sigilo, no se dirigieron hacia ningún lugar apartado, ni a los barrios bajos, ni siquiera a alguna de las torres más viejas y medio abandonadas. Fueron al barrio central, al administrativo, donde las construcciones no se elevaban a los cielos y se

encontraban el ayuntamiento y los templos. Entraron en el monasterio de la Diosa de las Alas Fuertes y fueron directamente detrás de un altar que ocultaba una puerta, ignorando a los iniciados y monjas allí presentes.

—Buenas noches, Sacerdote —saludó Dos Pares, tras abrirla y cruzarla, al hombre que allí les estaba esperando.

—Buenas noches, Artesano —respondió—. Esta es la Monja Recuerdos. —Señaló a una mujer que salió desde las sombras—. Es la encargada de la biblioteca.

—Buenas noches, Artesano —dijo también la susodicha—. ¿Quiénes son lo que le acompañan?

—Ella es la reputada bardo Doncella de Bronce y estos dos son mis escoltas, Mordedor y Remachador.

—Todos no podrán bajar —explicó la religiosa sin que nadie le hubiera preguntado—, ya sabe que ese edificio es anterior a la llegada de la Fe de Las Diosas y aunque lo hemos conservado, no creemos que sea prudente que lo visite cualquiera.

—¿Eso lo dice por mi profesión o por mi aspecto? —inquirió con un poco de rabia la rapsoda.

—Tranquila, bardo —explicó la monja—. No somos racistas..., somos clasistas. Nos da igual la raza y el aspecto. Pero solo dejamos bajar al templo original, el que está debajo, en las catacumbas, a aquellos que sabemos que tienen un cierto nivel cultural. Creo que la señorita de Bronce, por su profesión precisamente, cumplirá los requisitos, pero los guardaespaldas, que no dudo que serán muy duchos en lo suyo, mejor que esperen aquí.

La antigua construcción se encontraba enterrada en los cimientos de la nueva, pudiéndose bajar a ella por unas húmedas escaleras de tierra. Parecía que se descendía a una cripta. Se oía agua pasando cerca, algún río subterráneo probablemente. La monja sacó unas llaves de debajo de su túnica, usándolas para abrir una gruesa puerta de madera sin adornos. Tras ella había una sala con una bóveda de medio punto como techo, reforzado por columnas de nueva construcción, para ayudar a soportar el peso del edificio de encima.

Destacaba en medio de la estancia, entre viejas estatuas de héroes y dioses ya olvidados, un sarcófago de piedra. De lejos, la representación humana parecía bastante realista, pero al acercarse y poder distinguir mejor los rasgos, saltaba a la vista que no se parecía a ninguna de las razas actuales. La cara era muy angulosa y los miembros demasiado largos. La Doncella, a pesar de conocer numerosas leyendas, no supo identificarlo. El hechicero cogió una pizca de un metálico polvo sacado de una bolsa, rociando la pétrea tumba con él. Las partículas que le cayeron cerca o encima, brillaron con un resplandor rojizo.

—¿Veis? Está protegido con magia, un conjuro muy poderoso para haber resistido tanto tiempo. Ahora es cuando necesitaré de su ayuda, bardo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo mismo que hacía con su hermana. No era la primera vez que se

experimentaba con la música para potenciar los hechizos. Segundo Curandero era un genio adelantado a su época. Tome. —Le tendió un arpa de mano de doce cuerdas, aparecida desde sus bolsillos sin fin—. Necesitará esto.

La doncella comprobó distraída la afinación, mientras admiraba la manufactura del instrumento. Fabricado en plata y ébano, sugería una gran antigüedad. Era hermoso en su sencillez, teniendo por todo adorno unas pocas runas de naturaleza mágica. Las cuerdas habían sido cambiadas por unas más gruesas que las originales, del estilo que ella solía utilizar.

Dos Pares colocó un viejo libro encima del sarcófago. Lo abrió por un pasaje marcado con una pluma. A la rapsoda le recordó los volúmenes de hechizos de su malograda hermana, pero solo la página izquierda, en la derecha había dibujada una partitura musical.

—Sí, mejor que la vaya estudiando —dijo el artesano, al ver adonde se dirigía la mirada de la bardo—, para que se familiarice con la tonada. El hechizo debe salir perfecto. Pero pase las hojas con cuidado, el libro tiene muchos años.

Ella aprovechó para saciar su curiosidad, mirando ambas páginas, no solo la de la partitura, que era bella aunque lenta y simple. Cuando fue avanzando por el libro, se dio cuenta de que el esquema se repetía en cada par de hojas. En la parte escrita había unas flechas señalando a ciertos compases, sincronizando las palabras y gestos del ritual con la tonada.

—El hechizo es de los tiempos posteriores a la caída de Zarmet —de repente, el mago empezó a contar todo lo que se había callado anteriormente—. Aunque fue un poderoso reino, la gente ya no lo recuerda, excepto porque fueron los que establecieron cuánta distancia es una milla, de ahí su nombre: milla zarmetsa. El sarcófago es anterior a su época, pero Segundo Curandero utilizaba el poder de la Tercera Luna para casi todos sus conjuros, así que investigó bastante sobre los tiempos antiguos. Por eso guardó aquí la cumbre de sus descubrimientos.

—¿Y cómo sabré yo cuándo debo tocar cada cosa? Algo recuerdo de los signos mágicos, pero no tanto.

—Curiosa como una bardo, ¿verdad? —Sonrió irónicamente—. Eso es lo que le iba a decir ahora. Es justo al revés, yo soy el que tengo que seguirla a usted, así que me tendrá que hacer un signo cuando vaya a llegar al siguiente compás marcado. Los gestos finales de cada parte del hechizo se repiten hasta que la música llegue a la parte concreta. Aunque confío plenamente en sus habilidades, creo que será mejor que ensaye un par de veces.

—¿No podríamos haberlo ensayado antes de venir aquí?

—No. Ya sabe, la seguridad y el secreto son los hábitos de un mago.

—Yo creía que era el sacar de sus casillas con sus trucos a todo el mundo —sentenció al ponerse a tocar.

Antes de iniciar el ritual, Dos Pares pidió a la vigilante monja que se apartara. Con la cera que iba derramando de unas aromáticas velas verdes, dibujó un octógono

rodeando un hexágono, con el sarcófago en el centro. Se subió las mangas y las ató, dejando ambos brazos desnudos al desprenderse de sus guantes. Luego entrelazó los dedos, haciendo que crujieran. El cuello también sonó al moverlo hacia los lados, tras lo cual hizo una señal a la rapsoda para que comenzara.

El hechizo fue más sencillo de lo que la Doncella había creído en un principio. Casi no necesitaba componentes y al mago le sobraba mucho tiempo para hacer su parte, antes de que ella llegara al siguiente compás marcado. Tenía que repetir una y otra vez el último gesto, que cuando tocaba pasar de página lo debía hacer con una sola mano, pero hasta eso parecía estar perfectamente sincronizado.

Tampoco era nada espectacular. Se veía algún brillo alrededor de la tumba, pero ningún otro efecto. Lo que le faltaba de dramatismo, le sobraba de largo y reiterativo. Algunas partes había que repetirlas hasta diez veces, tardando casi tres horas en completarlo, y para entonces el resultado defraudó a la artista. El único resultado visible fue que la pesada parte superior del sarcófago se desplazó un poco, quedándose en diagonal respecto a la base, como un abanico a medio abrir.

—El conjuro no era de convocar grandes energías —explicó el hechicero al darse cuenta de la cara de decepción de la bardo—, sino de disiparlas. Segundo Curandero protegió muy bien su máximo descubrimiento. Por eso es tan largo el ritual, para que la energía se vaya difuminando poco a poco, no en una gran explosión. A ver si ahora la Monja Recuerdos puede hacer gala de sus tatuajes de fuerza y ayudarnos a mover un poco más la tapa...

Si el sepulcro alguna vez contuvo un cuerpo, los siglos lo habían convertido en polvo. En él solo encontraron un pequeño cofre. Aunque fabricado en madera, había sobrevivido al paso del tiempo intacto. Dos Pares lo recogió amorosamente y sopló para limpiarlo, descubriendo un par de letras grabadas a fuego en la parte superior, las iniciales S.C. en grafía antigua. Se lo pasó a la monja, para que fuera ella quien lo abriera y pudiera comprobar que dentro no hubiera nada herético o en contra de la Fe de las Diosas.

Extrajo primero dos pequeños rollos sellados con lacre, al estilo de las cartas que usaba la nobleza, seguido de un pequeño libro. Al principio los trató con delicadeza, por su antigüedad no confiaba en que mantuvieran su integridad. Segundo Curandero debió protegerlos con ayuda arcana, pues se encontraban en las mejores condiciones, pudiendo ella abandonar sus precauciones.

Recuerdos realizó sus funciones concienzudamente, repasando cada una de las páginas y leyéndose los pergaminos en su totalidad. A los cuarenta minutos se dio por satisfecha y devolvió todos los objetos al hechicero, que los leyó con avidez.

—Sí, esto es lo que buscábamos —dijo al acabar el primer rollo—. Muchas gracias por su ayuda, religiosa.

—De nada, Artesano. Pero recuerde lo pactado, esto pertenece al clero de La Barquera de las Aguas Negras. Úselo solo para el bien y devuélvanoslo prontamente.

—Si es lo que creo que es, también pertenece al resto de los practicantes del Arte

y al clero de La Navegante de las Aguas Claras.

—Con los últimos tenemos las mejores relaciones, siempre han preferido que nosotros nos ocupemos de custodiar la memoria común, y nuestras bibliotecas siempre están abiertas para ellos. En cuanto a los magos, si tienen los permisos adecuados, tampoco les impedimos que realicen sus estudios.

—Tiene Su Gracia toda la razón.

—Las monjas no recibimos el tratamiento de Su Gracia, como el Artesano bien sabe.

—Y el Artesano también sabe que Su Gracia, no es una monja común...

—Tanto como el mago no es solo un mago...

Después de despedirse, Dos Pares insistió en que fueran a su posada. Quería ponerse a estudiar el nuevo libro inmediatamente, siendo posible que necesitara la ayuda de la bardo. Los escoltas pensaron que habían llegado a su límite de esperar sin hacer nada y bajaron a tomar unas cervezas en la barra. Estuvo un par de horas leyendo, solo levantando la cabeza para preguntarle a ella por las acepciones de alguna palabra antigua. La lengua había evolucionado bastante desde los tiempos en que se escribió, pero precisamente la épica antigua era uno de los campos preferidos de la Doncella. Ella empezaba a sospechar que su encuentro en aquella taberna no fue nada casual.

—¡Jefe, esto le interesará, un ejército de no muertos está saqueando la costa oriental! —interrumpió Mordedor, sin molestarse en llamar antes de entrar.

—Parece ser que los problemas empiezan antes de que estemos del todo preparados. Sí, bardo, le he ocultado aún más información. —Ella estaba perdiendo la paciencia con su manía de leer los pensamientos y de adelantarse a las preguntas antes de que fueran formuladas—. Pero en su mayoría eran sospechas y búsqueda de patrones en oscuros informes de los espías del Duque. No tenemos la certeza de lo que va a pasar, solamente que La Cofradía y los necromantes están involucrados. Para estos últimos estaremos preparados con la ayuda de Segundo Curandero.

—¡Malas noticias, jefe! ¡Un ejército de orcos está arrasando pueblos por la costa oriental! —exclamó Remachador desde la puerta, que se había quedado abierta.

—No puede ser. Mordedor me acaba de decir que son no muertos.

—¿En la parte norte de la costa oriental?

—No, en la sur —contestó el otro escolta.

—¿Dos ejércitos? Parece ser que ni un sabio mago puede saber todo y todavía se le puede sorprender —ironizó la Doncella, disfrutando de una pequeña venganza.

—Sí, esto es más grave de lo que pensábamos al principio. Más vale que nos demos prisa en descifrar este libro —dijo Dos Pares exponiéndolo a la altura de su cabeza—, y volvamos cuanto antes con el Duque.

## Capítulo 26

El viaje de regreso de los servidores de la Muerte estuvo lleno de inconvenientes. Garrote se quiso quedar a purificar todos los cadáveres, tarea imposible para un sacerdote en solitario. Alegaron que sus conocimientos serían necesarios en los sucesos que seguro iban a venir. Pedirían ayuda y consejo en los monasterios. Aun así, redujeron a cenizas los restos de los lagartos gigantes que se encontraban por el camino, aunque los del dragón, caso singular por su gigantesco tamaño, casi los dejó exhaustos.

Otra dificultad fue Primer Pion. A pesar de los tiernos cuidados de Atardecer, todavía continuaba recuperándose. Salvó la vida por poco, ya que el cuchillo le atravesó un pulmón, pero los rápidos y reiterados hechizos de curación, aliviaron la gravedad de la herida. La novicia hubiera deseado tener algo de leche de nodriza de Cherm para ayudarle en su recuperación. Se tuvo que resignar a usar las yerbas medicinales que llevaba consigo. De paso, le purgó la sangre varias veces, sospechando y acertando que el arma debía estar envenenada. La limpieza trajo otro problema, ya que el alcohol también es un veneno y el soldado llevaba tomándolo mucho tiempo, por lo cual en los momentos que estaba despierto sufría el «ansia del borracho». La curandera decidió que sería mejor aprovechar su sufrimiento, retirándole y prohibiéndole toda bebida espirituosa.

El deterioro del tiempo incrementó la lista de penalidades. Garrote casi echó en falta el saquear la ropa de abrigo a los orcos muertos que dejaron atrás, por mucho tatuaje mágico y grasa que portara. Cada noche se acercaban más a las paniquesas para que les dieran calor. La única que era indiferente al frío era Tria. La baja temperatura corporal de las paladinas las hacía resistentes a las inclemencias. El pelo ya le había crecido lo suficiente para dejarse un poco de flequillo, que de lejos le daba aspecto de chico.

Nada más entrar en un diminuto puerto de la costa oriental del Mar de las Lunas, se encontraron con un grupo de miembros de sus órdenes que desembarcaban, comandados por un Alto Sacerdote de nombre Lerthem sort Zempher.

—Han partido de los monasterios varios grupos como el nuestro en cuanto llegaron las nuevas del ejército de no muertos que está desolando la zona —dijo después de las presentaciones.

—Nosotros no teníamos noticia, Su Alta Gracia —contestó el iniciado—, no hemos hablado con nadie en el viaje de regreso de nuestra búsqueda.

—Las noticias viajan más rápido y más lejos que las mercancías y las gentes, sobre todo si son malas. Para rematar el asunto, los hombres perro están saliendo de sus bosques y saqueando las tierras limítrofes pertenecientes a las Provincias de los Tres Ríos. También los orcos están bajando de sus montañas con ganas de rapiña. Raro es que se atrevan, sabiendo el odio que les tiene Fauces Sangrientas.

—De eso tendría que hablarle, Su Alta Gracia.



Se retiraron a la cueva donde se guardaban los cuerpos sin vida en espera de que llegara un sacerdote de la Diosa de las Alas fuertes para los últimos ritos de purificación. Un lugar tranquilo y apropiado, a falta de templo o monasterio, que permitía hablar de los asuntos privados del clero. Allí, libres de oídos indiscretos, Zhersem informó de todo lo acontecido en el transcurso de su misión.

—Déjeme echar un vistazo a la reliquia —ordenó Lerthem al acabar el relato—. ¿Seguro que es esta? —preguntó una vez que la examinó con su visión de muerte—. Parece que ya no posee poder.

—Tiene que forzar más, Su Alta Gracia —replicó Zhersem—. El poder continúa ahí, pero es como si estuviera exhausto. La aniquilación de un dragón es una hazaña casi imposible, hasta para el viejo y venerable Manos Ardientes.

—Veremos lo que pueden hacer nuestros estudiosos en los monasterios —decidió una vez seguido el consejo—. Si es posible recuperarla, ellos lo lograrán seguro. Han hecho un buen trabajo.

—Partiremos inmediatamente, Su Alta Gracia, para que la reliquia sea restablecida prontamente.

—Mejor que se la lleve uno de los recién iniciados. Sus Gracias serán mucho más útiles aquí. Tienen experiencia con el enemigo, incluso con esa nueva clase de herejes.

—Como ordene Su Alta Gracia.

—Si me permite Su Alta Gracia —interrumpió Garrote—, en el mismo viaje con la reliquia, podría llevar esta carta a la reina Flores de la Victoria. —Se la ofreció tras sacarla de un bolsillo de su túnica—. Es la que nos entregó el noble que ajusticiamos en la caverna del dragón.

—¿Y dónde quiere ir el Sacerdote?

—Acompañaré a la Novicia Atardecer de vuelta a Tres Rocas, creo que ya ha acabado su labor de observación.

—Mejor que se quede observando, los servidores de Cherm se encuentran de viaje hacia la zona y necesitarán también de su experiencia... Y nosotros de la de Su Gracia, ya que, si mal no recuerdo, mandamos a unos Pares de Sacerdote y Devota a patrullar los Yermos Grises, a petición de una carta suya. No se preocupe, sus feligreses estarán bien atendidos. Sí, Garrote —abandonó el tono formal que empleaba hasta entonces—. Conozco su historia y sé que le encantan estos líos, por mucho que diga que ya los ha abandonado.

—Como ordene, Su Alta Gracia —emuló al iniciado.

—Entonces viajarán con nosotros hasta Ciudad de la Sal. Allí se están reuniendo las huestes de todas las comarcas de las tierras de las Diosas. Casi todo el mundo colabora preparando la defensa, pues sienten el peligro que traen estas invasiones.

—Perdone, Su Alta Gracia —rogó Tria— ¿Qué haremos con los cadáveres de los orcos y sus criaturas? Habría que preparar una expedición para purificarlos. Ahora que el dragón no está, cualquier necromante puede ir allí a levantarlos.

—Me parece que eso tendrá que esperar, Devota. El lugar queda muy lejos y, según los informes que nos llegan, detrás de las líneas enemigas.

—Pero ¿y si los utilizan?

—Piense un poco, Devota. Seguramente ya los habrán utilizado o estarán a punto. No hay nada que podamos hacer ahora. Y no podemos desviar ninguna de nuestras fuerzas. Tal como he dicho antes, el asunto es grave. Hasta hemos formado el batallón de choque de las paladinas, abandonando la tradicional estructura en Pares.

—¿Tan grave es? Pocas veces se necesita al Batallón.

—Sí, tan grave es.

Andremonia se sentía satisfecha. Estaba sentada en una gran silla sobre su altar, a modo de trono. El conjunto era transportado por unos cuarenta no muertos. En los últimos tiempos, tenía tanta cantidad de sacrificios a su disposición, que había conseguido el suficiente poder para desarrollar un escudo mágico. Una transparente esfera verde de treinta pasos de radio rodeaba el ara, haciéndolo prácticamente invulnerable a proyectiles y conjuros a todo lo que se encontraba dentro.

Su ejército había aumentado de tamaño. Con cada batalla se retroalimentaba. Aunque un cadáver resucitado ya no podía volver a serlo, con las bajas contrarias sí que era factible. Los prisioneros y heridos eran utilizados como sacrificios para levantar a sus camaradas en el bando contrario y, a su vez, luego ser ellos los levantados con ayuda de nuevas capturas. Además, todo necromante en cientos de millas a la redonda, había corrido a unírsele acompañado por su propia banda de abominaciones. Varios de ellos montaban bestias del túmulo, rodeadas de cadáveres-cicatriz y de alguna cría recién nacida. Muchos tenían cerca a cuatro o cinco cadáveres quemados, por si necesitaban energía necromántica con rapidez.

A su izquierda se encontraba Mintri, que llevaba un pañuelo perfumado en la nariz, pues no se había acostumbrado aún al terrible hedor a descomposición que anunciaba el paso de las putrefactas huestes. De su cuello colgaba un medallón con símbolos arcanos, proporcionado por su ama. Era el apoyo mágico prometido. Ahora estaba un poco más tranquilo. Antes, cuando se alejaba de la perversa bruja o de la antipaladina, sentía que las cabezas de los no muertos seguían sus movimientos, como si él fuera su siguiente comida. Iba andando. La montura proporcionada por la cofradía desapareció una noche. Tras buscarla durante unas horas, solo encontró unos huesos limpios. En cambio, alrededor de la cabalgadura de Cuerva había una zona limpia de abominaciones, aunque ella no siempre usaba la misma.

El secretario, como segundo comandante, se encontraba dirigiendo a una parte del ejército en el movimiento de completar el cerco. Se disponían a asediar la ciudad más grande hasta ese momento. Las otras solo se podían considerar de título, no siendo más que pueblos magnificados en el nombre. En esta ocasión, Andremonia quiso acompañarlo en vez de quedarse en retaguardia. Quería disfrutar del espectáculo de un mar de muertos rodeando el lugar.

—Ha sido un buen ensayo —dijo al acabar la operación—, para cuando asedemos Puerto en el Río. Con lo lentos que son mis chicos, hay que tenerlo todo preparado.

—Sí, pero le insisto a Mi Señora —replicó el miriápodo—, que sería mucho mejor concentrar a las bestias de los túmulos como tropas rápidas. Nos serían muy útiles, tanto para explorar como para los movimientos envolventes.

—Sería mejor como tú dices, pero no entiendes a los necromantes. Esas criaturas son una señal de estatus entre nosotros, de haber conseguido alcanzar cierto nivel, tanto de poder como de conocimientos. Ninguno está dispuesto a arriesgarla así como así, o dejarla a las órdenes de otro. Tal vez cuando nos encontremos ante una gran batalla pueda convencerlos, pero por ahora será mejor dejar a un lado el tema.

—Como quiera Mi Señora. Mire —señaló a una de las abominaciones de las que estaban hablando—. Parece que nos traen prisioneros.

—Veo que ya te has acostumbrado al nuevo ojo, cada día ves mejor con él.

Un brujo de los muertos descabalgó y se arrodilló. Tras mostrar a dos hombres que llevaba atados a lomos de su montura dijo orgulloso:

—Me he encontrado con estos cerca del río. Había un tercero, pero cuando llegué ya estaba a medio devorar.

—Por eso os digo siempre que os disperséis por todo el ejército —le recordó Andremonia—, si no, pasan estas cosas. Sobre todo con los recién levantados, que aún no están acostumbrados a su nueva condición y conservan apetitos. Necesitan a un necromante cerca para no caer en sus instintos primarios. Esto no es la típica bandada que levanta cualquier novato con ayuda de un libro que se encontró por ahí, ¡esto es un verdadero ejército! ¿Por qué me molestas para solo dos prisioneros? Desaparece de aquí y úsalos como quieras.

—Pero Mi Señora —contestó ya sin soberbia—, estos tienen pinta de exploradores o de espías. Van con la cara pintada y con capas para camuflarse entre la vegetación. Creí que le gustaba interrogarlos personalmente en estos casos.

—Hmm. Tráelos, prepararé un pequeño ritual para que hablen.

La vil bruja indicó a un no muerto que se acercara. Abrió un odre y se untó el dedo con una repugnante sustancia. Con ella dibujó ideogramas necrománticos en la espalda de la abominación. Luego dio una palmada y el revivido comenzó a arder. Pronto cayó al suelo, formando una hoguera que despedía brillos sobrenaturales. Señaló a otro levantado, que se metió dentro del fuego y no se movió, dejándose consumir.

Usando el contenido del mismo recipiente, manchó la boca del primer prisionero y le preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Somos de las provincias.

—¿De los Tres Ríos?

—Sí. —El conjuro les obligaba a hablar, pero no les hacía extenderse en las

contestaciones.

—¿Qué hacíais por estos lugares?

—Vigilar los movimientos de las tropas del Gran Caudal.

—¿Por qué? —Andremonia conducía resuelta el interrogatorio. Se notaba que había usado el ritual muchas veces, aprendiendo cómo sacar toda la información.

—Para saber si sus movimientos eran ofensivos contra nuestro ejército.

—¿Por qué no os habéis marchado al ver el nuestro? —Como no contestaba, reformuló la pregunta—: ¿Por qué no os habéis marchado al ver el ejército de no muertos?

—Nuestros superiores siempre quieren un informe detallado.

—¿Cómo de detallado?

—Número y composición, lo más certera posible. —A pesar de estar controlado por el hechizo, se notó orgullo en la afirmación.

—¿Y dónde están tus superiores?

—En Ciudad de los Torrentes.

—¿Esa es la ciudad que está cerca de la frontera con la costa oriental?

—Sí.

—¿Y cómo les dais los informes?

—En persona.

—¿Hay muchos como vosotros por la costa oriental?

—Tres o cuatro grupos.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y podría haber más sin que tú lo supieras?

—Sí.

—Vale, ahora comprobaremos con el otro prisionero. —Le untó la boca a este también—. De vez en cuando, alguno se resiste en alguna pregunta y puede mentir. ¿Quiénes sois? —inquirió al segundo.

—Cuerva de mal agüero, ¡ja, ja, ja! —Dio una desagradable carcajada—. Cuerva de mal agüero.

—¿Qué quiénes sois!

—Cuerva de mal agüero, ¡ja, ja, ja! Cuerva de mal agüero —repitió, incluida la risa.

—¿Qué dice tu compañero? —volvió a interrogar al primero.

—Cuerva de mal agüero.

—¿Y por qué lo dice? —le empezó a temblar un poco la voz al terminársele la paciencia.

—Porque la ha visto.

—¿A una guerrera —preguntó cayendo en la cuenta de quién podía ser— con un cráneo de gigante por casco y una capa de plumas de cuervo?

—Sí.

La señora de los no muertos lanzó una risa que sonó terriblemente malvada.

—Veo que el aura de mi sierva favorita sigue causando estragos en las mentes débiles. ¿Y por qué la llamáis así?

—Dicen que cuando la ves, la desgracia está cerca.

—¡Jo, jo, jo! Tenías razón —se dirigió al necromante—, me ha gustado mucho interrogarlos en persona. Ya puedes llevártelos y hacer con ellos lo que te dé la gana. Mintri, a ver si consigues tú la misma fama que Cuerva.

—¡Espera! —pidió Jamur—. ¡Espera, capitana!

Miri siguió andando con pasos furiosos por el pasillo del Palacio del Consejo, ignorando los gritos del oficial de la guardia. Acababa de salir de una reunión de la comisión encargada del funcionamiento de la flota, donde ahora ella mandaba un barco de guerra.

—¡Espera! —repitió el agente, esta vez agarrándole de un brazo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Esos cenutrios! —chilló encarándose al capitán—, ¡esos barrigudos que viven demasiado bien para saber cómo funciona el mundo, van y me dicen que abandonamos la campaña contra los piratas...! ¡Antes siquiera de que la empecemos! ¡Qué mi barco y yo tenemos que llevar a la costa oriental a los mercenarios y guardias destinados a ella! ¡Qué tenemos que ayudar a nuestros hermanos a luchar contra las invasiones! ¡¿Desde cuándo ellos llaman hermanos a los costeros?!

—La verdad es que sí les gusta abusar de la retórica... pero tienen razón, de cada esquina de las Tierras de las Diosas están llegando tropas. Hasta los Tres Ríos han abandonado sus recelos con el Gran Caudal y están trayendo a sus falanges. Esto es política, todo el mundo se acordará de quién no fue a ayudar, y a lo mejor somos los siguientes cuando hayan saqueado toda la costa.

—No creo que los no muertos puedan navegar y los orcos siempre han sido un poco inútiles en asuntos marineros.

—Pero los no muertos no necesitan respirar. Siempre pueden venir andando por el lecho marino. Cualquiera día los vemos aparecer por la playa como te descuides. Si no hemos ayudado, a lo mejor el resto de las gentes que adoran a las dos Damas piensan que perder las islas centrales no es para tanto.

—Creo que pasas demasiado tiempo pensando.

—Ya, pero sabes que esta vez tengo razón. Además, tendrás buena compañía.

—Venga, picaré... ¿A quién tendré el gusto de llevar?

—A mí, ¿qué mejor compañía? Bueno, mujer, por tu cara veo que te ha hecho algo de gracia. También vendrán con nosotros la Abadesa Mediodía y Ciruelo, en total llevaremos a una veintena del clero de Cherm. Y tranquila, que la Priora Escarcha se queda al mando en Puerto Acuerdo, no la tendrás que aguantar.

—¿Tú tampoco la soportas?

—Tampoco...

—Pues habrá que celebrar que nos vamos en busca de gloria. Tú invitas.

## Capítulo 27

El campamento se encontraba a unas cuatro millas de la ciudad, alejado para evitar conflictos con los civiles, ya que superaba en tamaño al burgo. Había gente de todas las naciones y todavía llegaban más tropas. Estaba distribuido por reinos y países, subdividiéndose en regimientos y lugares. El Duque del Gran Caudal había tomado el mando temporalmente hasta que se reunieran todos los comandantes para decidir el curso a seguir.

Los servidores de la Muerte tuvieron que atravesar la parte que pertenecía al ejército del mandatario. Cada unidad llevaba el pañuelo característico de su comarca, e incluso se distinguían por sus monturas. Los del desierto de los Montes Negros cabalgaban sobre sus fardachos, unos lagartos gigantes pero mucho más estilizados que los usados por los orcos. Los de la Franja del Este llevaban un pañuelo naranja con un escudo, consistente en una bota de vino con un murciélago y una flor de lirio. Habían venido pocos, pues se habían quedado defendiendo sus templos. Si no, sus vecinos del Condado del Delta, de quienes se decía que las estatuas de las Diosas que adoraban eran negras, hacían incursiones para robarles todas las piezas de arte religioso que pudieran. La guardia personal del Duque montaba en turones una clase de mustélido como las paniquesas, pero mucho más grandes, con el pelaje negro y con manchas blancas en la cara. La enorme variedad resultaba abrumadora.

Allí también se encontraba el regimiento de Ciudad de la Bruma, donde dejaron al casi recuperado Primer Pion para que se dirigiera a informar a sus superiores. Llevaba una pequeña misiva, escrita por el Alto Sacerdote, recomendado a los oficiales contactar con ellos para toda explicación complementaria que necesitaran.

Al fin encontraron el pabellón ducal. La guardia no les importunó mucho al ver que iban con un clérigo cercano a la cúspide de la jerarquía, por lo que pronto estuvieron en presencia del noble.

—Me alegro de ver que vucencia ya se ha recuperado del intento de asesinato —habló Lerthem al acabar las formalidades—. ¿Se encontró al asesino?

—No, pero me hubiera gustado hablar con él para enterarme de cómo se creía que iba a atravesar mis defensas con una ballesta tan pequeña.

—Vucencia no ha perdido el humor por lo que veo. Hemos venido a ayudar en todo lo posible.

—Toda ayuda siempre será bienvenida.

—Simplemente os recuerdo que no intervendremos en disputas entre los reinos, solo contra los enemigos de las Diosas.

—No es ninguna novedad, Su Alta Gracia.

Aprovechando el instante de silencio, un oficial se dirigió al duque hablando en una versión muy cerrada del dialecto del Gran Caudal, intentando guardar secreto de lo que decía.

—No somos unos metomentodos —replicó Tria en el habla común, haciendo

como si no se enterase de la mirada de «cállate» del Alto Sacerdote—. Bien sabéis que los servidores de la Muerte solo se ocupan de los asuntos que conciernen a su ámbito, aunque eso no nos impide conocer lenguas y dialectos.

—¿Dónde aprendió el nuestro, Devota? —inquirió el noble.

—Tengo familia en Gran Caudal, excelencia, cerca de Ciudad de Las Ocas. Pasé algún tiempo con ellos.

—Una paisana pues.

—Medio paisana, si vucencia pues, me permite la puntualización.

—Bueno co, ¿qué más da, co?, paisana al fin y al cabo pues. No hará falta que os recuerde las reglas de cortesía —dijo mirando a sus hombres, abandonando el dialecto—, y que todos hablemos para que s'entienda pues. Ya hemos visto que además es inútil, ya que tienen traductora. Se agradece el detalle de informarnos, Devota —le comunicó a Tria, quien sabía que habían ganado confianza ante el mandatario—. Continúe hablando con franqueza, Su Alta Gracia, nosotros haremos lo mismo pues.

—Gracias, excelencia. Podríamos empezar compartiendo los informes de que disponga, seguro que son más recientes que los nuestros.

—Se los daré, aunque hay una reunión de oficiales de todos los ejércitos mañana y allí los compartiremos todos, antes de tomar una decisión. Ahora —cambió de tema al ver que su mayordomo le hacía una señal—, si quieren compartir mi mesa, me comunican que ya está todo dispuesto, continuaremos después. Sé que no son muy dados a los placeres terrenales, pero tengo una gran bardo a mi disposición que nos amenizará la comida.

—Como desee vucencia.

El Duque asintió hacia el maestresala, que usó su bastón de rango para dar tres golpes en el suelo. Los presentes se empezaron a apartar hacia las paredes de tela del pabellón, dejando que los camareros entraran unas mesas desmontables y unas sillas plegables, disponiéndolas para el ágape. Les indicaron un lugar honorífico cerca del noble, pero no tanto como para poder hablar con él sin alzar la voz.

—¿Cinco platos para comer? —se preguntó asombrado y ahíto el Alto Sacerdote, cuando llevaban media hora de comida y tenía ya dos en espera ante él.

—Sí, es que estamos en guerra, ¿sabe pues? —le replicó un camarero— Solo ponemos lo justico pa' matar el hambre pues. Si luego sobra algo pues, no se me preocupe, que se lo sacaré pues.

El comienzo de la actuación de la juglaresa, evitó la cáustica respuesta del clérigo. Cantaba al estilo del Gran Caudal, alargando mucho la última sílaba de cada verso, poniéndole varias notas y alzando el tono, haciendo alarde de voz y de pulmones. Aunque variaba el acompañamiento tradicional, en vez de un laúd tocaba un arpa, que a su vez era inusual pues poseía un sonido mucho más metálico, teniendo algún efecto de distorsión.

—¿La Doncella de Bronce ha creado escuela? —se preguntó Tria, levantando la



vista de su ya forzado último plato.

Al mirar a la rapsoda se dio cuenta de que su primera impresión era errónea. Sí había logrado crear escuela incluía la estética, ya que llevaba la capucha solo hasta media cara, vislumbrándose sus bronceados pelo y piel. Esperó a que acabara la canción antes de acercarse y decirle:

—Creía que iba a ir al Monasterio de La Última Que Te Ve, a consultar la biblioteca buscando las antiguas historias épicas de mis predecesoras.

—En estos momentos estaba consultando otras, pero no se preocupe, acabaré visitándolo. La oferta que me hicieron en el barco aún sigue en pie, ¿verdad?

—Por supuesto, bardo.

—¿Cómo está, Devota?

—No tan bien como usted, por lo que veo.

—Sí, he prosperado, ahora estoy al servicio del Duque. Incluso me han dado permiso para husmear en la biblioteca de Puerto en el Río.

—¿Y qué tal va la inspiración?

—Si quiere que le diga la verdad, Devota —dijo bajando la voz para que solo fuera ella quien la oyera—, últimamente me dedico a más cosas. Si va a estar por el campamento, ya hablaremos más recogidas.

—Encantada de saludarla, bardo, espero que nos veamos pronto.

—Lo mismo digo, Devota, tengo ganas de sonsacarle otra historia.

Tras despedirse de la Doncella, la pelirroja se dirigió de vuelta a la mesa donde había estado comiendo con su delegación. Ralentizó su paso al ver que se les había unido una Paladina del Cráneo de alto rango, junto con otras de su orden y varios sacerdotes de grado medio. Estaba escuchando muy atentamente todo lo que le decía Lerthem.

—¡Devota Triannora Sort Fanora! —exclamó al terminar de hablar con el alto sacerdote, encarándose hacia ella como si se hubiera percatado de su presencia desde hacía tiempo—. Siempre haciéndote destacar... así nunca conseguirás éstas —se golpeó las brillantes calvarias metálicas que le servían de hombreras.

—Comandante Dionnora, ¿cómo es que la han mandado a usted?

—¿No me llama Muy Devota y Muy Piadosa?

—La última vez que lo hice me mandó hacer ciento cincuenta flexiones. La verdad es que, después de lo que nos han obligado a engullir, no me apetece.

—Pero aquí —continuó después de reír alegremente—, Su Alta Gracia pide que seamos más formales... Quería que todos me trataran con el título completo, hemos llegado al acuerdo de usar solo el Muy Devota.

—Como quiera, Muy Devota Comandante. —Se puso en la posición de firmes de las paladinas.

—La verdad es que quería tener mi última batalla antes de reunirme con la Diosa. He dejado a mi segunda al cargo de la educación de las nuevas... ¡qué se vaya desfogando para cuando me sustituya! Cambiando de tema. Estás invitada a venir a

esta y a la otra reunión, la de mañana con todos los oficiales de alta graduación. A lo mejor necesitamos información de primera mano. Pero allí habrá gente a quien no le gusta la franqueza tanto como al Duque, así que hazme el favor de no hablar a no ser que te pregunten, ¿entendido?

—Sí, Muy Devota Comandante. Bien calladica estaré pues —hizo el gesto de coserse los labios—. Veo que Su Alta Gracia ya le ha puesto al tanto de la reunión con el Duque.

—Y de sus conocimientos del dialecto, por eso quiero que venga con nosotros. Aunque Sus Gracias y las Devotas que me acompañan lo conocen, pues están de servicio en esta corte, si mal no recuerdo tú lo aprendiste de pequeña. Hemos aprovechado que estaban aquí en la comida, para adelantar trabajo. Tienen por costumbre comer aparte, diciendo que están de medio ayuno. Es para, y cito textualmente: «No empapuzarse, que no sabe la Comandante lo que insisten estas gentes con la comida».

—Sí, Su Alta Gracia está aprendiendo por las malas.

—Ja, ja, ja. Siempre has sido un poco traviesa.

—Si la Muy Devota Comandante lo dice...

Los secretarios del Duque no habían estado ociosos durante el ágape. Cuando los camareros empezaron a retirar las mesas, entró un mayordomo portando un legajo bastante grueso. El noble ni siquiera llegó a tocarlo, ordenando con la mirada que le fueran entregadas a la comandante de las paladinas.

—Bueno —dijo en cuanto los papeles cambiaron de mano—, aquí está una copia de todos nuestros informes. Ahora les dejaré, pues deben estudiarlos y además tienen más reuniones con otros mandatarios. Mañana nos vemos en la conferencia —fue su lacónica despedida.

—¿Ve, Muy Devota Comandante? —exclamó Tria una vez fuera del pabellón, aprovechándose de que le hacía gracia a Dionnora, como una nieta a su abuela—. He sido capaz de estar calladica toda la reunión.

—Estaba harto de esperar —inauguró la sesión el general Primer Soldado, jefe de las tropas de las Provincias de los Tres Ríos—, y mis hombres aún lo están más...

—Ya sabe el viejo dicho —replicó el comandante Espadas de Las Rosas, líder de la unidad más famosa de Mercia, el Regimiento Fantasma—, la vida de un soldado consiste en largos periodos de aburrimiento y breves periodos de terror.

—Bueno, señores —rogó la comandante de las paladinas dispuesta a ir directamente al asunto, como todas sus compañeras—, sería mejor empezar la reunión con un informe detallado de todos los movimientos. Así decidiremos mejor conociendo todas las cartas.

Repitió todo lo que se encontraba en los papeles del Duque, aunque con más profundidad y muchos datos nuevos, ya que ella y sus segundas se habían entrevistado con todos los que poseían un mando importante. Señalaba todas las localizaciones en un gran mapa dispuesto sobre una mesa, golpeando sonoramente

con su dedo, comenzando siempre con un «aquí», y explicaba lo que ocurría en el lugar: «Estos se dirigen hacia allí» o «amenazan tal ciudad». De forma lacónica pero precisa, continuó la exposición durante veinte minutos, dejando un papel con el nombre del problema sobre el plano antes de pasar al siguiente.

—Lo único que tenemos claro todos —dijo Dionnora al acabar—, es que todo esto está coordinado. Por ejemplo: el matar a Fauces Sangrientas era para despejar la ruta a los orcos. Todo el mundo sabía el odio que el viejo dragón les tenía. Según el servicio de contraespionaje del Gran Caudal, se sospecha de La Cofradía.

—¡Malditos bastardos! —exclamó uno de los más viejos oficiales de Mercia—. Siempre confabulando contra todos. Hace años limpiamos muchas de sus células en casa y al poco ya estaban intentando infiltrarse de nuevo. La Reina Flores de la Victoria se va a poner hecha un basilisco cuando se entere.

—Cálmese, General, que aún no he acabado. Los aguerridos exploradores de Las Provincias han conseguido una información de gran valor. Parece ser que los orcos marchan para unirse a las abominaciones. Se ha visto contactar a sus mensajeros con las avanzadillas de no muertos sin que estos les atacaran, además de algún necromante marchando con ellos. Y por la dirección que siguen, ambos ejércitos confluirán cerca de la desembocadura del Gran Caudal con el Mar de las Lunas.

—¿Los chamanes orcos tolerando a los necromantes cerca de ellos? —preguntó un Paladín del Roble de alto rango—. Nunca había oído tal cosa. Como mucho que se confabularan en plan: «Esta zona para ti, esta para mí», pero marchando juntos...

—Sí, alguien los debe haber juntado. Los exploradores también detectaron un par de magos renegados, cubiertos con capuchas negras. Eso suena a La Cofradía, que es capaz de unir a cualquiera para sus fines.

—¿Está sugiriendo —tomó el turno de palabra el comisario en jefe de los Gumus, la guardia costera—, que La Cofradía es la causante de todos estos ataques? ¿Que todo está coordinado?

—Sí, y del aumento de piratería en el Mar también. También podemos añadir a la lista los bandidos y mercenarios que en la costa oeste atacaron a las Provincias de los Tres Ríos. Y ya que iba a hablar del tema, ¿seguro que los hombres perro están controlados y no necesita sus tropas en casa, general? —preguntó Dionnora a Primer Soldado.

—Seguro, Muy Devota. Los guardias de los pantanos se ocuparán de ellos. No se necesita al ejército. Tenemos la seguridad de que es una maniobra de distracción. Esa chusma es incapaz de conquistar una ciudad defendida por nuestra gente. Además, las votaciones de los concejos fueron favorables a mandar ayuda, antes de que los no muertos aumenten más en número y se den un paseo por nuestras provincias. Y lo que se vota es lo que toca, como decimos en casa... Aunque por si ocurre otra urgencia, una pequeña parte de nuestro ejército se ha quedado.

—Bueno, aquí acaba mi exposición. ¿Sugerencias?

—Yo propongo que nos retiremos a las fortalezas —dijo una alta sacerdotisa de

Cherm, pecando de prudente—. Se acerca el invierno, mal tiempo para los asedios y peor para las campañas.

—Pero Su Alta Gracia, es un ejército de no muertos —replicó un oficial del Gran Caudal, a quien se le notaba que había viajado mucho por no usar el dialecto—. A ellos casi no les afecta el frío, a lo mejor les hace un poco más lentos, pero no lo parecen. Tampoco sufrirán por la falta de suministros, no necesitan comer, aunque les encante zamparse a la gente. Y los orcos se pueden alimentar de casi cualquier cosa. Seguro que se dedicarán a asolar todo el país y no pararán hasta que todos los habitantes sean parte de su horda.

—Sí, nosotros necesitamos más comida que ellos —recalcó Primer Soldado, dándose unos pequeños golpes en su prominente panza.

—Hmm —mientras pensaba, Espadas de Las Rosas se retorció la punta de su imponente mostacho castaño—. Tampoco vamos a estar esperando a que vengan hacia nosotros. Sería mejor que nosotros tuviéramos la iniciativa. Tenemos mucha caballería entre la de Mercia y el Gran Caudal, y la caballería siempre debe mantener la iniciativa.

—¿Y qué propone el comandante? —inquirió Dionnora.

—Yo propongo que no esperemos más a los refuerzos, yendo a por los orcos antes de que se junten con los no muertos. Cuando los de las Islas Centrales lleguen, junto con los hombres que dejaremos aquí, podrán defender el territorio retardando a los necromantes mientras volvemos. Así nos enfrentamos contra un solo ejército cada vez, mejor que con dos al mismo tiempo.

—Además, la caballería es menos eficaz contra los no muertos —expuso un oficial de las Provincias—, ya que ellos no tienen miedo y no se desorganizarán. Si mantienen los cuadros, que lo harán, será desastroso para nosotros.

—Peor será para los caballos —replicó el Duque—, nuestras monturas también atacan ellas, no solo el jinete.

—De todas maneras, contra esos seres pierden algo de eficacia, mejor empeñarlas contra los orcos.

—Además, los colmilludos siempre usan las mismas tácticas —continuó Espadas de las Rosas—. Si a sus estúpidos despliegues y posterior carga frontal se le puede llamar así. Podemos llevar ya un plan de batalla preparado, atacándoles sin dilación en cuanto nos despleguemos.

—Y seguro que el comandante ya tiene pensado el plan —dijo la paladina en jefe.

—La verdad es que sí. Tenemos la mejor caballería del mundo, la de Mercia y la del Gran Caudal; la infantería más correosa, la de los Tres Ríos; las más fieras y duras tropas de choque, las Paladinas del Cráneo y los Paladines del Roble. Para mí está claro como el agua de manantial, seguro que la Muy Devota recuerda la táctica del yunque y el martillo...

## Capítulo 28

*Estimado Dos Pares:*

*Le mando el informe de la batalla tal como usted pidió. Sigo pensando que recibirá las noticias antes por otros medios, pero como insistió en que quería una misiva de mi puño y letra... Y sí, siguiendo sus indicaciones, la estoy haciendo con rapidez después de los acontecimientos. El polvo de la lucha aún no se ha posado del todo mientras escribo.*

*El plan, como recordará, era sencillo. Una fuerza de choque, compuesta por ambas ramas de los guerreros de las Dueñas, rompería las líneas del enemigo. El Regimiento Fantasma, llamado así porque son tan veloces que nunca se sabe donde están y aparecen de repente en cualquier lugar, y el resto de las tropas más raudas, pasarían por la brecha, dando luego la vuelta para atacar por la retaguardia. Los orcos serían enclavados por las falanges de las Provincias de los Tres Ríos, para que no pudieran maniobrar. La caballería pesada de Mercia, la guardia personal de Duque del Gran Caudal y sus mesnadas montadas más lentas, como los fardachos de los Montes Negros, cubrirían los flancos de la brecha y de las falanges; ya que no iban a ser empeñados en el primer choque, como sería usual, al disponer de los brazos militares de Las Damas.*

*Se contaba que los orcos fueran muy superiores en número, por eso se descartó una simple maniobra de flanqueo o intentar desbandar uno de los flancos. Las líneas del enemigo serían mucho más largas que las nuestras, pero se confiaba en la superioridad de disciplina y técnica de nuestras tropas.*

*Tal como se dijo en la conferencia de comandantes, era la táctica del yunque y el martillo. Las falanges serían el yunque y la caballería, junto con las del Cráneo y los del Roble, serían el martillo.*

*Pero ningún plan de batalla sobrevive intacto al primer contacto con el enemigo.*

*De todas maneras, no adelantemos acontecimientos. Su humilde servidora vio la batalla al lado de los oficiales de retaguardia, cuyo cometido era coordinar las tropas y mandar las reservas desde la cima de la única colina que se veía en varias millas. El resto se encontraba al frente de sus hombres, incluido el Duque, así que no pude observar su famosa valía como estratega, al estar supeditado a otros y a la defensa de los flancos. Quise estar con las falanges, para insuflarles ánimos con las viejas canciones, pero un oficial del Gran Caudal me indicó que tenía instrucciones, tanto del Duque como vuestras, para que permaneciera a salvo.*

*El despliegue orco fue el que siempre utilizan, unas gruesas filas de guerreros sin mucho orden, con las tropas montadas a los flancos. En vez de caballos, usan unas grandes aves carnívoras. Su peso y sus pequeñas alas les impiden volar, pero son raudas y feroces. No son muy dados a grandes maniobras, acostumbrando siempre a cargar todos al mismo tiempo. El terreno llano parecía favorecer sus intereses, sin*

accidentes geográficos para proteger nuestros extremos, no dándoles ningún motivo para hacerles cambiar de tácticas.

Pero esta vez venían acompañados de grandes lagartos, bestias que no se veían fuera de sus montañas desde hacía más de una cincuentena de años. Las dispusieron en el centro, todas juntas. La verdad que imponían respeto. Incluso desde mi posición se distinguían perfectamente, hasta los apéndices por donde lanzan peligrosos rayos eléctricos. Sabíamos por varios informes que disponían de nuevo de ellos, pero nunca se sospechó que fuera en tal cantidad, contándose en varios cientos. Cada uno portaba en su lomo una veintena de colmilludos, seguramente los menos preocupados por su seguridad.

A pesar de ello, se siguió el plan original. Las del Cráneo y los del Roble se lanzaron al choque contra la masa de infantería que se encontraba entre las aves del flanco izquierdo y los reptiles del centro.

La estampa del Batallón de las Paladinas del Cráneo es preciosa. Está dividido en veinticuatro escuadrones, cada uno con su propia bandera representando uno de los nombres de la Tatarabuena Muerte, que ondeaban orgullosas al viento. Para la unidad se utilizó la poca reserva de caballos sanos que quedaban, incluso algún noble de Mercia descabalgó para cederle su montura a una guerrera de la calavera. Por alguna razón, los caballos de ese país son más resistentes a la peste equina, la cual asola las costas del Mar de las Lunas. Otras, como mi conocida Triannora, iban en bestias del Gran Caudal. Supongo que aquellas que habían aprendido por alguna razón a montarlas. Las reunieron en un solo escuadrón, para que no alborotara a los caballos del resto, bajo la bandera de La que Siempre Llega.

Tras ellas, que eran la punta de la formación de cuña, los Paladines del Roble. Aunque iban a pie, seguían a los caballos a su misma velocidad, sin mostrar signos de fatiga. Con sus ropas de corteza, sus miembros de madera viva y sus adornos de hojas de roble, daban la impresión de que los árboles habían tomado vida para correr hacia el enemigo.

Al poco, salió el Regimiento Fantasma, con el resto de las tropas rápidas detrás. La caballería pesada de Mercia cubría su flanco izquierdo y la guardia personal del Duque el derecho, con intención de mantener la brecha para que pasara la ligera. Los sorprendidos orcos no maniobraron, ya que eran siempre ellos los que cargaban primero, no sus adversarios humanos. Hubo una tímida respuesta de proyectiles por los más despejados, que causaron escaso daño. Las falanges o «yunque», también comenzaron a andar para sujetar las filas rivales, tal como estaba prefijado.

La cuña pronto hizo su efecto, al impactar contra la masa de colmilludos humanoides, teniendo estos que elegir entre apartarse o morir ante la furia de los servidores de las Diosas. Parecía un cuchillo caliente cortando mantequilla. Las guerreras de la calavera abrían hueco y los de Cherm lo ampliaban. Pronto se encontraron en la retaguardia enemiga. Tuvieron que girarse para mantener abierta la última parte de la brecha, porque la caballería pesada, a pesar del retardo

causado por la lucha, al ser más lenta no había podido seguirles el ritmo, con el añadido de que algunos orcos maniobraban para intentar rellenar el vacío reculando hacia atrás. Esa parte del plan estaba funcionando.

Pero ocurrió algo que no estaba previsto. Justo cuando el Regimiento Fantasma sobrepasaba las líneas enemigas, se oyeron unos tambores que retumbaron por encima del ruido de la batalla. Apareció acompañándoles una tropa de miriápodos, de los que continuaban fieles a su execrable religión. Iban montados en escolopendras gigantescas, cada una llevando a más de un ciento de los seisbrazos en sus placas dorsales. Nadie había informado sobre que ellos también marchaban a la guerra, habiendo permanecido ocultos en reserva hasta ese momento. Supongo que había que «agradecérselo» a los consejeros de La Cofradía.

La visión de los repugnantes artrópodos era horrorosa, con sus decenas de patas moviéndose a la vez. Mientras el sonido de los séxtuplos bombos no llegaba por el aire, la vibración llegaba a los oídos y pulmones, transmitida por el suelo y los huesos, marcando el ritmo de paso de los gigantescos apéndices. Después de la batalla, pude observar tan bastos instrumentos, que eran transportados sujetos con un arnés a los segmentados cuerpos. Se necesitaban más de un par de manos para manejar las mazas que los hacían retumbar. Perdóneme el inciso musical, pero en verdad le digo que el que escucha ese sonido, jamás lo olvida.

La Comandante de las paladinas ordenó la retirada. Calculó que sería suicida enfrentarse a las escolopendras mientras se encontraban prácticamente rodeados. Nadie se lo reprochó, ya que a los únicos de la caballería «martillo» que les dio tiempo a atravesar las filas, fue al Regimiento Fantasma. Estos también optaron por rehuir el combate maniobrando hacia la derecha, a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Al ver como las tropas montadas retrocedían, el avance de las falanges se detuvo para abrir sus cuadros y dejarlas pasar. Un movimiento perfectamente organizado, que parecía estar hecho en el patio de entrenamiento en vez de en el campo de batalla. Tuvieron que cerrarlos a toda velocidad, ya que los controladores de los lagartos de los rayos habían recordado que a los que les gusta cargar era a ellos.

Los miriápodos no cerraron la brecha. Es más, esta se amplió para dejarles avanzar. Las escolopendras cazaron y devoraron a los orcos más lentos, sin detenerse. Se unieron a la carga, que contagió a toda la línea orca, recuperando la iniciativa.

Aquí tendré que hacer otro inciso, pues es importante para lo que luego acontece, que le explique cómo estaban dispuestas y compuestas las falanges. Aparte de las normales de las Provincias, harto entrenadas y disciplinadas para servir en cualquier ejército, se encontraban dos unidades de élite. Al contrario que en la mayoría de países, estas también luchan a pie, no montadas.

La primera de ellas es llamada oficialmente Guardia Libre de los Torrentes, pero todo el mundo la llama la antimagia o los «maderas». Sus armaduras, cascos,

escudos, las largas astas de sus lanzas que manejan a dos manos, la empuñadura de sus espadas e incluso los mástiles de sus banderas, están fabricados con madera de árbol triste. Aunque hombre a hombre no se nota mucho, a no ser que golpeen con sus armas a alguien con capacidades sobrenaturales o a alguna abominación, la unidad entera consigue el mismo efecto que un bosque de esas plantas: todos los conjuros se atenúan o desaparecen alrededor suyo. No es mucha distancia, pero son casi invulnerables a la magia, incluida la de las Dueñas.

La otra es la Guardia de Veteranos, llamada popularmente como los «cojos». No lo son todos, pero bastantes de sus miembros tienen viejas heridas graves que, aunque curadas, sí que les impiden correr. Son gente que no tiene ninguna obligación de ir a la guerra, pero como ellos cuentan graciosamente: «Es más descansado enfrentarse al enemigo, que a una esposa gruñona y resabiada». En las Provincias, a los soldados impedidos para trabajar, se les otorga una pensión vitalicia, así que en realidad lo que quieren es volver a sentirse útiles, defendiendo de nuevo aquellos ideales por los que ya pagaron un alto precio. Al no maniobrar ni desplazarse con gran velocidad, su único cometido es aguantar. Si la infantería de los Tres Ríos tiene fama de correosa, ellos tienen fama de serlo aun más entre los suyos.

Así que nuestras falanges estaban dispuestas en el centro, con la Guardia de los Torrentes un poco adelantada para atraer los ataques mágicos del enemigo. Detrás la de veteranos, para rellenar los huecos que se producirían allí donde el combate fuera más duro, conteniendo lo que fuera para ganar tiempo sin que se rompieran nuestras líneas. Esta formación hizo que fueran los «maderas» quienes recibieran la carga de los lagartos orcos. Afortunadamente, sus armaduras consiguieron que los rayos hicieran poco daño, ya que atraviesan mal el material con el que están fabricadas.

Los reptiles frenaron de repente, al darse cuenta de que sus ataques no daban el resultado habitual. Con gran esfuerzo, sus controladores les hicieron seguir hacia adelante, pero ya habían perdido el ímpetu y les disgustaba avanzar sobre el muro de lanzas que tenían enfrente. Ocasión aprovechada por las pequeñas unidades de ballesteros, asignadas de apoyo a las falanges, para atacar a los colmilludos que transportaban. Aquí se podría decir que empezó otra fase de la batalla.

Los chamanes orcos no disponen de criaturas como los cadáveres-cicatriz, así que no podían detectar a los sacerdotes de la Diosa de las Alas Fuertes, al estar en medio de nuestras filas, pero sí que adivinaron donde había un grupo de una docena. Los nuestros habían concentrado sus hechizos, atacando todos a la vez sobre los lagartos lanza rayos que se desplazaban hacia otras unidades menos protegidas que los «maderas», cosa necesaria, pues su enorme tamaño les da una gran vitalidad. Una agrupación de chamanes aprovechó para responder. Sincronizando sus conjuros saturaron la zona, matando a varios de los clérigos.

Este fue el principio de un intercambio de ataques mágicos, donde usar los poderes místicos, inmediatamente era respondido por el bando contrario. Las



sobrenaturales luces sortílegas resplandecían por todo el campo de batalla. Pronto disminuyeron, tanto por las bajas como porque los grupos se empezaron a dispersar, pasando a conjurar de modo individual.

Con los reptiles enfangados en una lucha estéril para nuestros enemigos, sin poder avanzar ni desorganizar a nuestras tropas, el único problema acuciante eran las gigantescas escolopendras, que habían adelantado por velocidad a la línea de orcos. Viendo que ahora sus tropas podrían maniobrar, al no tener colmilludos a ambos lados, el Duque decidió empeñar contra ellas a su guardia personal y el resto de sus tropas asignadas a «martillo», libres al haber fracasado el plan original. Las falanges se abrieron otra vez para dejarles pasar, mientras se oía su grito de guerra. Los oficiales exclamaron: «¡Entalto, entalto!». Y la tropa respondió: «¡Entalto Gran Caudal!».

La diferencia de fuerza era abismal, así que optaron por la astucia. En vez de enfrentarse en grandes unidades contra el total de los miriápodos, antes de llegar se partieron en escuadrones, y estos en medios escuadrones. Sin llegar a tomar contacto con el enemigo, fingieron una retirada, intentando provocar que los gigantes artrópodos se separaran y obligarles a actuar individualmente.

Parte del enemigo picó el anzuelo, sobre todo las escolopendras más grandes, que hambrientas persiguieron a las raudas comadreja. Estas permitieron que disminuyera su ventaja, pero sin dejarse atrapar, maniobrando para que giraran casi noventa grados y forzándoles a presentar su largo costado a los turones. Estos saltaron y escalaron hacia el cuello y el lomo de los miriápodos, sin necesidad de que sus jinetes les apremiaran a ello, ya que es su forma natural e instintiva de cazar.

Los monstruos de cien patas, normalmente se hubieran defendido retorciéndose y revolcándose por el suelo, pero sus controladores lo impidieron para que su carga no sufriera daños. Más por los tambores, pues esos fanáticos consideran sagrados, que por los guerreros transportados. Ellos hubieran dado gustosamente sus vidas para salvar a sus adorados artrópodos.

La táctica se repitió infinidad de veces, al ir separando de una en una a las colosales bestias, a pesar de las fuertes pérdidas que sufrían las tropas del Gran Caudal. Alguna de las escolopendras, acabaron ignorando las órdenes, aplastando o agarrando con sus mandíbulas a los nuestros. Otros cayeron por culpa de las lanzas y proyectiles de los abominables sectarios. Pero unos cuantos consiguieron al final atravesar el fuerte exoesqueleto quitinoso, pudiendo destruir el cerebro de los engendros. Los tripulantes, sin su ayuda y a pesar de luchar fanáticamente, no eran rivales para las mesnadas del Duque.

Ese peligro estaba disminuyendo, pero otros dos ganaban importancia. Uno era el de los reptiles. Algunos de los controladores más astutos, dentro de lo que cabe esperar en la raza de los orcos, viendo lo inútil de continuar intentando atravesar el muro de lanzas y que la Guardia de los Torrentes había aguantado multitud de rayos sin venirse abajo, recularon para volver a realizar otra carga. Pronto la mitad de los

supervivientes se había reorganizado, mientras el resto impedía que la Guardia les siguiera.

El otro peligro provenía de las alas de aves montadas, a ambos lados de la formación. Estaban a punto de envolver nuestros flancos, pues nuestras líneas no podían estirarse más sin perder la cohesión, cosa necesaria para contener a la muy numerosa y salvaje infantería de los colmilludos, que se encontraba ya a unos trescientos pasos.

La primera amenaza fue resuelta por los del Roble. Los reptiles lanza rayos se disponían a cargar contra un nuevo objetivo, la unidad de falange a la que más brillaban sus metálicas defensas. Algún chamán conocía el secreto de la electricidad... o sabía de memoria, sin razonar, donde harían más daño las tremendas descargas.

Los guerreros de Cherm, habiendo comprobado que la madera protegía bastante contra las centellas de los saurios, realizaron una contra carga. Dispusieron en las primeras filas a aquellos de los suyos con más miembros leñosos injertados, confiando en que les ampararan como lo había hecho la equipación de la unidad antimagia.

El choque entre los colosales lagartos y la sagrada furia de los Fervorosos de la Dueña del Jardín Exuberante, fue algo digno del mejor de los romances. Los de delante se libraron de sus hachas, para que no atrajeran a los rayos, lanzándolas contra el enemigo. Entre esta distracción y los fabulosos reflejos de los paladines, pocas descargas alcanzaron su objetivo. Y las que lo hicieron, causaron pocos daños.

Los luchadores del roble emularon a las paniquesas y turones de Gran Caudal, y saltaron para luchar en el lomo de los saurios, en vez de desde el suelo. Con sus clavos, destrozaron los huesos de los tripulantes, pero el cráneo de las bestias era demasiado duro para el arma. Hasta que no llegaron aquellos de las filas posteriores, que no se habían desprendido de las hachas, no se empezó a ver como los terroríficos lagartos empezaron a caer.

El segundo problema o más bien los segundos, en plural, ya que ocurría en ambos flancos a la vez, se contuvo gracias a las acciones de muchos. Primero, los miembros del clero de Cherm que se encontraban en las alas, invocaron sendos bosques casi de la nada, gracias al poder de la Diosa y la amplia provisión de bellotas bendecidas que llevaban. Crearon unas barreras que protegían las alas, pero aun así el peligro no había pasado, solo se había pospuesto. Nuestras falanges no podían maniobrar, pues ya habían tomado contacto con la infantería orca, aunque se pudo sustraer parte de la última fila para que guardara el linde de las selvas, por si alguno de los montados pájaros las atravesaba.

El número de árboles aumentaba por los esfuerzos de las sacerdotisas de la Dama de las Flores Rojas, pero los jinetes enemigos azuzaban a sus cabalgaduras para que rodearan la floresta. A impedir que nos atacaran por la retaguardia, se mandaron los restos de nuestra caballería. Al flanco izquierdo fue la pesada de

Mercia, con ganas de demostrar su valor, ya que se habían sentido heridos en su honor al haber participado poco en la batalla. Al derecho se empeñó al batallón de las Paladinas del Cráneo, acompañadas por el regimiento de fardachos del desierto de los Montes Negros.

Desde nuestra elevada posición se podía ver como las aves iban siguiendo el bosque en una dirección y en la contraria a nuestras tropas, ambos contendientes maniobrando en curva. Los orcos no llevan equipamiento en regla para la lucha montada, el verdadero peligro era el pico y las garras de los pajarracos. Las pesadas lanzas de los caballeros les atravesaron y mataron a muchos, aprovechando la ventaja que les daba su mayor alcance. Ese flanco quedó asegurado, a pesar de nuevas oleadas de aves que continuaban llegando al choque.

Las Paladinas del Cráneo no llevaban lanzas, pero la fuerza divina suplía esa carencia con creces. El problema fue que eran muy pocas, entre ellas y los fardachos, no podían estirar las líneas lo suficiente para cubrir el inmenso número de la caballería de los colmilludos. Los oficiales de mi lado retomaron sus sospechas sobre que había agentes de La Cofradía entre sus filas, aconsejándoles maniobras y tácticas.

Y para más preocupación, se vio como una nube de polvo iba en pos de las aves. Había que avisar a las falanges que partes de ellas tenían que pivotar para defender la retaguardia. La peor forma de luchar para esas unidades, atrapadas en dos frentes y sin contar con el empuje de la mitad de sus compañeros. Pero cuando se iban a dar las señales, alguien gritó un: «Deteneos, son los nuestros». Y así fue, el Regimiento Fantasma, a pesar de haber estado incomunicado por el mar de adversarios, había continuado al galope hasta que llegó al final del despliegue enemigo. Efectuaron una variación de lo que había sido la estrategia original, abalanzándose sobre la retaguardia de los pájaros. Cómo sus monturas podrían resistir tanto esfuerzo, es uno de los mejores secretos guardados por Mercia, pero lo que no es guardado, sino proclamado a los cuatro vientos, es su valentía y destreza en combate. Muy pronto los colmilludos no sabían a dónde dirigirse para luchar, creándose una gran confusión con sus propias tropas, cruzándose en varias direcciones.

La infantería no podía con el muro de picas de las falanges, pero tampoco retrocedían, presos de una furia y un odio ancestrales. Intentaban cortar las puntas de las picas y herir a los nuestros con toscas armas arrojadizas. Hasta sus cascos llegaron a lanzar algunos en su ansia de sangre. El repiqueteo de la batalla se confundía con los agudos gritos de dolor, fueran de la especie que fueran, ya que el sufrimiento extremo, y perdóneme la pedantería, saltaba cualquier modismo cultural onomatopéyico.

El único punto donde nuestros hombres de a pie sufrieron de verdad, incluso cedieron terreno, fue donde los chamanes supervivientes concentraron sus hechizos, ignorando por alguna razón las respuestas de los sacerdotes de la Muerte. Las bajas empezaron a ser numerosas y los colmilludos se apiñaron enfrente de la unidad

castigada, seguramente siguiendo otra indicación de los enviados de La Cofradía. Pero los «cojos» llegaron a reforzar los huecos, soportando estoicamente los mágicos ataques, hasta que los clérigos inutilizaron a gran parte de los chamanes.

Por aquel entonces, el ala derecha de las aves montadas había sufrido enormes pérdidas y el resto se había desorganizado y huido. Las luchadoras de la calavera, los fantasmas y los fardachos, se vieron libres para dirigirse a atacar la retaguardia de la infantería enemiga. Pronto rodearon el extremo del flanco izquierdo orco, comenzando a martillarlos contra las picas.

En el centro, la falange avanzó esquivando los restos de las luchas entre las escolopendras contra los mustélidos, y la de los reptiles contra los paladines. Tomaron contacto con la línea orca, que se encontraba debilitada al haber concentrado sus ataques en el punto que ahora los cojos defendían. Antes de que los colmilludos pudieran redistribuirse, los clérigos de La Última que Te Ve machacaron la zona con sus hechizos de purificación, en lo que a nuestros sufridos soldados les pareció justicia poética. Las ya maltrechas filas enemigas acabaron por romperse.

Maniobrando a la perfección, la falange pivotó tanto a diestra como a siniestra, separándose en dos e impidiendo que se cerrara la brecha. Nuestras escasas reservas pasaron por ella, dirigiéndose al flanco izquierdo adversario, completando la pinza que habían comenzado las paladinas y demás. A pesar de verse rodeados, no se rindieron, pero la presión por todos lados los asfixió, produciéndose una terrible escabechina.

Su derecho tampoco se retiró, haciendo nuestra victoria más dura, ya que normalmente el mayor número de bajas se produce en la persecución. No se les cercó completamente como al otro, pero se les pudo presionar desde el costado de la brecha, ignorando ellos fanáticamente la ruta de escape, hasta que ya no pudieron huir. Pronto, la sangre y los cuerpos hacían que nuestros piqueros avanzaran lentamente, tropezando y resbalando. La disciplina y el rencor superaron el cansancio, continuando la matanza hasta bien entrada la noche.

No sobrevivieron ni una escolopendra, ni uno de los reptiles lanza rayos, aunque el coste entre las tropas del Gran Caudal y los Paladines del Roble fue altísimo. De los orcos, alguno escapó, sobre todo de los que iban montados en aves, pero no eran una amenaza seria y el agotamiento de nuestras tropas era tal, que no se ordenó la persecución. Se encontró también a una veintena de humanos, pero todos habían perecido y ninguno pudo ser interrogado. No llevaban distintivos, ni nada que pudiera identificarlos. Aun así, casi todos sospechan que eran agentes pertenecientes a La Cofradía. De los necromantes que se suponía que iban con los orcos, no se encontró ni rastro.

Las montañas de cadáveres pocas veces habían ardido tan altas como después de esta batalla. Los sacerdotes de la Muerte no paraban de purificar los cuerpos y las de Cherm no daban a basto para curar a los nuestros. El número de muertos aumentó antes de que llegara el amanecer.

*Se ordenó descanso durante el resto del día y la siguiente noche, momento en el que he aprovechado para escribirle esta misiva. Mas ahora ya suenan las fanfarrias llamándonos a que nos pongamos en movimiento. Regresamos a Ciudad de la Sal todo lo rápido que podamos, a unirnos con el resto de fuerzas. Espero que los heridos que dejamos atrás con unas pocas novicias, se recuperen con prontitud, pudiendo seguirnos.*

*Su humilde servidora:  
La Doncella de Bronce*

*P.D.: Mis más sinceros agradecimientos por permitirme observar de primera mano una batalla de estas características. Me será de gran ayuda para futuras composiciones. Además, siempre podré añadir que la bardo que compuso la canción estuvo allí.*

*P.P.D.: Confío en que su laboratorio en el campamento de Ciudad de la Sal esté ya completo, los tres Paladines del Roble que le prestaron como mensajeros parecían hechos para correr. Seguro que le traen raudos los materiales y libros que necesita.*

*P.P.P.D.: Los pocos que conocen de sus investigaciones, rezan con fervor a las Damas para que pronto sean fructíferas, más que por la supervivencia propia o la de sus seres queridos.*

## Capítulo 29

Mintri se encontraba rodeado de cadáveres, muchos de sus no muertos habían sido destruidos, aunque al final sus enemigos habían tenido que retirarse. Las tropas de las tierras de las Diosas venidas desde Ciudad de la Sal, habían intentado valientemente impedir la destrucción de su burgo hermano, Ciudad del Pan. Su cometido consistió en proteger la retaguardia mientras la mayoría de las tropas, con Cuerva del Abismo a la cabeza, se dedicaban a la aniquilación de todos los habitantes de la localidad. Las enormes bajas que su unidad había sufrido, serían reemplazadas. E incluso la cantidad de nuevos reclutas sobrepasaría las pérdidas..., excepto en las de necromantes.

Uno de ellos se encontraba herido de muerte, con la espalda apoyada en una roca, cerca del miriápodo. En concreto, el que le había hablado con desprecio en la necrópolis, la noche en la que Andremonia había levantado el núcleo de su ejército. Mintri no olvidaba que lo había puesto en su lista.

—Secretario —dijo el moribundo brujo con voz débil—, necesito su ayuda.

—Ahora soy comandante, Nuestra Señora así me nombró —empezó a degustar la venganza.

—Comandante, necesito su ayuda.

—¿Quieres que recoja tus últimas voluntades?

—No, es otra cosa. —Su mirada indicaba que se estaba tragando su orgullo, acuciado por la necesidad—. Aún puedo curarme.

—Mis conocimientos sobre medicina solamente me alcanzan para matar rápidamente, no sirven para curar. Y no veo ningún hereje por aquí cerca, se encuentran todos en la ciudad, supongo que reclamando prisioneros para sus sacrificios.

—No es necesario que tengas conocimientos. Solo necesito que me prestes uno o dos de tus miembros injertados, contienen gran poder.

—¿No llevas piedras de resurrección?

—Las he usado en demasía en el pasado y ahora no funcionarían. Ni siquiera llevo unas implantadas, en espera de conseguir otras nuevas más poderosas.

—¿No te valdría con un par de cadáveres quemados? —Los conocimientos en necromancia de Mintri habían aumentado a fuerza de convivir con ella todos los días.

—Los míos los gasté para la batalla y necesitaría muchos si son de otro de mis compañeros. Cuando se crean se ligan a su invocador.

—¿Y unos cuantos levantados normales? Por aquí cerca aún nos quedan unos miles.

—No me daría tiempo a extraer toda la energía, uno por uno... Uno de tus miembros tiene mucho más poder. Nuestra Señora Andremonia los insufló mucho... Luego te podríamos reimplantar otro... Tendrías para siempre mi más sincero agradecimiento.

—Tu agradecimiento... ¿Qué tendría que hacer exactamente?

Solo acércate y déjame agarrar uno de los miembros implantados. Absorberé la energía y podré curarme.

—¿Valdría este? —Alzó el brazo de necroquimera.

—Sí, ven ya, no me queda mucho tiempo.

—De acuerdo, voy.

Mintri se le acercó y le tendió la extremidad, con la palma hacia arriba. Cuando el vil hechicero fue a asirla con la mirada ansiosa, dio un paso adelante, estirándola del todo. El largo espolón venenoso que salía del antebrazo, atravesó el cuello del necromante. Antes de que pudiera reaccionar, el miriápodo sacó el arma y se la clavó en el corazón.

—¿Te crees que nací ayer? —le preguntó mientras le hería en otro punto vital—. Si te dejo tomar la energía del brazo, seguro que me chupas la del todo el cuerpo. — El espolón entraba y salía del cuerpo del necromante una y otra vez—. Además, me caes fatal... Mejor dicho, me caías —sentenció cuando estuvo seguro de su fallecimiento—. Chicos —se dirigió a los no muertos más cercanos—, a este os lo podéis comer, el resto de cuerpos, llevádselos a Nuestra Señora. Acabad rápido que tenemos que volver con ella.

—Atenúa tu aura, Cuerva —ordenó Andremonia—. Queremos que nos puedan dar la información, no que se transformen en unos imbéciles balbucientes.

Los prisioneros, a pesar de estar atados de pies y manos, intentaban alejarse de la antipaladina; lo más lejos posible de su terrorífico, helado y antinatural halo. Ella amplificó el efecto al agarrar a uno del pescuezo, levantándolo por encima de su cabeza usando un solo brazo. Los cautivos serpentearon hasta que acabaron pegados a la pared de la casa que tenían detrás. Alguno, enajenado por el miedo, intentó romperla a cabezazos. No les importaba el dolor, solo poner la máxima distancia que pudieran entre ellos y aquella a la que llamaban «de mal agüero». Los sonidos de las vértebras crujiendo y los estertores del cautivo, acentuaron los espasmódicos movimientos de huida del resto. Se oyó un último «crack» más fuerte al romperse el cuello. Cuerva arrojó el cadáver contra el muro. Ignorando el olor a orines, enganchó a otro de la blusa, que llevaba bordado un escudo de secretario. Se lo acercó a los ojos, que brillaban a través de las aperturas del cráneo que le hacía de yelmo y con voz cavernosa le dijo:

—Ya sabes lo que quiero... No me hagas hacerte daño... ¿Dónde está?

El rehén habló en un tono inaudible en medio de sollozos, pero sus gestos fueron afirmativos.

—¿Nos llevarás hasta él? ¿Qué dices, que no se te oye?

—Sí Mi Señora, os llevaré.

—Pues andando.

El hombre dio un chillido al sacar ella su daga, que utilizó para cortar las cuerdas

que le atenazaban los pies. Después, le empujó gritándole:

—¡Andado he dicho!

Excepto Andremonia, el resto de necromantes emuló a la antipaladina, obligando a los prisioneros a ponerse en pie. Uno de ellos no se movía, había conseguido huir, pero solo su mente. No reaccionaba a los golpes que le daba un brujo de los no muertos para que se levantara. Permanecía inmóvil con los ojos fijos en la distancia, ignorando la realidad, mientras un hilo de baba le caía lentamente. Fue sacrificado allí mismo, siendo degollado con la daga curva del perverso hechicero. En otros momentos se hubiera tomado por un desperdicio, ya que al hacerlo de esta forma, se obtenía menos poder, pero la cantidad de víctimas era tal, que se prefería no perder el tiempo. Ni la siempre puntillosa Andremonia se quejó. En lugar de alguna crítica mordaz, dijo:

—Cuerva, espera unos instantes que están mandándome un mensaje.

De una de las innumerables vasijas que llevaba en su altar, sacó unos pequeños tableros que tenían dispuestos unos cristales mágicos, de los que se iluminaban en la distancia al usar su hermano. La comunicación era solo con el brillo, pero las tablas daban a entender que había ideado un sistema que al usar varios, podía transmitir más información.

—Los orcos han cumplido su papel, aunque esperaba que duraran más tiempo y causaran más daños a nuestros enemigos. No importa, todavía nos quedan varios miles de los miriápodos a pesar de que hayamos perdido las escolopendras más grandes. Es el momento de levantar a los restos que dejó Fauces Sangrientas, aunque esperaba guardarlos para más tarde. ¿Cuántos herejes fueron con los necromantes de la expedición? —preguntó bajando la voz, no sea que hubiera alguno de ellos camuflado cerca.

—Cinco, Mi Señora —contestó la antipaladina.

—Cinco de ellos son como llevar quinientos humanos normales. La verdad que soluciona muchos problemas de logística. —Tras hacer que se iluminaran algunos cristales de otra tabla, ordenó—: Venga, vamos a por el tesoro.

Los ejércitos de Andremonia, en vez de acabar con los defensores que quedaban en Ciudad de la Sal, se dirigieron hacia el norte a por otros burgos de parecido tamaño, a pesar de que se habían quedado los de peor calidad; como los Gumus, por ser más una fuerza policial que soldados o guerreros. Otro tanto pasaba con las recién llegadas tropas del Consejo de las Cofradías, aparte de que la mayoría de ellas estaban acostumbradas a la lucha marítima. Del resto, se habían quedado las menos entrenadas de cada región y país, la infantería de Mercia y del Gran Caudal, y la caballería de las Tres Provincias.

Lo extraño de la decisión preocupó a los líderes y estrategas de los aliados de las tierras de las Diosas. Las victoriosas tropas habían realizado marchas forzadas para unirse a las que habían dejado en Ciudad de la Sal, rogando por llegar a tiempo antes de que se hubiera cerrado el cerco del asedio. Seguro que los necromantes tenían



algún otro maligno plan que se les escapaba. Por otra parte, la gente se puso a celebrar que el peligro orco había desaparecido.

La tristeza por la matanza ocurrida en la ciudad hermana, empañó un poco los festejos. Aun así, los gritos de júbilo, las danzas, las canciones, los discursos grandilocuentes y el reparto de alcohol, duraron hasta el amanecer.

Tria, Zhersem, Garrote y Atardecer, abandonaban a media noche una de las pequeñas fiestas que se reproducían por toda la urbe y el campamento, cuando oyeron que alguien les gritaba por un costado:

—¡Por fin os encuentro! —Al volverse en la dirección del chillido, vieron que era la Doncella de Bronce, por una vez sin la capucha puesta—. ¡Os he estado buscando por todos lados!

—¿Nos buscabas para algo en concreto? —preguntó el iniciado, tras los efusivos saludos que le dieron todos a la bardo, incluido algún abrazo.

—La verdad es que sí. La última vez que hablé con Triannora le dije que ahora me ocupaba de otras cosas, pues es una de esas otras cosas. Al final no pude contárselo todo, pero la verdad que es un asunto importante.

—Nunca hay descanso para los laboriosos —bromeó el barbudo clérigo—. Cuéntanos más sobre ese asunto.

—Mejor que os lo cuente el mago Dos Pares, que es el que me ha pedido que os buscara. He quedado con él en su tienda dentro de tres horas.

—Entonces ven con nosotros hasta que sea la hora, si no es muy lejos, y así nosotros acabamos lo que estábamos haciendo. Buscábamos a un soldado del Gran Caudal, que fue herido cuando estuvo con nosotros en aquella misión de cuando nos conocimos. Atardecer quería visitarlo para ver como se encontraba y nos ha pedido que la acompañáramos.

—¿Ya sabéis dónde se encuentra?

—Hace rato —contestó la novicia—, lo que ocurre es que no nos dejaban marchar de la fiesta. Ya sabéis lo insistentes que son los del Gran Caudal con que pruebes toda la bebida y comida. Menos mal que llevamos con nosotros a Su Gracia Garrote.

A Primer Pion lo encontraron en el campamento de su regimiento, bromeando con una novicia de Cherm al lado de una hoguera.

—¿Pasa pues? —gritó Tria al verlo.

—¿Pasa pues, co? —respondió el soldado, al volverse y reconocer al grupo—. ¿Cómo sus...?

—¡Brumaaa! —le interrumpió Atardecer, mientras pasaba corriendo a su lado, ignorándolo.

—¡Ataaa! —contestó la novicia cercana al fuego, abriendo los brazos y poniendo una gran sonrisa.

Las dos se fundieron en un fuerte y largo abrazo que, cuando fue roto, se transformó en un agarre de ambas manos. Estuvieron a punto de ponerse a dar

pequeños saltos, cual niñas de cinco años. Se controlaron al darse cuenta de que toda la gente alrededor las miraba fijamente. Cuando se soltaron, Bruma asió el colgante que llevaba en una cadena de plata al cuello, mostrándoselo a Atardecer. Esta se quitó el guante derecho y tocó el medallón con el anillo que portaba en el anular.

—La Madre Claridad estaría orgullosa de ti, Ata.

—Y de ti también, Bruma —dijo señalando los tatuajes de nodriza que llevaba en los dedos—. Tienen pinta de doler mucho al ponértelos.

—No creas, ya lo verás. Oh, lo siento mucho —se disculpó al recordar que los de su amiga ahora eran de madera.

—No te preocupes, estas manos son también útiles a su manera. ¿Qué haces aquí? —preguntó para cambiar de tema, antes de que la nostalgia les arrancara unas lágrimas.

—He venido con los refuerzos. La Abadesa Robledal nos ha mandado a todas las novicias que ya podemos sanar, diciendo que para Tres Rocas y su comarca, ella y un par de madres serían suficientes. Lo único es que hemos llegado tarde a la primera batalla. Hay escasez de barcos para atravesar el Mar de las Lunas y hemos tenido que hacer el viaje a pie.

—¿Qué haces justo aquí, en esta parte del campamento?

—Te estaba buscando, Ata, me han dicho las superiores que venías hacia aquí a visitar a no sé quien... Pregunté a ese soldado del Gran Caudal. Me dijo que te conocía, cosa que veo que es verdad, y no me dejó marchar. Sobre todo cuando él y sus compañeros se enteraron que me llamo igual que su ciudad. Por cierto —dijo bajando la voz—, no me entero de la mitad de lo que dicen, pero para mí que están intentando galantear conmigo.

—¡Ah, sí!, son así. Tú hazte la despistada con una bonita sonrisa y no habrá ningún problema. Y si necesitas traducción le preguntas a Tria, que conoce el dialecto. Te acuerdas de ella, ¿verdad? —Aprovechó la ocasión para acercarse a su amiga donde se encontraban la paladina y el resto.

—¿Cómo no me voy acordar? Mil gracias de nuevo por su ayuda, Iniciado Zhersem, Devota Triannora. Saludos, Sacerdote Garrote, en el templo de Tres Rocas le echan mucho de menos a Su Gracia, sobre todo la cocinera jefe.

—Bruma —continuó Atardecer después de las respuestas formales de los servidores de la Muerte—, te presento a la reputada bardo, La Doncella de Bronce. La conocimos en nuestro viaje por el Mar de las Lunas. Y al soldado Primer Pion ya lo conoces. Fue herido ayudándonos en nuestra misión y he querido venir a ver cómo evolucionaba. ¿Cómo se encuentra?

—Pues bien —contestó el susodicho—, sobre todo desde que me dieron estás, co. —Golpeó con la mano abierta unas bandas que llevaba cosidas en la manga.

—¿Y esas insignias?

—Co, que me han subido a cabo pues.

El grupo se puso a hablar, beber y bromear durante un par de horas, demostrando

Primer Pion que se encontraba plenamente recuperado, hasta que la juglaresa les recordó su cita con Dos Pares. Atardecer inquirió sobre si su amiga novicia podía acompañarlos, obteniendo una respuesta afirmativa. Se despidieron del recién ascendido, partiendo hacia el lugar del encuentro.

El mago se encontraba en una carpa bastante grande. El olor a cientos de compuestos indicaba su uso como laboratorio. En la entrada se encontraba Remachador compartiendo un odre de vino con un Paladín del Roble. El guardaespaldas, al ver a la bardo, corrió las pesadas telas que hacían de puertas para que el grupo entrara, saludando con un sucinto: «buenas noches».

El hechicero se encontraba sentado, leyendo unos pergaminos apoyados en una mesa apartada, bien iluminada por una docena de velas. Antes de que llegaran hasta él, se levantó y por señas indicó que esperaran. Se puso a manipular un extraño objeto de plata con múltiples protuberancias, grabado con esotéricas runas, y con decenas de cristales de diferentes colores engarzados. Al cabo de unos momentos, se dio por satisfecho y dijo:

—Ya está. No hay nadie espiándonos mágicamente, podemos hablar con confianza.

La rapsoda presentó a sus acompañantes al hechicero, que asentía con la cabeza como iniciando una reverencia hacia el mencionado al oír su nombre. A llegar a Bruma arqueó un poco las cejas, delatando que a los demás ya los conocía aunque no en persona.

—Seguro que están pensando el por qué los he hecho venir —dijo al acabar la Doncella—. Como ya les ha dicho mi bardo favorita, que por cierto tendrá que ir a por una copa más para el vino, mi nombre es Dos Pares; artesano mágico al servicio del Duque del Gran Caudal. Necesito gente de confianza que me ayude en un asunto realmente importante. Será mejor que les ponga primero en antecedentes. Aparte de las actividades que me dieron mi nombre, la copia de artefactos arcanos, mi otra pasión es la historia de la magia. No los hechizos en sí, más bien cómo fueron descubiertos o redescubiertos, sobre todo desde la misteriosa caída de los magos. Su poder se apagó unas pocas generaciones antes del auge de la fe de Las Dueñas. Más o menos cuando la cultura de los túmulos declinó y eventualmente desapareció, dejándonos sus tumbas y sus leyendas. En aquellos tiempos los hechiceros no necesitaban como ahora de los lentos rituales, ni del apoyo de componentes, simplemente conjuraban usando las palabras de poder de la Tercera Luna. Pero su tiempo acabó y aquellas palabras, aunque siguen siendo utilizadas en los conjuros, no son ni una centésima parte de lo poderosas que eran en aquella época. ¡Ah!, querida —se dirigió a la juglaresa—, ya has vuelto con la copa, ahora habrá para todos. Por favor, sirve el vino que está en la encimera, al lado de los tarros de yerbas azules. Es de las viñas del propio Duque —explicó al resto—, un poco recio, pero deja buen sabor de boca.

Esperó a que todos probaran el vino antes de continuar:

—Rico caldo, ¿verdad? Será mejor que intente resumir un poco. Un tema que me interesaba, pero no encontré ningún libro que lo tratara en profundidad, era el descubrimiento de nuevos rituales justo cuando llegó a la zona la adoración a Las Damas. Allí donde se instalaba el clero, los magos de la región tenían un pequeño resurgir. Entonces descubrí un personaje muy interesante: Segundo Curandero. Un hechicero que abrazó la fe y tras ello, sus estudios se concentraron en combinar los rituales de la Tercera Luna con los de las Diosas, a la vez que continuaba usando su anterior pasión, la música. La hermana de la Doncella de Bronce seguía parte de la tradición que instauró el gran Segundo. Durante las guerras herejes, gran parte de sus escritos desaparecieron, fueron robados por los norteños o destruidos ante el miedo a que fueran usados por ellos. Hace poco encontré las pistas para uno de sus trabajos más visionarios y conseguí un manuscrito suyo original. Mis investigaciones de ese viejo libro, me han llevado a la que creo será la única forma de derrotar a esos ejércitos de abominaciones, que no paran de aumentar en número. Es un ritual que elimina a los no muertos.

—De esos hay muchos —interrumpió Garrote—. Incluso el clero de Cherm tiene uno, pero tarda días en hacer efecto. Los magos, en este ámbito, nunca superarán a los servidores de la Muerte.

—Es cierto, pero esta convocación llama a las tres lunas a la vez. No elimina a las abominaciones de una en una, sino a todas en un gran radio. Y estoy hablando de millas, no de pasos.

—Increíble, ¿cómo es posible tal prodigio?

—Es el poder de las tres a la vez: la Vida, la Muerte y la Magia. La unión en una verdadera fuerza primordial, más antigua que el mundo. En los archivos más arcaicos que custodia la Monja Recuerdos en Ciudad de las Torres, hay indicaciones de que funciona, una vez que sabes qué buscar. Aunque hay varios peros... El primero es que tiene que haber un número mínimo de abominaciones en el área o una muy poderosa. Las Diosas ya se molestan en dar poder a los sacerdotes y no demuestran toda su majestad porque sí. El segundo, es que se necesitan objetos que demuestren una gran fe en ellas. Por parte de Cherm usaremos una rama del Primer Roble. Afortunadamente, sus ejércitos siempre marchan con una que ponen en su bandera. Y para la Última que Te Ve, se necesita un trozo de una piedra de penitencia hecha por una Paladina del Cráneo.

—Eso no será difícil —dijo Tria—. Seguro que alguna hermana tendrá alguna culpa que expiar. Yo misma tuve que tallar una no hace mucho —explicó mirando al barbudo clérigo.

—Eso demuestra fe, pero no una gran fe. Se necesita una especial, una que haya perdonado una gran falta o que tenga mucho tiempo y aún esté casi intacta. Hay una cerca de aquí que combina ambos factores. Posee una gran historia... Mi bardo favorita la conoce, que os la cuente en otro momento.

—Perdóneme Artesano —habló Zhersem—, pero ¿por qué nos cuenta a nosotros

todo esto?

—Porque alguien tiene que ir a por ella. Ya he hablado con la paladina en jefe y con el resto de altos cargos eclesiásticos sobre el asunto. Y dándole la razón a la bardo, vosotros sois una buena elección para esa misión. La Devota Triannora y el Iniciado Zhersem, han estado involucrados en la recuperación de la reliquia de Manos Ardientes desde el principio y otra vez necesitamos ir a por una reliquia. Obviamente no irán solos, pero ya entraremos en detalles más adelante. Por otra parte, Su Gracia Garrote es de lo más adecuado para participar en la convocación. Un sacerdote no nacido en el clero es lo que necesitamos, además de culto y con ansias de aprender. Ese era el tercer pero de los que hablábamos antes. Se quedará aquí conmigo estudiando el hechizo. También es necesaria una novicia de Cherm, con marcas de matrona pero sin las de nodriza, que aún no sea madre. El cuarto pero. Atardecer no puede, pero su amiga Bruma, ¿cuán estudiosa es?

—Lograba mejores notas que yo —contestó la de manos de madera—. Entramos a la vez en el templo y siempre estuvo un poco adelantada. Creo que sería una buena elección, Artesano.

—Mejor que conteste ella. Bien, Matrona, ¿se ve capacitada?

—Si es la voluntad de la Diosa, así sea.

—¡Bien dicho! Entonces desde mañana, Bruma y Garrote vendrán a vivir aquí conmigo. Tenemos bastante trabajo por delante.

—Una pregunta, si me permite —inquirió el siempre curioso clérigo—. ¿Cuál es la razón de que se necesite sacerdotes, por decirlo de una manera, incompletos?

—La verdad es que Segundo Curandero no lo explicó, por lo menos en el manuscrito. Pienso que tiene algo que ver con que cada religioso ha de recitar la letanía de la diosa hermana a la que sirven. El clérigo la de Cherm y la novicia la de la Tatarabuela Muerte.

—Estese tranquilo, no la habremos olvidado aunque no oremos a menudo a la Otra Dueña.

—Seguro que no, pero la dificultad está en forzar a usar los tatuajes a la vez que se recita la enumeración contraria. Pero tranquilos, seguro que podrán hacerlo. En cuanto a mi bardo favorita —cambió de tema tras esperar unos instantes por si alguien tenía otra pregunta—, ya se imaginará el quinto pero. Tanto para la convocación, como para tomar el trozo de piedra de penitencia, se necesita usar la música. Ya le he copiado la partitura para que pueda ir estudiándola por el camino, pues irá con la expedición. Remachador la acompañará para protegerla. De todo lo referente a la Tercera Luna no hay ningún pero, el hechizo no es nada que un mago competente no pueda realizar.

—Perdone Artesano —habló Atardecer—. Si yo no soy necesaria en el campamento, ¿puedo acompañar a la expedición? Así me sentiría útil.

—Eso pregúnteselo al Iniciado y la Devota, si ellos dan su aprobación, por supuesto que tiene la mía también.

—Iniciado Zhersem —dijo la novicia poniendo voz de evento oficial—, Devota Triannora, ¿puedo acompañarles en su sagrada misión?

—Perdón, ¿se encuentra dentro la Devota Triannora? —interrumpió una voz femenina desde afuera de la carpa—. ¿Cómo que no? Sabemos de buena fe que está aquí. —Su interlocutor hablaba en un tono más bajo, haciéndolo inaudible desde el interior—. ¿Que cómo lo sé?, el oficial aquí presente tiene sus medios. Nunca falla recopilando información, aunque me corten todos los brazos si averiguas como lo consigues. A ver, buen hombre, insisto. ¡Qué somos amigos suyos! Bueno, yo de la Devota y el oficial de un sacerdote de la Segadora que le acompaña. Uno grande, gordo y con barba. Haga el favor de entrar y dígame que están aquí el capitán Jamur, de la Guardia de Puerto Acuerdo y la capitana Miri Com Am, de la flota del Consejo.

Tras pedir permiso al mago, Tria salió a buscarlos antes de que armaran más escándalo. Cuando acabó la tercera ronda de efusivos saludos de la noche, fueron presentados a Dos Pares y a Bruma. Los de las Islas Centrales explicaron la nueva reorganización de las fuerzas del orden en Puerto Acuerdo y la creación de la flota del Consejo, sus nuevos grados y trabajos, y como los planes originales se habían frustrado por las invasiones orca y no muerta. Luego continuaron con las penalidades del fracaso de defender a Ciudad del Pan, con el alivio que sintieron al retirarse las abominaciones y el regreso de las victoriosas tropas sobre los colmilludos. Al enterarse de que el iniciado y la paladina partirían pronto en una misión, ambos se autoincluyeron, usando la excusa de que eran gente de acción y no iban a estar esperando con los brazos cruzados la vuelta de sus amigos. Ni siquiera al enterarse de que Garrote se quedaría estudiando con el mago, impidió que Jamur desistiera de su empeño.

—Entonces yo también voy —soltó Atardecer viendo como se desarrollaban los acontecimientos—. Porque no hará falta que os pregunte de nuevo, ¿verdad? Y las superiores seguro que me dan permiso.

Todos brindaron por el feliz regreso, una vez que la rapsoda regresó con dos copas más. Pulir el resto de los detalles les llevó lo que quedaba de la noche.

## Capítulo 30

Cuarto Molinero corría sin descanso, ignorando el dolor de su pecho. Había tenido que esperar a finalizar su turno como camarero del Duque antes de partir, a pesar de que su amor al Padre le pedía a gritos que marchara a contárselo al sacerdote nada más enterarse del plan. Aquellos sucios adoradores de las traidoras no iban a salirse con la suya. Hacía muchos años que su familia esperaba, en secreto pero con ansia, el regreso de los representantes de la verdadera fe. Cuán grande fue su sorpresa cuando el diácono de su exigua congregación le llevó un día a presencia de uno. Cuando le dio con su acento norteño la sagrada bendición se encontró rayando el éxtasis. Su fervor y trabajo cerca del noble le sirvieron para ganar estatus entre los suyos. Desde aquel momento, informaba de todo lo que oía a un sacerdote, una vez cada cinco días. Los demás de la congregación estaban envidiosos de él, ya que se encontraba cerca del Padre muchas más veces que ellos.

Llegó al punto de reunión sin aliento, poniéndose de rodillas, tanto para descansar como en señal de deferencia. En cuanto el ritmo de la respiración le bajó un poco, empezó a orar a su dios en una lengua que se notaba que apenas conocía y que sonaba cercana a la necromántica. Acabó el rezo tocando con la frente el suelo, mientras se echaba un pequeño puñado de arena sobre el pelo. Al levantar la cabeza se encontró con un servidor del Padre que como siempre, había aparecido de la nada. Le sopló el polvo, diciendo las palabras purificadoras y le preguntó:

—¿Por qué has venido antes de tu cita? No es conveniente que salgas tanto del campamento, llamarás la atención.

—Es muy importante, Su Rectitud —dijo evitando el dialecto del Gran Caudal, ya que los norteños lo odiaban—. No pude enterarme cuando dividieron el ejército y marcharon a por nuestros aliados los orcos, pues el cocinero jefe me mandó a supervisar una caravana de suministros, pero creo que esto es igual o más importante.

—Habla rápido.

—Sí, Su Rectitud. Esos perros adoradores de las traidoras, dicen que su mago ha descubierto una forma de destruir el ejército que el poder del Padre ha levantado para hacer su voluntad. Dicen también que va a partir una expedición a por uno de los componentes que les hacen falta.

—Dime, Bigotes —Andremonia había traspasado el mote del hereje sacrificado al nuevo que le traía los mensajes del resto—, ese espía vuestro, ¿os ha dicho donde se encuentra esa piedra de penitencia?

—Sí Mi Señora, incluso nos ha dibujado un mapa —contestó tendiéndole un papel dibujado—. Aquí tiene una copia.

—¿Y dónde se encuentra él? Quisiera interrogarlo yo misma.

—Se ha reunido con el Padre. Fue necesario su sacrificio para que el mensaje nos llegara rápidamente, pero dio su vida gustoso.

—Gracias. Tengo que hablar con mis sirvientes. Necesitaré algunos de los tuyos

para resolver este problema. Que estén preparados para partir cuanto antes. Puedes retirarte.

La perversa bruja de los no muertos, se concentró unos instantes para influir en el medallón que Mintri portaba. Él notaría que su ama lo requería. Con la antipaladina todavía era más sencillo, ella sabía por instinto cuando debía presentarse ante su dueña, si no se encontraba muy lejos. Ambos llegaron casi al mismo tiempo.

—Mi Señora Andremonia —dijo el miriápodo en cuanto compareció—, le comunico que ya hemos encontrado otro de los tesoros de los que andamos a la caza. Estaba enterrado debajo de unas estatuas de las Diosas en la entrada del pueblo. No he venido antes, pues estamos ampliando la búsqueda por si nos dejábamos algo. Ya sabe lo que insistieron los enviados de La Cofradía con que les interesaba todo, incluso esos pergaminos destrozados que están siempre cerca de las joyas.

—Secretario —le espetó—, eso ahora puede esperar, tenemos asuntos más acuciantes. Ha llegado el momento de formar esas tropas rápidas con las bestias de los túmulos, tal como lo hablamos. Si algún necromante protesta, dile que es una orden mía y que no querrá verme enfadada con él. Necesitamos impedir que nuestros enemigos consigan un objeto. Tú y Cuerva partiréis.

Casi todas las devotas de la expedición llevaban el pelo al raso; un recuerdo de la última batalla, en la que tuvieron que utilizar en exceso la furia divina. En cambio, a los del roble les delataba el haber combatido, los nuevos miembros de madera viva con la corteza mucho más clara que los que tenían desde hacía más tiempo. Los sacerdotes y sacerdotisas se encontraban en mejor estado, excepto uno de la Segadora, al que se le notaban las quemaduras de un ataque mágico lanzado por algún chamán orco. La capitana Miri, Jamur, la Doncella de Bronce y su recién asignado guardaespaldas, Remachador, eran los únicos de la expedición que no eran servidores de alguna de las Dueñas. Sumaban unos cuatrocientos entre todos. Se optó por la rapidez del grupo antes que por la seguridad en el número, aunque excepto Atardecer y otra novicia, todos eran veteranos de muchos combates. Velocidad y calidad, en palabras de los altos oficiales.

Antes de que partieran, el Duque en persona le había entregado a Tria su propio pañuelo distintivo del Gran Caudal, muy similar al que ella ya poseía. Lo llevaba atado en la muñeca derecha, para que le diera fuerza y destreza en el combate, honrando a su familia al mantener el viejo en el cuello.

La partida de guerra se dirigió a marchas forzadas hacia el lugar de la piedra de penitencia. El vetusto monumento era el último recordatorio de una antigua leyenda. Según narró la bardo durante el viaje, el acto de contrición de una Paladina del Cráneo fenecida hacía siglos. Su amor por un seglar casi condujo al resurgir de unos demonios, expulsados del mundo eones antes de la eclosión de la fe en las Diosas. Como siempre en las leyendas, había múltiples versiones. Unas contaban que se arrepintió antes de que los seres extraplanares invadieran la faz de la tierra, otras que



lo hizo al ver las acciones del primero que se manifestó; y la gran mayoría dice que fue al darse cuenta de que había sido engañada, pues no eran los seres bondadosos que le prometieron que iban a acabar con las injusticias, sino la misma personificación del mal y del odio. Pero todas concuerdan en que al acabar de grabar la piedra con los nombres de la Última que Te Ve, sacrificó su vida, su nombre y gran parte de su alma inmortal para expulsar a lo que había sido convocado mediante la ceguera del falso amor, gracias a su fe y al poder de la Tatarabuela Muerte. Incluso hoy en día, a pesar de que no había ningún monasterio cerca, la gente que creía necesitar el perdón de La Segadora, recorría cientos de millas para solicitarlo delante de la solitaria y medio perdida roca. Sin duda, era una de las mayores demostraciones de verdadera devoción que han perdurado desde los tiempos antiguos.

El monolito se encontraba al lado de una pequeña arboleda de hoja perenne, lejos de los caminos comerciales más importantes y cerca de un pozo que comunicaba con una fresca corriente subterránea. Los peregrinos habían limpiado el suelo alrededor del bloque e improvisado un pequeño altar con tres piedras sin tallar, donde dejaban las ofrendas. La mayoría eran símbolos de lo que el penitente prometía: un mechón de pelo si iban a entrar al servicio de la Diosa como sacerdotes o monjas, pequeñas herramientas si harían arreglos en los monasterios trabajando a cambio solo de comida, sandalias si los viajes expiatorios aún no habían acabado, diminutas vasijas si se dedicarían a transportar cadáveres para que les pudieran dar los últimos ritos llevando de vuelta las cenizas a sus familiares...

A pesar de los años transcurridos, los elementos habían respetado las inscripciones. Los veinticuatro nombres se leían sin esfuerzo. Se encontraban repartidos en grupos de seis por las cuatro caras verticales, estando la superior sin grabar y pulida por la acción del agua, como si La Segadora solo hubiera protegido su letanía.

Antes de comenzar la extracción del trozo necesario para el ritual de Segundo Curandero, la mayoría de la expedición pasó a ver el monumento aún incólume. Cada uno aprovechó para decir una pequeña oración a la Diosa, realizando una pequeña genuflexión al llegar a la zona limpia. El resto se quedó vigilando los alrededores.

La Doncella de Bronce, usando un carboncillo que le había dado Dos Pares, marcó un cubo de unos doce dedos de largo, aprovechando las tres caras libres de una de las esquinas superiores, evitando los grabados. Luego sacó un arpa de mano cedida también por el mago, la misma que usó el día que ayudó a recuperar el manuscrito en Ciudad de las Torres. No buscó la copia de la partitura, pues ya se la había aprendido de memoria durante el viaje. Además, como la vez anterior, tenía muchas partes repetitivas, aunque los rituales del brujo solo habían sido necesarios para la creación del marcador. Ella no se hubiese fiado de practicar magia en solitario si el brujo no le hubiera ya demostrado que en estos asuntos siempre acertaba, así que sin más dilación empezó a tocar.

A medida que la bardo tañía la melodía, las líneas marcadas en carboncillo se

fueron aclarando hasta acabar de color blanco y después echaron a brillar. Al poco, comenzaron a titilar al ritmo de la música, introduciéndose lentamente dentro de la roca como si la estuviesen desgastando unas limas muy finas. Cuando los cortes tenían más o menos medio dedo de profundidad, la rapsoda calculó que a ese ritmo tardaría unas dos horas más, así que tendría que repetir la composición una docena de veces.

Un Paladín del Roble se aproximó corriendo a los comandantes de la expedición, que se encontraban a unos diez pasos de la Doncella de Bronce, viendo como se desarrollaba el ritual.

—Se ve una nube de polvo a unas dos millas de aquí —les informó—. Se acerca muy rápido. Los sacerdotes de la Diosa de las Alas Fuertes con mayor visión dicen que aunque parece que había algo que lo atenuaba, ahora que miran fijamente hacia allí, detectan sin lugar a dudas actividad necromántica.

—Todo el mundo preparado para el combate —ordenó el oficial en jefe, un guerrero de Cherm veterano de muchas campañas, que respondía al nombre de Cedro—. Los tenían que haber detectado mucho antes, esto no me huele nada bien. Que los sacerdotes y sacerdotisas se desplieguen por el bosque, para que dispongan de cobertura. Veinte paladines y otras tantas paladinas, vayan con ellos para protegerles, el resto en formación dispersa. No podemos dejar que se acerquen a la piedra de la penitencia.

El oficial se volvió hacia Tria, ya que el haber sido designada por Dos Pares, el conocer personalmente a la bardo y que el Duque le hubiera dado su propio pañuelo, le había dado estatus de consultora.

—Devota —le dijo—, ¿qué opina, nos dará tiempo a acabar el ritual?

Ella, tras pedir unos instantes, se acercó a la rapsoda y a pesar de que había pedido todo el silencio posible, le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto tiempo te queda para completar el ritual?

—Dos horas —contestó la Doncella sin dejar de tocar, formando las palabras con la boca pero sin pronunciar sonido.

La pelirroja transmitió la información a Cedro, que replicó:

—¿Y puede continuar luego o volver a empezar? Ella es la única que puede hacerlo y no quisiera arriesgarla. Siento en mis cicatrices que aquí se va a poner feo, pero que muy feo.

—Podré en otra esquina —explicó la propia juglaresa parando la interpretación—. El artesano mágico me dio material por lo menos para una veintena de intentos... Pero si con el poco ruido de ahora el ritual flojea, con el estruendo del combate seguro que se corta.

—Entonces será mejor que se aparte, no quisiera perderla. Devota Triannora, elija a un par de sus compañeras y a tres de mis chicos y escolte a la bardo.

—No se preocupen, yo la protegeré —interrumpió Remachador—. Ese es mi cometido y mi profesión. Las Devotas y los Fervorosos son más necesarios en

primera línea.

—Por mí de acuerdo —dijo la guerrera de la calavera—. Llévate también a Jamur y a la Capitana Miri. Poneos detrás de los sacerdotes.

—Y usted delante de ellos, Devota —ordenó el oficial—, justo en el linde del bosque y así estará cerca de su par.

La nube de polvo se detuvo a poco menos de una milla de la piedra de penitencia. Al disiparse, se distinguieron las felinas siluetas de las horribles bestias de los túmulos, unas cincuenta sin contar a las crías. Cada una cargaba en su lomo una docena de figuras, que empezaron a descabalgarse con los torpes movimientos de los no muertos. Pronto formaron círculos concéntricos alrededor de un necromante. Otras bajaron de un salto, desplegándose en arco a unos trescientos pasos. Eran cadáveres-cicatriz siendo usados como exploradores, aprovechando sus capacidades de detectar magia.

Los jinetes que se habían quedado encima de las bestias, alzaron los brazos al unísono y empezaron a recitar en la perversa lengua de la necromancia, llegando el perturbador sonido a los servidores de las Diosas. Mientras, las figuras alrededor del brujo que estaba en el suelo, empezaron a brillar con luz verde que se intensificaba y que, cuando se apagaba, desaparecían. Alimentaban el aura de energía maligna que crecía sobre la cabeza del hechicero.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Cedro al ver el desarrollo de los acontecimientos.

—Está absorbiendo la energía de cadáveres-quemados, Muy Fervoroso —contestó una oficial de las Paladinas del Cráneo—. Están preparando un ritual necromántico.

—Pues carguemos e impidámoslo.

—¡Demasiado tarde!

La velocidad de desintegración de los no muertos creció a un ritmo vertiginoso. Pronto solo quedó el necromante. Su cuerpo no soportó tanta energía, consumiéndose en medio de una enfermiza aureola verde, a la vez que él alzaba las manos finalizando el conjuro. A la altura de su pecho se vislumbró, a pesar de la distancia, un intenso brillo naranja. Aquello señalaba que las piedras de resurrección habían funcionado. Su corrompida alma se había trasladado a un cuerpo cercano, preparado con anterioridad para recibirla. A los pocos instantes no quedó ni rastro de los no muertos, ni del brujo, ni de las luces.

Los servidores de las Diosas respiraron aliviados al ver que no había ningún otro efecto. El hechizo debería haber fallado, las posibilidades de hacerlo crecían a la par que la energía utilizada aumentaba. Y en esta ocasión había sido mucha. Una tensa calma recorrió los dos bandos. De repente, unas luminiscencias de color esmeralda empezaron a caer desde el cielo sobre la zona que rodeaba al monumento y por el bosque, desatando un infierno allí donde tocaban suelo.

## Capítulo 31

Uno de los orbes cayó cerca de Tria. La fuerza de la explosión le arrancó de la cabeza su yelmo del cráneo. Durante treinta segundos solo vio verde, sin distinguir formas. Incluso con los ojos cerrados seguía viendo el color. Sus oídos no estaban mucho mejor. Un zumbido los saturaba, aunque se alzaba por encima el ruido de más deflagraciones machacando toda la zona. Continuaron durante un minuto, que se le hizo eterno. Cuando se apagó la última se levantó del suelo, ignorando los mil dolores distintos provenientes de todas las partes del cuerpo. Una persona normal habría muerto, menos mal que ella ya lo estaba a medias desde el Rito del Cambio. También le salvó que un árbol bastante grueso absorbió parte de la onda expansiva. Una de sus hermanas de batalla no había tenido tanta suerte, había perdido las dos piernas y su cuello se encontraba en una posición extraña. Ni la legendaria resistencia de las paladinas había podido soportar tanto castigo. Al notar que había perdido el casco y el escudo, optó por usar los de su compañera caída, tanto para no perder más tiempo como para honrarla y vengarla. Justo cuando estaba desenfundando la espada, oyó el grito de guerra, esta vez completo: «A todo le llega la Muerte, pero no el olvido». El combate había comenzado. Invocó la furia divina y, rogando que Zhersem y los demás se encontraran a salvo, corrió hacia el origen del clamor.

El hechizo necromántico no causó muchas bajas entre los del roble y las del cráneo, pero sí que logró una gran confusión y desorden entre sus filas. Los sacerdotes y sacerdotisas sufrieron más muertes, aunque no dejaron de preparar sus hechizos. También modificó el paisaje, destrozando gran parte del bosque, llenando el suelo de agujeros. La pelirroja llegó al linde, encontrándose a unas pocas de sus hermanas intentando contener a los cadáveres-cicatriz. Estos intentaban sobrepasarlas para que sus amos localizaran el punto exacto donde estaban los clérigos y bombardear mágicamente la zona. Solo podían sentir a los que tuvieran un hechizo preparado o hubieran lanzado uno recientemente. Pero los necromantes sabían que las de Cherm no podrían dejar de intentar salvar a los heridos graves.

La aparición de la guerrera llenó un hueco en el difuminado frente, por donde tres abominaciones querían escabullirse. Dos de ellas no variaron su ruta, pero la otra, al verla, se desvió hacia su izquierda. Tria masculló una resignada interjección, invocando con más intensidad la furia divina. Cargó contra el dúo que tenía enfrente y, de un mismo tajo, partió a ambos por la mitad. Sin detenerse a rematarlos, inició la persecución del esquivo monstruo. Tuvo que volver a forzar su ya maltrecho cuerpo para alcanzarlo. Tras cortarle la cabeza, se giró a mirar si venían más cadáveres-cicatriz. No vio ninguno, pero lo que ahora se acercaba era mucho peor. Los brujos de los no muertos, habiendo adivinado que la mayoría de los conjuradores al servicio de las Diosas se encontraban en el bosque, lanzaban un asalto hacia el lugar.

Las bestias del túmulo se aproximaban al trote. No todas, solo las más grandes. Las pequeñas y alguna cría crecida, se habían quedado protegiendo a parte de los

necromantes, que habían desmontado y se encontraban realizando alguna de sus repugnantes invocaciones. La de mayor tamaño iba montada por un extraño guerrero con una capa de plumas de cuervo, que comandaba el ataque en cuña. Tria dio unos pasos hacia atrás, para tener algo de cobertura a la espera de la acometida. Se encontró con otra paladina que también había reulado. Había extraviado su espada y escudo, mas sujetaba con fuerza un hacha a dos manos mientras rezaba:

—Tatarabuela Muerte, ayúdame a llevar estas corruptas almas a tu Jardín sin Fin.

Las dos se miraron y asintieron, disponiéndose a matar o a morir, a ganar tiempo para que sus hermanas maniobraran y contraatacaran.

Zhersem era uno de los pocos sacerdotes de la Segadora que habían sobrevivido ilesos al bombardeo mágico. Al oír la llamada a la lucha de las guerreras de la calavera, se dirigió a ayudarlas. Por el camino se encontró con dos Paladines del Roble un poco mareados, pero dispuestos a combatir. Los mandó hacia atrás a proteger a las sacerdotisas que estaban atendiendo a los heridos. Llegó donde había tres paladinas. Antes de que pudiera preguntarles por el estado del combate, una de ellas señaló la carga de las abominaciones. Él finalizó la sagrada enumeración que llevaba preparada, lanzando un hechizo de purificación contra su líder. El místico rayo, como todas las veces, se dirigió en línea recta hacia su objetivo. Una barrera invisible hizo que nunca lo alcanzara, dividiéndolo en partes más pequeñas y desviándolas en varias direcciones. El conjuro acabó extinguiéndose, ni siquiera frenando su avance. Otros clérigos de la Muerte se habían desplazado a primera línea. Sus conjuros también fueron repelidos, incluso los que iban dirigidos a los necromantes. La comandante enemiga había extendido su escudo mágico para protegerles, esa era la razón de que fuera encabezando el ataque. Hubo otra tanda. Esta vez los sacerdotes que se encontraban más cercanos entre sí, se coordinaron para aumentar la potencia en espera de romper la defensa, pero siguieron sin tener efecto.

El iniciado infirió que aquello no era un escudo mágico al uso. Aparte de que no poseía la verde luminiscencia que acompañaba a todos los hechizos necrománticos, al escudriñar con la visión divina no sintió casi nada de muerte. Entre tanto brujo de los no muertos y abominaciones, tendría que haberle dado una migraña por el exceso de luz. En cambio, veía todo muy atenuado por una aura opaca. Aquello debía ser lo que había ocultado al grupo atacante hasta estar cerca y ahora lo protegía.

Las pocas servidoras de Cherm que no estaban atendiendo a los heridos llegaron al linde cuando la embestida ya alcanzaba el bosque. Lanzaron las bellotas bendecidas para crear una tupida selva instantánea que hiciera de barrera. Era un último intento de retrasar la carga, pues casi había hecho contacto. Descubrieron por las malas que el halo maléfico también afectaba a las bendiciones de la Dama de las Flores Rojas. Los frutos se abrieron para dar paso a unos brotes, pero estos no llegaron a árboles, siendo destrozados por las patas de las bestias sin llegar a enraizar. Los clérigos de ambas diosas dieron unos pasos hacia atrás, esperando que las ramas militares frenaran a sus enemigos. Una nueva ronda de explosiones esmeralda saturó

el borde del bosque. Los necromantes habían reservado poder para una salva más. Esta vez no fueron ni tan numerosas ni tan potentes, una por cada brujo, pero acabó por herir a los pocos sacerdotes incólumes que quedaban. Los escasos guerreros se quedaron sin apoyo.

Cedro era un viejo perro de la guerra, superviviente de muchas batallas. Asistido por la paladina en jefe, pronto ideó la respuesta a los acontecimientos. Separó sus tropas en dos mitades, una la mandó a repeler la carga y la otra a hostigar a los necromantes antes de que acabaran de invocar. Mientras dirigía la contracarga, rogó a la Tatarabuela Cherm que les diera un poco más de velocidad. La nueva racha de estallidos debía haber causado abundantes e irremplazables bajas y deseaba con todas sus fuerzas que finalizara la sangría. Su ferviente fe hizo que la furia divina hinchara todos sus músculos, incluidos los de madera viva, acelerando a una velocidad sobrehumana. No iba a dejar a sus hermanos y hermanas, servidores de ambas Diosas, morir por falta de ayuda. Sin volverse a mirar, supo que todos los que le seguían estaban forzando sus cuerpos mucho más allá de lo aconsejable, mas llegarían a tiempo.

—¡Cuerva, Cuerva! ¡Cuerva del Abismo! —gritaron los pérfidos magos, alentando a su líder, saboreando ya la victoria.

—¡Por nuestra Señora Andremonia! —replicó ella con más fuerza.

El choque entre ambas fuerzas no fue todo lo violento que la rapidez de los del roble y las del cráneo sugería. En cuanto entraron en el aura de la antipaladina, su ímpetu se desinfló. Los miembros de ellos se deshincharon; y las melenas de ellas, las que aún las conservaban, dejaron de flotar. No afectó a todos por igual, siendo las paladinas las que más la sufrieron. Entre los guerreros de Cherm, fueron más afectados aquellos que poseían menos miembros de madera viva. Sin poder dar los espectaculares saltos y los potentes golpes que definían su estilo de lucha, se encontraban en desventaja contra las bestias del túmulo. Una de ellas agarró con sus manos a una guerrera, ya que no pudo esquivarla al estar como afectada por veneno de necroquimera. Sin mucho esfuerzo la partió por la mitad, separando el torso de las piernas. La abominación se puso a beber la sangre que caía de la atroz herida. La paladina, con la última vida que le quedaba, le pudo clavar en el morro su Daga de Misericordia. El engendro se derrumbó al funcionar el poder del arma, tirando al suelo a su jinete.

Varios sacerdotes habían llegado a la misma conclusión que Zhersem y chillaron indicando que la oficial enemiga era la causante de la debilidad de los dones divinos. Sabiendo que las virtudes del sagrado cuchillo funcionaban, varias paladinas le lanzaron los suyos, esperando que al hierirla con ellos desapareciera el aura helada. Cuerva paró casi todos con su escudo. Detuvo uno de los otros con la mano abierta. La hoja le traspasó la palma. El único efecto visible fue que la luz rojiza de sus ojos brillara con más fuerza detrás del cráneo de gigante que le hacía de yelmo. Arrancó la

daga sin que sangrara el corte; lanzándola, a pesar de que portaba la defensa en ese brazo, contra el hombro de un luchador de Cherm. Penetró hasta la empuñadura. Él estaba acostumbrado a heridas peores y continuó de pie. No obstante cuando Tria intentó sacárselo cayó al suelo, vivo pero inmóvil. El poder seguía funcionando, mas solo cuando el arma estaba en contacto con una paladina.

La carga de la otra mitad de los guerreros de ambas Dueñas obligó a los necromantes a apresurarse en su invocación. Los más resueltos no dudaron en sacrificar a sus correligionarios más débiles para acelerar el proceso, sin importarles si tenían implantadas piedras de resurrección o no. Una verde nube de aspecto similar al humo, se estaba concentrando unos pasos por encima de sus cabezas. De ella se empezaron a formar una especie de grandes tentáculos terminados en unas espinas similares, por tamaño y punta, a unas primitivas lanzas. Zher reconoció, gracias a las lecciones de necromancia, a uno de los Demonios Desterrados Mayores. Se acercó a uno del roble que se había retirado un poco al perder el brazo, aunque al ser de madera viva no sangraba mucho. Señalando con el dedo, le gritó:

—¡Necesito qué me lleves allí, rápido!

—¡Aquí nos necesitan también! —replicó, más por el ansia de combate que razonando.

—¡Yo aquí no puedo hacer nada! ¡Y tú tampoco mucho, sin una mano! ¡Venga, hay que acabar con el necromante controlador antes de que acabe la invocación!

Corrieron bordeando el combate. El iniciado se subió a la espalda del paladín en cuanto salieron del área de influencia de Cuerva. Se agarró a su cuello y, conteniéndose para no espolearle con los talones, le chilló al oído:

—¡Por las Diosas, todo lo raudo que puedas! ¡Aunque tengan que injertarte las dos piernas nuevas!

Mintri se encontraba protegido detrás de la antipaladina. Con su ojo implantado buscaba rastros de magia, para poder atacar a los clérigos. Solo detectaba algo muy adentro del bosque. Los que se encontraban en el linde habían desistido después de ver la futilidad de sus hechizos sobre el frío halo de Cuerva. Se sorprendió un poco cuando ella le protegió, parando con la mano una daga que le iba dirigida a él, aunque siempre lo había tratado bien. No con ese desprecio contenido que, excepto de Andremonia, recibía de los necromantes. Incluso se atrevería a decir que con una tosca camaradería entre guerreros.

El combate marchaba estupendamente, las bestias de los túmulos estaban haciendo un verdadero destrozo entre los luchadores de las Diosas. El miriápodo se dio cuenta de que aquella paladina, la que había arrancado la daga de uno de los del roble, tenía el pelo rojo. La monstruosa pinza que sustituía su mano le empezó a picar, cosa que no le había pasado en todas las lunas desde que se la implantaron. Más que sentirlo, debía ser un reflejo que le recordaba el miembro amputado. Ahora estaba seguro. Era ella, la musa y protagonista de sus fantasías de venganza. El resto de la existencia desapareció, o por lo menos el cerebro del miriápodo no la procesaba.

Solo existía ella, con su yelmo marcando una macabra sonrisa riéndose de él. Había llegado el momento de devolverle con creces todo el dolor sufrido.

El rencor le hizo olvidar hasta las tácticas más fundamentales. Con un salto bajó de la grupa. Enseguida, tres paladines cargaron contra él, considerándolo un blanco más fácil que las del túmulo o sus jinetes. No sospechaban que el miriápodo se había transformado en un poderoso enemigo. Su nueva retina veía la energía divina, aunque muy atenuada por el aura de Cuerva. Percibía incluso la que usaban los músculos, sobre todo los de madera viva, cuando iban a lanzar un golpe. Sus viejos reflejos de duelista seguían afinados, ya acostumbrado a su nuevo centro de gravedad. Cuando su pinza atenazaba era imposible romper su presa, aplastando armas, protecciones y carne. Su espolón siempre amenazaba un órgano vital, aunque cualquier herida ya envenenaba y ralentizaba. El resto de sus brazos, armados con dagas y sables, continuaban ágiles y certeros. Pronto los tres atacantes yacieron a sus pies.

Ahora nada se interponía entre él y la paladina, que estaba intentando ganarle la distancia a una de las bestias, sin dejar de vigilar al necromante que iba en su lomo, quien sin poder sacrificar cadáveres-cicatriz recuperaba su poder muy lentamente. Mintri no desaprovechó la ocasión y la atacó su flanco por sorpresa. Había repasado el primer combate una y otra vez en su mente, intentando recordar el giro que daba con cada golpe y finta. Ella no le decepcionó y usó uno nuevo, pero con su rapidez mermada le fue fácil desarmarla de su espada con la pinza. Luego la derribó y le pisó el brazo del escudo, rompiendo la defensa a continuación, con mucho cuidado para no ocasionarle heridas graves. Impidió que la abominación se acercara y la rematara, enseñándole el medallón que le había dado Andremonia. Quería que sufriera lo indecible. Empezó pinchándola con el espolón en las casi desprotegidas piernas, para que al emponzoñarla se encontrara indefensa. Repitió varias veces la operación, asegurándose. Una vez logrado, le retiró el casco, pudiendo confirmar que había acertado y no era otra guerrera de la calavera pelirroja. Se regocijó al pensar en todo lo que le iba a hacer. Aquello iba a durar mucho, pero que mucho tiempo.

La Doncella de Bronce y sus escoltas se encontraban al lado de un par de sacerdotisas de Cherm cuando cayeron las explosiones. No las sufrieron, pues estaban detrás de la última línea. Las religiosas avanzaron a atender a los heridos. La rapsoda las siguió, pese a las protestas de Remachador. Ella no quería sentirse inútil y por lo menos podría ayudar, esperando que fuera lejos del combate. Antes de que se dieran cuenta, los cuatro laicos se vieron actuando de improvisados auxiliares.

Mientras se encontraban cortando la hemorragia de los muñones de una pierna y un brazo de un sacerdote de la Muerte, se oyó una segunda tanda de detonaciones. Al acabar el ruido, la bardo se levantó de golpe a mirar en qué lugar se habían producido. Un cuchillo se le clavó en el muslo. Si no se hubiera erguido hubiera sido en el cuello, donde sí impactaron otros puñales en las sacerdotisas. Remachador fue el primero en darse cuenta del peligro y en blandir sus armas: los dos pesados martillos de batalla que le daban nombre. Se colocó delante de la Doncella,



protegiéndola; seguido por Jamur, que desenfundó con un movimiento dramático; y Miri, que desplegó sus rodela para cubrirles, quedándose tras ellos. Todos miraron en la misma dirección, pero no vieron a ningún enemigo. En esos momentos el dolor llegó a la cabeza de la juglaresa, haciendo que su pierna fallara, obligándola a caer al suelo.

Otro puñal salió de la nada. El guardaespaldas hizo alarde de reflejos desviándolo con un golpe de su maza. Jamur buscó el punto de origen y allí seguía sin verse al lanzador. Sintió un escalofrío en la nuca. Su intuición le avisó de que nadie se podía esconder tan bien a la corta distancia del alcance de los cuchillos, por muy frondosa que fuera la selva. Nadie excepto:

—¡Herejes! —gritó el guardia—. ¡Alarma, herejes!

Atardecer se había sentido un poco relegada cuando al llegar a la piedra de la penitencia Tria le había pedido que, por favor, cuidara de Pira. Sabía que había sido para protegerla y era la mustélida la que iba a cuidar de ella si hubiera combate. Aun así se sintió un poco desplazada, recordándole que era la de más bajo rango de toda la expedición; una simple novicia a fin de cuentas. A duras penas controló al animal mientras el hechizo necromántico arrasaba el bosque. Usó una mezcla de cariño con malsonantes interjecciones, rogando que no la oyera ninguna de las Madres cercanas. Estuvo unos minutos intentando decidirse entre quedarse donde le habían ordenado o ir a atender a los heridos, tal como clamaba su formación como religiosa. La comadreja acabó decidiendo una tercera, después de que se oyera una segunda tanda de explosiones. Empujándola insistentemente con la cabeza y ayudada por su largo cuello, le hizo subir a su grupa. Salió disparada casi sin dejarle agarrar las riendas, en dirección de los últimos ruidos.

La novicia temió por su vida, al ver como los árboles se dirigían hacia ella a toda velocidad, así que puso el lado de su cara en el pescuezo de Pira, abrazándose a él. Pronto llegó al linde, apareciendo en medio del combate. Enseguida se hizo con la situación, que empezaba a ser desesperada para el bando de Las Diosas. No se veía lanzar ningún hechizo a los clérigos y a los luchadores se les notaba mucho más lentos. Las bestias de los túmulos hostigaban sin descanso y una blasfema guerrera, ataviada con una capa de plumas de cuervo, lanzaba tajos mortales desde su montura. Por cada cadáver de una abominación o de un necromante, había tres o cuatro de los servidores de las Damas. También había un miriápodo que parecía una quimera, ya que dos de sus brazos acababan en apéndices no humanos y uno de sus ojos era más grande de lo habitual, brillando de forma extraña. Se cebaba en una paladina pelirroja a la que causaba múltiples heridas en los lugares más dolorosos, pero sin acabar con su vida.

—¿Tria? —exclamó Atardecer reconociendo a la torturada.

Pira, asimismo, se dio cuenta de que era su dueña y embistió hacia el miriápodo. La novicia recordó que odiaba a esa raza y lo que costó que aceptara a Miri sin que la rabia la poseyera. Él estaba ensimismado en su venganza, así que no las vio venir. La

comadreja le agarró de una pierna, mordiendo con tanta fuerza que se la cortó a la altura de la rodilla, lanzándolo después con fuerza contra el suelo. Atardecer se alegró de haber ayudado a su amiga, mas ahora se encontraba expuesta en medio de la batalla.

La carga de los del roble y las del cráneo contra los necromantes los alcanzó ya completada la invocación. El horrendo y gigantesco ser no se encontraba del todo en este mundo, solo sus tentáculos se habían materializado. Incluso así tenían partes traslucidas, como si no poseyeran la suficiente sustancia. El resto de su cuerpo se encontraba en otro plano, expulsado de esta realidad en los antiguos tiempos de las leyendas, sin poder regresar. Ahora sus apéndices sí que lo habían hecho y podían actuar, como descubrieron por las malas un par de paladines que se acercaron demasiado. Fueron atravesados por las púas del final de la extremidades, raptados hacia el informe centro de la abominación, donde un pulpo o una medusa tendrían la boca. Los tentáculos volvieron a bajar limpios de sangre y de los guerreros, ni rastro. Las bajas podrían haber sido mayores si los brujos de los muertos, en su cobardía, no utilizaran al horrendo ser más como escudo que como ataque. Por otra parte, las crías y las más pequeñas de las bestias de los túmulos, sin el apoyo del halo de Cuerva, no eran verdaderas amenazas para los luchadores de las Diosas.

El paladín al que Zhersem se había subido a la espalda corrió tan rápido que hubiera sobrepasado al famoso Regimiento Fantasma, mas llegaron tarde. El iniciado probó a lanzar un hechizo de purificación a uno de los monstruosos apéndices, que se retrajo unos instantes pero enseguida bajó de nuevo. El demonio era demasiado grande y poderoso. Las pocas formas de derrotarlo eran aniquilando al necromante controlador, o que se acabara la energía de la invocación. Como continuaban apareciendo nuevas extremidades, el clérigo calculó que la segunda opción ocurriría dentro de muchas horas, incluso días. Pronto habría tantas, que el muro sería infranqueable, pudiendo las sobrantes dedicarse a aniquilar a los servidores de las Dueñas.

Zhersem se esforzaba en pensar a toda velocidad, buscando la forma de poder alcanzar al controlador. Un brillo llamó su atención, el filo de una daga de sacrificar de los pérfidos brujos. Se encontraba en el suelo, cerca del cadáver de uno de ellos inmolado por sus compañeros. Recordó cuando destruyó una de ellas en Tres Rocas y el gran estallido que se produjo. Ordenó a los paladines y paladinas más cercanos que recogieran todos los puñales, amuletos y brazaletes de los necromantes que pudieran. Al ser el único sacerdote que estaba allí, le hicieron caso sin dudar, arriesgándose para recuperarlas. Metieron bastantes de las blasfemas piezas en una bolsa y, tras pedir a los del roble más fuertes que la sujetaran, el iniciado comenzó la sagrada letanía para purificar todo el contenido a la vez. Cuando solo le quedaba el último nombre, mandó que la arrojaran al muro de tentáculos. Al llegar a ellos completó el hechizo, haciendo que todos los abominables objetos explotaran a la vez, en medio de un enorme estruendo. La estrategia era arriesgada, pues las energías necrománticas

que se dispersaban darían más fuerza al demonio si este las absorbía. De cualquier modo, varios de los apéndices se partieron o retrajeron, abriéndose un hueco en la barrera. Zhersem localizó al controlador forzando su visión divina y le lanzó un hechizo aniquilador gritando:

—¡Señora Flamígera de la Purificación!

Para asegurarse, pues solo tenía una oportunidad, mandó otro con un:

—¡Segadora!

Mientras caía al suelo, como ocurría siempre que abusaba de los poderes de la Tatarabuela Muerte sin completar la letanía, vio que la vil invocación se empezaba a difuminar. Si por ello se reunía con la Diosa, sabía que habría sido cumpliendo su voluntad.

Cuerva del Abismo observó que Mintri estaba siendo atacado por una de las monturas usadas por los del Gran Caudal, una comadreja del tamaño de un caballo. Su señora le había indicado que lo protegiera. Además, gustaba de tener un guerrero cerca de ella, en vez de tanto necromante o abominación. Alguien con quien pudiera hablar sobre el combate y tácticas, que no estuviera pensando únicamente en sacrificios para ganar poder o en comida.

La mustélida fue fácil de espantar, solo tuvo que concentrarse en ella, mirándola a los ojos con los suyos que resplandecían como rubíes. Por muy valiente y noble que fuera, seguía siendo un animal. Si su aura a los humanos causaba terror, a ella le produjo aquello que está más allá. Se dio la vuelta, para perderse en el bosque de donde había salido, con movimientos tan violentos que arrojó a su jinete, una novicia de Cherm, al suelo. Sería una buena captura para que Andremonia experimentara corromperla, en vez de probar con una Madre que se resistiría con más fuerza. La perversa necromante se lo había confiado a su sierva favorita. También había insistido en que tomara prisionera a una Paladina del Cráneo, para que ella tuviera una aprendiz. Calculó que podría hacer las dos cosas a la vez. Usaría a la pelirroja que el miriápodo había torturado, pues estaría indefensa, y a aquella que la comadreja había abandonado. Tras sacar de las alforjas unas cadenas que su señora le había dado, bajó de su montura.

Miri paró un par más de cuchillos con sus rodela. No es que los viera, pero se dedicó a proteger los puntos vitales de sus aliados. Pasó alrededor de un minuto sin que hubiera más ataques. En la mente de Jamur, un pensamiento pudo atravesar la niebla causada por la adrenalina.

—Nos deben estar rodeando —expuso en voz alta, girando para proteger el flanco.

Remachador lo emuló. Acabaron formando un triángulo entre los tres, con la postrada Doncella en el centro. La miriápodo gritó avisando de nuevo:

—¡Atención, peligro! ¡Herejes, herejes! —usando el mismo tono que cuando daba órdenes en el barco, donde sus hombres la seguían sin rechistar.

Jamur ya sentía con la imaginación como se le clavaban los cuchillos. No creía

que vinieran refuerzos a tiempo, por mucho que Miri se esforzara.

—Cuando diga ya, cerrad los ojos —susurró el guardaespaldas—. ¡Ahora! —exclamó a los cinco segundos, sin esperar a que le confirmaran si le habían entendido.

Seguidamente giró la cara y chocó con fuerza las dos cabezas de sus martillos, arrancando un fogonazo de intensa luz. Jamur se medio deslumbró a pesar de estar casi de espaldas y tener los párpados bajados. El efecto, sin estar avisado, debía ser devastador. Aquello apestaba a magia.

Remachador siguió sus instintos. Cargó tres pasos y golpeó de arriba a abajo con las mazas. Acertó en algo, resultando ser un hereje que se hizo visible al perder la consciencia. Después perdió la vida al recibir otro impacto en la cabeza.

—¿Qué pasa, bastardos? —chilló el guardaespaldas—. Ahora estamos igualados, ¿eh? ¡Venid a por más! ¡¿O no tenéis güevos?!

«¿Pero qué hace? —pensó la miriápodo—. Con tanto grito seguro que va a atraer los ataques de todos. ¡Oh!, eso es lo que quiere».

—Prepárate para seguirle —le dijo en voz baja al oficial de la guardia—, protejámosle las espaldas.

Remachador empezó a girar sobre sí mismo, blandiendo sus armas alrededor suyo, con la esperanza de acertar a los enemigos que se le aproximaran, cosa que ocurrió un par de veces. Los dos capitanes se movieron por su retaguardia, lanzando tajos a ciegas. Otro norteño se materializó, muerto por múltiples cortes. A pesar de su propaganda, no poseían la resistencia de las Paladinas del Cráneo. Continuaron con la táctica un minuto o dos. Aparecieron manchas de sangre, pero ningún cuerpo más.

Remachador cesó en sus ataques y miró a Miri, quien le puso su mejor sonrisa triunfal.

—¿Pero qué hacéis? —Obtuvo como contestación—. ¡Proteged a la Doncella!

El guardaespaldas pensó que los otros dos no reaccionaban con suficiente velocidad, así que fue él quien corrió hacia la indefensa bardo, que se encontraba ya inconsciente. En su ruta chocó contra alguien invisible, al que intentó golpear sin dejar de avanzar. Al llegar a ella repitió el torbellino de ataques. Su intuición seguía sin fallarle, un nuevo cadáver surgió de la nada.

Remachador se paró unos instantes a recuperar el aliento. Se volvió para comentar algo a sus aliados que se aproximaban, pero se quedó mudo. La punta de un arma de filo asomó por su garganta. La sorpresa inicial de los capitanes dio pronto paso a la furia. Aquella puñalada solo podría haber sido desde la espalda y el arma tenía el aspecto de seguir empuñada. Cada uno sobrepasó al guardaespaldas por uno de los flancos, descargando su rabia en forma de múltiples tajos. Esta vez el cuerpo se fue haciendo visible a piezas.

Se volvieron para atender al guardaespaldas, mas la herida era mortal. Pronto dejó de manar sangre. No gracias al improvisado apósito que usó Miri, sino porque su corazón había dejado de latir. Sin embargo, no era tiempo para condolencias, todavía

quedaban más enemigos. Dos cuchillos acertaron en Jamur y otro en ella, anunciando que el efecto de deslumbre había terminado. Como no les habían acertado en ningún punto vital, pudieron volver a ponerse en guardia, aunque no se produjo ninguna agresión.

—¡Veneno! —gritó el capitán—. Por eso no atacan, están esperando que haga efecto.

A pesar de que se retiraron los cuchillos, la ponzoña les empezó a afligir. Sintieron como perdían las fuerzas y a duras penas se mantenían de pie. La estrategia de los herejes permitía minimizar sus bajas, aguardando a que estuvieran de rodillas para acercarse.

Luchando contra la debilidad que la agarrotaba, la miriápodó recogió los martillos de Remachador. Una nueva descarga cegadora no sería tan determinante como la primera, pero pensó que de algo serviría. Creía por el sonido de su anterior uso que solo había que chocarlo, sin necesitar ninguna orden mágica. No pudo comprobar si su hipótesis era correcta. Una de las mazas cayó al suelo, con una de sus manos izquierdas todavía agarrada al mango. Luego sintió el pomo de una espada en su mandíbula, impactando tan fuerte que uno de sus dientes se rompió con un pastoso crujido. Manca, envenenada y mareada, miró hacia Jamur, que ya no podía ayudarle pues le había alcanzado la inconsciencia. Luego fue ella la que no pudo mover sus brazos, al ser aplastados por alguien invisible que se había arrodillado sobre ellos. Un arma de filo le hizo cortes regulares en la mejilla. Aun en su estado, una parte de su mente sospechó que le estaba marcando unos ideogramas a base de tajos.

Las ansias de venganza de los herejes salvaron a la capitana. No la mataron directamente, prefiriendo torturarla. Dieron tiempo a los refuerzos, que antes habían pedido a gritos, para llegar. Estaban constituidos por tres Paladines del Roble, acompañados de una sacerdotisa de Cherm.

El ojo de la religiosa resplandecía en rojo intenso, señal de que estaba utilizando su visión de vida más allá de lo conveniente. Ya se había encontrado con más norteños en el bosque e iba precavida. Aquello le costaría caro, incluso la pérdida de la vista normal del ojo, tal como le ocurrió a Zhersem. Pero en esos momentos era necesario. Señalaba a los guerreros el lugar a cargar, allí donde se encontraba el enemigo. Miri no dejó de sonreír mientras nuevos cadáveres aparecían de la nada, esforzándose en mantener el conocimiento para no perderse el espectáculo.

Atardecer escupió algo de tierra, que se le había metido en la boca al caerse de Pira. Se encontraba algo atontada y, por el dolor en su frente, al día siguiente tendría un chichón del tamaño de un huevo. Alzó la cabeza, dejando de mirar al suelo. Entonces vio a la extraña guerrera con capa de plumas de cuervo, que había desmontado, sosteniendo en la mano del arma un par de cadenas. Ahora que estaba más cerca se dio cuenta de los detalles. Con una calavera de gigante por yelmo, otra de cuervo por pomo de la espada, el escudo plagado de huesos humanos y unos ojos que brillaban en carmesí, tenía un aspecto terrorífico. Pero había algo más alrededor

suyo, algo que le hacía sentir el frío aunque la novicia estaba sudando por la adrenalina y el esfuerzo. Algo sobrenatural, que hablaba a la parte más primitiva de su mente. Pidiéndole... ¡No, conminándole!, a que se alejara lo más rápidamente que pudiera de allí. O en su defecto, que se postrara de hinojos, negociando su compasión a cambio de servirla por siempre.

El entrenamiento le hizo sobrepasar el terror. El haber repetido tantas veces el mismo gesto obligó a sus reflejos a actuar, en vez de ser su consciencia quien tomara la decisión. Se puso de rodillas, sacó de su bolsa unas bellotas bendecidas, arrojándolas contra aquella abominación que superaba todos los antiguos mitos relatados por los sacerdotes de la Muerte. Completó el hechizo que ya llevaba preparado, pero los frutos solo brotaron, no se transformaron en los árboles que esperaba.

Atardecer podría jurar que sentía la sonrisa de la antipaladina debajo del cráneo de gigante, aunque de su rostro solo se veían los ojos de rubí. No pudo sostenerle más la mirada, así que la desvió hacia otro lado. La cruzó con su amiga Tria, que sin poder moverse por culpa de los padecimientos, los esfuerzos y la intoxicación, con sus últimas fuerzas le gritó:

—¡Los poderes de las Diosas funcionan si están en la mano! —Desmayándose en cuanto terminó la frase.

La novicia tardó en comprender lo que le decía la guerrera. Nunca le había fallado y ahora más que nunca tendría que confiar en ella. Fue a coger más bellotas, pero se detuvo al recordar que sus manos eran de madera viva, perfectamente conectadas a su cuerpo. Alzó ambas poniéndolas en forma de garra, apuntando con los dedos en dirección a Cuerva.

—¡Dueña del Exuberante Jardín! —gritó uno de los veinticuatro nombres de la Diosa Cherm, intentando concentrar en sus extremidades el máximo poder posible.

Al principio solo crecieron unas diminutas hojas en las manos. La antipaladina, ignorando aquellos gestos, desenrolló las cadenas con un golpe del brazo, haciendo que se notara que estaban sujetas a unos grilletes al impactar estos contra el suelo. Su intento de asustar todavía más a Atardecer fracasó, pues miraba fijamente a sus extremidades, que habían echado unos brotes ya no tan pequeños. Cuerva avanzó hasta quedar frente a ella y fue a asirle la izquierda. De repente, todo el poder divino de crecimiento estalló. Los dedos se transformaron en ramas, gruesas como puños. Su peso la desequilibró, apoyándose con ellas en la abominable guerrera. En un proceso demasiado rápido para el ojo humano, los leñosos miembros se transformaron en dos robles profundamente enraizados. Sus troncos, que se tocaban, eran tan gruesos que un hombre no los podría abarcar. La novicia se encontraba unida a ellos por las muñecas, con los brazos muy abiertos y estirados hacia arriba. El crecimiento la había puesto de pie, casi desencajándole los hombros. La antipaladina se encontraba atrapada entre las ramas de ambos árboles, a unos cinco pasos del suelo. Aun así se las arregló para atacar con las cadenas a la servidora de Cherm, que le impactaron en

la frente causándole una conmoción.

Dos paladines fueron en ayuda de la novicia. Consiguieron arrebatarle a Cuerva su improvisada arma, pero los hachazos y porrazos que le asestaron causaron más daño a su arbórea prisión que a ella. Una del cráneo probó con su Daga de Misericordia varias veces. Nuevo fracaso. Daba la impresión de que nada podía dañarla. Atardecer se despejó a medias, justo cuando desistieron. Recitó una apresurada letanía a su Diosa, haciendo que se regeneraran las ramas y crecieran otras nuevas, apresando a la antipaladina aún más. A pesar de seguir algo mareada, miró a izquierda y a derecha, buscando alguna solución. Vio como un sacerdote de la Muerte se acercaba cojeando. Había perdido un ojo y un par de dedos, pero en su cara se marcaba una mueca de determinación. Con la voz dificultada por las heridas, indicó a los luchadores del robleal que lo elevaran hasta la altura de la sierva de Andremonia. Le agarró una mano con las dos suyas, y empezó a rezar la sagrada enumeración. Ella se intentó soltar con todas sus fuerzas, pero parecía que la voluntad de la Dama de las Flores Rojas se había sumado a la de su novicia. Lo único que consiguió es que se desprendieran algunas hojas.

Ni cuando el clérigo acabó la purificación hubo llamas, en su lugar se produjo una explosión. Fue tan fuerte que a Atardecer, incluso protegida por el cuerpo del sacerdote, casi le arranca las muñecas fundidas en los troncos. Pese a sufrir un dolor exquisito, sangrar una mezcla de savia y sangre por los puntos de unión y estar un poco cegada por la deflagración, pudo ver que unas luces naranjas se alzaban hacia el cielo. Sus conocimientos en necromancia no llegaban al nivel de los servidores de la Muerte, mas sabía que eran de la tonalidad de cuando uno de sus usuarios portaba unas piedras de resurrección y funcionaban. Estas, sin embargo, eran de mayor tamaño. A la altura de una media milla, las luces cambiaron de dirección, dirigiéndose hacia el oeste, ella hubiera jurado que a los Yermos Grises. Bajó la vista y vislumbró los restos quemados del clérigo mezclados con plumas de cuervo. Decidió que ya había tenido bastante y se dejó llevar a la inconsciencia.

Tanto sufrimiento por las amputaciones y los injertos de Andremonia, habían hecho a Mintri muy resistente al dolor. En vez de desmayarse tras perder la pierna y por el posterior golpe, tuvo la presencia de ánimo para arrastrarse detrás de la línea de bestias del túmulo. Los necromantes avanzaron un poco siguiendo a Cuerva, a la que el miriápodo estaba muy agradecido por salvarle. Tomó nota mental de hacerlo cuando la batalla hubiera terminado, aunque ahora tenía otras prioridades. Con calma, pero con movimientos rápidos y precisos, se desabrochó el cinturón, usándolo para practicarse un torniquete por encima de la rodilla. Luego se aplicó unos polvos coagulantes que con previsión Andremonia le había dado, no sin antes hacer un chiste sobre lo fácil que perdía extremidades. Al ver que empezaba a flaquear, se sacó una bolsita de debajo del jubón, que aún conservaba desde los tiempos de Puerto Acuerdo. Contenía unos polvos de color anaranjado, una de las múltiples drogas recreativas que los marineros tomaban para alargar sus permisos, al no dormir y

crearse una euforia artificial. Metió las narices por la abertura y aspiró profundamente, despejándose del todo en menos de un minuto. Se dispuso a buscar algún medio de transporte o por lo menos un palo en el que apoyarse, cuando oyó un estallido que sonó distinto al de un hechizo necromántico. Al poco vio como unas luces naranjas de piedra de resurrección, de gran tamaño, se desplazaban a gran altura. Entonces se escucharon unos gritos:

—¡Cuerva ha caído, estamos perdidos! ¡Andremonia nos prometió que esto no pasaría!

Los brujos de los no muertos obligaron a sus monturas a dar media vuelta y emprendieron la retirada sin preocuparse en hacerlo en orden. Como siempre, cuando sus vidas corrían verdadero peligro, los necromantes se olvidaban de sus aliados. Los conjuros de resurrección no eran totalmente fiables, aparte de que se necesitaba mucho tiempo y esfuerzos para recuperarse. Mintri usó su medallón de control sobre una de las bestias más adelantadas en la huida, ordenándole que se detuviera. Después hizo que se agachara y le ayudara a montarla. Aquello no gustó nada a su jinete, pero el miriápodo no estaba para tonterías. Aprovechándose de que no llevaba ningún hechizo preparado, lo decapitó con su monstruosa pinza. Tiró el cadáver al suelo y espoleó como pudo a la que ahora era su abominación. Se dirigió un poco hacia la izquierda evitando a los necromantes que huían y a la otra parte del combate, donde se había invocado al demonio. Ya se imaginaba la cara de su señora, cuando lo viera aparecer sin Cuerva y sin una pierna.

Andremonia miraba los cristales enlazados con los de su sierva favorita cada diez minutos. Esperaba con ansia las noticias sobre la misión que le había encomendado. Se alejó de ellos para intentar distraerse y no obcecarse. Ya tenía bastantes obsesiones en su vida para añadir una más. Regresó al oír unos agudos ruidos. Los vidrios enlazados con los que portaba su sierva se encontraban rotos en mil pedazos por el suelo. Seguro que aquello no eran buenas noticias. Convocó enseguida a todos los necromantes cercanos. Había que dejar todo lo que se estuviera haciendo y forzar la marcha de su ejército.



## Capítulo 32

Lo primero que pensó Zhersem al despertar fue el deseo de estar más gordo, aunque no tanto como Garrote. Su delgadez era una desventaja, ya que no podría recuperarse quemando grasa corporal. Nunca le había gustado comer en exceso. Lo pagaba cuando usaba los hechizos sin recitar toda la letanía, pero él pensaba que al menos no resoplaba al subir las escaleras como muchos sacerdotes y alguna monja. Aunque empezaba a sospechar que cada vez se recuperaba antes. Su cuerpo se estaba acostumbrando.

El ruido que hacía una novicia al vomitar le había sacado del sueño. Ella se disculpó al terminar, echándole la culpa al olor de tanta sangre y carne quemada. Escuchándola, el iniciado se percató de que él estaba manchado por los líquidos vitales de varios tipos de criatura diferentes, pero en su estado no era conveniente que usara un hechizo de purificación para limpiársela, como era la costumbre de los clérigos de la Muerte después de la batalla. La chica se debía haber quedado velando a los heridos más leves, porque no veía a ninguno grave a su alrededor, aunque sí a muchos muertos.

—¿Qué ha ocurrido al final? —preguntó él.

—Hemos ganado, Su Gracia, pero no tengo ni idea de cómo. Pero, ¿qué hace levantándose?

—Tengo que buscar a alguien.

Encontró a Atardecer y a Tria cerca de dos árboles unidos con las copas destrozadas. A su paladina le cosían múltiples cortes y los brazos de la novicia volvían a acabar en muñones. Se empezaron a contar unos a otros lo ocurrido, si bien Zhersem fue más breve. Al ver que estaban vivas, aunque necesitarían tiempo para curarse, enseguida quiso ir a averiguar el estado de la extracción de la piedra. La testarudez de la primera y la preocupación de la segunda, hicieron que ambas le acompañaran, más cuando comentaron que si ellas tenían que descansar, él aun más.

Descubrieron a Pira en el borde contrario del bosque, refugiada detrás de unos árboles caídos, lloriqueando. Al verles acercarse se levantó, pero agachó la cabeza toda compungida, sin moverse en su dirección. Los mimos y abrazos de Tria y Atardecer, incluso una rascada detrás de la oreja por parte del iniciado, la convencieron de que no había sido culpa suya el haber huido y no estaban enfadados con ella. La paladina montó a los otros dos en la paniquesa y marcharon hasta la Piedra de la Penitencia. Allí se estaban encargando de Jamur, Miri y la Doncella. Los dos capitanes dormían atendidos por una Madre, que con la mirada les indicó que no era el momento de molestar. En cambio, la bardo estaba siendo sanada por cinco. Todo el mundo quería que completara el ritual cuanto antes. Ella les narró lo poco que la miriápodo le había contado antes de que la hicieran dormir. Pidió que por favor recogieran las cenizas y los martillos de Remachador. Nada más la trasladaron cerca de la piedra, la marcó de nuevo y se puso a tocar, mientras las sacerdotisas

continuaban sanándola para que no desfalleciera.

En cuanto la juglaresa acabó la extracción, los maltrechos servidores de las Damas regresaron a marchas forzadas a Ciudad de la Sal. Los heridos más graves eran transportados en las pocas monturas sanas, incluso muchos de ellos iban sobre las espaldas de los Paladines del Roble, que habían recuperado su vigor. Al acabar el penoso viaje, fueron a llevar el trozo de la piedra a Dos Pares, que los recibió con un banquete. A Bruma se le cayeron las lágrimas cuando vio a su amiga Atardecer mutilada de nuevo.

—Bien, habéis llegado justo a tiempo —dijo el mago—. Un día más y nos tendríamos que haber retirado a Puerto en el Río. Pero comed y bebed —impidió que hablara la Doncella—, y luego contad como os ha ido. Les hemos preparado unas buenas camas para después. He conseguido que sus superiores esperen a que descansen un poco para los informes.

El hechicero no mentía y no pararon de salir platos. Esperó pacientemente a que acabaran, antes de preguntarles por su guardaespaldas, aunque se le notaba que se esperaba lo peor. Incluso, por una vez, Garrote no tenía ganas de hablar.

Tria, tras comer frugalmente y presentarse ante la paladina en jefe, a pesar de lo agotada que se sentía, fue a devolver al Duque el pañuelo que le había dado. Al conocer el motivo de su visita, el mayordomo la hizo pasar.

—¿Le ha servido? —le preguntó el noble en cuanto la recibió.

—Sí, me ha dado fuerza y suerte, vucencia.

—Pues entonces... quédeselo pues, Devota.

No pudieron hablar más, ya que entraron unos capitanes con la noticia de que se había avistado cerca al ejército de Andremonia. Llegaría un poco después del amanecer.

La enorme multitud de no muertos ocupaba una enorme extensión, perdiéndose su final en el horizonte, tanto hacia atrás como a los lados. Al ya extenso ejército, se habían unido los resucitados orcos. Eran aquellos restos que se encontraban cercanos a la madriguera de Fauces Sangrientas. Por una vez los comilludos y los humanos marchaban unidos, aunque fuera en la Muerte. Se decidió afrontarlos en Ciudad de la Sal, tanto por el valor simbólico de vengar a Ciudad del Pan, como por razones logísticas, pues parte del ejército ya se encontraba allí.

Las tropas de las tierras de las Diosas se encontraban desplegadas enfrente, toda la infantería en el centro y la caballería a ambos flancos. Esta vez no había ningún gran plan preparado, excepto aguantar y hacer todo lo posible. Y cuando la derrota estuviera cerca, se había elegido Puerto en el Río como el siguiente baluarte a donde retirarse.

Ya se veía a los cadáveres-cicatriz adelantarse en búsqueda de sacerdotes y a los necromantes empezar a conjurar. El avance de las abominaciones era lento, mas daba la impresión de que nada podía resistirse a su número. La moral empezó a decaer cuando se vio que aparecían más enemigos: miriápodos. Esta vez iban montados en

escolopendras mucho más pequeñas, pero seguían siendo peligrosas.

Todos los oficiales clamaron a la vez el grito de guerra decidido la noche anterior:

—¡Resistir y tener fe!

Y la lucha y la matanza comenzaron.

—¿Estamos listos? —preguntó Dos Pares al acabar—. Dejémosles avanzar un poco más —dijo intentando disimular su nerviosismo, como si ni siquiera él estuviera seguro de que el hechizo fuera a funcionar—, tenemos que coger a todos. No cometan el mismo fallo que cuando ensayábamos. Acuérdense de que cada uno tiene que recitar la sagrada enumeración de la Diosa hermana a la que sirven. Ya sé que la costumbre puede y más cuando han sido entrenados para recitar inconscientemente, pero ahora no podemos permitirnos un error.

—No se preocupe —contestó la novicia—, que esas confusiones fueron solo al principio. Con tantas veces que lo hemos repetido estos días, ya no sé si rezaré a la Diosa correcta la próxima vez que tenga que sanar a alguien.

—¿Está preparada mi bardo favorita?

—Sí, artesano, lo estoy —contestó desde la silla donde estaba sentada, para no forzar su pierna herida.

Dos Pares dibujó un círculo alrededor de ellos con un polvo que llevaba en una pequeña bolsa, como las que sirven de monedero. Al acabar, observó como la lucha ya se había iniciado, pero se decidió a esperar ya que continuaban añadiéndose más enemigos.

En aquella batalla las heroicidades servían de poco, solo con disciplina y tesón se podía conseguir algo. Tal era la cantidad de no muertos que los necromantes, muy mermados después de las bajas sufridas en la escaramuza de la piedra de penitencia, no podían controlarlos a todos. Algunas de las abominaciones se detenían a devorar vivos a prisioneros y heridos, cosa impensable hacía unos días. Aunque mal armadas, pues la mayoría de su equipo estaba oxidado o roto y algo torpes; no sentían dolor y carecían de puntos vulnerables, exceptuando la cabeza. Seguían luchando aunque les cortaran un brazo o una pierna. Más de algún soldado de las tierras de las Diosas perdió la vida al atascar su arma en un torso huesudo sin que se frenara apenas. Aquellas unidades que sucumbieron al terror fueron aniquiladas. Sus aliados no rompieron filas para dejarles pasar, pues también habría significado su destrucción. Se sobrevivía o moría manteniendo el sitio.

No importaba a cuantos no muertos se devolvía a su estado natural, siempre había dos detrás para sustituirlos. Aquello parecía no tener fin. Andremonia había asolado muchas villas y poblados para agrandar su ejército. Gran parte de la costa este del Mar de las Lunas había quedado devastada. Se necesitarían generaciones para recuperarla, incluso si se ganaba la guerra.

Esta vez los pérfidos brujos aguardaron sin descubrirse. Tenían una gigantesca ventaja en el número y no se iban a arriesgar a un intercambio mágico con los sacerdotes de la Segadora. Estos fueron obligados a concentrarse en los lagartos del

rayo y otras enormes bestias resucitadas. No mantenían muchas de sus habilidades, pero por su tamaño y su estado actual, solo el poder de purificación de los clérigos de la Muerte podía detenerlos. Los necromantes esperaban pacientemente a que sus enemigos predilectos se agotaran. Pronto podrían invocar horrores mucho más grandes y terribles sin tener una verdadera oposición.

Los miriápodos se mantenían en reserva, eran la única fuerza verdaderamente rápida que le quedaba a Andremonia y la conservaba para la persecución. Ellos querían también su parte de prisioneros para sus horribles sacrificios y se estaban impacientando. El machacón sonido de sus tambores iba aumentando de ritmo y sonoridad, pero la perversa hechicera no iba a dejar que nadie estropeará sus planes. Ella seguía mandando más y más de sus engendros al combate. El tiempo corría a su favor. Hasta las del cráneo y los del roble tenían un límite..., y hoy estaba dispuesta a alcanzarlo.

—Bueno, ahora sí que será mejor empezar —dijo el mago—, antes de que se coman a nuestros chicos.

Se colocó entre los dos religiosos y se arrodilló. Luego asintió indicando que comenzaran el ritual.

—Tatarabuela Cherm —dijo Garrote como habían ensayado, comenzando él con la letanía de la Diosa de la Vida.

—Tatarabuela Muerte —recitó al unísono Bruma, iniciando la de su complementaria hermana.

Tras el primer nombre de cada enumeración, ambos religiosos pusieron las palmas vueltas hacia el cielo, como si rogaran.

—La Primera Que Te Ve —rezó el clérigo.

—La Última Que Te Ve —oró la joven novicia.

Después del segundo, cada uno impuso las dos manos sobre el hombro más cercano del mago.

—Diosa del Roble y la Mies.

—Diosa del Hueso y del Cráneo.

Con el tercero, la Doncella de Bronce comenzó a tocar. Era una melodía alegre y rápida, pero su acompañamiento era de sonidos muy graves, aunque se fundían los unos con los otros. Al final producía cierta sensación de desasosiego al escucharla.

—YCYFYP.

—HCHFHP.

Al cuarto, los sagrados Hexagramones, Dos Pares dio una sacudida, al empezar acumularse el místico poder en su cuerpo.

—Sembradora.

—Segadora.

En el quinto, todos los tatuajes de los servidores de las Diosas refulgieron, incluso aquellos cuyo uso era muy distinto al conjuro que invocaban.

—Custodia de la Vida.

—Guardadora de Almas.

Tras el sexto, los dos objetos que simbolizaban la fe terrenal en las Dueñas, la rama del primer roble y el trozo de la roca de penitencia, brillaron en el mismo tono que las marcas mágicas.

—La que Trae la Alegría y el Bullicio.

—La que Trae el Descanso y la Paz.

Al llegar al séptimo, el hechicero se llevó las dos manos a la altura del corazón, en el único gesto que tenía que realizar durante el ritual.

—La que Siempre Parte.

—La que Siempre Llega.

Con el octavo, un pequeño globo luminoso apareció encima de la madera y la piedra. Ahora, la tercera luna también se hallaba representada.

—La Navegante de las Aguas Claras.

—La Barquera de las Aguas Negras.

Después del noveno, el nombre dado por la gente del mar, la rapsoda subió la melodía una octava, pero bajó los graves del acompañamiento en la misma medida.

—Xeld'riel Bressil.

—Anda'riel Ahsran.

En el décimo, el nombre dado por la antigua raza que precedió a la humanidad, la intensidad de la luz que desprendían las marcas de los religiosos alcanzó el blanco puro.

—Arth Mirl Droth.

—Dragth Arnl Ghrull.

Con el undécimo, el usado por los orcos, se creó un círculo de mística energía alrededor de los cuatro convocadores, allí donde el mago lo había dibujado con polvo.

—Reina de las Luces Cálidas.

—Reina de las Sombras Tenues.

Tras el duodécimo, todos los objetos en el campo de batalla, incluidos los del enemigo, comenzaron a proyectar dos sombras, aunque no se veía ninguna otra fuente de luz.

—Trysha Lehchia Nocok.

—Sypha Ehpplesia Oriok.

Al décimo tercero, la música sonó más fuerte. La cara de la bardo reflejaba el esfuerzo cada vez que pulsaba una cuerda.

—Diosa de las Alas Largas.

—Diosa de las Alas Fuertes.

Después del décimo cuarto, se oyó como todos los pájaros en un gran radio levantaron el vuelo a la vez, desapareciendo prontamente por el horizonte.

—Diosa del Viento Cálido.

—Diosa del Viento Cortante.

Con el décimo quinto, empezó a soplar una corriente de aire desde el norte y otra desde el sur, haciendo honor a los nombres de las deidades, juntándose ambas encima de las cabezas de los que conjuraban.

—Fíen Ac'dem.

—Rhein Noc'tern.

Al décimo sexto, se empezaron a formar negros nubarrones de tormenta eléctrica, a una velocidad que nadie vivo en aquellos tiempos jamás había visto.

—Milah Nyalte.

—Teelmu Nyardi.

Tras el décimo séptimo, todo el cielo estaba cubierto por la sobrenatural aglomeración, sin que pasara luz solar. Todo quedó a oscuras, excepto en los lugares donde algún efecto mágico estaba activo, como los brillos verdes de los poderes necrománticos o los argénteos perteneciente a las Diosas.

—Vigilante de las Cunas.

—Vigilante de los Túmulos.

Después del décimo octavo, se comenzaron a escuchar unos truenos, que parecían acompañar la música que tocaba la Doncella.

—Dama de las Flores Rojas.

—Dama de las Flores Marchitas.

Con el décimo nono, Dos Pares, aunque continuaba de rodillas, levitó a más de un palmo del suelo elevado por el inmenso poder que su cuerpo conducía. Los religiosos pusieron mucho cuidado en no perder el contacto con él.

—Pir Irhm Tah.

—Pir Ohrm Sah.

Al vigésimo, el nombre del aspecto compasivo de cada Diosa, los truenos se apagaron. Incluso los sonidos del combate se amortiguaron.

—Portadora de la Bienvenida.

—Portadora del Adiós.

Tras del vigésimo primero; la rama, el globo y la piedra salieron volando dejando una estela de luz, perdiéndose en el encapotado cielo.

—Dueña del Exuberante Jardín.

—Dueña del Jardín Sin Fin.

Con el vigésimo segundo se vieron unas centellas en las nubes, como si se formaran rayos pero fueran unos perezosos para dejarse caer.

—La Que Da Todos los Nombres.

—La Que Conoce Todos los Nombres.

En el vigésimo tercero, los nubarrones se aclararon un poco, aunque las chispas se multiplicaron. El mago empezó a despedir luz blanca por los ojos y por la boca, canalizando ya grandes energías.

—Verde Señora de la Generosidad.

—Señora Flamígera de la Purificación.

Al acabar las dos sagradas letanías con el vigésimo cuarto nombre de cada deidad; Garrote, Bruma, la bardo y Dos Pares desaparecieron en una esfera de luz con el mismo tono que despedía el hechicero. Parecía casi sólida. Los truenos volvieron, esta vez más fuertes y acompañados de verdaderos rayos. Empezaron a caer sobre el ejército de no muertos, especialmente donde se veía la enfermiza luz verdosa de los necromantes. Allí donde impactaban se creaba un círculo de tierra quemada, purificando todo lo que estaba encima, reduciéndolo a ceniza. El efecto era tan rápido que ni se oía gritar a los incinerados, aunque mantuvieran la facultad del habla.

Pronto, cada trueno que se oía era seguido por una ovación entre las tropas de las tierras de las Damas, una mezcla de vivas por la alegría de ver aniquilados a sus viles enemigos y de pequeñas oraciones de agradecimiento. Después de tantos sufrimientos, heridos y muertos, sentían que por fin recibían justicia. Desde aquel día, los supervivientes de aquella batalla, al olor a ozono después de una buena tormenta lo llamaban «olor a victoria», si bien luego el uso se extendió.

Las tropas de miriápodos, que se mantenían alejadas de los no muertos para que los necromantes no invirtieran esfuerzos en contener sus apetitos, al ver tamaña destrucción optaron por abandonar por una vez su fanatismo. Se retiraron del campo de batalla sin luchar, evitando así su exterminio.

Más tarde, cuando se exploró el territorio, no se encontró ni un enemigo, solo cenizas y pequeños objetos de metal deformados, excepto alrededor de un altar de madera. Allí sí que había restos de no muertos, aunque todo estaba bastante chamuscado. Los sacerdotes de la Muerte que lo investigaron dieron cuenta de que el ara había sido usada para ritos necrománticos. Los informes de los exploradores indicaban que la líder del ejército marchaba encima de una, con un centenar de abominaciones transportándola a hombros. También había un trozo de tela negra a medio quemar, de la que usan los necromantes para sus vestiduras, pero ningún resto de la perversa Andremonia.

Al poco partieron los mensajeros con las buenas nuevas a todas las tierras de las Diosas, mientras en Ciudad de la Sal comenzaron unos festejos que duraron tres días. Aquella fecha se declaró festiva en honor a las Damas. Desde entonces, cada año y en cada población, se celebraba con una comida campestre.

## Epílogos

Tanto Primer Pion, como Garrote y Jamur llevaban cara de resaca. Atardecer, que estrenaba nuevas manos, se negó a aliviarles. Se excusó con que tenía que guardar energía para atender el muñón de Miri durante el camino. La verdad era que lo hacía para que aprendieran, ya se había hartado de su constante borrachera durante los tres días de celebración de la victoria.

La Doncella, Dos Pares y Mordedor, se habían sumado al soldado en la despedida. El guardaespaldas puso cara de envidia, al ver que Pion le daba al sacerdote como regalo un odre de un licor que hacía su madre. Pero a Garrote le hizo más ilusión que el mago le regalara una copia del libro de Segundo Curandero.

—Por supuesto —le dijo al dárselo— que no es la única copia para el clero. He preparado varias para el Monasterio de La Última Que Te Ve, para que las guarden en su biblioteca.

—Entonces mande a la Doncella con ellas. —Tria no se olvidaba de la promesa que le había hecho—, así podrá visitar la biblioteca en busca de historias para sus canciones.

—Gracias, Devota. Pero creo que con lo que he visto últimamente tengo bastante material para un tiempo, aunque prometo visitarles si su invitación aún continúa en pie.

—Por supuesto, bardo. En el monasterio tienen que escuchar su versión de «la carga».

—Y usted también tiene permiso, artesano —extendió la invitación Zher—. Y Mordedor, y no habría que decirlo, Primer Pion. Y no nos olvidemos del capitán Jamur y de la capitana Miri.

—Y por Tres Rocas también pueden pasar —replicó Atardecer—. Supongo que a Bruma y a mí ya nos quedará poco para graduarnos.

—Claro, y vosotros por Puerto Acuerdo —remató la miriápodo.

—¡Dok, dok, dok! —gritó Pira por detrás, sumándose a la alegría general.

La Doncella se encontraba pensativa ante la piedra que señalaba donde se guardaban las cenizas de Remachador. Ni Dos Pares, ni su compañero Mordedor, le habían dicho su verdadero nombre, excusándose en que no era conveniente que se supiera. Así que se tuvo que conformar con mandar grabar en ella: «REMACHADOR», con un martillo a cada lado. Ella se mantenía de pie, a pesar que la pierna aún le tiraba un poco.

—No riegues sus cenizas con lágrimas —oyó la voz del mago a su espalda—, si quieres mojarlas... mejor con cerveza.

La bardo alzó un odre que llevaba en la mano, mostrándole las manchas de espuma y sonriendo tristemente.

—Fue un leal guardaespaldas —continuó el artesano—. El lugar que has escogido como reposo a sus cenizas le hubiera gustado.



—Entonces, ¿por qué no me dice su nombre?

—No es conveniente que se sepa, te lo aseguro. De esto y de alguna cosa más quería hablarte. Hagamos una cosa, pregúntame lo que quieras, yo te responderé tan bien como pueda.

—Los martillos que llevaba tenían un poder mágico, ¿los fabricó usted?

—Sí, son una copia de unos ya existentes. Debido a ellos empezaron a llamarme Dos Pares. Por cierto, gracias por traerlos de vuelta. Pero eso no es lo que me querías preguntar, ¿verdad?

—¿Es de verdad de la Orden del Culebre?

—Sí. Pero la pregunta de verdad interesante es: ¿a qué se dedica la Orden del Culebre? En realidad lo de ser unos mercenarios es una tapadera. Somos una organización, patrocinada por varios magos mucho más poderosos que yo, que se dedica a luchar contra La Cofradía. Pero ya te contaré la historia cuando ingreses en ella.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Para qué crees que te hice redactar la carta después de la batalla, casi inmediatamente? Para que te fueras acostumbrando a mandarnos informes, y cuanto más rápido salgan y veraces sean... Aunque deberían ser más sucintos.

—Es la forma que tenemos los bardos de componer una canción. Como decía mi maestra: «Las palabras tienen que caer como losas, para empedrar el camino de la historia que quieres contar». Pero —dijo cayendo en la cuenta de que ese no era el asunto que se estaba tratando—, ¿cómo voy a estar en un servicio secreto, si con mi aspecto se me reconoce fácilmente?

—Precisamente por eso, nadie pensará en ello. Utilizaremos el mismo truco que en Ciudad de las Torres, actúa como lo que eres: una bardo. Ve a fiestas, canta para los poderosos, intercambia noticias y chismes... Solo tienes que informar de lo que veas. Las pocas veces que se te necesite para algo más... sutil, se pondrán todos los medios para que no se sepa a quien sirves. No nos interesa, ni a ti, ni a nosotros. Tal vez tengas que llevar algún mensaje o ayudar en un hechizo. Pero te aseguro que tu aspecto y profesión son la mejor tapadera. Además, creo que podrás aprender algo de magia. Si no lo has hecho hasta ahora es porque no has querido, cualidades no te faltan. ¿Qué me dice, bardo? Le prometo que verá muchas cosas de primera mano —puso un tono más formal, incluso volviendo al trato deferente que no utilizaba con ella desde hacía un tiempo—, y que hará un gran servicio a la gente que habita estas tierras. Por no hablar del dinero y la fama como artista, que potenciaremos todo lo posible.

—Es usted peor que los demonios tentadores de las leyendas.

—Le aseguro que es por una buena causa.

—Está bien, probaremos un tiempo...

El nuevo barco de Miri era más rápido que su Ballenato Rojo, pero a pesar de

todo continuaba fiel al viejo, cada día lo echaba de menos. Mientras viajaban de regreso a Puerto Acuerdo, conversaba con Jamur sobre sus amigos, los servidores de la Muerte y las dos novicias, que habían desembarcado hacía unas horas. Ambos esperaban verlos de nuevo en el futuro. Habían ocurrido muchas cosas desde que los conoció. Aparte de la pérdida de su embarcación, solo se lamentaba de no haber sido más precavida. Tenía que haber recuperado su mano cortada antes de que fuera purificada con los demás restos, en la confusión que se produjo al final de la batalla. No tuvo la oportunidad de que las sacerdotisas de la Dama de las Flores Rojas intentaran reimplantársela. El garfio que ahora ocupaba el sitio donde solía estar su mano, se lo recordaría por siempre. Los cortes en su cara se estaban curando, aunque le quedarían cicatrices muy feas. Ella sopesaba que se las retocara una Maestra de las Marcas de Cherm, a ver si podía dejarle un bonito ideograma en vez del blasfemo con el que la estigmatizó el hereje.

Les interrumpió el aviso del vigía, advirtiéndole de un barco en el horizonte, con la bandera pirata ondeando en su mástil principal. Jamur la miró y enseguida supo lo que pasaba por la cabeza de la miriápodo.

—Tenemos órdenes de volver cuanto antes a ponernos a disposición del Consejo —dijo procurando convencerla—. Además, los chicos lo pasaron muy mal contra los no muertos y no hemos suplido las bajas.

—¿Y eres tú el que me lo aconseja, el capitán de la guardia con más fama de saltarse el papeleo?

—Sí, estamos empezando con esto de la flota unida. Mejor esperamos antes de actuar por nuestra cuenta.

—Ya, pero a mí y a mis chicos nos contrataron para matar piratas. ¡Zafarrancho de combate! —gritó a la tripulación—. ¡Vamos a acabar con esa escoria!

Zhersem y Tria no quisieron entrar al templo de Tres Rocas, pues seguro que les hacían quedarse varios días y la época del Rito del Cambio para las nuevas paladinas iba a ser pronto. Necesitarían ayuda experimentada en el monasterio, así que tras unos lengüetazos por parte de Pira y la promesa de que se verían de nuevo en el futuro, se despidieron de Atardecer, Bruma y Garrote.

Mientras las novicias y el clérigo esperaban a ser recibidos por la abadesa Robledal, entraron en la habitación una Paladina del Cráneo y un oficiante de la Diosa de las Alas Fuertes, que presentó a los dos:

—Sacerdote Garrote, yo soy el Iniciado Tharfen Sort Tojen. Me acompaña la Devota Mionnora Sort Ladora. Tenemos un asunto grave que contarle.

—Pues hable, ya que tienen tanta prisa que no pueden esperar a que nos reunamos con la abadesa.

—En la búsqueda de abominaciones por los Yermos Grises, uno de los otros pares resultó herido de bastante gravedad. —Al iniciado no le gustó narrar los fallos de sus hermanos delante de un par de novicias.

—¿Un nido de necroquimeras?

—No, Su Gracia. Se enfrentaron a un no muerto, pero los hechizos de purificación no funcionaban en él.

—¿Solo era un no muerto, no sería alguna otra abominación?

—Seguro, Su Gracia, un no muerto. Aunque iba con un escudo y una espada un tanto raros, adornados con huesos.

—¿No iría ataviado también con una capa de plumas de cuervo? —preguntó Atardecer.

—Sí. ¿Cómo lo sabe novicia?

—La novicia tiene una mente rápida e inquisitiva —replicó Garrote con una mezcla entre regocijo y admiración—. Atardecer, ¿quieres acompañarnos?

—Pero... no es asunto de Cherm.

—Tranquila, yo hablaré con la abadesa. Puede que necesitemos de tus servicios. Además podrás atender a la gente por donde pasemos. Y tenemos que seguir con tus lecciones de espía. —Le guiñó un ojo en la última frase, desconcertando a los otros servidores de la Muerte—. Además, te has dado cuenta de quién puede ser esa nueva abominación. Nos vendría bien una mente abierta en el grupo de persecución.

—Si la abadesa da su permiso, por supuesto.

En algún lugar oculto, muy apartado de las zonas civilizadas, los más altos rangos de La Cofradía se habían reunido en secreto. Aunque se conocían entre ellos, guardaban las formalidades y reglas, permaneciendo encapuchados, sin utilizar sus nombres reales. Los dos magos mellizos, los que conoció Mintri en su última visita al malvado contubernio, custodiaban la puerta.

—Esta alianza con los necromantes nos ha salido muy costosa —dijo el que por la voz parecía más anciano—. Por no decir todo el trabajo perdido en muchos lugares para crear todas esas distracciones.

—Sí, pero hemos conseguido parte de nuestros objetivos —replicó una mujer.

—Pero de las Joyas del Poder solo tenemos tres —observó una voz profunda—. La desaparecida Andremonia tenía que haber esperado y conseguido todas, antes de lanzar a su ejército a la lucha. Ahora tendremos que retomar nuestros contactos con los herejes y miriápodos desde una muy mala posición. Y puede que nos sea muy difícil conseguir más joyas, ahora que nuestros enemigos estarán sobre aviso.

—No importa, habrá valido la pena —se añadió a la conversación un cuarto miembro—. Nuestros magos dicen que los libros que la necromante nos mandó, han sido mejor botín que las joyas. Pronto el poder de la Tercera Luna será nuestro.

—Y entonces nos podremos olvidar de necromantes y herejes —habló de nuevo la fémina—, incluso de los servidores de las Dueñas. Volveremos a los antiguos tiempos, los de las leyendas milenarias, en que los verdaderos magos andaban por la faz de la tierra imponiendo su voluntad.

—¡La hermana dormida despertará! —dijo el de más alto rango, que había estado callado hasta ese momento.

—¡La hermana dormida despertará! —replicaron todos los presentes.

—¡Y todo su poder será nuestro!

—Zher —dijo Tria—, he estado pensando.

—¿Sobre qué?

—El nombre de Pira proviene de Pir Ohrm Sah, otra señal de que fue enviada por la Diosa.

—No sé si será verdad, pero yo ya estoy harto de montar en paniquesa —gruñó él, abandonando su estoicismo habitual—, el vaivén me está matando... A ver si llegamos de una vez al monasterio.

—Pues el Duque le ha prometido a la comandante una cincuentena de paniquesas —replicó ella con una pícara sonrisa—, para que creemos una manada que provea a un escuadrón montado de paladinas.

—Nunca me libraré de estos malditos bichos. No, Pira —matizó al volver la cara la comadreja—, no hablaba de ti... pues. Y tú no te rías.

—Como ordene Su Gracia. Su seguro y prometido ascenso a sacerdote en cuanto lleguemos al monasterio, le ha quitado todo su humor.

—¡Qué ganas tengo de que llegue la decimotercera luna! —exclamó con un tono de felicidad raro en él.

—¿Y eso?

—Porque te veo ya recuperada del todo y... ¡Te voy a dar lo tuyo, que te lo he estado guardando tantas lunas!

—Como quiera Su Gracia, pero dudo mucho que posea la resistencia de una Devota...

El cuerpo había sido descuartizado y cortado una y otra vez, haciéndolo prácticamente irreconocible. Los dedos, puestos de pie, formaban cuatro filas de cinco a cada lado del improvisado altar de piedra. El resto de órganos se encontraban esparcidos alrededor, formando un intrincado diseño, excepto el corazón, el hígado y el cerebro, que se encontraban encima. Andremonia los mojó con un maloliente líquido, prendiéndoles fuego con ayuda de una antorcha. Inhaló fuertemente parte de la humareda, recitando locuras prohibidas en la blasfema lengua necromántica. Cuando empezó a ver extrañas criaturas viscosas por su vista periférica, supo que había llegado el momento. Degolló con su daga curvada a una joven que estaba drogada y atada a sus pies, sin dejar de declamar.

El humo se multiplicó, habiendo mucho más de lo que podía aportar lo que ardía. No se perdía hacia el cielo, acumulándose en una esfera a unos dos metros por encima del ara. Mientras esperaba, la perversa bruja se rascaba distraída las quemaduras a medio curar de su cara y manos.

Una vez que la sangre paró de manar del cuello de la sacrificada, la esfera comenzó a mutar. Primero desarrolló una especie de tentáculos repartidos por toda la

superficie, pero pronto se fueron diferenciando. Unos se transformaron en garras y en pinzas, otros en patas de animales e insectos, y el resto en antenas y cuernos. Aparecieron tres aberturas, formando una fila vertical, que pronto se rodearon de afilados dientes, saliendo de su centro unas lenguas bífidas que no paraban de vibrar en el aire. Entre los espacios de las horribles extremidades, se desarrollaron multitud de ojos, cada uno recordando a una especie distinta. Cuando los cambios terminaron, Andremonia se arrodilló.

—Parece ser que hemos fracasado, Padre —dijo a la criatura recién formada—. Nuestros ejércitos han sido destruidos y esos pusilánimes de La Cofradía se han dispersado y escondido.

—No creas —contestó el horrible ser, con una voz cavernosa que parecía venir de todas partes—, este plan solo era para acelerar el proceso, mi plan para volver es distinto. Escóndete hasta que te necesite de nuevo y convócame cada luna para que te vaya dando instrucciones.

—Así lo haré, Padre.

—La próxima vez realiza más sacrificios, si son tan exigüos apenas puedo mantenerme un poco tiempo en este plano. En vez de saciar mi hambre, la multiplica.

—Como el Padre desee.

—Una última cosa. Deja de sacrificar tantos herejes para tus ritos. Ellos son también mis hijos, a pesar de que los esté engañando un poco. Aunque sé que su devoción es grande, no quiero que empiecen a dudar de mi orden de ayudarlos.

—Los deseos del Padre son órdenes para mí.

La aberrante criatura desapareció, al difuminarse las oscuras energías que impedían dispersarse al humo, al mismo tiempo que se apagaron los fuegos. La necromante se volvió hacia el miriápodo, que se encontraba un poco alejado, sosteniéndose con ayuda de cuatro muletas, ya que su pierna izquierda acaba en un muñón mal vendado.

—Vayámonos Mintri —dijo ella pasando a la lengua humana—, todavía tenemos muchas cosas por hacer... Empezando con ponerte un pie nuevo y recuperar a Cuerva...